HISTORIAS DEL ESPACIO RECONOCIDO

Larry Niven

EL ESPACIO RECONOCIDO

Durante los últimos once años, en las páginas de las revistas y libros de ciencia ficción, ha estado adquiriendo forma un universo..., una historia del futuro de la humanidad en la Tierra y en el espacio que, desde este siglo, abarca más de 10.000 años en el futuro..., desde el sistema solar hasta el Núcleo Galáctico, explorando las fronteras de la mente y la materia.

La serie del Espacio Reconocido de Larry Niven une los más excitantes conceptos cientificos —incluyendo los primeros y más ingeniosos tratamientos en ficción del fenómeno del Agujero Negro—con una vigorosa narrativa y unos personajes reales. Los lectores de las novelas de Niven volverán a encontrar en este libro personajes tan memorables como Lucas Garner, cuya vida cubre la era entre la Primera Guerra Mundial y el siglo XXII, el promotor del espacio profundo, Beowulf Shaeffer, y la básica figura de Louis Wu. Ahora, por primera vez en un volumen, Niven ha rellenado el rico y complejo fondo de esta extraordinaria épica.

En la introducción al libro, y en las notas a cada historia, Larry Niven discute sus escritos y provee una valiosa guía para una exploración personal del Espacio Reconocido.

INDICE

Cuadro cronológico del Espacio Reconocido .

Reconocimientos

La cubierta

Introducción: ¡Bienvenidos a mi Universo!

El más frío de los lugares

Encalmados en el infierno

La espera

El ojo de un pulpo

Como mueren los héroes

El rompecabezas humano.

En el fondo de un agujero

Un intento de engaño

El manto de la anarquía

Los guerreros

La frontera del sol

Hay mareas

Seguro a cualquier velocidad

Epílogo

Bibliografía: Los mundos de Larry Niven

CUADRO CRONOLOGICO DEL ESPACIO RECONOCIDO

NARRACION:

El más frío de los lugares

Encalmados en el infierno

La espera

El ojo de un pulpo"

ACONTECIMIENTOS:

Comienzos de la tecnología del banco de órganos

Derechos civiles de los cetáceos

Exploración tripulada del Sistema Solar

Primeras leyes sobre los bancos de órganos

(2040)

Cómo mueren los héroes

(2099)

El rompecabezas humano

Colonización del Cinturón

Tercera expedición a Marte

Gobierno independiente del Cinturón

Lanzamiento de robots interestelares: cooperación ONU—Cinturón

Lanzamiento de naves—colonia

2100 2300 2400

(2410)

Un regalo procedente de la Tierra

(210ci)

El mundo de los ptavvs.

En el fondo de un agujero

Un intento de engaño

Muerte por éxtasis

Los muertos indefensos

ARM

Los adultos (Primera parte de El Protector)

El manto de la anarquía

(2135)

Estatua marina descubierta y reavivada..

Primer alienígena en la Tierra

Peor momento del problema de los bancos de órganos. Robo de órganos común. Cárceles anticuadas por ejecución para trasplantar. Leyes del Congelamiento pasadas

Phssthpok el Pak llega al sistema Solar

Los cetáceos, en las Naciones Un idas

Edad de Oro en la Tierra

Colonias en expansión en Jinx, Mt. Lookithat, PlanetaTriunfo y Wunderland

(2340)

Vendervecken (Segunda Parte de El Protector)

(2360)

Los guerreros

Colonización de Home

Brennan en el halo cometario del,Sol

Guerra con las naves de exploración Pak

Primer vuelo del BVS—1

Primer contacto con los kzinti

Primera guerra hombre—kzin

El instituto del Conocimiento de Jinx fabrica el elevador de tensión .

Fracaso de la colonia en Home

Revolución en Mt Lockkithat

Invencion de una exploradora segura.

Planeta—Triunfo compra fusible de hipermotor a mercaderes del Exterior

Final de la Primera Guerra hombre—kzin (2640)

Neutron Star

Una reliquia del imperio

En el núcleo

Homombre de tierra

EI mutilado

irendel

Exploradores tripulados anticuados

Guerras hombre—kzin

Contactos con los puppeteers de Pierson y otros alienígenas, algunos parte del Imperio Kzinti.

Segundo vuelo del BVS—1

Los Puppeteer desarrollan el hipermotor Quyntum ll

Descubrimiento de la explosión del nucleo galáctico

Choque del exodo Puppeteer y del mercado de valores en el espacio humano

Contacto con los Grogs

Nace Louis Gridley Wu

Las loterías del Nacimiento enmiendan las leyes de Fertilidad. (2830)

Hay mareas

(2850)

Ringworld

Expansión, consolidación, paz relativa.

Energía de empuje reemplaza energía de fusión (no completamente)

Lucas Launcelot Garner nace en 1939.

Contactos con los Trinocs

Vuelo de exploración a Ringworld

Progresos del éxodo de los Puppeteer.

(3100)

Seguro a cualquier velocidad

Expansión. El Espacio Reconocido se convierte en los Mil Mundos

La longevidad afecta fuertemente a la sociedad.

RECONOCIMIENTOS

"El más frío de los lugares", copyright ®1964 por Galaxy Publishing Corporation, en Worlds of If, diciembre 1964.

"Encalmados en el Infiemo", copyright ®1965, por Mercury Press, Inc., en The Magazine of Fantasy and ScienceFiction, julio 1965.

"La espera", copyright ® 1968, en Futures Unbounded.

"El ojo de un pulpo", copyright ®1966, por Galaxy Publishing Corporation, en Galaxy Magazine, febrero 1966.

"Cómo mueren los héroes", copyright ®1966, por Galaxy Publishing Corporation, en Galaxy Magazine, octubre 1966.

"El rompecabezas humano", copyright ®1967, por Berkley Publishing Corporation, en Dangerous Visions.

"En el fondo de un agujero", copyright ® 1966, por Galaxy Publishing Corporation, en Galaxy Magazine, abril 1968.

"Un intento de engaño", copyright ®1968, como "Los mentirosos", por Galaxy Publishing Corporation, en GalaxyMagazine, abril 1968.

"El manto de la anarquía", copyright ® 1972, por The Condé Nast Publications, Inc., en Analog, marzo 1972.

"Los guerreros", copyright ®1966, por Galaxy Publishing Corporation, en Worlds of If, febrero 1966.

"La frontera del sol", copyright ®1975, por The Condé Nast Publications Inc., en Analog, enero 1975.

"Hay mareas", copyright ® 1968, por Galaxy Publishing Corporation, en Galaxy Magazine, julio 1968.

"Seguro a cualquier velocidad", copynght ® 1967 por Mercury Press Inc., en The Magazine of Fantasj and Science Fiction, mayo 1967 .

LA CUBIERTA

Los puntos de colores dispuestos sobre el fondo de una galaxia en espiral representan alguna de las estrellas más cercanas a nuestro sol, la estrella sol del tipo G. Muchas de ellas son el escenario de las historias escritas por Larry Niven, abarcando un fragmento de cielo con un diámetro de treinta años luz, llamado el Espacio Reconocido.

Los lectores que estén ya familiarizados con esta serie reconocerán inmediatamente los nombres de Wunderland, Down y Jinx como sólo unos cuantos de los fascinantes, y a veces peligrosos, planetas por los que han viajado los hombres que recorren el espacio.

La historia de la ilustración de la cubierta es interesante, pues combinó los talentos de personas trabajando en tres disciplinas diferentes, todas relacionadas con el campo de la ciencia ficción: el autor, el editor y el director artístico; el artista y un grupo particular de inteligentes lectores de Boston, Massachusetts, que catalogaron febrilmente todo lo existente en el Espacio Reconocido.

Después de aprobar un boceto preliminar de la galaxia, me dispuse a localizar el grupo de estrellas locales. Cuando me puse en contacto con James L. Burrows, miembro de la Asociación de Ciencia Ficción de Nueva Inglaterra que está familiarizado con el manejo de computadoras, él ya había escrito, y no fue una sorpresa, un programa para obtener las posiciones en el mapa. El computador le proporcionó las coordenadas de las estrellas en un radio bidimensional, como si estuvieran vistas desde una inclinación de unos sesenta y tres grados por encima del plano de la Vía Láctea. Lo explicó sencillamente: "Imagine que viaja por el espacio a lo largo del eje de la Tierra—hacia la Estrella Polar—y volviendo la vista hacia el sol desde un gran número de años luz de distancia. Esto es lo que vería".

¿Qué amplitud tendría el Espacio Reconocido en esta vista de la galaxia? Es obvio que las estrellas brillantemente pintadas sobre el fondo forman parte de una imagen ampliada de las proximidades. Si la Vía Láctea tiene 100.000 años luz de diámetro, entonces, a la escala

de la cubierta de un libro, todo el Espacio Reconocido mide una milésima de pulgada de lado a lado..., o sea, que es un simple punto.

Una de las ventajas de mi trabajo es que puedo añadir cosas a los dibujos tal como están en la plancha original, aunque no siempre estén en la versión reproducida. ¿O es que sí están?

Si miran cuidadosamente, verán catorce agujeros negros, dos cascos espaciales construidos por los puppeteers de la *General Products*, Jinx con su forma de huevo, y... ahí, también el Ringworld, por supuesto.

Rick Sternbach

EL UNIVERSO DE LARRY NIVEN

INTRODUCCION

¡BIENVENIDOS A MI UNIVERSO!

Hace doce años que empecé a escribir. Hace once que empecé a vender lo que escribía. Y hace once que comencé una historia del futuro..., la historia del Espacio Reconocido.

La serie del Espacio Reconocido cubre ahora un millar de años de la historia futura, con datos sobre las condiciones hasta mil millones de años en el pasado. La mayor parte de las historias se desarrollan, bien en el Espacio Humano—los mundos colonizados por los humanos y el espacio intermedio, una burbuja que se cruza en sesenta años luz según el tiempo de Louis Wu o en el Espacio Reconocido—una burbuja de espacio mucho mayor, explorado por las naves humanas pero controlado por otras especies—.

La serie incluye ahora, además de cuatro novelas —*El mundo de los ptavvs, El protector, Un regalo procedente de la Tierra, Ringworld*—, los cuentos de la colección Neutron Star, el

libro que tenéis ahora en vuestras manos, más otro que proyecto y que se llamará *The Long Arm of Gil Hamilton.*

Las historias del futuro tienden a ser caóticas. Surgen de una base común, de cuentos individuales con supuestos comunes, pero cada cuento debe —para jugar limpio con los lectores—tener una entidad propia. La historia del futuro recogida en la serie del Espacio Reconocido es tan caótica como la historia verdadera. Hasta los estilos varían en estas historias, a causa de que mis habilidades narrativas han evolucionado durante once años de tiempo real.

Pero éste es el libro que tiene las historias originales. Los cuentos publicados aquí están en orden cronológico. He introducido entre ellos notas suplementarias para explicar lo que pasa entre y en relación con las narraciones individuales, en una región pequeña en la escala de la galaxia, pero enorme en la experiencia humana.

Aquí son de rigor algunas notas generales:

1. Faltan los cuentos de Gil The Arm. Este libro resultaba tan voluminoso que tuvimos que cortar estas tres historias de ciencia ficción detectivescas—60.000 palabras—para dejar espacio. La carrera de Gil alcanza su punto culminante alrededor del año 2121, entre *El mundo de los Ptavvs* y *El Protector.*

2. He vacilado en incluir *El más frío de los lugares* y *El ojo de un pulpo*. Fueron respectivamente mi primer y sexto cuentos y no me satisfacen demasiado. Además, *El más frío de los lugares* quizá estuvo superado antes de que se imprimiese. Pero estos dos cuentos son parte del entramado de la serie, así que los incluí en ella.

3. Mientras se lee el libro quizá parezca también que el propio Marte ha cambiado. Correcto. *El ojo de un pulpo* está situado en un Marte anterior a los Mariner. Las fotografías del Mariner IV de los cráteres de Marte me inspiraron *Como mueren los héroes*. Algo más tarde, un artículo en *Analog* dio forma a la nueva visión del planeta en *En el fondo de un agujero*. Si las pruebas espaciales continúan nuestra idea de los planetas, ¿qué podemos hacer, excepto escribir nuevas historias?

4. Sentí la tentación de volver a escribir algunas de las historias más antiguas. Pero ¿cómo habría sabido dónde detenerme? Entonces hubieran leído ustedes historias

remodeladas con los hechos cambiados. Supuse que eso no era lo que buscaban. Espero no haberme equivocado.

5. Las Historias del Espacio Reconocido se agrupan en cinco eras.

La primera es la del futuro próximo, la exploración del espacio interplanetario durante el próximo cuarto de siglo.

Después la era de Lucas Garner y Gil "The ARM" Hamilton; 2106— 2225. La civilización interplanetaria ha aflojado sus lazos con la Tierra y ha adquirido un carácter propio. Otros sistemas estelares están siendo explorados y poblados. El problema de los bancos de órganos está en su peor momento sociológico en la Tierra. La existencia de inteligencias no humanas se ha hecho completamente obvia; la humanidad debe ajustarse a ello.

Alrededor del 2340 hay una era intermedia. Es un período de paz y prosperidad en el Sistema Solar. En muchos mundos colonizados. Como Plateau, son tiempos turbulentos. En el límite del Sistema Solar, una criatura que acostumbraba a ser Jack Brennan lucha una guerra solitaria. La era de la paz comienza con las sutiles intervenciones del monstruo Brennan y termina en contacto con el Imperio Kzinti.

El cuarto período, después de las guerras Humanos—Kzin, cubre parte del siglo XXVI. Es un tiempo de intenso turismo y de comercio entre las diversas especies, en que la humana ni domina ni es dominada por nadie. Nuevos planetas han sido colonizados, algunos de los cuales fueron arrebatados al Imperio Kzinti durante las guerras.

El quinto período se parece al cuarto. Poco ha cambiado durante esos doscientos años, al menos en la superficie. La energía de empuje ha reemplazado a la menos eficiente energía de fusión; una nueva especie se ha unido a la comunidad de los mundos. Pero hay un cambio fundamental. El gen Teela Brown—"el último poder psíquico"— se está extendiendo a través de la humanidad. La producción de los teelas será una bendición.

Un cambio fundamental en la naturaleza humana—y eso es lo que son los teelas—, hace la vida difícil para un escritor. El período que sigue a *Ringworld* podría ser agradable para vivir en él, pero escasea en desastres interesantes.

De este período sobrevive sólo un cuento: *Seguro a cualquier velocidad*, una especie de anuncio. No habrá más.

Las historias del futuro, y las del Espacio Reconocido en particular, tienen algo que llega a la gente. Se preocupan sobre los hechos, las matemáticas, la cronología. Elaboran complicados mapas o programan computadoras para órbitas cercanas a masas de un punto. Me envían mapas del espacio humano, Kzinti y Kdatlyno, análisis dinámicos del Ringworld, esquemas en diez mil palabras para la novela que lo enlazará todo, y tratados sobre el problema Grog. A todos los que halagaron mi ego y me han entretenido de esta forma, gracias.

Mi agradecimiento a Tim Kyger por su ayuda en la compilación de la Bibliografía, y a Spike MacPhee y Jerry Boyajian por su ayuda con el Cuadro Cronológico. Pertenecen al grupo anteriormente mencionado y me ahorraron muchas investigaciones.

Larry Niven

Los Angeles, California

Enero, 1975

EL MAS FRIO DE LOS LUGARES

Vacilé durante unos momentos en el exterior de la nave, en el más frío de los lugares del sistema solar. Estaba demasiado oscuro. Luché contra el impulso de permanecer cerca de la nave, junto a la confortable y desgarbada masa de metal tibio que contenía la cálida y brillante Tierra en su interior.

—¿Ves algo?—preguntó Eric.

—No, claro que no. De todas formas hace demasiado calor aquí; es mucho el calor que está irradiando la nave. Ya recuerdas la forma en que se alejaron durante la prueba.

—Sí. Oye, ¿quieres que te lleve de la mano o algo así? Vamos.

Suspiré y me alejé, con el pesado colector rebotando suavemente contra mi hombro. Yo también rebotaba. Los ganchos de mis botas evitaban que resbalara.

Subí por el costado del amplio y profundo cráter que la nave había creado al vaporizar los estratos de aire hasta el nivel del agua helada. A mi alrededor se levantaban acantilados formados por masas de gas helado de bordes suaves y redondeados. En el punto donde eran alcanzados por la luz de mi foco, resplandecían con una dulce blancura. Todo lo demás estaba tan negro como la eternidad. Unas brillantes estrellas resplandecían sobre los suaves acantilados, pero la luz no afectaba para nada al negro suelo. La nave se hizo más pequeña y oscura y desapareció.

Se suponía que existía vida aquí, pero nadie había tratado siquiera de adivinar cómo era. Hacía dos años que se habían realizado los experimentos con el Messenger IV, primero en una órbita cercana al planeta y después aterrizando, en parte para averiguar si el casquete de gases helados era inflamable. Durante el aterrizaje, unas cosas parecidas a sombras se agitaron sobre la nieve dentro del radio de acción de la cámara, pero escapando de la luz arrojada por el aparato. La película lo mostró con claridad. Naturalmente, algunos sabios habían sugerido que eran sólo sombras.

Yo había visto las películas y sabía más. Allí había vida.

Algo con vida que odiaba la luz. Algo allá afuera en la oscuridad...

—Eric, ¿estás ahí?

—¿Dónde podría ir?—se burló él.

—Bueno —contesté yo—, si meditase todo lo que digo nunca diría nada.

De todas formas, no había tenido mucho tacto. Eric sufrió una vez un mal accidente, muy malo. No iría a ningún lugar a menos que la nave fuese con él.

—*Touché* —dijo Eric—. ¿Se escapa mucho calor por tu traje?

—Muy poco.—De hecho, el aire helado ni siquiera se derretía bajo la presión de mis botas.

—Quizá estén evitando incluso eso. O posiblemente tengan miedo de la luz.

El sabía que yo no había visto nada; miraba a través de un visor en la parte superior de mi casco.

—De acuerdo, subiré a esa montaña y lo apagaré por un rato.

Moví la cabeza para que pudiese ver la montaña que yo decía; después comencé a ascender. Era un buen ejercicio, y con aquella gravedad tan baja no fatigaba. Podía saltar casi a tanta altura como en la Luna sin miedo a que el borde de una roca desgarrase mi traje. Todo era nieve prensada, y entre los copos, el vacío.

Mi imaginación comenzó a funcionar otra vez cuando llegué a la cumbre. A mi alrededor todo era negro; el mundo era negro de frío. Apagué mi foco y el mundo desapareció.

Pulsé un botón a un lado de mi casco y éste puso una pipa en mi boca. El renovador de ambiente absorbió el aire y el humo por un dispositivo al lado de mi barbilla. Ahora se fabricaban unos trajes maravillosos. Me senté y fumé, esperando, temblando con el conocimiento del frío que hacía. Finalmente comprendí que sudaba. El traje estaba demasiado bien aislado.

Nuestra sección de motor iónico apareció sobre el horizonte; era como una estrella brillante que se movía con gran rapidez, desapareciendo al entrar en contacto con la sombra del planeta.

El tiempo pasaba. La carga de mi pipa se consumió y la tiré.

—Prueba con la luz—dijo Eric.

Me levanté y puse el foco de la cabeza al máximo. La luz tenía un alcance de una milla; un paisaje blanco de cuento de hadas surgió a la vida, como un invernal país de las maravillas. Realicé una lenta pirueta, mirando, mirando.... y lo vi.

Incluso tan de cerca, parecía una sombra. También era como una ameba muy chata, monstruosamente grande, o un charco de petróleo deslizándose sobre el hielo. Corría colina arriba, fluyendo lenta y penosamente por el costado de una montaña de nitrógeno, intentando desesperadamente escapar a la tórrida luz de mi lámpara .

—¡El colector!—pidió Eric.

Levanté el colector sobre mi cabeza y lo apunté como un telescopio sobre el enigma en fuga, de forma que Eric pudiese localizarlo en el visor del colector. Este escupió fuego por ambos extremos y se alejó de un salto. Ahora era Eric quien lo controlaba.

Después de un momento, pregunté:

—¿Vuelvo?

—No. por supuesto. Quédate aquí. ¡No puedo llevar el colector a la nave! Tendrás que esperar y llevarlo tú.

La sombra—charco se deslizaba sobre el borde de la colina. La llama del cohete del colector la siguió, volando alta y haciéndose más pequeña. Se zambulló detrás de la cresta. Un momento más tarde oí cómo Eric murmuraba: "Lo consiguió". La brillante llama reapareció, subiendo con rapidez, y después describió una curva hacia donde yo me encontraba.

Cuando la cosa estaba revoloteando cerca de mí sobre dos cohetes laterales, la cogí por la cola y la llevé a casa.

—No, ningún problema—dijo Eric—. Solamente utilicé la pala para arrancar un trozo de su flanco, por así llamarlo. Conseguí unos diez centímetros cúbicos de una carne extraña.

—Bien—dijo yo.

Llevando el colector con cuidado en una mano, subí por la extremidad de contacto con superficie hasta la compuerta. Eric me dejó entrar.

Me desprendí de mi congelado traje en la bendita luz diurna artificial de la nave.

—De acuerdo —dijo Eric—. Llévalo al laboratorio. Y no lo toques.

Eric tiene a veces un carácter que molesta.

—Tengo un cerebro —le grité—, aunque no puedas verlo.

También yo podía tener ese mal carácter.

Hubo un sonoro silencio, mientras cada uno intentaba encontrar una disculpa. Eric lo hizo primero.

—Lo siento—dijo.

—Yo también.

Empujé el colector hacia el laboratorio en un carrito. Cuando llegué allí, él me guió.

—Coloca todo el paquete en aquella abertura. Las mandíbulas primero. No, no las cierres todavía. Da la vuelta a la cosa hasta que esas líneas concuerden con las del colector. Así. Empuja un poco. Ahora cierra la puerta. De acuerdo, Howie. Lo cogeré desde ahí...

Detrás de la pequeña puerta salieron sonidos extraños.

—Tendré que esperar hasta que el laboratorio esté lo bastante frío. Vete a tomar un poco de café—dijo Eric.

—Será mejor que compruebe tu mantenimiento.

—Bien. Engrasa mis ayudas protésicas.

Ayudas protésicas... Aquello era algo fuerte, pensé para mí. Pulsé el botón del café para que estuviera listo cuando yo terminase; después abrí la puerta grande en la pared delantera de la cabina. Eric tenía el aspecto de una red eléctrica, excepto por la masa gris en la parte superior que era su cerebro. Los nervios de Eric, que dominaban la nave, salían en todas direcciones de su médula espinal y de su cerebro y conectaban con las intrincadas paredes de vidrio y plástico blanco de la nave que le alojaba. Los instrumentos que le dominaban a él—aunque era sensible a decirlo así—se alineaban a ambos lados del armario. La bomba sanguínea bombeada rítmicamente; setenta latidos por minuto.

—¿Qué aspecto tengo?—preguntó Eric.

—Precioso . ¿ Buscas adulaciones?

—¡Idiota! ¿Todavía estoy vivo?

—Eso dicen los instrumentos. Aunque será mejor que baje un poco la temperatura de tus fluidos—y así lo hice, pues desde que tomamos contacto con la superficie yo había tenido tendencia a mantener las temperaturas demasiado altas.

—Todo lo demás parece estar bien. Excepto que el tanque de alimentación se está vaciando.

—Bueno, durará durante el viaje.

—Sí. Perdóname Eric, el café está listo.

Salí a cogerlo. La única cosa que realmente me preocupaba era su hígado. Es demasiado complicado. Podría romperse con mucha facilidad. Si dejase de fabricar azúcar para la sangre, Eric moriría.

Si Eric se muere, me muero yo, porque Eric es la nave. Si muero yo, Eric morirá loco, porque no puede dormir a menos que yo coloque sus ayudas protésicas.

Estaba terminando mi café cuando Eric gritó:

—¡Eh!

—¿Qué pasa? —estaba dispuesto a correr en cualquier dirección.

—¡Sólo es helio!

Estaba asombrado e indignado. Me relajé.

—Ya lo tengo, Howie. Helio II. Eso es todo lo que son nuestros monstruos. Nada.

Helio II es el superfluido que se desliza subiendo la colina.

—Maldita sea otra vez. Contenlo todo, Eric. No tires tus muestras. Busca contaminantes.

—¿Para qué?

—Contaminantes. Mi cuerpo es óxido de hidrógeno con contaminantes. Si los contaminantes del helio son suficientemente complejos podría existir vida.

—Hay muchas otras sustancias —dijo Eric— pero no puedo analizarlas con la fuerza suficiente. Tendremos que llevar esto a la Tierra mientras nuestros congeladores lo puedan mantener frío.

Me levanté.

—¿Despegar ahora mismo?

—Sí. Yo diría que sí. Podríamos usar otra muestra, pero es igual de probable que esperemos aquí mientras ésta se deteriora.

—De acuerdo. Me estoy atando ahora. ¿Eric?

—¿Sí? Despegamos dentro de quince minutos. Tenemos que esperar la sección de energía iónica. Puedes levantarte.

—No esperaré, Eric, espero que no tenga vida. Preferiría saber que sólo es Helio II, actuando como se supone que lo hace.

—¿Por qué? ¿No quieres ser famoso como yo?

—Oh, claro que sí. pero no me gusta pensar en que haya vida ahí fuera. Es demasiado alienígena. Demasiado frío. Ni siquiera en Plutón podría obtenerse vida del Helio II.

—Podría ser migracional, moviéndose para permanecer en el lado nocturno del creciente prematinal. El día de Plutón es lo bastante largo para permitir eso. Aunque tienes razón, ni siquiera entre las estrellas hace más frío que aquí. Afortunadamente, no tengo mucha imaginación .

Despegamos veinte minutos más tarde. Bajo nuestros pies todo era oscuridad, y sólo Eric, conectado con el radar. Podía ver la cúpula de hielo contrayéndose hasta que todo fue visible: el vasto casquete de estratos de hielo que cubre el lugar más frío del sistema solar, donde la medianoche cruza el ecuador sobre la negra espalda.

Mercurio.

El más frío de los lugares

Esta historia, primera de las mías, se quedó anticuada incluso antes de llegar a la imprenta. Mercurio si tiene atmósfera y rota una vez cada dos de sus años. La que sigue resultó algo mejor.

L. NIVEN

ENCALMADOS EN EL INFIERNO

Podía sentir el calor revoloteando en el exterior. La cabina estaba brillante, seca y fresca, casi demasiado fresca, como una oficina moderna en pleno verano. Tras las pequeñas ventanas se veía tan oscuro como puede verse en el sistema solar y hacía suficiente calor como para derretir el plomo, una presión equivalente a trescientos pies bajo el océano.

—Ahí va un pez —dije, sólo para romper la monotonía.

— ¿Y cómo está cocinado?

—No puedo saberlo. Parece dejar un rastro de trozos de pan fritos. ¿Fritos? Imagínatelo, Eric, una medusa frita.

Eric suspiró ruidosamente.

—¿Tengo que hacerlo?

—Es la única forma de ver algo que merezca la pena en esta... esta... ¿Sopa? ¿Niebla? ¿Jarabe hirviendo?

—Una negra calma achicharrante.

—Correcto.

—Alguien inventó esa frase cuando yo era niño, justamente después de las pruebas del

Mariner II. Una eterna calma negra achicharrante, caliente como un horno, bajo una atmósfera lo suficientemente espesa como para evitar que ni una luz ni un soplo de aire alcance nunca la superficie.

Me estremecí.

—Cuál es ahora la temperatura exterior?

—Será mejor que no la sepas. Siempre has tenido demasiada imaginación, Howie.

—Puedo soportarlo, Doc.

Seiscientos doce grados centígrados.

—¡No puedo soportarlo, Doc!

Estábamos en Venus; el planeta del amor, el favorito de los escritores de ciencia ficción de hacía tres décadas. Nuestra nave pendía bajo el tanque de combustible de hidrógeno Tierra—Venus a veinte millas hacia arriba y completamente inmóvil en el aire espeso como un jarabe. El tanque. que estaba ya casi vacío, constituía un excelente dirigible. Nos mantendría en alto en tanto la presión interna igualase a la externa. Ese era el trabajo de Eric: regular la presión del tanque regulando la temperatura del hidrógeno. Habíamos ido tomando muestras del aire cada diez millas descendidas durante un descenso de trescientas. y lecturas de la temperatura a intervalos más cortos, y habíamos dejado caer la sonda más pequeña. Los datos obtenidos de la superficie confirmaban meramente en detalle nuestro conocimiento previo del mundo más caliente del sistema solar.

—La temperatura acaba de subir a seiscientos trece—dijo Eric—. Oye, ¿se te ha pasado tu mal humor?

—De momento.

—Bien. Átate. Nos vamos

—¡Oh día maravilloso! —comencé a desenmarañar la red sobre mi lecho. Hemos hecho cuanto veníamos a hacer ¿no?

—¿Acaso lo discuto? Mira, estoy atado ya.

Sabía por qué no se sentía muy contento de partir. Yo mismo sentía algo parecido. Habíamos tardado cuatro meses en llegar a Venus para pasar una semana rodeándolo y menos de dos días en su atmósfera superior, y parecía una terrible pérdida de tiempo.

Pero estaba tardando demasiado.

—¿Cuál es el problema, Eric?

—Será mejor que no lo sepas

Quería decir lo que decía. Su voz era un monótono ruido mecánico e inhumano; no hacía ningún esfuerzo extra para obtener expresión humana de su aparato vocal "protésico". Sólo un severo "shock" le afectaría de esa forma.

—Puedo soportarlo—le dije.

—De acuerdo. No puedo sentir nada en los controles de los cohetes a propulsión. La sensación es como si acabase de recibir un anestésico en la espina dorsal.

Todo el frío de la cabina se coló dentro de él.

—Prueba a enviar algún impulso motor por otro lado. Podrías manejar los controles a ciegas aunque no puedas sentirlos.

—De acuerdo—y un segundo más tarde—: No, no se consigue nada. Aunque era una buena idea.

Intenté pensar en algo que decir mientras me desataba del lecho, y dije:

—Ha sido un placer conocerte, Eric. He disfrutado siendo la mitad del equipo, y todavía disfruto.

—Deja las tonterías para más adelante. Empieza ahora mismo a revisar mis empalmes. Con cuidado.

Me tragué mis comentarios y me dirigí a abrir la puerta de acceso en la pared delantera de la cabina. Como de costumbre, el suelo tembló suavemente bajo mis pies.

Detrás del cuadrado de cuatro pies que era la puerta de acceso estaba Eric, con su sistema nervioso central. con el cerebro colgando de la parte superior y la médula espinal enroscada en una suelta espiral para ajustarse en forma más compacta a su alojamiento transparente de vidrio y plástico esponjoso. Centenares de cables procedentes de todos los puntos de la nave conducían a las paredes de cristal, donde se unían con nervios seleccionados que se extendían

como un aparato de transmisión eléctrico desde el núcleo central de tejido nervioso y adiposas membranas protectoras.

En el espacio no se producen inválidos, y no llaméis inválido a Eric, porque no le gusta. En cierta forma es el hombre del espacio ideal. Su sistema de soporte vital pesa sólo la mitad que el mío y ocupa un doceavo del espacio que ocupa el mío. Pero sus restantes adminículos protésicos ocupan la mayor parte de la nave. Los cohetes estaban conectados con el último par de troncos nerviosos, los nervios que en un tiempo habían movido sus piernas, y docenas de nervios mas finos en el interior de aquellos troncos sentían y regulaban la toma de carburante, la temperatura, la aceleración diferencial, la tardanza en la apertura de los conductos y el ritmo de la ignición.

Estas conexiones estaban intactas. Las revisé en cuatro formas distintas, sin encontrar ni la mas ligera razón por la que no debieran estar en funcionamiento.

—Prueba los demás —dijo Eric.

Me llevó unas dos horas comprobar las conexiones del tronco nervioso. Todas eran sólidas. La bomba sanguínea funcionaba y el fluido era lo suficientemente rico, lo que mató la idea de que los nervios de los cohetes se hubiesen "dormido" por falta de sustancias nutritivas o de oxígeno. Puesto que el laboratorio es uno de sus adminículos protésicos, dejé que Eric analizase el azúcar de su propia sangre, con la esperanza de que el "hígado" se hubiese equivocado y estuviese fabricando algún otro compuesto azucarado. Las conclusiones fueron asombrosas. Nada estaba mal con Eric... en el interior de la cabina.

—Eric, estás más sano que yo.

—Puedo notarlo. Pareces preocupado y no te culpo de ello. Ahora tendrás que salir al exterior.

—Lo sé. Saquemos el traje.

El traje venusiano que nunca creyeron llegaría a usarse estaba en el departamento de herramientas de emergencia. La NASA lo había diseñado para ser empleado sobre la superficie de Venus. Después se negaron a dejar descender la nave por debajo de las veinte millas hasta que supiesen algo más sobre el planeta. El traje era un artefacto como una

armadura segmentada. Yo había observado las pruebas en la cápsula sometida a altas temperaturas y presiones de CalTech y sabía que pasadas cinco horas las articulaciones no se movían ya y no lo harían de nuevo hasta después de haberse enfriado. Abrí el compartimento, sujeté el traje por los hombros y lo sostuve frente a mí. Parecía mirarse a su vez.

—¿Todavía no sientes nada en los cohetes?

—Ni una cosquilla.

Comencé a ponerme el traje, pieza a pieza, como las armaduras medievales. Después pensé en algo más.

—Estamos a veinte millas de altura. ¿Vas a pedirme que haga encima del casco un número de equilibrista?

—¡No! Eso no se me ocurriría. Tendremos que descender.

La presión del tanque se suponía constante hasta el instante del despegue. Cuando llegase el momento, Eric podría obtener un empuje extra calentando el hidrógeno para conseguir una presión mayor, abriendo después una válvula para dejar salir el sobrante. Por supuesto, tendría que tener mucho cuidado de que la presión fuese más alta en el tanque, o el aire de Venus entraría y la nave caería en lugar de elevarse. Natur almente. eso sería desastroso.

Por tanto, Eric bajó la temperatura del tanque, abrió la válvula y bajaron.

—Por supuesto, hay una pega—dijo Eric.

—Lo sé.

—La nave resistió la presión a veinte millas. Al nivel del suelo es de unas seis veces más

—Lo sé.

Descendimos con rapidez, con la cabina inclinada hacia delante por el peso de la parte trasera de la nave. La temperatura subía gradualmente. La presión con rapidez. Me senté junto a la ventana y no vi nada, nada excepto oscuridad, pero me senté allí de todas formas y

esperé a que la ventana se rajase. La NASA se había negado a dejar descender la nave por debajo de las veinte millas...

—El tanque está bien y creo que la nave también. Pero ¿lo soportará la cabina? —dijo Eric.

—No puedo saberlo.

—Diez millas.

Inalcanzable, a quinientas millas por encima de nosotros estaba el motor atómico de iones que nos llevaría a casa. No podíamos alcanzarlo solamente con el cohete químico. El cohete debía usarse después que el aire se hiciese demasiado fino para los propulsores

—Cuatro millas. Tengo que abrir la válvula otra vez.

La nave cayó.

—Puedo ver el suelo—dijo Eric.

Yo no podía. Eric me sorprendió forzando la vista, y dijo:

—Olvídate de eso. Estoy utilizando infrarrojos y no veo ningún detalle.

—¿No hay vastos y neblinosos pantanos con monstruos extraños y horrorosos y plantas devoradoras de hombres?

—Todo lo que veo es polvo caliente y nada más.

Pero ya estábamos casi abajo y no había grietas en la pared de la cabina. Mi cuello y los músculos de mis hombros se relajaron. Me aparté de la ventana. Habían pasado horas mientras descendíamos por aquel aire espeso y envenenado. Casi me había puesto el traje completo. Me atornillé el casco y los guanteletes de tres dedos.

—Abróchate—dijo Eric.

Así lo hice.

Rebotamos suavemente. La nave se ladeó un poco, se inclinó hacia atrás y volvió a rebotar; y otra vez, mientras mis dientes rechinaban y mi cuerpo recubierto por la armadura rodaba contra la protección antichoques.

—Maldita sea—musitó Eric.

Oí un silbido procedente de la parte superior.

—No sé cómo volveremos a subir—dijo Eric.

Yo tampoco lo sabía. La nave golpeó con fuerza y quedó inmóvil; yo me levanté y fui

hacia la compuerta.

—Buena suerte—dijo Eric—. No te quedes fuera demasiado tiempo.

Saludé hacia la cámara de su cabina. La temperatura exterior era de setecientos treinta grados.

La puerta exterior se abrió. La unidad de refrigeración de mi traje elevó un quejido lastimero. Con un cubo vacío en cada mano y con la lámpara brillando para marcar un camino entre la negra viscosidad, salí sobre el ala derecha.

Mi traje crujió y se acomodó a la presión mientras yo me detenía y esperaba a que aquello cesase. Era casi como estar debajo del agua. El rayo de la lámpara del casco salía lo bastante grueso como para ser casi sólido y no alcanzaba más que unos cien pies. Por muy denso que fuese el a1re no podía ser tan opaco. Debía estar lleno de polvo o de diminutas gotitas de algún fluido.

El ala se extendía hacia atrás como un tablero de bordes afilados como un cuchillo, ensanchándose hacia la cola, desde donde se expandía para formar una aleta. Las dos aletas se encontraban por detrás del fuselaje. En la punta de cada aleta estaba el cohete propulsor, un cilindro grande y perfecto con un motor atómico en su interior. No estaría caliente porque no había sido utilizado todavía, pero de todas formas yo tenía mi contador.

Até un cable al ala y me deslicé hasta el suelo. Mientras estuviésemos aquí... El terreno resultó ser un polvo seco, rojizo, crujiente y tan poroso que casi parecía esponjoso. ¿Lava

tratada por productos químicos? Con aquella presión y temperatura casi cualquier cosa podía ser corrosiva. Recogí una paletada de la superficie y otra justo debajo de la primera; después trepé por el cable y dejé los cubos sobre el ala, que estaba terriblemente resbaladiza. Tenía que llevar sandalias magnéticas para poder sostenerme sobre ella. Recorrí los doscientos pies de longitud de la nave, haciendo una inspección superficial. Ni las alas ni el fuselaje mostraban daños. ¿Por qué no? Si un meteoro o algo hubiese cortado la conexión de Eric con sus sensores en los cohetes tendría que existir en la superficie evidencia de una rotura.

Entonces, casi repentinamente, comprendí que había una alternativa.

Era una sospecha demasiado vaga para ponerla en palabras y yo aún tenía que terminar la inspección. Si estaba en lo cierto, sería muy difícil decírselo a Eric.

En el ala había cuatro paneles de inspección, bien protegidos de la entrada del calor. Uno se encontraba sobre el centro del fuselaje, bajo el borde inferior del tanque dirigible, que estaba adosado al fuselaje en tal manera que, vista de frente, la nave tenía el aspecto de un delfín. Dos más sobre el borde de las aletas, y el cuarto sobre el propio cohete. Todos se abrían, por medio de destornillador eléctrico y tornillos rehundidos, sobre empalmes del sistema eléctrico de la nave.

Todo estaba en orden en todos los paneles. Produciendo e interrumpiendo contactos y observando las reacciones de Eric, vi que su sensación terminaba en algún punto entre el segundo y tercer panel de inspección. En el ala izquierda ocurría lo mismo. Ningún daño externo, nada averiado en los empalmes. Bajé al suelo y caminé lentamente a lo largo de cada ala, con el foco de mi casco enfocado hacia arriba. No había ninguna avería.

Cogí mis cubos y regresé al interior.

—¿Un hueso para roer? —Eric estaba confuso—. ¿No es un momento extraño para comenzar una discusión? Déjala para cuando nos encontremos en el espacio. Dispondremos de cuatro meses para poder discutir.

—Esto no puede esperar. En primer lugar, ¿has advertido si me he saltado algo?

El había estado mirando todo lo que yo hacía y veía por el visor de mi casco.

—No. Hubiera gritado.

—Muy bien. Ahora fíjate en esto.

—La rotura de tus circuitos no está en el interior porque hasta el segundo panel de inspección de las alas tienes sensaciones. No está en el exterior porque no hay evidencias de daño alguno ni siquiera puntos corroídos. Eso deja sólo un lugar para el fallo.

—Adelante.

—Nos encontramos también con el enigma de por qué estás paralizado en los dos cohetes. ¿Por qué tendrían que estropearse al mismo tiempo? Sólo hay un punto en la nave donde los circuitos se unen.

—¿Dónde? Oh, si, ya lo veo. Se unen a través de mí.

—Ahora asumamos por el momento que tú eres el fragmento del equipo que está averiado. Tú no eres una pieza de una máquina, Eric. Si algo en ti está mal no es un asunto médico. Eso fue lo primero que revisamos. Pero podría ser psicológico.

—Es agradable enterarme de que me tomas por un ser humano. Así que he perdido una ruedecilla, ¿eh?

—Algo así. Creo que eres un ejemplo de lo que antes se llamaba comúnmente anestesia del gatillo. A veces, un soldado que mata demasiado a menudo se encuentra con que su índice derecho o incluso toda su mano se ha insensibilizado, como si ya no formase parte de él. Tu comentario de que no eres una máquina es importante, Eric. Creo que ése es el problema. Nunca creíste realmente que una parte cualquiera de la nave sea una parte de ti. Eso es inteligente porque es verdad. Cada vez que la nave es rediseñada te hacen un nuevo equipo y está bien que evites pensar en un cambio de modelo como una serie de amputaciones.

Había estado ensayando este discurso, para intentar decirlo en forma que Eric no tuviese más remedio que creerme. Ahora sé que tiene que haber sonado a falso.

—Pero ahora llegaste demasiado lejos. Subconscientemente has dejado de creer que los cohetes pueden sentir como parte tuya, que es para lo que fueron diseñados. Por tanto, te has persuadido a ti mismo de que ya no sientes nada.

Habiendo terminado mi preparado discurso, y sin nada más que decir, me callé y esperé la explosión .

—No suena disparatado—dijo Eric.

Me sentí asombrado.

—Estás de acuerdo?

—No he dicho eso. Has desarrollado una elegante teoría. pero necesito tiempo para pensar sobre ella. ¿Qué hacemos si resulta cierta?

—¡Oh!... No lo sé. Tendrás que curarte a ti mismo.

—Muy bien. Ahora, ahí va mi idea. Propongo que te has inventado esa teoría para aliviarte de la responsabilidad de llevarnos a casa con vida. Colocas todo el problema en mi regazo, hablando metafóricamente.

—¡Oh!, por...

—Cierra la boca. No he dicho que estés equivocado. Eso sería una discusión *"ad nominem*" Necesitamos tiempo para pensar en ello.

Las luces estaban apagadas y habían pasado cuatro horas antes de que Eric volviera al tema.

—Howie, hazme un favor. Supón por un momento que es algo mecánico lo que está provocando nuestras dificultades. Yo daré por supuesto que es algo psicosomático.

—Suena razonable.

—Es razonable. ¿Qué puedes hacer tú si yo me he vuelto psicosomático? ¿Qué puedo hacer yo si es mecánico? No puedo ir a inspeccionar en persona. Nos ocuparemos cada uno de lo que conocemos.

—Trato hecho

Le preparé para la noche y me fui a la cama pero no dormí.

Con las luces apagadas era como encontrarse en el exterior. Las volví a encender. No despertaría a Eric. El jamás duerme normalmente puesto que su sangre nunca acumula los venenos causados por la fatiga y se volvería loco por estar todo el tiempo despierto si no tuviera una placa rusa inductora del sueño cerca de su corteza cerebral. La nave podía explotar sin despertar a Eric cuando tenía conectado su inductor de sueño. Pero yo me sentí un tonto por tener miedo de la oscuridad.

Mientras la oscuridad permaneciera en el exterior no había problema.

Pero no se quedaría allí. Había invadido la mente de mi compañero. A causa de que sus revisiones químicas le protegían de las locuras químicas como la esquizofrenia, habíamos supuesto que se mantendría permanentemente cuerdo. Pero ¿cómo podía un artificio protésico protegerle de su propia imaginación, de su propio y desplazado sentido común?

No podía cumplir lo pactado. Sabía que estaba en lo cierto. Pero ¿qué podía yo hacer?

La perspectiva es algo maravilloso. Podía ver exactamente cuál había sido nuestro error. El de Eric, el mío y el de los centenares de hombres que habían construido su soporte vital después del choque. Entonces no había quedado nada de Eric, excepto el sistema nervioso central intacto, y ninguna glándula excepto la pituitaria. "Regularemos la composición de su sangre; habían dicho, y siempre será frío, calmoso y controlado. ¡Nada de reacciones de pánico en Eric!"

Conozco una muchacha cuyo padre tuvo un accidente cuando tenía cuarenta y cinco años o cosa así. Había salido con su hermano, el tío de la chica, en un viaje de pesca. Cuando regresaban a casa estaban completamente borrachos y el individuo cabalgaba sobre el capot mientras el hermano conducía. De repente, el hermano se detuvo bruscamente. Nuestro héroe se dejó dos importantes glándulas sobre el adorno del capot.

El único cambio en su vida sexual fue que su mujer dejó de preocuparse por su embarazo tardío. Sus hábitos estaban desarrollados.

Eric no necesita glándulas de adrenalina para tener miedo a la muerte. Sus esquemas emocionales fueron fijados mucho antes del día en que intentó aterrizar una nave espacial en la Luna, sin radar. Se agarraría a cualquier excusa para creer que yo arreglaría lo que estuviese mal en la conexión de los cohetes.

Pero esperaría que yo lo hiciera.

La atmósfera se apoyaba sobre las ventanas. Sin querer, me extendí hasta tocar el cuarzo con las yemas de mis dedos. No pude sentir la presión; pero allí estaba, inexorable como la marea aplastando una roca y convirtiéndola en granos de arena. ¿Por cuánto tiempo podría la cabina contenerla?

Si alguna pieza rota era lo que nos estaba reteniendo aquí, ¿cómo no la había visto yo?

Quizá no hubiera dejado huellas en la superficie de las alas. Pero ¿cómo?

Había una posibilidad.

Tras fumar dos cigarrillos me levanté para coger los cubos de las muestras. Estaban vacíos y el polvo alienígena había sido guardado en lugar seguro. Los llené de agua y los puse en el refrigerador; lo coloqué a cuarenta grados absolutos y me fui a la cama.

La mañana era más negra que el interior de los pulmones de un fumador. Lo que Venus necesita en realidad, decidí filosofando de espaldas, es perder el noventa y nueve por ciento de su aire. Eso lo dejaría en algo así como la mitad del aire que hay en la Tierra, lo que rebajaría el efecto de invernadero lo suficiente para hacer que la temperatura fuese soportable. Bajar la gravedad de Venus cerca de cero durante unas cuantas semanas y el trabajo se haría solo.

—¡Oh! Tu punto de vista, socio. Pero continúo sin sentir nada.

Volví hacia la compuerta columpiando mis cubos vacíos y preguntándome si se calentarían lo bastante para derretirse. Quizá pudieran, pero no estuve fuera lo suficiente. Me había sacado el traje y estaba volviendo a llenar los cubos, cuando Eric dijo:

—Puedo sentir el cohete derecho.

—¿Con cuánta intensidad? ¿Control completo?

—No, puedo percibir la temperatura. Oh, aquí llega, ya está todo arreglado, Howie.

Mi suspiro de alivio fue sincero.

Puse otra vez los cubos en el congelador. Ciertamente, necesitaríamos despegar con los empalmes fríos. El agua había estado enfriándose durante unos veinte minutos cuando Eric informó:

—La sensación está desapareciendo.

—¡Qué?

—La sensación está desapareciendo. No hay temperatura y estoy perdiendo el control del carburante. No permaneceré frío el tiempo suficiente .

—¡Oh! ¿Y ahora qué?

—No me gusta decírtelo. Casi preferiría que te lo imaginaras tú mismo.

Lo hice.

—Subiremos tan altos como podamos con el tanque dirigible y después salgo a las alas con un cubo de hielo en cada mano...

Tuvimos que elevar la temperatura del tanquedirigible hasta casi ochocientos grados para conseguir presión, pero de ahí en adelante subimos bastante. Hasta dieciséis millas. Nos llevó tres horas.

—Eso es lo más alto que llegaremos —dijo Eric— . ¿Estás listo?

Fui a buscar el hielo. Eric podía verme, así que no fue necesaria una respuesta. Me abrió la compuerta.

Podía haber sentido miedo, o determinación, o espíritu de sacrificio..., pero no hubo nada de eso. Salí, sintiéndome un zombie utilizado.

Los imanes de mi calzado estaban al máximo. Era como caminar sobre un profundo alquitrán. El aire era espeso, aunque no tan espeso como había parecido allá abajo. Seguí el rayo de mi foco hasta el panel número dos, lo abrí, derramé hielo en su interior y tiré el cubo hacia arriba. El hielo estaba en un solo bloque y no pude cerrar el panel. Lo dejé abierto y corrí hacia otra ala. El segundo cubo estaba lleno de fragmentos explotados; los derramé, cerré el panel izquierdo número dos y regresé con las manos libres. En todas direcciones se

extendía algo como el limbo, excepto donde el rayo luminoso de mi foco cortaba un túnel en la oscuridad, y... mis pies se estaban calentando. Cerré el panel derecho sobre agua hirviendo y me deslicé a lo largo del casco hacia la compuerta.

—Entra y abróchate—dijo Eric—. ¡Date prisa!

—Tengo que quitarme el traje.

Mis manos habían comenzado a temblar a causa de la reacción. No podía hacer funcionar las grapas.

—No, no lo hagas. Si empiezas ahora mismo. Todo el maldito universo está esperando a que descubramos la antigravedad.

—Buenos días—dijo Eric—. ¿Has pensado en algo?

—Sí —rodé fuera de la cama—. No me fastidies ahora con preguntas. Te lo explicaré todo mientras salgo.

—¿Sin desayunar?

—Todavía no.

Me puse el traje pieza a pieza como uno de los caballeros del Rey Arturo y fui a buscar los cubos sólo después de haberme puesto los guanteletes. El hielo en la sección fría estaba en la helada vecindad del cero absoluto.

—Estos son dos cubos de hielo vulgar—dije levantándolos—. Ahora déjame salir.

—Debería tenerte dentro hasta que hablases—gruñó Eric.

Pero las puertas se abrieron y salí sobre el ala. Mientras desatornillaba el panel derecho número dos comencé a hablar.

—Eric, piensa un momento en las pruebas que hacen con una nave tripulada antes de permitir a un hombre introducirse en el sistema vital. Prueban todas las partes por separado y en unión de las demás. Entonces, si algo no funciona, o bien está averiado, o bien no fue comprobado debidamente, ¿de acuerdo?

—Razonable—no traicionaba nada.

—Bien; nada ha causado daño alguno. No sólo no hay rotura de la superficie de la nave, sino que ninguna coincidencia podría haber hecho que los dos cohetes se averiasen al mismo tiempo. Por tanto, algo no ha sido comprobado debidamente .

Había sacado el panel. El hielo hervía suavemente en los cubos donde tocaba las superficies de los cubos de vidrio. Los cubitos de hielo azulados habían estallado bajo su propia presión interna. Vacié un cubo sobre — el laberinto de cables, contactos y conexiones. Y el hielo se resquebrajó dejando espacio para que yo cerrara el panel.

Por tanto, ayer por la noche pensé en algo, algo que no había sido probado. Todas las partes de la nave deben haber estado en la cápsula de calor y presión, expuestas a las condiciones artificiales de Venus, pero la nave en total, como una unidad, no puede haber estado. Es demasiado grande.

Me había acercado al ala izquierda y estaba abriendo el panel número tres en el borde de la aleta. El hielo que me quedaba era en parte agua y en parte pequeños fragmentos; los derramé dentro y cerré el panel.

—Lo que ha cortado tus circuitos debe haber sido el calor o la presión o ambas cosas. No puedo evitar la presión, pero estoy enfriando estos empalmes con hielo. Hazme ~ saber qué cohete recobra primero sus sensaciones y sabremos qué panel de inspección es el señalado

—Howie, ¿se te ha ocurrido lo que podría hacer el agua fría a esos metales ardientes?

—Podría resquebrajarlos. Entonces perderías todo control sobre los cohetes, que es lo que ahora no funciona. Quizá lleguemos a casa. Déjate el traje puesto y entra.

Lo hice. Mientras cerraba mis correas, los cohetes rugieron. La nave se estremeció ligeramente, después se lanzó hacia delante mientras nos desprendíamos del tanque de combustible. La presión subió mientras los cohetes alcanzaban velocidad operativa. Eric estaba dando todo lo que tenía. Hubiese sido incómodo incluso sin aquel traje de metal a mi alrededor. Con él puesto era una tortura. Mi lecho ardía a causa del traje. pero no tenía aliento para decirlo. Estábamos ascendiendo casi en línea recta.

Habíamos subido veinte minutos cuando la nave saltó casi como una rana galvanizada.

—Un cohete se ha terminado —dijo Eric calmosamente—. Usaré el otro.

Otra sacudida cuando dejamos caer el muerto. La nave continuaba volando como un pingüino herido, aunque todavía aceleraba.

Un minuto..., dos...

El otro cohete se terminó. Fue como si hubiésemos tropezado con melaza. Eric dejó caer el cohete y la presión descendió. Pude hablar.

—¿Eric?

—¿Qué?

—¿Tienes un poco de algodón?

—¿Qué? Oh, ya entiendo. ¿Tu traje está apretado?

—Claro.

Aguántalo. Después nos ocuparemos de ello. Voy a navegar con un poco de este empuje, pero cuando use el propulsor será salvaje. Sin piedad.

—¿Lo conseguiremos?

—Creo que sí. Estamos cerca.

El alivio llegó primero; un frío helado. Después la ira.

—¿No más inexplicable insensibilidad? —pregunté .

—No. ¿Por qué?

—Si algo apareciera seguro que me lo dirás, ¿verdad?

—¿Estás intentando decirme algo?

—Olvídalo—ya no estaba enfadado.

—Maldita sea; sí lo haré. Sabes perfectamente que era un problema mecánico. Tú mismo lo arreglaste.

—No. Te convencí de que debía haberlo arreglado. Necesitabas creer que los cohetes tenían que funcionar de nuevo. Te di una cura milagrosa, Eric. Sólo espero que no tenga que continuar soñando con nuevos milagros para ti durante el regreso a casa.

—Pensabas eso, ¿y saliste a las alas a dieciséis millas de altura? —se burló la maquinaria de Eric—. Tienes agallas cuando lo que necesitas es cerebro.

No contesté.

—Cinco mil pavos a que el problema era mecánico. Dejemos que decidan los técnicos después que aterricemos.

—Los has perdido.

—Ahí va el cohete. Dos, uno...

Llegó, aplastándome en mi traje de metal. Unas suaves llamas me lamieron los oídos, escribiendo en negro sobre el verde techo de metal, pero la rosada niebla ante mis ojos no era fuego.

El hombre de las gruesas gafas extendió un diagrama de la nave venusiana y aplastó un dedo regordete contra el borde del ala.

—Justamente aquí—dijo—. La presión del exterior comprimió un poco el canal del cable, un poquito. justo lo bastante para que el cable no tuviese espacio para doblarse. Tuvo que actuar como si fuera rígido, ¿ve? Entonces, cuando el calor expandió el metal estos contactos no se realizaron.

—¿Supongo que será el mismo diseño en las dos alas?

Me miró de una forma extraña.

—Claro, naturalmente.

Dejé mi cheque por cinco mil dólares en el buzón del correo de Eric y salté a un avión para Brasilia. Nunca sabré cómo me encontró, pero el telegrama llegó esta mañana.

HOWIE, VUELVE A CASA.TODO ESTA PERDONADO.

EL CEREBRO DE DONOVAN.

Supongo que tendré que hacerlo.

LA ESPERA

Es de noche en Plutón. Clara y delimitada, la línea del horizonte corta mi campo de visión. Bajo esa línea rota se encuentra la vaga blancura grisácea de la nieve a la luz de las estrellas. Encima, la negrura espacial y las estrellas brillantes del espacio. Las estrellas aparecen por detrás de una dentada hilera de montañas heladas, derramándose solitarias en racimos o en torrentes de frías motas blancas. Se mueven lenta pero visiblemente, justo con la rapidez suficiente para que un ojo atento capte su movimiento.

Algo estaba mal ahí. El periodo de rotación de Plutón es largo: 6,39 días. El tiempo debe haber aminorado su marcha para mí.

Debía haberse detenido.

Me pregunté si podía haberme equivocado.

El pequeño tamaño del planeta acerca el horizonte. Sin un halo atmosférico que difumine las distancias, parece todavía más cercano. Dos agudos pichachos sobresalen hacia el

enjambre estrellado como los afilados caminos de un guerrero caníbal. En la sima entre esos picos brilla de repente un punto brillante.

Reconozco al Sol, aunque no tenga más volumen que cualquier otra estrella más débil. El sol resplandece como un punto frío entre los helados picachos; se aparta de las rocas y brilla sobre mis ojos...

El sol ha aparecido, el campo de estrellas ha cambiado. Debo haberme dormido.

Figuradamente.

¿He cometido un error? Si es así, no me matará. Aunque podría volverme loco...

No estoy furioso. No siento nada, ni dolor, ni carencia, ni pena, ni miedo. Ni siquiera piedad. Solamente: ¡ Vaya situación la mía!

Gris y blanco sobre gris y blanco, la nave permanece, corta, ancha y cónica, medio sumergida en una llanura helada bajo el nivel de mis ojos. Aquí estoy yo, mirando hacia el este y esperando .

Aprended una lección: esto es lo que pasa por no querer morir.

Plutón no era el planeta más distante. Había dejado de serlo en 1979, hacia diez años. Ahora Plutón se encontraba en su perihelio, lo más cerca que estaría nunca del Sol y de la Tierra. Ignorar una oportunidad semejante hubiese sido un profundo desperdicio.

Y por eso vinimos, Jerome, Sandy y yo, en una burbuja inflada de plástico, colocada sobre un reactor iónico. Después de pasar tanto tiempo juntos y con tan poca intimidad, quizá hubiéramos debido odiarnos entre nosotros. No lo hacíamos. El equipo de psicólogos de las Naciones Unidas hizo una buena elección.

Aunque... simplemente perder de vista a los otros sólo por unos minutos. Simplemente tener algo que hacer, algo que no fuese predecible. Un mundo nuevo podía contener infinitas sorpresas. De hecho, también nuestros instrumentos, probados en un laboratorio. No creo que ninguno de nosotros confiase realmente en el

Nerva—K bajo nuestra nave de contacto con la superficie.

Piénsenlo. Para viajes largos por el espacio se utiliza un reactor iónico que proporciona un empuje bajo durante largos períodos de tiempo. El motor iónico de nuestra propia nave había sido utilizado durante décadas. Cuando la gravedad es materialmente más baja que en la Tierra se aterriza por medio de cohetes químicos de confianza. Para aterrizar en la Tierra y Venus se emplean escudos caloríferos y el poder retardante de la atmósfera. Para aterrizar sobre los gigantes gaseosos... ¿Pero quién querría hacerlo?

Los cohetes de fisión tipo Nerva se emplean únicamente para despegar de la Tierra, donde es importante el empuje y la eficiencia. La capacidad de respuesta y la maniobrabilidad cuentan demasiado en un aterrizaje con motor. Y un planeta pesado siempre contará con una atmósfera que sirva de freno.

Plutón no la tenía.

En Plutón los cohetes químicos para despegar. Y volver a ascender eran demasiado pesados para llevarnos todo el camino. Necesitábamos un motor atómico tipo Nerva que emplease hidrógeno para la reacción de las masas. Y nosotros lo teníamos. Pero no confiábamos en él.

Jerome Glass y yo descendimos, dejando a Sammy Cross en órbita. Por supuesto que protestó por eso. Había salido de allá, de El Cabo, y había estado allí arriba durante año y medio. Pero alguien tenía que quedarse. Alguien tenía que estar a bordo del vehículo de regreso a la Tierra para arreglar lo que fuese mal, para transmitir las comunicaciones a la Tierra y para disparar las bombas que resolverían el único misterio genuino de Plutón.

Nunca llegamos a resolverlo. ¿De dónde saca Plutón toda esa masa? El planeta tiene una densidad doce veces superior a la que le correspondería. Podíamos haber resuelto eso con las bombas. en la misma forma que se resolvió el misterio de la constitución de la Tierra, en algún momento del siglo pasado. Cartografiaron los movimientos de las ondas sismicas a través de la masa de la Tierra. Pero aquellas ondas procedían de causas naturales. como la erupción del Krakatoa. En Plutón, las bombas lo hubiesen hecho mejor.

Un brillante sol—estrella resplandece repentinamente entre dos colmillos montañosos. Me pregunto si sabrán las respuestas cuando termine mi vigilia.

El cielo salta. y se inmoviliza. y...

Estoy mirando hacia el este, a la llanura donde aterrizamos con la nave. La llanura y detrás, las montañas parecen estar hundiéndose como la Atlántida; una ilusión creada por el flujo de las estrellas. Nos deslizamos sin cesar bajo el negro firmamento: Jerome, yo y la nave averiada.

El Nerva—K se comportó perfectamente. Revoloteamos durante unos minutos para derretir un paso entre los diversos estratos de gases congelados y encontrar algo sólido donde aterrizar. Volátiles en condensación humeaban a nuestro alrededor y hervían, de forma que nos posamos entre la suave luminosidad blanca de la niebla iluminada por la llama de hidrógeno.

Bajo la curva del rodapié de aterrizaje apareció un suelo negro y húmedo. Dejé caer la nave con cuidado, con cuidado..., y tocamos.

Nos llevó una hora revisar la nave y prepararnos para salir al exterior. Pero ¿quién sería el primero? Este no era un asunto sin importancia. Plutón sería la última avanzadilla del sistema solar durante la mayor parte de la historia del futuro, y la estatua al primer hombre que llegase allí probablemente permanecería por siempre inigualada.

Fue Jerome quien ganó la apuesta. Todo por culpa de una moneda. El primer nombre en los libros de historia sería el de Jerome. ¡Recuerdo la sonrisa que forcé! Me gustaría poder forzar una ahora. Cuando salió por la compuerta iba riéndose y hablando de estatuas de mármol.

Hay cierta ironía en eso, si se es aficionado a ese tipo de cosas.

Estaba atornillándome el caso cuando Jerome comenzó a gritar obscenidades por el micrófono del suyo. Interrumpí la revisión y le seguí.

Una mirada lo dijo todo.

El polvo negro y húmedo bajo nuestro rodapié¿ de aterrizaje era hielo sucio, una mezcla de agua y hielo al azar con gases más ligeros y roca ordinaria. El calor proveniente del reactor Nerva había derretido aquel hielo. Las rocas en su interior se habían hundido, lo mismo que el vehículo, y cuando el agua se congeló de nuevo estaba hundido hasta la mitad del casco. Nuestra nave de aterrizaje se hallaba enterrada en hielo sólido.

Podíamos haber hecho una pequeña exploración antes de intentar mover la nave. Cuando llamamos a Sammy, eso fue justamente lo que él sugirió. Pero Sammy estaba allá arriba, en el vehículo de regreso a la Tierra, y nosotros aquí abajo, con nuestro vehículo enterrado en el hielo de otro mundo.

Estábamos aterrorizados. Hasta que nos liberásemos no valdríamos para nada más, y ambos lo sabíamos.

Me pregunto por qué no puedo recordar el miedo.

Teníamos una única oportunidad. El vehículo había sido diseñado para trasladarse sobre la superficie de Plutón y por eso tenía un rodapié, en lugar de extremidades de aterrizaje. Un empuje de media gravedad nos hubiese proporcionado un efecto de terreno más seguro y más barato que usar la nave como un proyectil balístico. El rodapié debe haber atrapado gas debajo, cuando la nave se hundió, dejando al motor Nerva—K en la cavidad de una burbuja.

Pod~m(~ rr~ir ~ tenerlo dos hombres aterrorizados. El calor subió en el Nerva—K en forma agonizantemente lenta. En un vuelo hubiese habido un efecto refrescante al correr el combustible de hidrógeno frío por la pila. No podíamos usar eso. Pero los alrededores del motor se hallaban terriblemente fríos. Los dos factores podían compensarse mutuamente o...

De repente, los discos se volvieron locos. Algo había estallado a causa de la salvaje diferencia de temperatura. Jerome utilizó, sin ningún efecto, los rodillos de humidificación. Quizá se habían derretido. Quizá el cable había estallado, o los resistentes se habían vuelto superconductores a causa del frío. Quizá la pila...; pero ahora no importa.

Me pregunto por qué no puedo recordar el miedo.

La luz del sol...

Y una sensación borrosa y como en sueños de estar consciente de nuevo. Las mismas estrellas se elevan en formación sobre las mismas montañas oscuras.

Algo pesado está olfateándome. Percibo su peso contra mi espalda y la parte posterior de mis piernas. ¿Qué es? ¿Por qué no estoy aterrorizado?

Me rodea, tanteando. Parece una gigantesca ameba, informe y translúcida, con cuerpos más oscuros visibles en su interior. Calculo que tendrá más o menos mi peso. ¡Hay vida en Plutón! Pero ¿cómo? ¿Superfluidos? ¿Helio II contaminado por complejos moleculares? En ese caso la bestia haría mejor en alejarse; necesitará sombra en cuanto salga el sol. La temperatura del Sol en Plutón es siempre de cincuenta grados.

¡No, vuelve! Se aleja, deslizándose hacia el cráter. ¿Lo han alejado mis pensamientos? Tonterías. Probablemente no le gustó mi sabor. Debe ser terriblemente lento para que yo pueda captar sus movimientos. La bestia todavía es visible. borrosa porque no puedo mirar directamente hacia ella moviéndose colina abajo en dirección al vehículo y la diminuta estatua al primer hombre que murió en Plutón.

Después del fracaso con el Nerva—K uno de nosotros tenía que bajar y ver el daño causado. Eso significaba hacer un túnel con la llama de un reactor portátil y después reptar bajo el rodapié de aterrizaje. No hablamos sobre las implicaciones. Probablemente estábamos muertos. El hombre que descendiese a la cavidad de la burbuja estaba todavía más muerto. Pero ¿qué más da? Los muertos son los muertos.

No me sentí culpable. Yo mismo hubiese ido de haber perdido la apuesta.

El Nerva—K había esparcido fragmentos fundidos de la pila de fisión por toda la cavidad de la burbuja. Estábamos atrapados sin remisión. Mejor dicho. yo estaba atrapado y Jerome estaba muerto. La cavidad era un infierno radiactivo.

Al entrar, Jerome había estado jurando suavemente. Salió en perfecto silencio. Creo que gastó todas sus buenas palabras en asuntos menos importantes.

Recuerdo haber llorado, en parte por la pena y en parte por miedo. Recuerdo que a pesar de ello conservé la voz firme. Jerome nunca lo supo. Lo que haya adivinado es asunto suyo. Me dijo la situación, me dijo adiós, y después salió al exterior sobre el hielo y se quitó el casco. Una borrosa pelota blanca se tragó su cabeza, explotó y después se posó sobre el suelo en diminutos copos de nieve.

Pero todo eso parece infinitamente remoto. Jerome está ahí fuera con el casco agarrado en la mano; una estatua a sí mismo, el primer hombre que pisó Plutón. Una escarcha de humedad recondensada oculta su expresión.

La luz del sol. Espero que la ameba...

Ha sido algo loco. El sol permaneció inmóvil durante un instante, un punto blanco entre picos gemelos. Después se lanzó hacia arriba, y el firmamento que giraba se detuvo con una sacudida. No me extraña no haberlo advertido antes. Sucedió muy de prisa.

Un pensamiento horrible. Lo que me ha sucedido a mí quizá le haya ocurrido también a Jerome. Me pregunto...

En el vehículo de retorno estaba Sammy, pero no podía bajar a rescatarme. Yo no podía subir. El sistema vital no había sufrido daños, pero antes o después moriría congelado o se terminaría el aire.

Me quedé junto al vehículo unas treinta horas, tomando muestras del hielo y del terreno, analizándolas, enviando los datos a Sammy vía rayo láser, y también altisonantes mensajes de despedida, apiadándome de mí mismo. En mis viajes al exterior pasé continuamente junto a la estatua de Jerome. Para ser un cadáver que no ha sido petrificado por las habilidades postquirúrgicas de un embalsamador, tiene muy buen aspecto. Su piel cubierta de polvo escarchado es indistinguible del mármol y sus ojos se elevan hacia las estrellas con un anhelo conmovedor. Cada vez que pasaba a su lado me preguntaba qué aspecto tendría yo cuando me llegase el turno.

Tienes que encontrar un estrato de oxígeno —repetía Sammy una y otra vez.

—¿Por qué?

—¡Para mantenerte con vida! Tarde o temprano enviarán una nave de rescate. ;No puedes rendirte ahora!

Yo ya me había rendido. Había oxigeno, pero ningún estrato como el que Sammy deseaba. Había vetas de oxigeno mezclado con otras cosas, como vetas de mineral de oro en las rocas. Demasiado poco y distribuido con escasez.

—¡Entonces usa el aguanieve! Es sólo justicia poética, ¿no es cierto? ;Puedes extraer el oxígeno por electrólisis!

Pero una nave de rescate tardaría años. Tendrían que construirlas desde el principio y también volver a diseñar el vehículo de aterrizaje. La electrólisis necesita energía y el calor también. Yo sólo tenía las baterías.

Antes o después se me terminaría la energía. Sammy no podía ver esto. Estaba más desesperado que yo mismo. No terminé los mensajes de despedida; dejé de enviarlos porque estaban volviendo loco a Sammy.

Pasé demasiadas veces junto a la estatua de Jerome y tuve una idea.

Esto es lo que pasa cuando no se quiere morir.

En Nevada, a tres billones de millas de aquí, medio millón de cadáveres yacen congelados en cámaras rodeadas de nitrógeno líquido. Medio millón de hombres muertos esperan una resurrección terrenal, el día en que la ciencia médica descubra cómo descongelarlos sin matarlos, cómo curar lo que estaba matando a cada uno de ellos, cómo curar el daño adicional realizado por los cristales de hielo rompiendo las paredes celulares a través de sus cerebros y cuerpos.

¿Medio millón de locos? Pero ¿qué elección tenían? Se estaban muriendo.

Yo me estaba muriendo.

Un hombre en el vacío puede permanecer consciente durante decenas de segundos. Si me movía con rapidez podía salir de mi traje en ese tiempo. Sin ese aislamiento protector, la negra noche de Plutón sorbería en unos segundos el calor de mi cuerpo. A cincuenta grados absolutos permanecería congelado hasta una versión u otra del día de la resurrección.

La luz del sol...

...Y estrellas. Ninguna señal del gran goterón que ayer me encontró tan extrañamente poco sabroso. Pero podía estar mirando en una dirección equivocada.

Espero que llegase a tiempo a un refugio.

Estoy mirando hacia el este, hacia la llanura encharcada. En mi visión periférica, la nave no parece haber cambiado ni sufrido daños.

Mi traje yace a mi lado sobre el hielo. Estoy de pie sobre una cumbre de roca negra, vestido con mi ropa interior helada, mirando eternamente el horizonte. Antes de que el frío alcanzase mi cerebro encontré un último momento en el que asumir una pose heroica. Hacia el este, muchacho. ¿No sabríais si me equivoqué en las direcciones? Pero la neblina formada por mi respiración lo ocultaba todo y me movía a una terrible

velocidad.

Sammy Cross debe estar ahora camino de casa. El les dirá dónde estoy.

Las estrellas salen por detrás de las montañas y la llanura encharcada, y Jerome y yo nos hundimos eternamente bajo el firmamento.

Mi cadáver debe ser el más frío de la historia. Hasta los esperanzados muertos de la Tierra se encuentran almacenados sólo a las temperaturas del nitrógeno líquido. La noche de Plutón hace que eso parezca tórrido, después que el calor del día, de cincuenta grados absolutos, es absorbido por el espacio.

Lo que yo soy es un superconductor. La luz solar eleva la temperatura demasiado, apagándome cada amanecer como si fuera una maldita máquina. Pero por la noche mi sistema nervioso se convierte en un superconductor. Fluyen corrientes; fluyen pensamientos; fluyen sensaciones. Perezosamente. La rotación de Plutón, de ciento cincuenta y tres horas, pasa en lo que parecen ser quince minutos. A esa velocidad, puedo esperar.

Estoy como una estatua y una panorámica. No es extraño que no pueda sentirme emocionado por nada. El agua aquí es una roca y mis glándulas están rodeadas por el hielo. Pero experimento sensaciones: el empuje de la gravedad, el tirón del vacío sobre cada pulgada cuadrada de mi cuerpo. El vacío no hará hervir mi sangre. Pero las tensiones están congeladas en el hielo de mi interior, y así me lo dicen mis nervios. Siento el viento saliendo entre mis labios, como una exhalación del humo de un cigarrillo.

Esto es lo que sucede por no querer morir. ¡Si consigo mi deseo, vaya una broma!

¿Creéis que me encontrarán? Plutón es un planeta pequeño. Pero como lugar donde perderse, un planeta pequeño es demasiado grande. Aunque está la nave; pero parece cubierta de escarcha. Los gases vaporizados se han vuelto a condensar sobre el casco. Gris y blanco

sobre gris y blanco, un terrón sobre una fuente de hielo congelado. Puedo estar por siempre esperando a que ellos distingan la nave de sus alrededores.

Basta de eso.

La luz del sol...

Las estrellas ruedan por el cielo. Las mismas formaciones, rodando interminablemente desde los mismos puntos. ¿Vivirá el cadáver de Jerome la misma semivida que yo vivo ahora? Debiera haberse desnudado como yo. ¡Dios mío! ¡Ojalá hubiera pensado en limpiar el hielo de sus ojos!

Me gustaría que volviese esa masa de superfluído.

Maldita sea. Hace frío.

EL OJO DE UN PULPO

Era un pozo.

Henry Bedrosian y Christopher Luden se inclinaron sobre el borde, escudriñando la negrura de azabache. Su motociclo, movido por globos, yacía olvidado sobre la arena de talco, una fina arena rosada que se extendía interminablemente hasta el bajo horizonte, tomando su color del cielo. El cielo era del color de la sangre. Podía haber sido un llameante atardecer de Kansas, pero el diminuto sol estaba todavía en su cenit. El cerco de piedra translúcida de la boca del pozo se erguía como una blasfemia en la soledad ponzoñosa que era Marte.

Sobresalía cuatro pies de la arena, toscamente circular y quizá con unas tres yardas de diámetro. Las erosionadas piedras eran bloques en posición vertical de un pie de altura, cinco

pulgadas de ancho y quizá un pie de grueso. Fuese lo que fuese el material de aquellas piedras, parecían relucir con una débil luz azul proveniente de su interior.

—¡Es tan humano! —dijo Henry Bedrosian.

Su voz tenía un toque de asombrada frustración, aumentada por su oscura cara de nariz de formón.

Chris Luden sabía lo que quería decir.

—Es natural. Un pozo es como una palanca o una rueda. No se pueden hacer muchos cambios porque es demasiado simple. ¿Te has fijado en la forma de los ladrillos?

—Sí. Extraños. Pero pueden ser hechos por el hombre.

—¿En esta atmósfera, respirando óxido nítrico y bebiendo ácido nítrico rojo humeante? —respiró profundamente—. ¿Por qué quejarnos? ¡Así es la vida, Harry! ¡Hemos descubierto vida inteligente !

—Tenemos que decírselo a Abe.

—De acuerdo.

Pero antes que ninguno de ellos se moviese, pasó un largo momento. Permanecieron apoyados en el pozo, con el verde vívido de sus trajes de presión resaltando sobre el rosa de la arena y el rojo oscuro del horizonte, escudriñando la masa de oscuridad del fondo. Después se volvieron y se montaron en el Marsmobile.

La nave de aterrizaje parecía un bolígrafo de acero ergu1do.

La mitad inferior constaba de tres extremidades extensibles, un cohete sólido para el

reencendido y una espaciosa bodega, vacía ahora en sus tres cuartas partes. La mitad superior era la fase que regresaría a la órbita. Muy lejos, sobre las dunas en forma decreciente, se veía un parche blanco, el artilugio que usaba la nave para retrasar el descenso, abandonado.

El Marsmobile, una gloriosa motocicleta de dos asientos con grandes neumáticos redondos y cantidad de modificaciones especiales, llegó resoplando hasta una extremidad y se detuvo. Henry se bajó y subió a la cabina para llamar a Abe Cooper, en órbita. Chris Luden subió a la bodega y revolvió entre un desordenado montón de cosas necesarias hasta que encontró un largo carrete de cable fino, un cubo de metal y un pesado martillo para rocas, todos tratados para resistir la corrosiva atmósfera. Dejó caer los objetos cerca del Marsmobile y bajó.

"Ahora veremos"—se dijo a sí mismo.

Henry bajaba por la escalera.

—Abe está impaciente—informó . Dice que si no le llamamos cada cinco minutos bajará a buscarnos. Quiere saber la antigüedad del pozo.

—También yo —Chris blandió el martillo—. Arrancaremos un fragmento y lo analizaremos. Vamos.

El pozo estaba a milla y media de la nave y no era de un color que resaltase. Probablemente no lo habrían encontrado si no hubiesen dejado una bandera como señal.

—Veamos primero la— profundidad —dijo Luden.

Puso el martillo dentro del cubo para hacer peso, ató un cable al asa y lo dejó caer. Esperaron en el fantasmagórico silencio del desierto marciano, escuchando... El cable casi se había terminado cuando el cubo chocó con algo. En un instante, la sombra de un chapoteo subió flotando desde las profundidades. Henry hizo una marca en el cable para poder medir la profundidad a que había llegado. Parecía tener alrededor de trescientos pies. Lo subieron.

El cubo estaba medio lleno de un fluido turbio y ligeramente aceitoso. Chris se lo tendió a su compañero.

—Henry, ¿quieres llevarte esto y analizarlo?

El oscuro rostro de Henry sonrió alrededor de la puntiaguda barba.

—Lo echaremos a suertes. Los dos sabemos lo que va a resultar ser.

—Cierto, pero tiene que hacerse. Aun así.

Se lo jugaron a los dados. Henry perdió. Volvió a la nave con el cubo colgando de una mano y el fluido derramándose por el borde.

La piedra que forma el pozo bien podría ser cuarzo, o incluso algún tipo de mármol sin vetas. Había sido demasiado erosionada, finalmente arañada, pulida y quemada por los pacientes granos de arena para poder decir qué era. Chris Luden escogió un bloque de aspecto apropiado y golpeó con fuerza usando el martillo sobre lo que parecía ser una grieta. Lo hizo así tres veces.

El martillo quedó inutilizado.

Luden movió el martillo de un lado para otro, para examinar el filo irregular y embotado y las esquinas aplanadas. En sus ojos azules había una mirada de asombro. Sabía que el gobierno podía haber protestado sobre el coste o la calidad. Allí en Marte, aquel martillo valía decenas de miles de dólares. Tenía que estar hecho de alguna aleación de acero dura y resistente. Pero...

Torció la cabeza en el interior de su casco, sopesando una extraña idea...

—¡Harry!

— ¿Sí?

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy llegando a la compuerta. Concédeme cinco minutos para averiguar que esta cosa es simplemente ácido nítrico.

—De acuerdo, pero hazme un favor. ¿Tienes tu anillo?

— ¿La herradura de diamante? Claro.

—Tráelo contigo, fuera de su traje. Fuera, eso es.

—Espera un minuto, Chris. Es un anillo valioso. ¿Por qué no usas el tuyo?

—¡Debiera habérseme ocurrido! Me quitaré el traje de presión y... ¡Uf! No consigo quitarme el casco...

—¡Basta, basta! Ya entiendo.

Se oyó un click cuando la radio de Henry se apagó.

Luden se sentó a esperar.

El sol resbalaba hacia el horizonte . Habían aterrizado el día anterior poco antes del atardecer, por tanto, conocían lo bruscamente que el desierto podía pasar del rosa al negro de la medianoche y la escasa luz que daba la insignificante luna. Pero faltaban cuatro horas para la puesta de sol.

Todas las dunas tenían la misma orientación, crecientes perfectas, tan regulares como si estuviesen hechas con las manos. Algo debía dar forma aquí a los vientos haciendo que soplasen siempre en la misma dirección como los vientos de la Tierra que habían ayudado al comercio en otras épocas. Y las dunas reptarían sobre las arenas, más lentas que caracoles, siguiendo a los vientos.

¿Qué edad tenían las piedras contra las que se apoyaban? Si se tratase realmente de... Era una idea tonta y estrafalaria, pero Chris no se hubiese presentado voluntario para el Proyecto Marte si no fuese bastante romántico... Si realmente se trataba de diamantes, debían ser terriblemente antiguos para haber sido desgastados así sólo por la arena. Mucho más antiguo que las pirámides y un venerable antepasado de la Esfinge. Quizá la raza que había esculpido aquellas piedras hubiese perecido ya. Los escritores de ciencia ficción a menudo asumían una raza marciana extinta. Quizá el pozo hubiese contenido agua originalmente...

—Hola. ¿Chris?

—Aquí .

—Es ácido nítrico sucio y no demasiado fuerte. La próxima vez debes creerme.

—Henry, no nos han enviado aquí para hacer astutas suposiciones. Todas las adivinanzas ya las hicieron ellos cuando construyeron la nave. Vinimos a enterarnos con certeza, ¿no es así?

—Hasta dentro de diez minutos.

"¡Click!"

Luden dejó que sus ojos vagasen por el desierto. Pasó un instante antes de que comprendiese lo que le había llamado la atención. Una de las dunas era irregular. Las curvas estaban mal, eran asimétricas. La creciente normal había dejado un extremo extendido y hacia atrás. Sobresalía tanto como una pera en una fila de manzanas.

Le quedaban diez minutos y la duna no estaba lejos. Luden se levantó y echó a andar.

Se detuvo bajo la duna y miró hacia atrás. El pozo era claramente visible. Incluso la distancia era más corta de lo que él creyó. Había sido engañado por la cercanía del horizonte.

El labio de la duna tenía unos catorce pies de altura.

¿Qué era lo que la había distorsionado? Alguna aguja rocosa quizá, no lo bastante alta como para sobresalir sobre la arena. Más tarde podrían buscarla con el sonar.

Tenía que encontrarse bajo el único brazo de arena retorcido y deforme.

—¡Chris! ¿Dónde demonios estás? ¡Chris!

Chris dio un salto. Se había olvidado de Henry.

—Mira en línea recta al sur del pozo y me verás.

—¿Por qué no te quedas donde estabas, idiota? Pensé que habrías sido enterrado por una tormenta de arena.

—Lo siento, Harry. Algo me interesó—Chris Luden estaba ahora de pie sobre el brazo de arena torcido. Parecía preocupado—. Prueba a arañar los bloques del pozo con tu anillo.

—Es una extraña idea—se rió Henry.

—Hazlo.

Silencio. Luden sintió el viento, contempló la duna, e intentó imaginarse qué obstrucción la había dejado allí. Algo no necesariamente muy grande. No estaría bajo la duna, sino en el lado del viento..., en el principio del arco..., allí.

—Lo he arañado, Chris. Hay una marca. Así que efectivamente...¡Ooooh! ¡Aaag! Chris, ¡estás condenado! ¡Sólo la muerte puede salvarte de mi ira!

—¿Por qué estás furioso...?

—¡Mi diamante! ¡ Se ha estropeado!

—Olvídalo. Podrías reemplazarlo un millón de veces sólo con un bloque de ese pozo.

—Oye, es cierto. Pero necesitaremos el láser para cortarlo. Deben haber empleado polvo de diamante como cemento también. Y el carburante para llevarlo...

—Harry, hazme un favor. Tráeme...

—El último favor me costó un anillo de tres mil dólares.

—Trae aquí el Marsmobile. Quiero cavar un poco .

—Ahora mismo voy.

Un minuto más tarde Henry detenía la máquina junto al verde traje de Chris. Su sonrisa mostraba que los arañazos sobre su anillo no habían arañado su psique también.

—¿Dónde cavamos?

—Justo donde yo estoy.

El Marsmobile estaba equipado con dos reactores de aire comprimido para subir obstáculos muy empinados. Un enorme tanque bajo el vientre del vehículo contenía el aire pesadamente comprimido, comprimido directamente por el motor a partir del fino aire marciano. Henry encendió los reactores y se lanzó sobre el punto donde Chris había estado, cambiando de lugar para mantener la máquina en equilibrio. La arena se esparció formando abanicos. Chris corrió para salir de debajo, y Henry, sonriendo, dobló el empuje para enviar los granos sobre él. En medio minuto la presión se hizo demasiado baja. Henry tuvo que

aterrizar. El Marsmobile se estremeció y vibró mientras su motor luchaba por rellenar la cámara de presión.

—Me fastidia preguntártelo —dijo Henry—; pero ¿a qué viene todo esto?

—Ahí abajo hay algo sólido. Quiero descubrirlo.

—Muy bien; si estás seguro de que está aquí. Tenemos seis meses de tiempo para malgastar.

Malgastaron unos cuantos minutos observando silenciosamente cómo el Marsmobile rellenaba el tanque de presión.

—Eh—dijo Henry—, ¿crees que podemos reclamar esta mina de diamantes?

Chris Luden, sentado sobre la pendiente de la duna, se rascó un lado de su casco pensativamente .

—¿Por qué no? No hemos visto ningún marciano vivo y es seguro que nadie más va a reclamarlo. Seguro, rellenaremos nuestra petición; lo peor que pueden hacer es decir que no.

—Una cosa; no la mencioné antes porque quería que lo vieses tú mismo, pero al infierno. Uno de aquellos bloques está completamente cubierto con inscripciones.

—Todos están llenos de arañazos.

—No como éstos. Son profundos y todos están en ángulos de cuarenta y cinco grados, a menos que mi imaginación me esté engañando. Son demasiado finos para estar seguro, pero creo que es una especie de escritura.

Y sin esperar respuesta, Henry despegó con los reactores de aire. Lo hacia muy bien. Era como un bailarín de ballet. Podía verse cómo Henry cambiaba su peso, pero el artefacto nunca parecía moverse.

Algo emergía de la arena. Algo que no era una oca.

Algo como una pieza de moderna escultura en metal, sin utilidad y sin significado, pero con una extraña belleza, sin embargo. Algo que había sido una máquina y que ahora era... nada.

Henry Bedrosian se balanceó sobre la fosa cónica que sus reactores habían excavado. El artefacto se veía ahora claramente. A su lado había algo más.

Una momia.

El Marsmobile se posó al terminársele el aire. Chris se zambulló por un costado de la fosa, mientras Henry se bajaba.

La momia era humanoide, tenía cuatro pies de largo, largos brazos. dedos alargados, enormemente frágiles, y un cráneo tradicionalmente de gran tamaño. Ningún detalle era visible, todo había sido destruido. Chris no podía ni siquiera estar seguro de cuántos dedos había tenido el... homínido. Una mano todavía conservaba dos. La otra sólo uno, más un achatado pulgar oponible. Los pies no mostraban uñas. La cosa yacía rostro abajo.

El artefacto, ahora al descubierto, conservaba más detalles. Sin embargo, el detalle no tenía significado alguno. Gruesas barras de metal doblado, finos cables retorcidos, con dos enormes círculos arrugados con algo podrido colgando de lo que habían sido sus bordes..., y entonces —la imaginación de Harry chasqueó, con la misma capacidad visual que le habían hecho obtener una A en topología, y dijo:

—Una bicicleta.

—Has perdido el juicio.

—No, mira. Las ruedas son demasiado grandes y...

Era una bicicleta fantásticamente distorsionada, con ruedas de ocho pies de diámetro, un sillín bajo y para enanos, y un sistema de marchas en lugar de cadenas. El eje de las marchas era muy bajo. El sillín iba casi contra la rueda posterior, y una barra de dirección, completamente doblada ahora, había estado fija en el cubo de la rueda delantera. Algo había arrugado la bicicleta como un paquete de cigarrillos a prueba de apretones en la mano de un hombre fuerte y después la herrumbe de ácido nítrico había hecho todo el daño posible al metal.

—De acuerdo, es una bicicleta —dijo Chris—. Es una bicicleta de Salvador Dalí, pero es una bicicleta. Deben haber sido muy parecidos a nosotros, ¿eh? Bicicletas, pozos de piedra, escritura..

—Trajes.

—¿Dónde?

—Deben haber estado allí. Está menos destruido alrededor del torso, ¿ves? Las arrugas de su piel pueden verse. Debe haber estado protegido hasta que sus trajes se pudrieron.

—Quizá. Parece que echa a perder nuestra teoría de una raza perdida, ¿no es verdad? No puede ser más antiguo que un par de miles de años. Siglos sería más correcto.

—Entonces, y después de todo, bebían ácido nítrico. Bueno, socio, eso da al traste con nuestra mina de diamantes. Debe tener parientes vivos.

—No podemos contar con que se parezcan demasiado a nosotros. Estas cosas que hemos encontrado —trajes, escritura, pozos— son todas cosas que cualquier ser inteligente podría verse forzado a inventar. Y la evolución paralela explicaría la forma bípeda.

—¿Evolución paralela?—repitió Henry.

—Como el ojo de un pulpo. Su estructura es casi idéntica a la del ojo humano. La mayor parte de los marsupiales no pueden ser distinguidos de sus equivalentes mamíferos. Bueno, intentemos levantarlo.

Cualquier arqueólogo les hubiese ejecutado a sangre fría.

La momia estaba tan ligera y seca como si fuese de corcho y no mostró tendencia a deshacerse en sus manos. La ataron suavemente sobre la caja del equipaje y se subieron al vehículo. Chris condujo de regreso, lenta y cuidadosamente.

Chris se detuvo en el primer peldaño de la escalera, ajustando el balance de la momia sobre su hombro izquierdo.

—Tendremos que rociarle con plástico antes de despegar —dijo—. ¿Disponemos de algún spray plástico?

—No recuerdo ninguno. Será mejor que saquemos montones de fotos por si se desintegra.

—Muy bien. Hay una cámara en la cabina.

Chris comenzó a subir y Henry le siguió. Introdujeron la reliquia por la compuerta sin ningún accidente.

—He estado pensando—dijo Henry—. Ese ácido nítrico no estaba exactamente diluido, pero había agua en él. Quizá las reacciones de este individuo puedan extraer el agua del ácido nítrico.

—Buena idea.

Colocaron suavemente la momia sobre una pila de sábanas y comenzaron a buscar la cámara. Después de cinco frustrantes minutos, Chris, deliberadamente, se golpeó la cabeza contra una pared.

—Ayer de noche la saqué para captar el atardecer. Está en la bodega.

—Vete a buscarla.

Henry se quedó en la compuerta mirando cómo Chris descendía por la escalera. Después de un instante en la bodega, Chris comenzó a subir con la cámara al hombro.

—Yo también he estado pensando—dijo Chris con la voz aparentemente disociada de su figura—. Los diamantes no pueden abundar aquí de tal forma y esculpirlos en bloques debe haber sido un trabajo realmente duro.

—¿Por qué diamantes? ¿Y por qué escribir en un pozo?

—¿Razones religiosas? Quizá adoren el agua.

—Eso es lo que estaba pensando.

—Claro que sí. Eso es tan viejo como Lowell.

Chris había llegado a la cumbre. Se apelotonaron en la compuerta y esperaron a que girase.

La puerta se abrió. Ambos hombres se quitaron los casos al mismo tiempo y lo olieron a la vez. Algo químico, algo fuerte...

Un humo espeso y grasiento salía del antiguo cadáver.

Henry fue el primero en reaccionar. Saltó hacia el hervidor en la pequeña cocina de la esquina. La parte inferior estaba todavía llena de agua, la cogió y lanzó el agua sobre la humeante momia marciana mientras con la otra mano abría el grifo del agua para coger más.

La momia explotó como una bomba de napalm.

Henry dio un salto para alejarse de las llamas y su cabeza chocó contra algo llano y muy duro. Se derrumbó con los ojos llenos de saltarina luz. Se sentó inmediatamente, sabiendo que había algo que hacer urgentemente, pero incapaz de recordar qué. Vio a Chris, todavía en traje de vacío, excepto por el casco, correr entre las llamas multicolores, coger la momia por los tobillos y lanzarla por la compuerta. Chris oprimió el botón de girar. La puerta interior se cerró de un salto.

Después Chris se inclinó sobre él.

—¿Dónde te duele, Harry? ¿Puedes hablar? ¿Puedes moverte?

Henry se sentó otra vez.

—Estoy bien.

Chris dejó escapar un suspiro de alivio. Después comenzó a reírse.

Henry se levantó algo tembloroso. Le dolía la cabeza. Los humos en el interior de la cabina no eran intolerables y la planta de aire rechinaba ya en su esfuerzo por volver el aire puro y sin olor. Un humo rojo procedente de la puerta exterior de la compuerta abierta pasó flotando junto a una escotilla, alejándose.

—¿Por qué explotaría?—se preguntó.

—El agua—dijo Chris Luden—. ¡Qué reacciones químicas tan extrañas debe tener! Quiero estar presente cuando encontremos uno vivo.

—Pero ¿qué hay del pozo? Sabemos que usaba agua.

—Sí, lo hacía. Seguro como que hay infierno que lo hacía. ¿Y sabías que el ojo de un pulpo es idéntico a un ojo humano?

—Claro. Pero un pozo es un pozo, ¿o no?

—No cuando es un crematorio, Harry. ¿Qué otra cosa podría ser? En Marte no hay fuego, pero el agua debe disolver completamente un cadáver. ¡Y vaya si me gustaría saber lo que cobraban los sepultureros a sus clientes por esos bloques de diamantes cortados! ¡La sustancia más dura conocida en Marte por los marcianos! ¡Un eterno monumento a los muertos!

COMO MUEREN LOS HEROES

Sólo una completa falta de escrúpulos podía haberle sacado con vida de la ciudad. La multitud que seguía a Carter no había intentado vigilar los vehículos oruga, puesto que Carter hubiese necesitado demasiado tiempo para salir con un oruga por la compuerta para vehículos. Allí podrían haberle capturado, y lo sabían. Algunos vigilaban la compuerta de personal, esperando que eso sería lo que intentase. Podría haberlo hecho, porque si hubiese conseguido cerrar la primera puerta en sus narices y abrir la segunda, los sistemas de seguridad le hubiesen protegido mientras salía por la tercera y la cuarta al exterior. En la oruga estaba atrapado dentro de la burbuja.

Disponía de espacio por donde conducir. Hasta entonces sólo habían sido levantadas menos de la mitad de las casas prefabricadas. El resto del suelo de la ciudad de la burbuja era

simplemente arena fundida, vacía excepto por desperdigados montones de paredes, techos y puertas de espuma plástica. Pero, tarde o temprano, le cogerían. Ya estaban poniendo otra oruga en marcha.

Lo que nunca creyeron fue que lanzase su vehículo contra la pared de la burbuja.

La oruga se ladeó y después se enderezó por sí sola. A su alrededor rugió un estallido de aire respirable que levantó una nube de fina arena, lanzándola explosivamente hacia la fina y venenosa atmósfera. Carter sonreía mientras miraba hacia atrás. Ahora todos ellos morirían. Era el único que llevaba un traje a presión. Pasada una hora regresaría y repararía el desgarrón de la burbuja. Tendría que inventarse alguna asombrosa historia que contar cuando llegase la próxima nave...

Carter frunció el ceño. ¿Qué estaban...?

Por lo menos diez hombres, luchando contra el viento, forcejeaban con la pared de una casa prefabricada. Mientras Carter los observaba, levantaron la pared de la arena hundida, la balancearon casi en posición vertical y la soltaron. La pared de espuma plástica se elevó en el viento y se incrustó con fuerza contra la burbuja, sobre la abertura de diez pies.

Carter detuvo su oruga para ver lo que sucedería a continuación.

Nadie había muerto. El aire no salía con fuerza, sino que se filtraba con lentitud. Lenta y metódicamente, una hilera de hombres se colocaban sus trajes de presión y salieron de uno en uno por la compuerta de personal para reparar la burbuja.

Una oruga entró en la compuerta para vehículos. El tercero y último estaba empezando a dar señales de vida. Carter hizo girar su vehículo y desapareció .

La velocidad máxima de una oruga en Marte es de unas veinticinco millas por hora. La oruga avanza sobre tres amplias ruedas, montadas al final de un brazo de cinco pies cada una. Lo que estas ruedas no pueden ascender, la oruga puede generalmente saltarlo gracias al reactor de aire comprimido montado debajo. Tanto el motor como el compresor son movidos por una batería Litton, que contiene una décima parte de la energía de la original bomba de Hiroshima.

Carter fue prudente, tan prudente como había tenido tiempo de serlo. Llevaba una carga completa de oxígeno, doce tanques de cuatro horas cada uno en el contenedor de aire, detrás suyo, y sobre sus rodillas descansaba un tanque extra. Sus baterías estaban casi complemente llenas; el aire se le terminaría mucho antes de que anduviese escaso de energía. Cuando las otras orugas se cansasen describiría un círculo y regresaría a la burbuja en el tiempo que le proporcionaba su tanque extra.

Su propia oruga y los dos que le seguían eran los únicos vehículos de aquella clase en Marte. Huía a venticinco millas por hora y le seguían también a veinticinco millas por hora. El más cercano estaba media milla por detrás.

Carter encendió la radio. Oyó parte de una conversación.

"... no puede permitírselo. Uno de vosotros tendrá que regresar. Podemos perder dos de las orugas, pero no las tres."

Ese era Shute, el director de investigaciones de la burbuja y el único militar entre ellos. La voz siguiente, profunda y sarcástica, pertenecía a Rufus Doolitle, el bioquímico.

"¿Qué haremos, echar una moneda al aire?"

"Déjame ir a mí —dijo la otra voz con tensión—. Tengo algo que ver en esto."

Carter sintió que la aprehensión le afectaba la nuez de Adán.

"De acuerdo, Alf. Buena suerte —dijo Rufus—. Y buena caza—añadió maliciosamente, como si supiese que Carter estaba escuchando "

"Vosotros concentraros en arreglar la burbuja. Yo me ocuparé de que Carter no vuelva."

Detras de Carter, la oruga más rezagada describió una amplia vuelta hacia la ciudad. La otra siguió adelante. Y estaba conducida por Alf Harness, el lingüista.

La mayor parte de los doce hombres de la burbuja estaba ocupados reparando el desgarrón, que medía unos diez pies, con soldadores y láminas plásticas. Sería un trabajo largo pero fácil porque, siguiendo las órdenes de Shute, la burbuja había sido deshinchada. El

plástico transparente había caído en pliegues sobre las casas prefabricadas, formando una serie de tiendas interconectadas. Era posible moverse debajo con poca dificultad.

El mayor Michael Shute observó el trabajo de los hombres y decidió que todo estaba bajo control. Se alejó como un soldado en un desfile agachándose lo menos posible mientras avanzaba bajo los caídos pliegues.

Se detuvo y observó cómo Gondot manejaba el generador de aire. Gondot le advirtió y le habló sin levantar la vista.

—Mayor, ¿por qué ha dejado que Alf persiga a Carter solo?

Shute aceptaba el mote.

—No podíamos perder ambos tractores.

—¿Por qué no apostarlos entonces de guardia durante dos días?

—¿Y qué si Carter consigue pasar la vigilancia? Debe estar decidido a destruir la burbuja. Nos cogería indefensos. Aunque algunos de nosotros consiguiésemos ponernos los trajes, ¿soportaríamos otro desgarrón en la cúpula?

Gondot se rascó su corta barba. Las yemas de sus dedos rasparon el casco de plástico y pareció disgustado .

—Quizá no. Puedo llenar la burbuja en cuanto estéis listos, pero después el generador de aire estará vacío. Cuando terminen de remendar ese desgarrón casi habremos terminado con el aire de los tanques. Otra avería acabará con nosotros.

Shute asintió y se alejó. Todo el aire que podía necesitarse—toneladas de nitrógeno y oxígeno—estaba justo en el exterior, pero en la forma de gas de dióxido de nitrógeno. El generador de aire podía hacer la conversión tres veces más rápido de lo que un hombre pudiera respirar, pero si Carter desgarraba de nuevo la cúpula, eso sería demasiado lento.

Pero Carter no volvería. Alf se encargaría de ello. Por esta vez, la emergencia había finalizado; así, el mayor Shute podía volver a preocuparse por las causas subyacentes de la emergencia.

Hacía un mes que había terminado un informe sobre aquellas causas. Desde entonces lo leyó varias veces y siempre le había parecido completo y en su punto. Sin embargo, tenía la sensación de que podía escribirse mejor. Debería hacerlo sonar lo más efectivo posible. Lo que tenía que decir sólo podría ser dicho una vez; luego su carrera habría terminado y su voz sería silenciada.

En un tiempo, Cousins había conseguido publicar algo de ficción, escribiendo por entretenimiento. Quizá le ayudase. Pero Shute no se sentía muy inclinado a envolver a nadie más en algo que equivalía a su propia rebelión.

Sin embargo..., ahora tendría que volver a escribir aquel informe, o por lo menos añadir algo. Lew Harness estaba muerto, asesinado. John Carter iba a morir dentro de dos días. Todo era responsabilidad de Shute. Todo era pertinente .

La decisión no urgía. Pasaría un mes antes de que la Tierra estuviese al alcance de la estación transmisora de la ciudad de la burbuja.

Gran cantidad de asteroides pasan la mayor parte del tiempo entre Marte y Júpiter y a menudo sucede que uno de ellos se cruza con un planeta, cuando en otro tiempo sólo había cruzado su órbita. Marte está cubierto por cráteres de asteroides: cráteres viejos y erosionados, nuevos y profundos, grandes, pequeños, accidentados y suaves. La ciudad de la burbuja estaba en el centro de un cráter grande, y bastante reciente, de cuatro millas de diámetro; un enorme cenicero defectuosamente fundido y vaciado en la rojiza arena.

Las orugas corrían sobre vidrios rotos, esquivando los ocasionales bloques en suspensión, corriendo colina arriba hacia el irregular borde. Un cielo del color de la sangre rodeaba un sol brillante y diminuto, que se encontraba justamente en su cenit.

Era inevitable que Alf se acercase cada vez más. Cuando cruzasen el borde y empezaran a descender pendiente abajo, se apartarían. La caza iba a ser larga.

Ahora era el momento de las lamentaciones, si es que iba a haberlo alguna vez. Pero Carter no era de ese tipo y, de todas formas, no tenía de qué avergonzarse. Lew Harness había necesitado morir, casi había pedido morir. Lo único que asombraba a Carter era que su muerte hubiese provocado una reacción tan violenta. ¿Sería que todos ellos... eran como Lew? No resultaba probable. Si se hubiese quedado y explicado...

Le habrían destrozado. ¡Aquellos rostros de buitres, con las fosas nasales abiertas y los dientes desnudos!

Y ahora sólo un hombre le perseguía. Pero ese hombre era el hermano de Lew.

Ya se encontraba en el borde y Alf todavía estaba muy lejos. Carter aminoró la marcha al cruzarlo, sabiendo que el camino de bajada sería peor. Estaba pasando justamente sobre el borde, cuando una roca a diez yardas explotó en fuego blanco.

Alf tenía una pistola lanzallamas.

Carter tuvo que hacer un esfuerzo para no saltar de la oruga y esconderse entre las rocas. La oruga se lanzó hacia abajo y, por fuerza, Carter tuvo que olvidarse de su terror para mantener la dirección del vehículo

Los detritos alrededor del borde del cráter le hicieron ir todavía más lento; Carter dirigió la oruga hacia el montículo de arena más próximo. Cuando lo alcanzaba, Alf llegó sobre el borde del cráter. un cuarto de milla detrás. Su silueta vaciló allí sobre el sangriento cielo y otra llamarada explotó, cegadora, brillante y aterradoramente cerca.

Después Carter se encontró sobre la llanura, bajando por la pendiente de arena hacia un horizonte perfectamente llano.

La radio dijo:

—Va a ser largo, Jack.

Carter pulsó el transmisor.

—Cierto. „Cuántos disparos te quedan?

—No te preocupes por eso.

—No lo haré. No en la forma en que los estás malgastando .

Alf no contestó. Carter dejó la banda de radio abierta, sabiendo que al fin Alf tendría que hablar con el hombre que necesitaba matar.

El cráter que era su hogar quedó detrás y desapareció. Un infinito desierto llano surgió ante las orugas, fluyó bajo las gigantescas ruedas y quedaba atrás. La arena formaba suaves dunas en forma de media luna, pero no había barreras para una oruga. En una ocasión, pasaron un pozo marciano. Se erguía completamente en solitario sobre la arena, una erosionada muralla cilíndrica de siete pies de altura y diez de circunferencia, construida con bloques de diamante. Los pozos y la inclinada escritura grabada profundamente sobre los "bloques de dedicación" eran los responsables de la presencia de la ciudad en Marte. Puesto que el único marciano que se había encontrado nunca—una momia que llevaba por lo menos varios siglos muerta— había explotado al primer contacto con el agua, se suponía generalmente que los pozos eran crematorios. Pero no era seguro. En Marte no había nada seguro .

La radio mantuvo un silencio fantasmal. Pasaron las horas, el sol resbaló hacia el horizontede un rojo oscuro y Alf continuó sin hablar. Era como si Alf hubiese dicho a Jack Carter todo lo que tenía que decirle. ¡Y eso no era cierto! ¡Alf hubiera debido sentir la necesidad de justificarse.

Fue Carter el que se rindió, suspirando.

—No puedes alcanzarme, Alf.

—No, pero puedo seguirte todo el tiempo que sea necesario.

—Puedes seguirme sólo durante veinticuatro horas. Tienes aire para cuarenta y ocho horas. No creo que te mates sólo para matarme a mí.

—No estés seguro de eso. Pero no será necesario. Mañana al mediodía tú serás el que me cace a mí. Necesitas respirar, lo mismo que yo.

—Mira esto—dijo Carter. El tanque de oxígeno que descansaba contra su rodilla estaba vacío.

Lo tiró por un lado y miró cómo rodaba.

—Tengo un tanque extra —dijo. Sonrió aliviado al notar la falta de aquel condenado peso—. Puedo vivir cuatro horas más que tú. ¿Quieres regresar, Alf?

—No.

—El no lo vale, Alf. No era más que un marica.

—¿Quiere eso decir que tenía que morir?

—Sí; si el hijo de perra me hace proposiciones a mí. ¿O tú también eres así?

—No. Y Lew tampoco lo era antes de venir aquí. Debieran haber enviado mitad hombres y mitad mujeres.

—Amén.

—¿Sabes que mucha gente siente que se les revuelve el estómago un poco con los homosexuales? A mí también, y sentí ver lo que le estaba sucediendo a Lew. Pero sólo hay un tipo de personas que los busca para poder aplastarlos.

Carter frunció el ceño.

—Homosexuales latentes. Individuos que piensan que ellos mismos podrían volverse maricas si se les diese la oportunidad. No pueden soportarlos a su alrededor porque son una tentación.

—Me devuelves el cumplido, sencillamente.

—Probablemente.

—De todas formas, la ciudad tiene bastantes problemas sin... que cosas como ésas sucedan. Todo este proyecto podría haber sido arruinado por alguien como tu hermano.

—¿Necesitamos mucho de un asesino?

—En esta ocasión, bastante.

Bruscamente Carter supo que ahora era su propio abogado defensor. Si le fuera posible convencer a Alf de que no debía ejecutársele, entonces Alf convencería a los demás. Si no podía..., entonces se vería obligado a destruir la burbuja o morir. Continuó hablando, tan persuasivamente como supo.

—Mira, Alf, la ciudad tiene dos propósitos. Uno es averiguar si podemos vivir en un ambiente tan hostil como éste. El otro es tomar contacto con los marcianos. Ahora, en la ciudad sólo somos quince...

—Doce. Trece cuando yo vuelva.

—Catorce si volvemos los dos. Muy bien. Todos nosotros somos más o menos necesarios para el funcionamiento de la ciudad. Pero yo lo soy en dos campos. Soy el ecólogo, Alf. No sólo debo evitar que la ciudad muera a causa de algún tipo de desequilibrio; también tengo que imaginarme formas de vida marcianas. ¿Lo entiendes?

—Seguro. ¿Y qué me dices de Lew? ¿No era necesario?

—Podemos pasarnos sin él. Era el encargado de la radio. Por lo menos, dos de nosotros tenemos el entrenamiento necesario para hacernos cargo de las comunicaciones.

—Me haces muy feliz. ¿No vale para ti eso mismo?

Carter pensó mucho con rapidez. Sí, Gondot en particular podía mantener en funcionamiento el sistema de soporte vital de la ciudad sin mucha dificultad. Pero...

—No en ecología marciana. No hay...

—No hay ecología marciana. Jack, ¿ha encontrado alguien alguna vez vida en Marte, además de esa momia en forma de hombre? No se puede ser un ecólogo sin algo sobre lo que basar deducciones. No tienes nada que investigar. ¿Para qué sirves, por tanto?

Carter siguió hablando. Todavía discutía cuando el sol descendió sobre el mar de arena y la oscuridad se cerró con un chasquido. Pero ahora sabía que no servía de nada. La mente de Alf estaba cerrada.

Al atardecer la burbuja estaba tensa y el torturado grito del aire respirable al llenarla se había convertido en un cansado suspiro. El mayor Shute soltó las grapas de sus hombros y levantó el casco, dispuesto para dejarlo caer rápidamente si el aire era demasiado fino. No lo era. Depositó el casco en el suelo e hizo una señal con los pulgares hacia arriba a los hombres que le miraban.

Ritual. Aquellos doce hombres habían sabido que el aire sería seguro. Pero los rituales habían crecido con rapidez desde que los hombres trabajaban en el espacio, siendo el más rígido de todos que el hombre que mandaba se ponía el casco el último y se lo quitaba el primero. Ahora se quitaron los trajes. Los hombres se encaminaron a sus obligaciones. Algunos se dirigieron a la cocina para limpiar el estrago producido por el vacío, para que Harley pudiese hacer la cena.

Shute detuvo a Lee Cousins cuando éste pasaba a su lado.

—Lee, ¿puedo hablarte un minuto?

—Claro, mayor—Shute era el mayor para toda la ciudad de la burbuja.

—Quiero que me ayudes como escritor—dijo Shute—. Cuando estemos dentro del radio de transmisión de la Tierra voy a enviar un informe muy polémico y me gustaría que me ayudases a hacer que resultara convincente.

—Estupendo. Vamos a verlo.

Los diez faroles se encendieron, disipando la oscuridad, que había caído con mucha rapidez. Shute le condujo hasta su "bungalow" prefabricado, abrió la puerta y tendió un manuscrito a Cousins. Cousins lo sopesó.

—Grande —dijo—. Podría compensar recortarlo .

—No hay ningún problema si puedes encontrar algo que no sea necesario.

—Apuesto a que podré—sonrió Cousins.

Se dejó caer sobre el lecho y comenzó a leer.

Diez minutos después preguntó:

—¿Cuál es la incidencia de homosexualidad en la Armada?

—No tengo ni la más ligera idea.

—Entonces no es una evidencia poderosa. Podría citar unos versitos para demostrar que el problema es proverbial. Yo sé unos pocos.

—Bien.

Algo más tarde, Cousins dijo:

—Un montón de escuelas en Inglaterra son coeducacionales. Cada año hay más.

—Ya lo sé. Pero el problema concreto se da entre hombres que se graduaron en escuelas de muchachos cuando eran mucho más jóvenes.

—Tienes que ponerlo más claro. De paso, ¿su escuela superior era mixta?

—No.

—¿Había homosexuales?

—Unos cuantos. Por lo menos uno en cada clase. Los profesores acostumbraban a emplear las palmetas con los que resultaban sospechosos.

—¿Daba algún resultado?

—No. Por supuesto que no.

—De acuerdo. Hay dos tipos de circunstancias bajo las cuales se da una alta proporción de homosexualidad. En ambos casos existen tres condiciones: una razonable cantidad de tiempo ocioso, ninguna mujer y un estricto reglamento disciplinario. Se necesita un tercer ejemplo.

—No pude pensar en ninguno.

—La organización nazi.

—¿Sí?

—Le daré los detalles —Cousins continuó la lectura.

Terminó el informe y lo puso a un lado.

—Esto provocará un buen revuelo—dijo alegremente.

—Lo sé.

—Lo peor es su amenaza de contárselo todo a los periódicos. Si yo fuese usted no pondría eso.

—Si fuese yo, lo pondría—dijo Shute—. Todos los que tuvieron algo que ver con el DIOS DE LA GUERRA sabían que existía el riesgo de todo lo que ha sucedido. Se arriesgaron a dejarnos correr ese riesgo antes que enfrentarse ellos mismos a la opinión pública. En los Estados Unidos hay centenares de Ligas para la Protección de la Decencia. Quizá miles; no lo sé. Pero todas se echarían como arpías sobre el gobierno si alguien intentase enviar a Marte o a cualquier lugar del espacio una tripulación mixta. La única forma en que puedo hacer que el gobierno actúe es amenazándoles con algo peor.

—Tú ganas. Esta amenaza es mayor.

—¿Encontraste algo más que recortar?

—Oh, demonios; sí. Lo leeré de nuevo con un lápiz rojo. Habla usted demasiado, emplea muchas palabras demasiado largas, y generaliza. Tendrá que dar detalles, o perderá impacto.

—Estaré arruinando algunas reputaciones.

—No puede evitarse. Es preciso tener mujeres en Marte en seguida. Rufe y Timmy están montando una verdadera pelea de escupitajos. Rufe piensa que él causó la muerte de Lew al abandonarle. Timmy se dedica a martirizarle con ello.

—De acuerdo—Shute se levantó. Durante toda la conversación había estado sentado muy erguido, como escuchando órdenes de un superior—. ¿Las orugas están todavía dentro del alcance de la radio?

—No pueden oírnos, pero podemos oírles a ellos. Timmy está en la radio.

—Bien. Le mantendré allí hasta que se hallen fuera de nuestro alcance. ¿Vamos a cenar?

Phobos salió por donde se había puesto el sol, una confusión de brillantes motas de luz, como una media luna de débiles estrellas. Al subir aumentaba su brillo, una luna nueva que

en horas se convertiría en una media luna. Después estuvo demasiado alta para mirarla. Carter tenía que mantener los ojos sobre el triángulo de desierto iluminado por sus focos. Los rayos de los focos eran del color de la luz solar en la Tierra, pero para los ojos de Carter, adaptados a Marte, lo volvían todo azul. Había escogido bien su rumbo. El desierto por delante de él era llano en más de setecientas millas. No habría bajas colinas surgiendo repentinamente ante él para obligarle a saltar con el reactor a la débil luz lunar, o esperar a que Alf se le echase encima. El momento en que Alf tendría que regresar sería al mediodía de mañana, y después Carter habría ganado.

Porque Alf regresaría a la burbuja y Carter continuaría por el desierto. Cuando Alf estuviese bien por detrás del horizonte, Carter se volvería a derecha o izquierda, seguiría durante una hora y después regresaría siguiendo un rumbo paralelo al de Alf. Una hora más tarde estaría a la vista de la burbuja, con tres horas de ventaja en las cuales planearía una solución.

Entonces vendría la parte más difícil. Ciertamente habría alguien de guardia. Carter tendría que cargar contra el guardia—que podría estar armado con una pistola lanzallamas—, desgarrar la burbuja y confiscar de alguna forma el remanente de tanques de oxígeno. El desgarrón de la burbuja probablemente mataría a todos los que estuviesen dentro, pero en el exterior habría hombres con trajes. Tendría que cargar algunos tanques de oxígeno en su oruga y abrir los tapones del resto, todo antes de que alguien le alcanzase.

Lo que le molestaba era la idea de cargar contra una pistola lanzallamas..., pero quizá pudiese dirigir la oruga y saltar. Tendría que pensarlo.

Los párpados empezaban a pesarle y sentía las manos entumecidas. Pero no se atrevió a aminorar la marcha, y menos a dormir.

Varias veces había pensado aplastar el receptor de radio de su traje. Alf podría encontrarle más fácilmente con aquella cosa constantemente zumbando. Pero Alf le encontraría de todas formas. Sus luces delanteras continuaban detrás, sin alcanzarle ni desaparecer nunca. Si alguna vez perdiese de vista a Alf, aquel receptor tendría que desaparecer. Pero no valía la pena dejar que Alf lo supiese. Todavía no.

Las estrellas caían por el negro horizonte occidental. Phobos se elevó nuevamente, esta vez más brillante, y otra vez subió, hasta perderse de vista. Sobre el continuo resplandor de los focos apareció ahora Deimos.

El día llegó bruscamente y negras y finas sombras señalaron un horizonte amarillo. Las estrellas todavía brillaban en el cielo rojinegro. Delante de él se alzaba un cráter, una fuente de vidrio no demasiado grande para rodearla. Carter se desvió a la izquierda. La oruga que le seguía hizo lo mismo. Si continuaba girando de esa forma, Alf no podía hacer otra cosa que ganar terreno. Carter sorbió agua y una solución nutritiva de los conductos del casco y se concentró en la marcha. Los ojos parecían estar llenos

de piedrecitas y su boca era como si perteneciese a una momia marciana.

—Buenos días—dijo Alf.

—Buenos días. ¿Dormiste mucho?

—No lo bastante. Sólo unas seis horas, a ratos. Me preocupaba que pudieses perderme.

Durante un instante Carter pasó del calor al frío. Después se dio cuenta que Alf le estaba tanteando. No había dormido más que Carter.

—Mira a la derecha—dijo Alf.

A la derecha estaba la pared del cráter. Y —Carter miró otra vez para asegurarse—sobre el borde se erguía una silueta, una sombra en forma de hombre que se recortaba contra el rojo cielo. En una mano balanceaba algo largo y delgado.

—Un marciano—dijo Carter suavemente.

Sin pensarlo, dirigió su oruga en dirección a la pared. Delante suyo, en el intervalo de un segundo, explotaron dos llamaradas, y frenéticamente oprimió la barra de dirección a la izquierda.

—¡Maldita sea, Alf! ¡Era un marciano! ¡Tenemos que seguirlo!

La silueta había desaparecido. Sin duda el marciano había corrido para salvar su vida cuando vio las llamaradas.

Alf no dijo nada; nada en absoluto. Y Carter pasó de largo ante el cráter mientras en su interior se acumulaba una furia asesina.

Eran las once. Las cumbres de una fila de colinas se divisaban sobre el horizonte occidental.

—Tengo curiosidad —dijo Alf—; pero ¿qué le habrías dicho a ese marciano?

La voz de Carter era tensa y amarga.

—¿Importa eso?

Sí. Lo mejor que hubieses podido hacer era asustarle. Cuando entremos en contacto con los marcianos lo haremos en la forma que ha sido planeada .

Carter apretó los dientes. Aun sin el accidente de la muerte de Lew Harness, no había forma de decir lo que tardaría en llevarse a cabo el plan de la traducción. Requería tres etapas: enviar a la Tierra imágenes de las escrituras sobre las paredes del crematorio y otros artefactos, para que los computadores pudiesen traducir el lenguaje; escribir mensajes en ese lenguaje, dejarlos cerca de los pozos donde pudieran encontrarlos los marcianos y después esperar a que éstos se aproximasen .

Pero no había ningún motivo para creer que las escrituras de los pozos estuviesen todas en el mismo lenguaje, o en un mismo lenguaje que hubiese cambiado a lo largo de miles de años. No había ninguna razón para creer que los marcianos se sintiesen interesados en unos seres extraños que vivían en un estrafalario globo, a pesar de que los invasores supiesen escribir. ¿Y podrían leer los marcianos las inscripciones de sus propios antepasados?

Una idea...

—Tú eres un lingüista —dijo Carter.

Sin respuesta.

—Alf, hemos hablado de que la ciudad no necesitaba a Lew y de si me necesitaba a mí

¿Qué me dices de ti? Sin ti nunca conseguiremos traducir las inscripciones de los pozos.

—Lo dudo. Los computadores de Cal Tech están haciendo la mayor parte del trabajo, y de todas formas dejé unas notas. Pero ¿qué si

—Si continúas persiguiéndome me obligarás a matarte. ¿Puede la ciudad permitirse el perderte?

—No puedes hacer eso. Pero si quieres haré un trato contigo. Ahora son las once. Dame dos de tus tanques de oxígeno y regresaremos a la ciudad. A dos horas de la burbuja nos detendremos, dejaremos tu oruga, y el resto del camino lo harás atado en el contenedor de aire. Después serás juzgado.

—¿Crees que me absolverán?

—No, después de haber desgarrado la burbuja cuando te escapaste. Eso fue un error, Jack.

—¿Por qué no coges un tanque nada más?

Si Alf hacía eso, Carter regresaría con un margen de dos horas. Ahora sabía que tendría que romper la burbuja. No tenía alternativa. Pero Alfestaría justo detrás de él con la pistola lanzallamas...

—No hay trato. No me sentiría seguro si no supiese que se te acabará el aire dos horas antes de que regresemos. Quieres que me sienta seguro, ¿verdad?

Era mejor de la otra forma. Que Alf regresara a la burbuja. Que Alf estuviese en su interior cuando Carter la destrozara a su regreso.

—Carter lo rechazó—dijo Timmy.

Estaba agazapado junto a la radio, sujetando sus auriculares con ambas manos y escuchando con todos sus nervios voces que casi habían muerto en la distancia.

—Está planeando algo—dijo inquieto Gondot.

—Naturalmente —dijo Shute—. Quiere perder de vista a Alf, regresar aquí y romper la burbuja. ¿Qué otra esperanza tiene?

—Pero él moriría también—dijo Timmy.

—No necesariamente. Si nos matase a todos le sería posible reparar el nuevo desgarrón mientras vivía de los tanques que nos quedan. Creo que podría conservar la burbuja en un estado lo suficientemente bueno como para repararla y mantener a un hombre con vida.

— ¡Dios mío! ¿Qué podemos hacer?

—Relájate, Timmy. Es un cálculo sencillo —para el mayor Shute era fácil mantener la voz despreocupada y no quería que Timmy provocase el pánico—. Si Alf vuelve mañana a mediodía, Carter no puede llegar aquí antes del mediodía de mañana. Todo el mundo estará con el traje puesto durante cuatro horas.

Privadamente se preguntó si doce hombres podrían reparar siquiera un pequeño desgarrón antes de terminar todo el aire embotellado. Sería un tanque cada veinte minutos...; pero quizá no fuesen puestos a prueba.

—Las doce menos cinco—dijo Carter—. Da la vuelta, Alf. Llegarás allí con sólo diez minutos sobrantes.

El lingüista se rió. A un cuarto de milla detrás, la mota que era su oruga no se movía.

—No puedes luchar contra las matemáticas, Alf. Da la vuelta.

—Demasiado tarde.

—Dentro de cinco minutos lo será.

—Comencé este viaje con un tanque de oxígeno de menos. Debiera haber regresado hace dos horas.

Carter tuvo que remojarse los labios con un poco de agua antes de contestar.

—Estás mintiendo. ¿Quieres dejar de pincharme? ¡Basta ya!

Alf se echó a reír.

—Mira cómo me voy.

La oruga se acercó más.

Era mediodía, pero la caza no terminaría. A veinticinco millas por hora, dos orugas marcianas. separadas por un cuarto de milla, se movían serenamente por un desierto color naranja. Manchas químicas verdes surgieron delante y quedaron atrás. Las dunas en creciente iban pasando. tan regulares como las olas de un océano. El paso fantasmal de un meteorito tocó el horizonte septentrional, en un momentáneo resplandor blanco. Ahora las colinas eran más altas, bultos de pulidas rocas semejantes a animales que dormían detrás del horizonte. El sol ardía pequeño y brillante en un cielo enrojecido por el dióxido de nitrógeno y, cerca del horizonte, ennegrecido por su poco grosor hasta el color de tinta china color sangre.

¿Realmente la caza había comenzado al mediodía? ¿Exactamente al mediodía? Pero ahora eran las doce y media y estaba seguro de que era demasiado tarde.

Alf se había condenado a sí mismo... para perder a Carter.

Pero no lo haría.

—Las grandes mentes piensan las mismas cosas —dijo por la radio.

—¿Sí?—el tono de Alf implicaba que aquello no le importaba lo más mínimo.

—Cogiste un tanque extra, igual que yo.

—No. Jack, no lo hice.

—Tienes que haberlo hecho. Si hay algo de lo que esté seguro en la vida es que tú no eres de los que se suicidan. De acuerdo, Alf, abandono. Volvamos.

—No.

—Tendríamos tres horas para cazar a aquel marciano.

Una llamarada explotó detrás de su oruga.

Carter suspiró entrecortadamente. A las dos, ambos vehículos regresarían hacia la ciudad de la burbuja, donde Carter sería probablemente ejecutado .

Pero ¿y si regreso ahora?

Es sencillo. AIf disparará contra mí.

Podría errar el tiro. Si le dejo escoger mi rumbo, moriré con seguridad.

Carter dudó y se maldijo a sí mismo, pero no pudo hacerlo. No pudo volverse deliberadamente hacia la pistola de Alf.

A las dos, la base de la cordillera se acercó desde el horizonte. Las colinas aparecían increíblemente claras, casi tan claras como habrían estado en la luna. Pero se hallaban horriblemente erosionadas y el mar de arena las lamía como ansioso de terminar con ellas, de cubrirlas.

Carter seguía adelante mirando hacia atrás. Las agujas de su reloj avanzaban minuto a minuto y Carter observó incrédulo cómo el vehículo de Alf continuaba siguiéndole. Cuando el tiempo se acercó y sobrepasó las dos y media, la incredulidad de Carter se disipó. Ahora ya no importaba cuanto oxígeno tuviese Alf. Había pasado el momento en que Carter tenía que haber regresado.

—Me has matado—dijo.

No hubo contestación.

—Yo maté a Lew en una pelea con los puños. Lo que me has hecho a mí es mucho peor. Me estás matando torturándome lentamente. Eres un demonio, Alf.

—Un cuerno de pelea con los puños. Golpeaste a Lew en la garganta y miraste cómo se ahogaba en su propia sangre. No me digas que no sabías lo que hacías. Todo el mundo en la ciudad sabe que eres un experto en karate.

—Murió en unos minutos. ¡Yo necesitaré todo el día!

—¿Eso no te gusta? Da la vuelta y corre hacia mi arma. Está aquí, esperándote.

—Podríamos regresar al cráter a tiempo de buscar a aquel marciano. Por eso vine a Marte. Para aprender lo que hay aquí. Y lo mismo tú, Alf. Vamos, regresemos.

—Tú primero.

Pero no pudo. No podía. El karate puede derrotar cualquier arma en una lucha cuerpo a cuerpo. ¡Pero no podía lanzarse contra una pistola lanzallamas! Ni siquiera si Alf pensaba en regresar. Y Alf no pensaba hacerlo.

Un débil aullido vibraba a través de la burbuja. La tormenta de arena estaba en su punto más álgido, lo que la hacía tan peligrosa como un ciempiés enfurecido. En el peor de los casos era una molestia. El estridente y apenas audible gemido podía atacar los nervios de alguno y la oscuridad hacía que fuese necesario encender las lámparas de la calle. Mañana, la burbuja estaría cubierta por una capa de un décimo de pulgada de fino polvo, de una sequedad lunar. En el interior de la burbuja estaría más oscuro que de noche hasta que alguien volase la arenilla con un tanque de oxígeno.

A Shute la tormenta le deprimía. ¡Aquí en Marte, el mayor Shute, el viril héroe, haciendo frente a terroríficos peligros en los límites de la exploración humana! Una tormenta de arena que no hubiese dañado a un niño de pecho. Nadie aquí se enfrentaba con un solo peligro que no hubiera traído consigo.

¿Sería siempre así? ¿Viajaría el hombre distancias enormes para enfrentarse consigo mismo?

Nadie trabajó mucho desde aquel mediodía. Shute había desistido de insistir en ello. Sobre un montón de paredes prefabricadas estaba sentado Timmy, rodeando prácticamente el receptor de la radio y rodeado a su vez por la población de la burbuja.

Timmy se levantaba cuando Shute se aproximó al grupo.

—Los he perdido —anunció, aparentemente cansado.

Apagó la radio. Los hombres se miraron unos a otros y algunos se pusieron de pie.

—¡Tim! ¿Cómo pudiste perderlos? —le dijo el mayor.

Timmy le advirtió entonces.

—Están demasiado lejos, mayor.

—¿Nunca llegaron a dar la vuelta?

—No lo hicieron. Sencillamente continuaron adentrándose en el desierto. Alf debe haberse vuelto loco. No vale la pena morir por Carter.

Shute pensó que en un tiempo sí había valido la pena. Carter había sido uno de los mejores: resistente, intrépido, brillante, entusiasta. Shute le había visto deteriorarse bajo el aburrimiento y el confinamiento a bordo de la nave. Cuando llegaron a Marte, y de repente todos ellos tuvieron algo que hacer, había parecido recobrarse. Entonces.., ayer por la mañana..., un asesinato.

Alf. Era duro perder a Alf. Lew no había sido una pérdida demasiado importante, pero Alf...

Cousins se colocó a su lado.

—He terminado ese trabajo de corrección.

—Gracias, Lee. Ahora tendré que rehacerlo por completo.

—No lo haga. Escriba un añadido. Demuestre cómo y por qué murieron tres hombres Después puede decir: "Ya les advertí".

—¿Lo crees así?

—Mi juicio profesional. ¿Cuándo es el funeral?

—Pasado mañana. El sábado. Pensé que sería apropiado .

—Se pueden decir los tres servicios al mismo tiempo. Está bien pensado.

Jack Carter y Alf Harness estaban muertos para toda la ciudad. Pero todavía respiraban...

Las montañas se acercaban hacia ellos; los únicos puntos fijos en un océano de arena. Alf estaba más cerca, a algo menos de cuatrocientas yardas detrás. Carter llegó a las cinco a la base de las montañas.

Eran demasiado altas para saltarlas con el reactor de aire. Podía ver lugares donde podría aterrizar la oruga mientras la bomba llenaba el tanque del reactor para dar otro salto. ¿Pero para qué?

Era mejor esperar a Alf.

Repentinamente, Carter supo que ésa era la única cosa en el mundo que Alf deseaba. Rodar en su oruga a su lado. Observar el rostro de Carter hasta estar seguro de que él sabía lo que iba a sucederle. Y después prenderle fuego desde diez pies de distancia y ver cómo una brillante llama de oxidante de magnesio ardía a través de su traje, piel y órganos vitales.

Las colinas eran bajas y estrechas. Incluso a unas cuantas yardas de distancia podía encontrarse mirando el suave flanco de una bestia durmiendo..., sólo que esta bestia no respiraba. Carter inhaló profundamente, advirtiendo lo rancio que estaba el aire a pesar de la unidad purificadora, y encendió el compresor de aire del reactor.

El aire de Marte es terriblemente fino, pero puede ser comprimido y un cohete funcionará en cualquier parte, incluso un cohete de aire comprimido. Carter empezó a ascender, echándose hacia atrás en la cabina todo lo que podía para compensar la pérdida de peso de los tanques de oxígeno que llevaba detrás. Poner el menor peso en los giroscopios significaba que sólo se podía saltar en emergencias. Subió con rapidez e inclinó la oruga para enviarla deslizándose por los treinta grados de pendiente de la colina. A lo largo de la ladera había lugares llanos, pero no muchos. Debería llegar al primero fácilmente...

Una llama explotó en sus ojos. Carter apretó los dientes y luchó contra el deseo de mirar atrás. Inclinó la oruga hacia atrás para hacerla frenar. La presión del reactor estaba bajando.

Descendió como una pluma a doscientos pies sobre el desierto. Cuando apagó el reactor podía oír los gemidos de los giroscopios. Desconectó el estabilizador y dejó que se agotasen. Después sólo se oyó el gorgoteo del compresor, vibrando a través de su traje.

Alf había salido de su oruga y permanecía al pie de las montañas mirando hacia arriba.

—Vamos —dijo Carter—. ¿Qué estás esperando?

—Sigue tú si quieres.

—¿Qué pasa? ¿Tus giroscopios están estropeados?

—Es tu cerebro el que está estropeado, Carter.

Adelante .

Alf levantó un brazo con rigidez. En la mano aparecieron llamas y Carter se agachó instintivamente.

El compresor casi se había detenido, lo que quería decir que el tanque estaba casi lleno. Pero Carter sería un loco si despegase con el tanque a medias. Un reactor de aire proporciona la mayor parte de la aceleración durante los primeros segundos del vuelo. El resto del tiempo se consigue justamente la presión suficiente para seguir adelante.

Pero... Alf estaba entrando en su oruga. Ahora la oruga se elevaba.

Carter conectó su reactor y subió.

Bajó con dureza a trescientos pies de altura, y sólo entonces se atrevió a mirar hacia abajo. Escuchó la desagradable risa de Alf y vio que éste se encontraba todavía al pie de las montañas.

¡Había sido una fanfarronada!

Pero ¿por qué no le perseguía Alf?

El tercer salto le llevó hasta la cima. El primer salto colina abajo fue el primero que había hecho en su vida y casi se mata. ¡Tenía que desacelerar con los últimos restos de presión del tanque del reactor! Esperó hasta que sus manos dejaron de temblar, después hizo el resto del descenso con las ruedas. Cuando llegó al pie de la cordillera no había rastros de Alf y continuó hacia el desierto.

El sol iba a ponerse ya. Unas vagas estrellas azuladas en un cielo rojinegro silueteaban las amarillas colinas a su espalda.

Seguía sin haber señales de Alf.

Alf habló en su oído, suave, casi amablemente.

—Tendrás que volver, Jack.

—No contengas el aliento.

—Preferiría no tener que hacerlo. Por eso te estoy diciendo esto. Mira tu reloj.

Eran casi las seis y media.

—¿Has mirado? Ahora haz la cuenta. Yo empecé con cuarenta y cuatro horas de aire. Tú empezaste con cincuenta y dos. Eso nos da noventa y seis horas entre los dos. Juntos hemos utilizado sesenta y una. Nos quedan treinta y cinco.

"Ahora bien, yo he dejado de avanzar hace una hora. Desde donde yo estoy son casi treinta horas de regreso a la base. En algún momento de las próximas dos horas y media tendrás que conseguir mi aire y hacer que yo deje de respirar. O yo tendré que hacer eso mismo contigo.

Tenía sentido. Finalmente, todo tenía sentido .

—Alf, ¿estás escuchando? Escucha —dijo Carter, y abriendo el panel de la radio y guiándose por el tacto encontró un cable que había localizado hacia tiempo. Lo rompió. Su radio gorgoteo ensordecedoramente y después se detuvo.

—¿Has oído eso, Alf? Acabo de arrancar mi receptor. Ahora no podrías encontrarme aunque quisieses.

—No lo aceptaría de ninguna otra forma.

Entonces Carter comprendió lo que había hecho. Ahora no había posibilidad de que Alf

le encontrase. Después de todas las millas y horas de caza, era Carter el que ahora cazaba a Alf. Todo lo que éste tenía que hacer era esperar.

La oscuridad cayó sobre el oeste como una pesada cortina.

Carter fue hacia el sur, y lo hizo inmediatamente. Le llevaría una hora o más cruzar la cordillera. Tendría que saltar como una rana hasta la cumbre sólo con las luces delanteras, pues su motor no le llevaría colina arriba por una pendiente semejante. Con suerte podría

utilizar las ruedas para bajar, pero esto tendría que hacerlo en completa oscuridad. Deimos no había salido todavía; Phobos no era lo bastante brillante para servir de ayuda.

Sucedió exactamente lo que Alf había planeado: perseguir a Carter hasta la cordillera. Si ataca allí, coger sus tanques y volver a casa. Si consigue pasar, decirle por qué tiene que regresar. Planearlo de forma que tenga que regresar en la oscuridad. Si por algún milagro lo consigue esta vez..., bueno, siempre queda la pistola de llamas.

Carter sólo podía darle una sorpresa. Cruzaría seis millas al sur de donde era esperado y se acercaría a la oruga de Alf desde el sudeste.

¿O también Alf esperaría algo así?

No importaba. Carter estaba más allá de la capacidad de elección.

El primer salto fue como saltar a ciegas desde la compuerta de una nave. Los focos estaban apuntando directamente hacia abajo, y mientras subía observó cómo el círculo de luz se expandía y se emborronaba. Se dirigió hacia el este. Al principio no se movía en absoluto. Después la pendiente se deslizó hacia él muy rápida, demasiado rápida. Echó la oruga hacia atrás. Nada pareció suceder. La presión bajo él moría lentamente, pero moría, y la ladera era un manchón ondulante rodeado por la oscuridad.

Apareció, con clarificante rapidez.

El aterrizaje le magulló desde la rabadilla hasta el cráneo. Se sostuvo rígidamente, esperando a que la oruga comenzase a rodar por la ladera. Pero aunque el vehículo estaba inclinado en un ángulo aterrador, se mantuvo.

Carter se tambaleó y enterró el casco en sus manos. Dos enormes lágrimas temblorosas, convertidas en pequeñas pelotitas por la baja gravedad, cayeron sobre la placa facial y se extendieron. Por primera vez, lamentó todo aquello.

Matar a Lew cuando una patada en la rodilla le hubiese puesto fuera de combate y le hubiese enseñado una lección permanente y memorable. Robar una oruga en lugar de rendirse y someterse a juicio. Conducir a través de la burbuja... y convertir así a todos los hombres de Marte en sus enemigos mortales. Quedarse por allí para ver lo que pasaba, cuando quizá podría haber desaparecido más allá del horizonte antes de que Alf saliese de la

compuerta de vehículos. Apretó los puños y los oprimió contra la placa facial, al recordar su actitud de suave interés cuando se sentaba y observaba la oruga de Alf rodando hacia la compuerta.

Era el momento de seguir. Carter se preparó para otro salto. Esta vez sería horrible. Despegaría con la oruga inclinada treinta grados hacia atrás . . .

Espera un minuto...

Algo no encajaba en aquella imagen del oruga de Alf rodando hacia la compuerta y rodeado de hombres que corrían. Definitivamente, allí ocurría algo anormal.

Ya se enteraría. Sujetó el mando del reactor y preparó la otra mano para conectar los giros en el momento de ascender en el aire.

... Alf lo había planeado todo muy cuidadosamente. ¿Cómo pudo salir con un tanque de oxígeno de menos?

Y... si realmente había planeado algo, ¿cómo esperaba conseguir los tanques de Carter si éste se estrellaba?

Supongamos que Carter estrellase su oruga contra una colina, en aquel mismo momento, en su segundo salto. ¿Cómo podría Alf saberlo?

No podía, no hasta que llegasen las nueve y Carter no hubiese aparecido. Entonces sabría que Carter se había estrellado en algún sitio. ¡Pero sería demasiado tarde!

A menos que Alf hubiese mentido.

Eso era; eso era lo que no encajaba con su recuerdo de Alf saliendo por la compuerta para vehículos. Poned un tanque de oxígeno en el contenedor y retirad después un tanque y el agujero sobresaldrá en el esquema hexagonal como Sammy Davis III en el equipo de fútbol de los nazis de Berlín. No había habido un agujero semejante .

Si Carter se estrellase ahora, Alf lo sabría con cuatro horas para buscarle en su oruga.

Carter colocó sus faros en su posición normal y después hizo retroceder su oruga en un medio círculo de gran lentitud. El vehículo se ladeó, pero no volcó. Ahora podía descender con los

focos...

Las nueve. Si Carter se había equivocado, entonces ya estaba muerto. Incluso ahora, Alf podría estar desabrochándose el casco, los ojos negros con la desesperanza definitiva, preguntándose aún dónde había ido a parar Carter. Pero si tenía razón...

En aquel momento, Alf estaba asintiéndose a sí mismo, sin sonreír, simplemente confirmando una adivinanza. Se decía si esperar otros cinco minutos, por si Carter se hubiese retrasado, o comenzar ya la búsqueda. Carter estaba sentado en su cabina a oscuras al pie de las negras montañas, sujetando una llave inglesa en la mano izquierda, con los ojos fijos en la manecilla luminosa del detector.

La llave era lo más pesado que había en su caja de herramientas. No pudo encontrar nada más cortante que un destornillador, y aquello no penetraría el material de un traje.

La aguja señalaba directamente hacia Alf.

Y no se movía.

Alf había decidido esperar.

¿Cuánto tiempo podría esperar?

Carter se encontró murmurando en bajo "Muévete, idiota. Tienes que buscar en los dos lados de la cordillera. En los dos lados y la cumbre. Muévete, muévete."

¡Dios mío! ¿Había desconectado su radio? Si, el conmutador estaba hacia abajo.

Muévete.

La manecilla se movió. Giró una vez, infinitesimalmente, y se quedó quieta.

Estuvo inmóvil durante largo tiempo..., siete u ocho minutos. Después saltó en la dirección opuesta. ¡Alf estaba buscando en el lado de las colinas que no era!

Y entonces Carter comprendió el fallo de su propio plan. Ahora Alf debía dar por supuesto que Carter estaba muerto. Y si era así, entonces no estaba usando aire. ¡Alf tenía dos horas extra, pero creía tener cuatro!

La aguja se movió y se inclinó... una buena distancia. Carter suspiró y cerró los ojos. Alf se estaba acercando. Había decidido sensatamente buscar primero en este lado; porque si Carter estaba allí, muerto, entonces Alf tendría que cruzar otra vez la cordillera para llegar a casa.

Giro.

Giro. Debía estar en la cumbre.

Después el largo, lento y constante descenso.

Faros. Muy débiles al norte, ¿giraría Alf hacia el norte?

Giró hacia el sur. Perfecto. Los faros se hicieron más brillantes y Carter esperó... con su oruga enterrada hasta el parabrisas en la arena de la base de la cordillera.

Alf todavía tenía la pistola lanzallamas. A pesar de toda su certeza de que Carter estaría muerto, probablemente conducía con su arma en la mano. Pero estaba empleando sus focos y avanzaba lentamente, quizá a quince millas por hora.

Pasaría... veinte yardas al oeste.

Carter sujetó con fuerza la llave inglesa. Ahí

En sus ojos había luz. No me veas. Y después no la hubo. Carter se lanzó de la oruga y descendió por la arenosa pendiente. Los focos se alejaban y Carter los siguió, saltando como saltan en la Luna, empujando al mismo tiempo contra la arena con ambos pies, un vuelo de un segundo, piernas extendidas y pies preparados para el aterrizaje, y otro salto.

Un último y enorme salto de canguro... y estuvo sobre los tanques de oxígeno, cayendo sobre las rodillas y los antebrazos con los pies en alto de forma que el metal no tintinease. Uno de los brazos aterrizó en el aire, donde habían estado los tanques ya usados. Su cuerpo intentó rodar hacia la arena. No se lo permitió.

Delante de él estaba la transparente burbuja que era el casco de Alf. La cabeza en su interior iba de un lado a otro, abarcando el triángulo creado por los focos.

Carter reptó hacia adelante. Se colocó sobre la cabeza de Alf, levantó la llave inglesa y la dejó caer con todas sus fuerzas.

En el plástico se abrieron algunas grietas. Alf levantó la vista, con ojos y boca completamente abiertos, un asombro no mezclado con rabia ni con terror. Carter golpeó de nuevo

Hubo más grietas, grietas más largas. Alf parpadeó y, finalmente, levantó el arma. Los músculos de Carter se paralizaron por un instante al mirar su boca infernal y después golpeó sabiendo que tenía que ser la última vez.

La llave aplastó el transparente plástico, el cuero cabelludo y el cráneo. Carter se arrodilló durante un momento sobre los tanques de oxigeno, contemplando la desagradable cosa que había hecho. Después levantó el cuerpo por los hombros, lo echó por un costado y pasó a la cabina para detener la oruga.

Unos cuantos minutos fueron precisos para encontrar su propia oruga en el lugar donde la había enterrado en la arena. Necesitó más tiempo para descubrirla. Aquello no importaba. Tenía mucho tiempo. Si cruzaba la cordillera a las doce y media, llegaría a la ciudad antes determinar su aire. No había mucho lugar para finezas. Por otra parte, llegaría una hora antes del amanecer. Nunca le verían. Habrían dejado de esperarle a él o a Alf al mediodía de mañana aun suponiendo que no supiesen que Alf se había negado a regresar.

Antes de que nadie pudiese ponerse un traje, la burbuja estaría vacía de aire.

Después podría reparar y llenar la burbuja. En la Tierra tardarían un mes en conocer el desastre: cómo un meteorito había alcanzado un borde de la cúpula, cómo John Carter había estado durante ese tiempo en el exterior, el único hombre con el traje puesto. Le llevarían a casa y pasaría el resto de su vida intentando olvidar.

Sabía cuáles de sus tanques estaban vacíos. Como todos los hombres de la ciudad, tenía su propio método de colocarlos en el contenedor de aire. Soltó seis y se detuvo. Era una pena desperdiciar los vacíos. Los tanques eran demasiado difíciles de reemplazar.

No conocía el orden en que los colocaba Alf. Tendría que probarlos uno por uno.

Alf ya había arrojado algunos. —¿Para dejar sitio para los de Carter?—Carter abrió la válvula de los tanques uno a uno. Si silbaba, lo ponía en su propio contenedor. Si no, lo soltaba.

Uno de ellos silbó. Uno solamente.

Cinco tanques de oxígeno. No era posible hacer un viaje de treinta horas con cinco tanques de oxígeno.

Alf había dejado tres tanques en algún punto donde pudiera encontrarlos otra vez. Por si había la remota posibilidad, por si sucediese algo terrible a Alf y Carter se apoderase de su vehículo. Pero Carter no regresaría con vida.

Alf debía haber dejado los tanques donde pudiese encontrarlos fácilmente. Debió dejarlos cerca de aquí porque nunca perdió de vista a Carter hasta que éste había cruzado la cordillera, y más aún, había conservado sólo un tanque para llegar hasta ellos. Los tanques estaban cerca y Carter tenía solamente dos horas para encontrarlos.

De hecho, comprendió, debían estar al otro lado de la cordillera. Alf no se había detenido en ningún sitio en este lado...

Pero podía haberlos dejado en algún punto de la ladera, durante los saltos hasta la cumbre...

En un repentino frenesí de apresuramiento Carter saltó a su oruga y la lanzó hacia arriba. Los focos mostraron su progreso hasta la cumbre y hacia el otro lado.

Los primeros rojos rayos de luz encontraron a Lee Cousing y Rufus Doolitle ya en el exterior de la burbuja. Estaban cavando una sepultura. Cousing lo hacia en un silencio estoico. En una mezcla de piedad y disgusto soportaba el constante y compulsivo chorro de palabras de

—... el primer hombre en ser enterrado en otro planeta ¿Crees que eso le hubiese gustado a Lew? No, no le gustaría nada. Diría que no valía la pena morir por eso. Quería volver a casa. En la próxima nave lo hubiera hecho...

La arena llegaba en paletadas sueltas y secas. Se necesitaba práctica para mantenerla dentro de la pala. Intentaba fluir como un líquido viscoso.

—Intenté decirle al mayor que le hubiese gustado ser enterrado en un pozo. El mayor no quiso escucharme. Dijo que los marcianos podían...

Los ojos de Cousins saltaron hacia arriba y el movimiento los atrajo...

Una mota que se movía constantemente sobre la pared del cráter. " ¡Un marciano!", fue su primer pensamieno. ¿Qué otra cosa podría estar moviéndose por allí? Y entonces vio que era una oruga.

Para Lee Cousins fue como si un cadáver saliese de su tumba. La oruga se movía a ciegas sobre los inclinados bloques de antiguo cristal, toco la arena del suelo del cráter, mientras él permanecía inmóvil. Por el rabillo del ojo vio volar la pala de Doolitle mientras éste corría hacia la burbuja.

La oruga arañó solamente la arena, después comenzó a reascender el cráter. La parálisis de Cousins desapareció y corrió hacia la oruga que le quedaba. Tenía que ir en seguida a la ciudad.

El espíritu se movía a mediana velocidad. Lo alcanzó una milla más allá del borde del cráter. En la cabina del piloto estaba Carter. Su casco descansaba en su regazo, sujeto por la rigidez de la muerte.

Cousins informó:

—Cuando sintió que se quedaba sin aire debió haber dirigido la oruga en la dirección del detector. Hay que reconocérselo—añadió y echó una paletada sobre la segunda sepultura—, por lo menos hizo eso. Devolvió la oruga.

Justo después del amanecer, una pequeña forma bípeda llegó bordeando una colina al este. Se encaminó directamente hacia el tendido cadáver de Alf Harness, cogió un pie con las dos manos, de aspecto frágil, y comenzó a arrastrar el cuerpo sobre la arena, recordando bastante a una hormiga arrastrando una pesada miga de pan. En los veinte minutos que necesitó para llegar hasta la oruga de Alf, la figura no se detuvo ni una vez a descansar.

Dejando caer su presa, trepó por la pila de tanques de oxígeno vacíos y escudriñó el contenedor de aire, después miró hacia el cuerpo. Pero no había forma de que un ser tan pequeño y débil pudiese levantar una masa así.

El marciano pareció recordar algo. Descendió sujetándose a los tanques y se escurrió bajo la panza del vehiculo.

Salió minutos más tarde arrastrando cierta longitud de cable de nailon.

Ató los dos extremos del cable a uno de los tobillos de Alf, después dejó caer la lazada sobre la protuberancia de la oruga donde se enganchaba el remolque.

Durante un tiempo la figura permaneció inmóvil sobre el casco roto de Alf, contemplando su obra. La cabeza podía golpearse bastante al ser arrastrada de aquella forma, pero como espécimen la cabeza era inservible. En el punto donde el gas de dióxido de nitrógeno había tocado la humedad se había formado ácido nítrico, rojo y humeante. El resto del cuerpo estaba ya seco y endurecido, bastante bien conservado.

La figura trepó a la oruga. Unos cuantos tanteos, sorprendentemente pocos, y la oruga estuvo en marcha. Se detuvo a veinte yardas con una sacudida. El marciano descendió y retrocedió. Se arrodilló al lado de los tres tanques de oxígeno que habían estado atados debajo de la oruga con el cable de nailon que había tomado prestado y abrió los tapones de los tres uno por uno. Cuando el venenoso gas comenzó a salir silbando, saltó hacia atrás con horrorizada prisa.

Minutos más tarde la oruga avanzaba hacia el sur. Los tanques de oxígeno silbaron durante un tiempo y después quedaron silenciosos.

EL ROMPECABEZAS HUMANO

La tecnología de los trasplantes a través de doscientos años de desarrollo había alcanzado una entidad propia... y creado problemas específicos. El Cinturón escapó a sus más drásticos efectos sociales. No así la Tierra.

L. NIVEN

En el año 1900, Karl Landsteiner clasificó en cuatro tipos la sangre humana: A, B, AB, y 0, según las incompatibilidades. Por primera vez fue posible administrar una transfusión a un paciente sin peligro de que ésta le causase la muerte.

El movimiento para abolir la pena de muerte había comenzado y estaba ya condenado.

Vh83uOAGn7 era su número de teléfono y el número de su licencia de conducir, de su seguridad social, su cartilla militar y su historial médico. Dos de estos documentos habían sido anulados y los otros habían perdido toda importancia, excepto el historial médico. Se llamaba Warren Lewis Knowles. Iba a morir.

Faltaba un día para el juicio, pero el veredicto no era por eso menos cierto. Lew era culpable. Si alguien lo dudase, la acusación tenía pruebas contundentes. A las dieciocho horas del dia siguiente, Lew sería condenado a muerte. Broxton apelaría basándose en una cosa u otra. La apelación seria denegada.

La celda era cómoda, pequeña y acolchada. Esto no era un menosprecio de la cordura del prisionero, aunque la locura ya no era una excusa para infringir las leyes. Tres de las paredes eran simples barrotes. La cuarta pared, la quedaba al exterior, era cemento acolchado y pintado con un relajante tono verde. Pero los barrotes que le separaban del corredor, del apático anciano de la izquierda y del enorme adolescente de aspecto bobalicón de su derecha..., tenían cuatro pulgadas de grosor y estaban a ocho pulgadas de distancia. recubiertos por plásticos de silicona. Por cuarta vez aquel dia, Lew cogió un puñado del plástico e intentó desgarrarlo. Tenía el tacto de un cojín de espuma esponjosa con un núcleo rígido del grosor de un lápiz, y no se rompía. Cuando lo soltó, volvió a convertirse en un cilindro perfecto.

—No es justo—dijo .

El adolescente no se movió. Durante las diez horas que Lew había estado en su celda el muchacho estuvo sentado sobre el borde de su catre, con el lacio cabello negro cayéndole sobre los ojos y su sombra de las cinco de la tarde oscureciéndose cada vez más. Sólo dur ante las comidas movía sus largos y peludos brazos, pero el resto de su cuerpo no lo movía en absoluto.

El anciano levantó la vista ante el sonido de la voz de Lew. Habló con amargo sarcasmo.

—¿Te han acusado falsamente?

—No; yo...

—Por lo menos eres honrado. ¿Qué hiciste?

Lew se lo dijo. No pudo evitar que su voz mostrase la herida de la inocencia. El anciano sonrió burlonamente, asintiendo como si justamente hubiese estado esperando algo así.

—Estupidez. La estupidez siempre ha sido un crimen capital. Si tenías que hacer que te ejecutasen, ¿por qué no por algo realmente importante? ¿Ves a ese chico al otro lado?

—Claro —dijo Lew sin mirar.

—Es un traficante con órganos.

Lew sintió que el asombro se le helaba en la cara. Consiguió lanzar otra mirada hacia la celda vecina... y todos los nervios de su cuerpo dieron un salto. El chico le estaba mirando. Con sus vacíos ojos oscuros, apenas visibles bajo la masa de cabello, miraba a Lew como un carnicero podría mirar un trozo de carne demasiado viejo.

Lew se acercó más a los barrotes entre su celda y la del anciano. Su voz era un susurro áspero.

—¿Cuántos mató?

—Ninguno.

—¿Ninguno?

—Era el que los cogía. Buscaba alguien que estuviese solo por la noche, lo drogaba y lo llevaba al doctor que dirigía la banda. Era el médico quien hacía todo el trabajo. Si Bernie le hubiese llevado un donante muerto, el doctor le habría quitado le piel a él.

El anciano se sentó, con Lew casi directamente detrás suyo. Se había retorcido para hablarle, pero ahora parecía haber perdido el interés. Sus manos. ocultas de Lew por su huesuda espalda, estaban en constante movimiento nervioso.

—¿Cuántos atrapó?

—Cuatro. Después le cogieron. Bernie no es muy inteligente.

—¿Qué hiciste tú para que te metieran aquí'?

El anciano no contestó. Ignoró a Lew completamente, haciendo temblar sus hombros al retorcerse las manos. Lew se encogió de hombros y se volvió hacia su camastro.

Eran las diecinueve horas del jueves por la noche.

La banda había incluido tres hombres para recoger víctimas. Bernie todavía no había sido juzgado. Otro estaba muerto; escapaba por el borde de una pasarela móvil cuando le metieron una bala en el brazo. El tercero estaba siendo conducido en una camilla hacia el hospital vecino a la cárcel.

Oficialmente, todavía estaba vivo. Había sido sentenciado, y su apelación denegada; pero todavía estaba vivo cuando le introdujeron, drogado, en la sala de operaciones.

Los internos le levantaron de la mesa y le pusieron una pieza bucal de forma que pudiese respirar cuando le introdujesen en el líquido congelador. Le bajaron sin salpicarle, y mientras la temperatura de su cuerpo descendía le inyectaron algo más en las venas.

Su temperatura descendió hasta la congelación; los latidos de su corazón se espaciaron más y más. Finalmente, su corazón se detuvo. Pero podría haber sido reactivado de nuevo. Algunos hombres habían sido recuperados en aquel punto. El traficante de órganos estaba todavía vivo oficialmente.

El doctor era una línea de máquinas recorrida por un cinturón convector. Cuando la temperatura del cuerpo del traficante alcanzó un cierto punto, el cinturón se activó. La primera máquina realizó una serie de incisiones en su pecho: habilidosa y mecánicamente, el doctor realizó una cardiotomía.

El traficante estaba oficialmente muerto.

Su corazón fue almacenado inmediatamente, seguido por la piel, la mayor parte en una sola pieza, y toda ella aún viva. El doctor le despedazó con exquisito cuidado, como si

desarmase un rompecabezas flexible, frágil y asombrosamente complejo. El cerebro fue carbonizado y las cenizas reservadas para su entierro en una urna; pero el resto del cuerpo, en trozos, pequeños glóbulos, estratos finos como el pergamino y conductos, fueron almacenados en los bancos de órganos del hospital. Al recibir un aviso, cualquiera de aquellas unidades podía ser guardada en un estuche de viaje y volar a otra parte del mundo en menos de una hora. Si las probabilidades eran buenas, si la gente adecuada aparecía con las enfermedades necesarias en el momento oportuno, el traficante de órganos podía salvar más vidas de las que había sacrificado.

Esa era la intención de todo aquello.

Tumbado de espaldas y contemplando el aparato de televisión del techo, Lew comenzó a temblar repentinamente. No había tenido energías para colocarse en el oído el auricular, y el silencioso movimiento de las figuras de los dibujos animados se había vuelto horrible de repente. Apagó el aparato, pero aquello no hizo que las cosas fuesen mejor.

Le despedazarían y le almacenarían poco a poco. Nunca viera un banco de almacenamiento de órganos, pero un tío suyo había tenido una carnicería...

— ¡No!—gritó.

Los ojos del muchacho subieron, su única parte viva. El anciano se retorció para mirar por encima del hombro. Al final del corredor, el guardián levantó una vez la vista; después volvió a su lectura.

La barriga de Lew estaba llena de pánico y su garganta resonaba con él.

—¿Cómo podéis soportarlo?

Los ojos del muchacho bajaron al suelo. El anciano dijo:

—¿Soportar qué?

—¿No sabéis lo que van a hacer con nosotros?

No conmigo. No me destrozarán como un ternero.

Instantáneamente, Lew se pegó a los barrotes.

—¿Por qué no?

La voz del anciano había bajado mucho.

—Porque donde antes estaba el hueso de mi muslo izquierdo hay una bomba. Voy a volarme en pedazos. Nunca usarán lo que encuentren.

La esperanza que el anciano había alentado se desvaneció, dejando amargura en su lugar.

—Chiflado. ¿Cómo podrías colocar una bomba dentro de tu pierna?

—Extraer el hueso, taladrar un agujero en el sentido de toda su longitud, meter la bomba en el agujero, sacar del hueso toda la materia orgánica para que no se pudra, y volver a colocar el hueso en su sitio. Por supuesto, el total de tus glóbulos rojos baja después. Lo que yo quería preguntarte era: ¿quieres venir conmigo?

—¿Ir contigo?

—Pégate a los barrotes. Esto acabará con los dos.

Lew había retrocedido contra la pared de barrotes más alejada.

—Como quieras—dijo el anciano—. Nunca te he dicho por qué estoy aquí, verdad? Yo era el doctor. Bernie cogía esos tipos para mí.

Lew había retrocedido contra la pared opuesta. Sintió que le tocaban en el hombro y se volvió para encontrarse con el muchacho que le miraba a los ojos inexpresivamente a dos pies de distancia. ¡Traficantes de órganos! ¡Estaba rodeado por asesinos profesionales!

—Sé lo que es eso—continuaba el anciano—. No me lo harán a mí. Bueno, si estás seguro de que no quieres una muerte limpia, túmbate detrás de tu camastro. Es lo suficientemente grueso.

El camastro era un colchón y un conjunto de muelles colocado encima de un bloque de cemento que formaba parte integrante del cemento del suelo. Lew se enroscó en una posición fetal con las manos sobre la cabeza.

Estaba seguro de que no quería morir ahora.

No pasó nada.

Después de un rato abrió los ojos, apartó las manos y miró a su alrededor.

El muchacho le miraba. Por primera vez había una sonrisa amarga sobre su rostro. En el corredor, el guardia, que estaba siempre en una silla al lado de la salida, estaba detrás de los barrotes contemplándole. Parecía preocupado.

Lew sintió cómo el rubor subía por su cuello, su nariz y sus orejas. El anciano había estado jugando con él. Comenzó a levantarse...

Un martillazo cayó sobre el mundo.

El guardián yacía roto contra los barrotes de la celda al otro lado del corredor. El jovenzuelo de cabello lacio salía de detrás de su catre sacudiendo la cabeza. Alguien gimió y el gemido se convirtió en un grito. El aire estaba lleno de polvo de cemento.

Lew se levantó.

La sangre resbalaba como un ungüento rojo sobre todas las superficies que estaban de frente a la explosión. Por mucho que lo intentase, y no lo intentó mucho, Lew no pudo hallar ningún rastro del anciano.

Excepto el agujero en la pared.

Debía haber estado allí..., en aquel lugar.... allí .

El agujero era lo bastante grande para escurrirse por él si Lew pudiese llegar hasta allí. Pero estaba en la celda del viejo. El recubrimiento de plástico de silicona de los barrotes que separaban las celdas había desaparecido, dejando únicamente barras de metal del grosor de un lápiz.

Lew intentó colocarse.

Los barrotes estaban zumbando y vibrando, aunque no se oía ningún sonido. Lew se dio cuenta de la vibración al tiempo que advertía que se estaba durmiendo. Introdujo su cuerpo entre los barrotes, atrapado en la lucha entre su creciente pánico y los apaciguadores sónicos, que debían haberse puesto en funcionamiento automáticamente .

Los barrotes no querían ceder. Pero su cuerpo lo hizo, y los barrotes, además, estaban resbaladizos con... Había pasado. Introdujo la cabeza por el agujero en la pared y miró hacia abajo.

Muy abajo. Lo suficiente para sentirse mareado.

La cárcel de Topeka County era un pequeño rascacielos y la celda de Lew debía estar cerca de la cima. Contempló una suave masa de cemento salpicada con ventanas que no sobresalían por los bordes. No habría manera de llegar hasta aquellas ventanas, ni forma de abrirlas o romperlas.

El apaciguador minaba su voluntad. Si su cabeza hubiese estado en el interior de la celda con el resto de su cuerpo, ya estaría inconsciente. Tenía que forzarse a volverse y mirar hacia arriba.

Estaba en la cumbre. El borde del tejado se hallaba solamente a unos cuantos pies por encima de su cabeza. No podía llegar hasta allí, no sin...

Comenzó a reptar fuera del agujero.

Ganase o perdiese, no le cogerían para los bancos de órganos. El nivel de tráfico de los vehículos aplastaría todos sus fragmentos. Se sentó en el borde del agujero, con los pies en el interior de la celda para conservar el equilibrio, empujando con el pecho contra la pared. Cuando estuvo en equilibrio, estiró los brazos hacia el tejado. Nada.

Por tanto, se pasó una pierna por debajo, manteniendo la otra rígida, y se lanzó.

Cuando comenzaba a caer hacia atrás, las manos se cerraron sobre el borde. Gritó de sorpresa, pero era demasiado tarde. ¡El tejado de la cárcel se movía! Antes de que pudiese soltarlo le había arrastrado fuera del agujero. Quedó allí colgado, columpiándose de un lado para otro sobre el espacio vacío, mientras el movimiento le llevaba.

El tejado de la cárcel era una pasarela móvil.

No podía trepar a su superficie, no sin un apoyo para sus pies. No tenía fuerza suficiente. La pasarela se movía hacia otro edificio de la misma altura. Si conseguía no soltarse podría alcanzarlo.

Y las ventanas de aquel edificio eran distintas. No estaban hechas para abrirse; no en aquellos días de contaminación atmosférica y aire acondicionado; pero tenían rebordes. Quizá se pudiese romper el vidrio.

Quizá no pudiese.

El tirón sobre sus brazos era una agonía. Sería muy fácil soltarse. No. No había cometido ningún crimen por el que debiera morir. Se negó a morir.

Durante las décadas del siglo veinte, el movimiento continuó ganando importancia. De organización flexible y de alcance internacional, sus miembros tenían sólo una meta: reemplazar la ejecución por la prisión y rehabilitación en todos los estados y naciones que pudiesen conseguir. Argüían que matar a un hombre por sus crímenes no le enseña nada, que no sirve para persuadir a otros que puedan cometer el mismo crimen, que la muerte es irreversible, mientras que un hombre inocente puede ser librado de la prisión si se prueba su inocencia. Matar a un hombre no sirve ningún propósito, decían, excepto la venganza de la sociedad. La venganza, decían, es indigna de una sociedad civilizada.

Quizá tenían razón.

En 1940, Karl Landsteiner y Alexander S. Wiener hicieron público un informe sobre el

factor Rh en la sangre humana. Hacia la mitad del siglo, la mayoría de los asesinos convictos estaban siendo condenados a cadena perpetua o menos. Muchos eran devuel

tos después a la sociedad, algunos "rehabilitados", otros no. La pena de muerte para los secuestros había sido aceptada en algunos estados, pero era difícil persuadir a un jurado de que la aplicaran. Lo mismo para las acusaciones de asesinato. Un hombre buscado por robo en Canadá y asesinato en California rechazó la extradición al Canadá: tenía menos probabilidad de ser condenado en California. Muchos estados abolieron la pena de muerte. Francia lo había hecho.

La rehabilitación de los criminales era una meta importante de la ciencia/arte de la psicología.

Pero...

Los bancos de sangre se hallaban esparcidos por todo el mundo.

Hombres y mujeres con enfermedades de riñón habían sido salvados ya por un trasplante de riñón de un gemelo idéntico. No todos los pacientes de riñón tenían gemelos idénticos. Un médico de París empleaba trasplantes de parientes cercanos. clasificando hasta cien puntos de incompatibilidad para juzgar por adelantado el éxito que tendría el trasplante.

Los trasplantes de ojos eran corrientes. Un donante de ojos podía esperar hasta su muerte, antes de salvar la vista de otro hombre.

El hueso humano siempre puede ser trasplantado; suponiendo que el hueso sea limpiado primero de materia orgánica.

Así estaban las cosas a mitad de siglo.

En 1990 era posible conservar cualquier órgano de un ser humano por una duración razonable de tiempo. Los trasplantes se habían convertido en rutina, gracias al "escalpelo de infinita finura", el láser. Los moribundos legaban regularmente sus restos a los bancos de órganos. Los intereses de las funerarias no podían detenerlo. Pero aquellos regalos de gente muerta no siempre eran útiles.

En 1993 Vermont paso la primera ley sobre los bancos de órganos. En Vermont siempre había existido la pena de muerte. Ahora los condenados sabrían que su muerte salvaria unas vidas. Ya no era que la ejecución no sirviese para nada bueno. No en Vermont.

Ni, más adelante, en California, ni en Washington, Georgia, Pakistán, Inglaterra, Suiza, Francia, Rodesia...

La pasarela se movia a diez millas por hora. Debajo, inadvertido por los transeúntes que habían salido tarde de trabajar y por los búhos que comenzaban en aquel momento sus rondas, Lewis Knowles pendía de la cinta en movimiento y observaba cómo la repisa pasaba por debajo de sus pies colgando. La repisa no tenía más de dos pies de anchura, a unos buenos cuatro pies bajo sus dedos extendidos.

Se dejó caer.

Mientras sus pies tocaban algo, se agarró al borde del marco de una ventana. El vértigo le asaltó, pero no se cayó. Después de un largo instante, respiró.

No podía saber qué edificio era aquél, pero estaba vacío. A las nueve de la noche todas las ventanas estaban encendidas. Mientras escudriñaba el interior, intentó permanecer fuera de la luz.

La ventana era una oficina. Vacía.

Hubiese necesitado algo en que envolverse la mano para romper aquella ventana. Pero todo lo que llevaba era un par de zapatos y un mono de la prisión. Bueno, no podía ser más sospechoso de lo que era ahora. Se quitó el mono, lo envolvió alrededor de su mano y golpeó con fuerza.

Casi se rompió la mano.

Bueno..., le habían dejado guardar sus joyas, su reloj de pulsera y un anillo de diamantes. Empujó fuertemente dibujando un círculo con el anillo sobre el vidrio y golpeó de nuevo con la otra mano. Tenía que ser cristal, si era plástico estaba perdido.

El vidrio saltó en un círculo casi perfecto.

Tuvo que hacerlo seis veces antes de que el agujero fuese lo bastante grande para él.

Mientras entraba, todavía agarrado a su mono, sonreía. Todo lo que necesitaba ahora era un ascensor. Los "polis" le habrían atrapado en un minuto si le hubieran dado caza en la calle con un mono de la prisión, pero si lo escondía allí estaría seguro. ¿Quién sospecharía de un nudista con licencia?

Sólo que él no tenía licencia. Ni la bolsa donde los nudistas la llevaban.

Ni un afeitado.

Aquello se presentaba muy mal. Nunca había habido un nudista tan peludo. No una simple sombra de las cinco, sino una barba que lo cubría todo, por decirlo así. ¿Dónde podría conseguir una cuchilla?

Probó en los cajones del escritorio. Muchos ejecutivos tenían cuchillas de repuesto. Se detuvo a medio camino. No porque hubiese encontrado una cuchilla, sino porque ahora sabía dónde se encontraba. Los papeles sobre el escritorio lo confirmaban aún más.

Un hospital.

Todavía sostenía el mono. Lo dejó en una papelera, lo cubrió ordenadamente con papeles y más o menos se dejó caer en la silla detrás del escritorio.

Un hospital. Tenía que haber escogido un hospital. Y este hospital, el que había sido construido al lado de la cárcel de Topeka County, por conocidas razones.

Pero, en realidad, él no lo escogió. Le escogió el hospital a él.

¿Alguna vez en su vida había tomado una decisión, excepto instigado por los demás? Sus amigos le habían pedido dinero prestado para no devolvérselo, otros hombres le quitaron sus chicas; había evitado los ascensos por su habilidad para ser ignorado. Shirley le manipuló para que se casara con ella, abandonándolo cuatro años más tarde por un amigo que no se dejaba manipular.

Incluso ahora, en el posible fin de su vida, era igual. Un anciano, traficante de órganos, le proporcionó la huida. Un ingeniero había construido los barrotes de las celdas a la suficiente distancia para que un hombre pequeño pudiese introducirse entre ellos. Otro había puesto una pasarela entre dos tejados convenientes. Y aquí estaba .

Lo peor de todo era que ahora no tenía probabilidad alguna de escabullirse como un nudista. Las batas y máscaras del hospital serían lo mínimo exigido. Hasta los nudistas tenían que cubrirse alguna vez.

¿El cuarto de baño?

No había nada en el cuarto de baño, excepto un elegante sombrero verde y un poncho impermeable completamente transparente.

Podía echar a correr. Si pudiese encontrar una cuchilla, estaría a salvo en cuanto llegase a la calle. Se golpeó un nudillo mientras pensaba que le gustaría saber dónde estaba el ascensor. Tenía que confiar en la suerte. Comenzó a registrar los cajones otra vez.

Tenía en sus manos un estuche de afeitar de cuero negro, cuando la puerta se abrió. Un hombre corpulento con la bata del hospital entró. El interno —no había doctores humanos en Ios hospitales— estuvo cerca del escritorio antes de ver a Lew agazapado sobre un cajón abierto. Se quedó boquiabierto.

Lew le cerró la boca con el puño que todavía sostenía el estuche de cuchillas. Los dientes del hombre se juntaron con un agudo chasquido. Sus rodillas se doblaron mientras Lew salía corriendo de la habitación.

El ascensor estaba justo al fondo del vestíbulo con las puertas abiertas. Y nadie venía. Lew entró y oprimió el botón O. Se afeitó mientras el ascensor descendía. La maquinilla corría rápida y pegada, aunque un poco ruidosamente. Se afeitaba el pecho cuando la puerta se abrió.

Una delgada técnica apareció delante de él, con ojos y boca con la expresión completamente en blanco de aquellos que esperan un ascensor. Le rozó al entrar musitando una disculpa y sin apenas advertirle. Lew salió rápidamente. Antes de darse cuenta que se había equivocado de piso, las puertas se cerraron.

¡Aquella maldita técnica! Había detenido el ascensor antes de que llegase al final!

Se volvió y oprimió el botón de bajada. Entonces lo que había visto en una mirada de rutina volvió a su mente y se volvió para echar una segunda ojeada.

Toda la amplia habitación estaba llena de tanques de vidrio, que llegaban hasta el techo, formando un laberinto como las estanterías de una biblioteca. En los tanques había algo más lúgubre que todo lo que pudiese verse en Belsen. ¡Aquellas cosas habían sido hombres y mujeres! No, prefería no mirar. Se negó a mirar otra cosa que no fuese la puerta del ascensor. ¿Por qué tardaba tanto?

Oyó una sirena.

El suelo de mosaicos comenzó a vibrar contra sus pies desnudos. Sintió en sus músculos un atontamiento y una letargia en su alma.

El ascensor llegó... demasiado tarde. Bloqueó las puertas abiertas con una silla. La mayor parte de los edificios no tenían escaleras, sólo ascensores alternativos. Tendrían que utilizar

uno ahora para llegar hasta él. Bien, ¿dónde estaba?... No tendrían tiempo de encontrarlo. Empezaba a sentirse realmente dormido. Debían tener varios proyectores sónicos concentrados sobre aquella sola sala. Cuando pasase un rayo, los internos se sentirían suavemente relajados, un poco pesados. Pero donde los rayos se cruzasen sería la inconsciencia. Pero todavía no.

Primero tenía algo que hacer.

Cuando entrasen a por él tendrían algo por que matarle.

Los tanques eran de plástico, no de cristal. Para evitar provocar reacciones defensivas en las miríadas de partes corporales que estarían allí almacenadas, y en contacto con él, el plástico tendría que tener características únicas. ¡No podía esperarse que un ingeniero lo hubiera hecho también irrompible!

Se rompía muy satisfactoriamente.

Más tarde Lew se preguntó cómo habría conseguido permanecer en pie tanto tiempo. El relajante murmullo hipersónico de los rayos atontadores le empujaban hacia abajo, le empujaban hacia un suelo que cada momento parecía más blando. La silla que blandía se hacía cada vez más pesada. Pero mientras pudo levantarla, aplastó cosas. Estaba hundido hasta las rodillas en fluido nutritivo y había cosas que se morían y que chocaban contra sus tobillos a cada movimiento; pero cuando llevaba hecha apenas la

tercera parte del trabajo, la silenciosa canción de la sirena fue demasiado para él.

Cayó al suelo.

¡Y después de todo eso ni siquiera mencionaron los bancos de órganos destrozados!

Sentado en la sala del tribunal, escuchando el murmullo del ritual del juicio, Lew buscó el oído del señor Broxton para hacerle una pregunta. El señor Broxton le sonrió.

—¿Por qué querrían sacar eso a relucir? Creen que ya tienen suficiente con esto. Si vences esta acusación, entonces te acusarán de destrucción criminal de valiosos recursos médicos. Pero están seguros de que no lo harás.

—¿Y usted?

—Me temo que tengan razón. Pero lo intentaremos. Ahora Hennessey va a leer los cargos. ¿Puedes arreglártelas para parecer herido e indignado?

—Claro que sí.

—Bien .

La acusación leyó los cargos, con voz resonante como la voz del destino cayendo bajo un fino bigote rubio. Warren Lewis Knowles parecía herido e indignado. Pero ya no sentía de esa forma. Había hecho algo por lo que valía la pena morir .

La causa de todo aquello eran los bancos de órganos. Con buenos médicos y un suministro suficiente de material a los bancos de órganos, cualquier contribuyente podía esperar vivir indefinidamente. ¿Quién votaría contra la vida eterna? La pena de muerte significaba su inmortalidad y votaría la pena de muerte para cualquiera que fuese el crimen.

Lewis Knowles les había devuelto el golpe.

—El Estado probará que el susodicho Warren Lewis Knowles, en el espacio de dos años se saltó voluntariamente un total de seis semáforos en rojo. Durante ese mismo período, el dicho Warren Knowles sobrepasó los límites de velocidad locales no menos de diez veces, una vez en más de quince millas por hora. Sus informes nunca han sido buenos. Mostraremos pruebas de su arresto en 2082 bajo la acusación de conducir en estado de embriaguez, acusación de la que fue absuelto solamente por...

—¡Protesto!

—Se admite la protesta. Consejero, el tribunal debe suponerle inocente, si fue absuelto.

EN EL FONDO DE UN AGUJERO

Después de más de un siglo de viajes espaciales, el hombre comprendía su sistema solar casi por completo. Por tanto, se dedicó al desarrollo industrial.

El siglo siguiente vio el nacimiento de una civilización espacial. Por razones económicas, los habitantes del Cinturón se concentraron en las riquezas de los asteroides. Con naves movidas por fusión, podrían haber explotado los planetas, pero sus técnicas eran generalmente más aplicables en la ausencia de gravedad y entre aquellas montañas que caían. Sólo Mercurio era lo suficientemente rico para atraer a los mineros del Cinturón.

Durante un tiempo, la Tierra fue el centro de las industrias espaciales. Pero el modo de vida de los habitantes del Cinturón y los de la Tierra eran tan distintos que era inevitable la ruptura. La fobia al espacio —la incapacidad para tolerar hasta un vuelo orbital—era común en la Tierra y continuó siéndolo. Y había habitantes del Cinturón que nunca se acercarían a un planeta.

Entre la Tierra y el Cinturón hubo rivalidades económicas, pero nunca guerras. Ambas culturas se necesitaban la una a la otra; y se mantenían gracias a un lazo común: la conquista de las estrellas. Los robots a propulsión —los sondeos con los reactores Bussard sin tripulantes—fueron lanzados durante la mitad del siglo veintiuno.

En el año 2100 después de Cristo, cinco sistemas solares vecinos tenían colonias florecientes: los mundos eran Jinx, Wunderland, Planeta-Triunfo, Plateau y Down. Ninguno de estos mundos era enteramente semejante a la Tierra. Los que programaron los robots a propulsión no habían tenido suficiente imaginación. Algunos de los resultados se detallan en Un regalo procedente de la Tierra y la colección *Neutron Star*, y en este libro en el cuento *La frontera del Sol.*

En la Tierra, tres especies de cetáceos habían sido declaradas inteligentes y admitidas en las Naciones Unidas. Su demanda judicial contra las antiguas naciones balleneras no había sido fallada y, de hecho, nunca lo fue. Los cetáceos disfrutaban demasiado con los laberintos legales para terminarlos.

El primer encuentro de la humanidad con inteligencias extraterrestres tuvo lugar en el 2106—aunque Kzanol había estado en la Tierra durante mucho más tiempo que la humanidad, y está recogido en el libro *El mundo de los ptavvs*.

L. NIVEN

Doce pisos por debajo de los jardines del tejado había plantaciones de citrus, pastos para el ganado y granjas motorizadas. Se curvaban a partir de la base del hotel formando ordenados cuadritos, que subían arriba, más arriba. Cinco millas por encima de su cabeza estaba la conducción de fusión de la energía solar, bajando por el radio del cilindro ligeramente abultado que era el asteroide del Granjero. Cinco millas por encima de la tubería solar, el cielo era un conjunto de pequeños retazos dividido por un anillo central formado por

el lago y los ríos que corrían a él, un cielo vivo con los diminutos resplandores rojizos de tractores autopilotados.

Lucas Garner estaba casi soñando, dejando vagar sus ojos por el sólido cielo. Por primera vez, y por invitación del gobierno del Cinturón, había entrado en un mundo-burbuja, combinando sus vacaciones de las Naciones Unidas con la oportunidad de una experiencia completamente nueva...; algo extraño para un hombre que tenía diecisiete décadas. Encontraba agradablemente aterrador levantar la vista hacia un cielo curvo de roca fundida y suelo importado.

—No hay nada inmoral en el contrabando—le decía Shaeffer.

La superficie por encima de su cabeza estaba salpicada por hoteles, como si el mundo-burbuja se estuviese convirtiendo en una ciudad. Garner sabía que no era así. Aquellos hoteles, y los que salpicaban el otro mundo-burbuja, satisfacían la necesidad ocasional, que todos los habitantes del Cinturón sentían, de un ambiente parecido al de la Tierra. Ellos no necesitaban casas. El hogar de un habitante del Cinturón es el interior de su traje de presión.

Garner volvió su atención a su anfitrión.

—¿Quieres decir que hacer contrabando es algo así como en la Tierra los rateros?

—Eso es justamente lo que no quiero decir —dijo Shaeffer. El habitante del Cinturón rebuscó en su bolsillo exterior, sacó algo plano y negro y lo colocó sobre la mesa—. Dentro de un minuto querré que escuchemos esto. Garner, robar de los bolsillos es legal en la Tierra. Tiene que serlo en la forma en que os amontonáis. No podíais aplicar una ley contra los rateros. En el Cinturón, el contrabando es contra la ley, pero no es inmoral. Es como si un terrestre se olvidase de poner dinero en los parquímetros. No existe pérdida de autorrespeto. Si te cogen, pagas la multa y te olvidas de ello.

—¡Oh!

—Si alguien quiere enviar sus ganancias a través de Ceres, es problema suyo. Le cuesta sólo un treinta por ciento. Si cree que puede burlar la vigilancia, también es asunto suyo. Pero si le cogemos, confiscaremos toda su mercancía y todo el mundo se reirá de él. Nadie se apiada de un contrabandista inepto.

—¿Eso es lo que Muller intentó hacer?

—Sí. Tenía una mercancía valiosa: veinte kilos de polos magnéticos en estado puro. La tentación fue demasiado para él. Intentó pasar de largo y le cogimos gracias al radar. Entonces hizo algo estúpido. Intentó escabullirse por un agujero.

"Cuando le encontramos debía estar dirigiéndose hacia la Luna. Ceres estaba detrás con el radar. Nuestras naves iban por delante, alcanzándole a dos G. Su nave minera no lanzaba más que cero coma cinco G, de forma que, tarde o temprano, le alcanzarían, hiciese lo que hiciese. Entonces advirtió que Marte estaba justo delante de él.

—El agujero —Garner conocía lo suficiente a los habitantes del Cinturón para saber un poco de su jerga.

—El mismo. Su primera intención debe haber sido cambiar el rumbo. Los habitantes del Cinturón aprenden a esquivar los pozos de gravedad. Un hombre puede morir de media docena de formas acercándose demasiado a un agujero. Un buen autopiloto le llevaría sano y salvo al otro lado, o programaría una rotación, o hasta le aterrizaría en el fondo, Dios no lo quiera. Pero los mineros no llevan buenos autopilotos. Llevan autopilotos baratos y permanecen alejados de los agujeros.

—Estás queriendo decir algo—dijo Garner con pena—. ¿Negocios?

—Eres demasiado viejo para engañarte.

A veces, el mismo Garner se creía eso. En algún momento entre la Primera Guerra Mundial y la voladura del segundo mundo burbuja, Garner había aprendido a leer los rostros con tanta seguridad como los hombres leen la letra impresa. A menudo ahorraba tiempo..., y desde el punto de vista de Garner, su tiempo era valioso .

—Adelante—dijo .

—La segunda idea de Muller fue utilizar el agujero. Una rotación cambiaría su curso más de lo que nunca podría llegar a hacer empleando el motor. Y lo planearía de forma que Marte le ocultase de Ceres cuando saliese de la curva. Casi podía tocar la superficie también. La atmósfera de Marte es tan delgada como los sueños de un terrestre.

—Muchas gracias. Lit, ¿Marte no es propiedad de las Naciones Unidas?

—Sólo porque nosotros nunca lo quisimos.

—Entonces Muller había estado invadiendo un territorio que no era suyo.

—Adelante. ¿Qué le pasó a Muller?

—Dejaré que te lo cuente él. Está en su diario.

Lit Shaeffer hizo algo con la caja plana y se oyó una voz de hombre.

20 de abril de 2112.

El cielo es chato. Ia tierra es llana y se encuentran en un circulo en el infinito. No se ve ninguna estrella, excepto la grande, un poco mayor de lo que se ve a través de la mayor parte del Cinturón, pero debilitada por un color rojo como el cielo.

Es el fondo de un agujero y debo haber estado loco para arriesgarme. Pero aquí estoy. He descendido con vida. No lo esperaba, no al final. Fue un aterrizaje loco.

Imaginad un universo, la mitad del cual ha sido reemplazado por una abstracción ocre, demasiado distante y demasiado grande para que se noten detalles significativos, moviéndose a tu lado a gran velocidad. Un sonido extraño y cantarino llega a través de las paredes, distinto a todo lo que hayas oído antes, como el sonido de las alas del ángel de la muerte. Las paredes se están calentando. El termosistema aúlla por encima del chirrido del aire al azotar el casco. Entonces, como si no hubiera ya bastantes problemas, la nave tiembla como un dinosaurio mortalmente herido. Eso fueron mis tanques de combustible desprendiéndose. De repente, y sin previo aviso, los cuatro se soltaron de sus soportes y cayeron girando por delante de mí, rojos como cerezas.

Eso me dejó con dos malas posibilidades. Tenía que decidir de prisa. Si terminaba la hipérbole, me encontraría adentrándome en el espacio con rumbo desconocido y con el carburante que quedaba a bordo del tanque de refrigeración. Mi sistema vital no se mantendría con vida durante más de dos semanas. En ese tiempo, y con poco carburante, no había demasiadas probabilidades de que pudiese llegar a tiempo a algún lugar, y yo me había ocupado de que los vigilantes me perdiesen de vista.

Pero el carburante en el tanque de refrigeración podía hacerme descender. Incluso las naves de la Tierra utilizan únicamente un poco de su combustible entrando y saliendo de su pozo de gravedad diminuto. La mayor parte se quema en llevarles con rapidez de un sitio a otro. Y Marte es más ligero que la Tierra.

Pero ¿entonces qué? Todavía me quedan por vivir dos semanas.

Me acordé de la antigua base de Lacis Solis, abandonada hace setenta años. Seguramente podría conseguir que los viejos sistemas de soporte vital funcionasen lo suficientemente bien para mantener a un solo hombre con vida. Podría incluso conseguir agua y hacer así algo de hidrógeno por electrólisis. Era un riesgo mejor que dirigirse hacia la nada.

Equivocado o no, descendí.

Las estrellas han desaparecido y el suelo a mi alrededor no tiene sentido. Ahora sé por qué llaman "llaneros" a los habitantes de los planetas. Me siento como un mosquito encima de una mesa.

Estoy aquí sentado, temblando y temeroso de salir al exterior.

Bajo un cielo rojinegro hay un mar de polvo salpicado por ceniceros de cristal defectuosamente vaciados y muy esparcidos. El más pequeño, sólo a unas pulgadas de la compuerta, tiene unas cuantas pulgadas de diámetro. El mayor tiene millas. Mientras descendía, el radar de profundidad me mostró fragmentos de cráteres mucho mayores enterrados bajo el polvo. Este es suave y fino, casi como las arenas movedizas. Descendí como una pluma, pero la nave se encuentra enterrada casi hasta la mitad del sistema de soporte vital.

Me posé justo detrás del borde de uno de los cráteres mayores, el que aloja la antigua base terrestre. Desde arriba, la base parecía como un impermeable transparente y gigantesco extendido sobre el suelo agrietado.

Es un extraño lugar. Pero alguna vez tendré que salir: ¿o de qué otra forma podré utilizar el sistema de soporte vital de la base?

Mi tío Bat acostumbraba decir que la estupidez lleva consigo la pena de muerte.

Saldré mañana.

21 de abril de 2112.

Mi reloj dice que es por la mañana. El sol está en el otro lado del planeta y el cielo ya no tiene el color de la sangre. Casi parece el espacio si uno recuerda apartar la vista de la gravedad, aunque las estrellas son débiles, como si estuviesen vistas por un plástico empañado. Una enorme estrella ha aparecido sobre el horizonte, brillando y apagándose como una roca girando sobre sí misma. Debe ser Phobos, puesto que venía de la región del atardecer.

Voy a salir.

Más tarde:

Una especie de concha de vidrio cóncava rodea la nave en los puntos aplastados por la llama de fusión. El sistema vital de la nave, la parte que sale por encima del polvo, descansa en el centro, como una rana sobre un nenúfar en el Asteroide Confinamiento. La concha causada por el choque es un laberinto de grietas, pero es lo bastante firme como para andar por encima.

No así el polvo.

El polvo es como un aceite espeso. En el instante en que lo pisé, comencé a hundirme en él. Tuve que nadar hasta el punto donde el borde del cráter sobresale como la costa de una isla. Fue difícil. Afortunadamente, la concha toca el cráter de roca en un punto, así que no tendré que hacer eso otra vez.

Es extraño este polvo. Dudo de que en ningún lugar del sistema pueda encontrarse nada igual. Son detritos meteóricos condensados a partir de roca vaporizada. En la Tierra un polvo tan fino sería llevado hasta el mar por las lluvias y convertido en roca sedimentaria, cemento natural. En la luna sería cemento al vacío, el curalotodo de las industrias de microminiaturización del Cinturón. Pero aquí no hay suficiente "aire" para ser absorbido por la superficie del polvo.... para impedir la cimentación del vacío..., y no el suficiente para detener un meteorito. Resultado: no cimentará en forma alguna. Se comporta como un fluido

viscoso. Probablemente las únicas superficies rígidas son los cráteres de los meteoros y las cadenas montañosas.

La ascensión del borde del cráter fue dura. Todo son bloques inclinados y resquebrajados de vidrio volcánico. Los bordes son casi agudos. Este cráter debe ser geológicamente reciente. En el fondo está la ciudad burbuja, medio sumergida en un profundo lago de polvo. En esta gravedad puedo caminar bien, es algo menos que el máximo de gravedad de mi nave. Pero casi me rompí un par de veces los tobillos, descendiendo sobre esos ladeados y resbaladizos bloques cubiertos de polvo. En total, el cráter es un cenicero aplastado, recompuesto sin precisión como un rompecabezas de formas irregulares. La burbuja cubre la base como una tienda deshinchada, con la maquinaria productora de aire justamente en el exterior. El generador de aire está en un enorme cubo de metal negro, ennegrecido por setenta años de atmósfera marciana. Es enorme. Debe haber sido dificilísimo transportarlo. Nunca sabré cómo llevaron esa masa de la Tierra a Marte con sólo cohetes químicos e iónicos. ¿Y además por qué? ¿Qué habría en Marte que quisieran?

Este es un mundo inútil si alguna vez los hubo. No está cerca de la Tierra, como la Luna.

La gravedad es demasiado alta. No tiene recursos naturales. Si se pierde el traje de presión se producirá una carrera contra reloj entre la muerte por explosión interna o por la desaparición de los pulmones a causa del rojo y humeante dióxido de nitrógeno.

¿Los pozos?

En algún lugar de Marte hay pozos. La primera expedición, en 1990, encontró uno. Cerca había un algo momificado. Al tocar el agua explotó de forma que nadie supo nunca nada más sobre él, incluyendo su antigüedad.

¿Esperaban encontrar marcianos con vida? Y si así fuera, ¿qué?

En el exterior de la burbuja hay dos orugas biplazas. Tienen una base enorme y ruedas anchas y amplias, probablemente lo bastante anchas para mantener la oruga sobre el polvo mientras se mueve. Habrá que tener cuidado al detenerlos. De todas formas, yo no los usaré.

Creo que el generador de aire funcionará, si puedo conectarlo con el sistema energético de la nave. Sus baterías están agotadas y la planta de fusión debe ser en su mayoría plomo

por ahora. Miles de toneladas de aire respirable están a mi alrededor, encerradas en dióxido de nitrógeno, NO2, El generador de aire liberará el oxígeno y el nitrógeno y también captará el poco vapor de agua que exista. Extraerá el hidrógeno del agua para carburante. Pero ¿podré conseguir la energía? Puede que en la base haya cables.

Lo que es seguro es que no puedo pedir ayuda. Mis antenas se quemaron al descender.

Miré a través de la burbuja y vi un cuerpo, masculino, a unos cuantos pies de distancia. Habrá muerto de explosión interna. Lo más probable es que en cuanto dé una vuelta a la burbuja encuentre un desgarrón.

Me pregunto qué sucedió aquí.

22 de abril de 2112.

Me fui a dormir con la primera luz del sol. La rotación de Marte es sólo una fracción más larga que un día de la nave, lo que es conveniente. Puedo trabajar cuando se ven las estrellas, pero no el polvo, y eso me mantendrá cuerdo. Pero he desayunado y realizado tareas de limpieza de la nave y todavía faltan dos horas hasta que se ponga el sol. ¿Soy un cobarde? No puedo salir ahí fuera con luz.

Cerca del sol, el cielo parece sangre fresca teñido por dióxido de nitrógeno. Por el otro ldo está casi negro. Ni un signo de una estrella. El desierto es llano, roto únicamente por cráteres y por un esquema regular de dunas en creciente tan bajas que sólo se ven cerca del horizonte. Algo que se parece a una enhiesta cordillera lunar se adentra oblicuamente en el desierto, pero está terriblemente erosionada, como algo que hubiera muerto hace mucho tiempo. ¿Podría ser el borde inclinado de un antiguo cráter de asteroide? Los dioses deben haber odiado Marte para colocarlo justo en el centro del Cinturón. Este terreno destrozado y pulverizado es como un símbolo de antiguedad y podredumbre. La erosión, aparentemente, vive únicamente en el fondo de los agujeros.

Más tarde:

Casi amanece. Veo el rojo haciendo desaparecer las estrellas.

Después de la puesta de sol, entré en la base por la compuerta que todavía está en pie. En lo que debe haber sido la plaza del pueblo hay diez cuerpos. Otro estaba medio dentro de un

traje en el edificio de la administración y el número doce a unos pocos pies de la pared de la burbuja, donde yo le vi ayer. Una docena de cuerpos, y todos murieron de explosión interna; descompresión explosiva, en términos técnicos.

El área circular bajo la burbuja está únicamente medio ocupada por los edificios. El resto es un suelo de arena cuidadosamente fundida. En pilas de paredes, suelos, techos, hay otros edificios, listos para ser erigidos. Supongo que el personal de la base esperaba más gente procedente de la Tierra.

Uno de los edificios contenía cables eléctricos. He empalmado un cable con la batería del generador de aire y he podido adaptar el otro extremo al contacto de mi planta de fusión. Salen muchas chispas, pero el generador funciona. Estoy haciéndole llenar el depósito de tanques de oxígeno vacíos que encontré arrimados a una pila de paredes. El dióxido de nitrógeno se está filtrando en la burbuja.

Ahora sé lo que le sucedió a la base de los terrestres .

La ciudad de la burbuja fue asesinada. No hay duda. Cuando el dióxido de nitrógeno comenzó a entrar en la burbuja, vi cómo el polvo flotaba con fuerza por el borde de la ciudad. Había un desgarrón. Era de bordes cortantes, como si hubiese sido hecho con un cuchillo. Si puedo encontrar un equipo de reparación, podré arreglarlo. En alguna parte tiene que haber uno.

Mientras tanto, estoy consiguiendo oxígeno y agua. Puedo vaciar los tanques de oxigeno en el sistema de soporte vital según se van llenando. La nave lo toma del aire y lo almacena. Si consigo hallar la manera de encontrar agua aquí, puedo sencillamente verterla en el depósito. ¿Podré traerla hasta aquí en los tanques de oxígeno?

23 de abril de 2112.

Amanece.

El edificio de la administración es también una biblioteca de cintas. Tiene un archivo con los sucesos de la base, muy completo y, por ahora, muy aburrido. Se parece al diario de navegación de una nave, pero más detallado y con más cotilleo. Más tarde lo leeré todo.

Encontré un poco de plástico para la burbuja y cemento de contacto y lo utilicé para remendar la abertura. Pero la burbuja continuaba sin inflamarse. Así que salí y encontré dos desgarrones más, iguales al primero. Los reparé y busqué más. Encontré tres. Cuando terminé de repararlos casi amanecía.

Los tanques de oxigeno contienen agua, pero tengo que calentarlos para hacer que el agua hierva y salga. Es un trabajo duro. Pregunta: ¿Es más fácil hacer eso o reparar la cúpula y hacer la electrólisis en el interior? ¿Cuántas rajas hay?

He encontrado seis. ¿Cuántos asesinos hubo entonces? No más de tres. He contado doce en el interior, y según el diario había quince en la segunda expedición.

Ni rastro de los vigilantes. Si hubiesen supuesto que estaba aquí ya habían venido. Con aire para varios meses en mi sistema vital, llegaré a casa libre en cuanto salga de este agujero.

24 de abril de 2112.

Dos desgarrones más en la burbuja, ocho en total. Están a una distancia de veinte pies, regularmente espaciados alrededor del material plástico transparente. Parece como si por lo menos un hombre hubiese corrido alrededor de la cúpula, acuchillando el material, hasta que no estuvo lo bastante tenso para poder seguir. Reparé los desgarrones. Cuando salí de la burbuja, se estaba inflando con el aire.

Voy por la mitad del diario de la ciudad y nadie ha encontrado todavía un marciano. Tenía razón, vinieron por eso. Hasta ahora han encontrado tres pozos más. Como el primero, están construidos con bloques de diamante, bastante grandes y muy erosionados, probablemente de una antigüedad de decenas o centenares de miles de años. De los cuatro, dos tienen en el fondo dióxido de nitrógeno sucio. Los otros están secos. Todos tienen un "bloque de dedicación", cubierto con extrañas escrituras parcialmente erosionadas. De un análisis parcial de las inscripciones se deduce que los pozos eran en realidad crematorios; un marciano muerto explotaría al tocar el agua con el dióxido de nitrógeno del fondo. Esto presupone que los marcianos no conocían el fuego.

Continúo preguntándome por qué vinieron los hombres de la base. ¿Qué podían hacer por ellos los marcianos? Si querían hablar con alguien, alguien no humano, tienen en sus propios

océanos delfines y ballenas. ¡Las molestias que se tomaron! ¡Y los riesgos! ¡Todo para ir de un agujero a otro!

24 de abril de 2112.

Extraño. Por primera vez desde el aterrizaje no volví a la nave cuando el cielo se aclaró. Cuando emprendí el regreso, el sol estaba alto. Salí cuando cruzaba el borde del cráter. Permanecí allí entre un par de agudos dientes de obsidiana, contemplando mi nave.

Me recordaba la entrada al Asteroide Confinamiento .

Confinamiento es donde llevan a las mujeres cuando están embarazadas: una burbuja de roca de diez millas de largo y cinco de diámetro, girando sobre su eje para producir un G de empuje hacia el exterior. Los niños deben permanecer allí durante el primer año y un mes por año hasta que cumplen los quince, según la ley. Tengo una mujer que se llama Letty esperando allí ahora; esperando a que pase el año para poder salir con nuestra hija Janice. La mayor parte de los mineros pagan el impuesto de paternidad de una vez, si tienen dinero; son unos sesenta mil comerciales, de forma que algunos pagan a plazos, y a veces es la mujer la que paga; pero en cuanto pagan se olvidan del asunto y dejan que la mujer eduque a los críos. Pero he estado pensando en Letty. Y en Janice. Los polos de mi bodega comprarían regalos para Letty y criarían a Janice dejando lo suficiente para que ella pudiese viajar un poco, y todavía me quedarían suficientes comerciales para otros niños. Los tendría con Letty, si ella está de acuerdo. Creo que lo estará.

¿Cómo he empezado a hablar de esto? Como estaba diciendo antes de ser interrumpido tan bruscamente, mi nave parece la entrada de Asteroide Confinamiento... o de Asteroide del Granjero, o de cualquier ciudad subterránea. Al haber desaparecido los tanques de combustible, no queda nada excepto el motor y el sistema de soporte vital y una pequeña bodega aislada magnéticamente. Entre el mar de polvo sobresale únicamente la parte superior del sistema de soporte vital, una pesada burbuja de acero con una gruesa puerta, sin rayas como las naves de la Tierra. La pesada tubería del motor cuelga al fondo, entre el polvo. Me pregunto su profundidad .

La concha formada por el choque dejará un borde de vidrio congelado alrededor de mi sistema vital. Me pregunto si eso afectará mi despegue.

De todas formas, estoy perdiendo el miedo a la luna diurna.

Ayer pensé que la burbuja se estaba inflando. No era así. Bajo el estanque de polvo se ocultaban más desgarrones, y al subir la presión el polvo desapareció y la burbuja se desinfló. Hoy reparé cuatro rajas antes de que la luz del sol me llegase.

Un hombre no habría hecho todas esas rajas.

Ese material es resistente. ¿Lo atravesaría un cuchillo? ¿O se necesitaría algo más, como un cuchillo eléctrico o un láser?

25 de abril de 2112.

He pasado la mayor parte del día leyendo el diario de la ciudad burbuja.

Hubo un asesinato. Las tensiones pueden ser feroces entre quince hombres sin ninguna mujer a mano. Un día, un hombre llamado Carter mató a otro hombre llamado Harness y después huyó para salvar su vida en una de las orugas, perseguido por el hermano de la víctima. Ninguno regresó con vida. Deben haber agotado el aire de que disponían.

Quince menos tres muertos, quedan doce.

Puesto que yo he contado doce cadáveres, ¿quién queda para desgarrar la cúpula?

¿Marcianos?

En todo el diario no encontré huellas de que hubieran visto un solo marciano. La ciudad de la burbuja jamás encontró un solo artefacto marciano, excepto los pozos. Si hay marcianos, ¿dónde están? ¿Dónde están sus ciudades? Marte sufrió todo tipo de reconocimientos orbitales desde tiempos antiguos. Hasta una ciudad tan pequeña como la de la burbuja hubiese sido vista.

Quizá no haya ciudades. Pero ¿de dónde vienen los bloques de diamante? Diamantes tan grandes como el material del pozo no se forman naturalmente. Se necesita una tecnología respetable para fabricarlos de ese tamaño. Lo que implica la existencia de ciudades..., por lo menos eso pienso.

Aquella momia. ¿Podría tener centenares de miles de años? Un hombre no sobreviviría durante todo ese tiempo en Marte porque el agua de su cuerpo reaccionaría con el dióxido de nitrógeno a su alrededor. En la Luna podría durar millones de años. Las reacciones químicas del cadáver del marciano momificado eran, y son, un completo misterio, aparte de que explotó en forma parecida al napalm cuando fue tocado por el agua. Quizá tuviese esa antigüedad y quizá uno de los dos que se marcharon hacia la muerte volvió a cortar la cúpula, y quizá yo esté viendo enanitos. Este es el lugar adecuado para ello. Si alguna vez salgo de aquí, intentad cogerme cerca de otro agujero.

26 de abril de 2112.

El sol aparece claro y brillante por encima de un horizonte de bordes afilados. Estoy en la compuerta mirando hacia el exterior. Nada me parece ya extraño. He vivido aquí toda mi vida. La gravedad está cayendo sobre mis huesos; ya no me tambaleo cuando paso sobre el borde del cráter.

El oxígeno de mis tanques me llevará a cualquier parte. Dadme hidrógeno y me veréis en la Luna, vendiendo mis polos sin beneficiar a un intermediario. Pero viene lentamente. Sólo puedo conseguir hidrógeno trayendo aquí el agua en los tanques de oxígeno de la base y haciendo una electrólisis después en el interior del tanque de refrigeración del carburante, donde se licua.

El desierto está vacío excepto por una extraña nube rosada que cubre una parte del horizonte. ¿Polvo? Probablemente. Cuando volvía a la nave, oí el viento silbar suavemente a través de mi casco. Naturalmente, el sonido no puede atravesar el casco.

El desierto está vacío.

No puedo reparar la burbuja. Antes de rendirme hoy, encontré cuatro rajas más. Deben estar por todo el contorno de la burbuja. Un hombre solo no pudo hacerlo. Tampoco dos hombres.

Deben haber sido marcianos. Pero ¿dónde están?

Si sus pies fuesen chatos, planos y membranosos, podrían caminar sobre la arena... y no habría huellas. El polvo lo oculta todo. Si hubo ciudades aquí, el polvo debe haberlas cubierto hace siglos. La momia no hubiese tenido restos de tela, hubiese desaparecido.

Ahora el exterior es de un negro sin estrellas. El fino viento debe levantar el polvo fácilmente. Dudo de que me entierre a mí. De todas formas, la nave subiría a la superficie.

Voy a dormir.

27 de abril de 2112.

Es o—cuatro—cientos por el reloj y no he dormido en absoluto. El sol está directamente por encima de mi cabeza, cegadoramente brillante en un cielo de un rojo claro. Ya ha pasado la tormenta de polvo.

Los marcianos existen, estoy seguro. No había nadie más que pudiese asesinar a los de la base.

Pero ¿por qué no salen?

Voy a ir a la base y me llevaré el diario conmigo.

Estoy en la placita del pueblo. Hacer el viaje con luz solar es más fácil, por extraño que parezca. Se puede ver lo que se está pisando, aun a la sombra, porque el cielo difumina un poco la luz, como la iluminación indirecta en una ciudad de cúpula.

El borde del cráter me contempla desde todos lados, fragmentos resquebrajados de vidrio volcánico. Es una maravilla que aún no me haya desgarrado el traje, haciendo ese viaje dos veces al día.

¿Por qué vine aqui? No lo sé. Mis ojos están herrumbosos y hay demasiada luz. Me encuentro rodeado de momias, con rostros convulsos por la angustia y la desesperación y con fluidos resecos en sus bocas. La explosión interna no es una muerte bonita. Diez momias aquí, una junto al borde de la ciudad y otra en el edificio

de la administración.

Desde aquí puedo ver todo el borde del cráter. Los edificios son bungalós bajos y la plaza es grande. Es cierto que la burbuja deshinchada distorsiona un poco las cosas, pero no mucho.

Bien. Los marcianos aparecieron sobre el borde formando un enjambre atronador, o silencioso, blandiendo cosas agudas. Nadie les habría oído si hubieran gritado.

Pero diez hombres estaban en posición de verlos.

Once. Hay un individuo en el borde...; no, podrían haber venido desde la otra dirección. Pero siguen siendo diez hombres. ¿Y se limitaron a quedarse aquí, esperando? No lo creo.

El hombre número doce. Está metido dentro de un traje. ¿Qué fue lo que él vio que los demás no vieron?

Voy a echarle un vistazo.

Por Dios que tenía razón. Tiene dos dedos en una cremallera y está tirando hacia abajo. ¡No está medio dentro de un traje, está medio fuera!

28 de abril de 2112.

Un día y medio de diario para terminarlo.

Mi tanque de refrigeración está lleno, o casi. Estoy listo para probar de nuevo el poder de los vigilantes. Tengo el aire suficiente para tomarme el tiempo que necesite, y si me muevo lentamente hay menos probabilidades de que me descubra un radar. Adiós, Marte, encantador paraíso para un maniacodepresivo.

Eso no tiene gracia. Pensad en los hombres de la base.

Uno: para hacer esas hendiduras fueron necesarios un montón de cuchillos.

Dos: todo el mundo estaba en el interior.

Tres: no fueron marcianos. Hubieran sido vistos.

Por tanto, las hendiduras fueron hechas desde el interior. Si alguien estaba dando vueltas alrededor haciendo agujeros en la burbuja, ¿por qué no enviaron alguien a detenerle?

Parece ser un suicidio en masa. Los hechos son los hechos. Deben haberse distribuido regularmente alrededor de la cúpula, acuchillarla y regresar después a la plaza del pueblo, caminando contra un viento formado por aire respirable que rugía a su alrededor. ¿Por qué? Preguntadle a ellos. Los dos que no están en la plaza quizá hayan sido desertores; si fue así, no les sirvió de mucho.

Estar atrapado en el fondo de un agujero no es bueno para un hombre. Mirad los récords de locura en la Tierra.

Voy a volver a un diario minuto a minuto.

11.20 :

Listo para activar el motor. El polvo no dañará el tubo de fusión, nada podría hacer eso, pero el estallido de retroceso podría dañar el resto de la nave. Tengo que arriesgarme.

11.24 :

El primer chorro de plutonio no hizo explosión. Activando de nuevo.

11.30:

El motor está muerto. No puedo comprenderlo. Mis instrumentos juran que el escudo

de fusión está absorbiendo energía, y cuando pulso el botón adecuado el uranio gaseoso caliente se pulveriza allí dentro. ¿Qué anda mal?

Una rotura, quizá, en el cable de conducción del impulso activador. ¿Cómo voy a saberlo? Ese cable está enterrado ahí, bajo el polvo.

12.45:

He pulverizado suficiente uranio en el interior del tuvo de fusión para fabricar una pequeña bomba. El polvo debe estar ya más caliente que Washington.

¿Cómo voy a reparar ahora el cable? ¿Levantando la nave con mis fuertes y capaces manos? ¿Descender nadando a través del polvo y hacerlo al tacto? No tengo nada que sirva para hacer una soldadura bajo diez pies de polvo fino.

Creo que no tengo nada que hacer.

Quizá haya alguna forma de hacer señales a los vigilantes. Un S.O.S. grande y negro, extendido sobre el polvo... Si pudiese encontrar algo negro que extender. Tengo que buscar en la base otra vez.

19.00:

Nada en la ciudad. Artificios de hacer señales en abundancia, para trajes, para orugas, para naves en órbita, pero únicamente el láser para llegar al espacio. No puedo arreglar un láser corriente de hace setenta años con saliva, cables y buenas intenciones. Me iré minuto a minuto. No habrá despegue.

29 de abril de 2112.

He sido un estúpido.

Esos diez suicidas. ¿Qué fue lo que hicieron con sus cuchillos después de terminar los cortes? En primer lugar, ¿dónde los consiguieron? Los cuchillos de cocina no cortan el plástico de la burbuja. Un láser podría hacerlo, pero no puede haber más de una docena de láseres portátiles en la base. Yo no he encontrado ninguno.

Y las baterías del generador de aire estaban agotadas.

Quizá los marcianos maten para robar energía. No deben conocer el fuego. Entonces, cogieron mi uranio por la misma razón, cortando mi tubo de actividad por debajo de la arena y llevándolo a su propio depósito.

Pero ¿cómo pudieron llegar hasta allí? ¿Buceando bajo el polvo?

¡Oh !

Me marcho de aquí.

He llegado hasta el cráter. Dios sabe por qué no me detuvieron. ¿No les importa? Tienen mi carburante activador.

Están debajo del polvo. Viven allí, a salvo de los meteoros y de los violentos cambios de la temperatura, y también construyen allí sus ciudades. Quizá sean más pesados que el polvo, y de esa forma puedan caminar sobre el fondo.

¡Dios mío, debe haber una ecología completa allá abajo! Quizá sobre la superficie plantas unicelulares para absorber energía del sol conducida hacia abajo por corrientes en el polvo y por las tormentas de arena, para alimentar estadios vivientes intermedios. ¿Por qué no miró nadie? ¡Oh, me gustaría poder decírselo a alguien!

No tengo tiempo para esto. Los tanques de oxígeno de la ciudad no se ajustan a las válvulas de mi traje y no puedo regresar a la nave. En las próximas veinticuatro horas tengo que reparar e inflar la cúpula o moriré por falta de oxígeno.

Más tarde:

Lo he hecho. Me he sacado el traje y me estoy rascando como un loco. Sólo quedaban tres rajas por remendar; por la zona de la burbuja donde encontré a la momia solitaria no había ninguna en absoluto. Reparé esas tres y la cúpula se infló como una ciudad instantánea.

Cuando tenga suficiente agua tomaré un baño. Pero lo tomaré en la plaza, desde donde puedo ver todo el borde del cráter.

Me pregunto cuánto tiempo necesitaría un marciano para cruzar el borde y bajar aquí a la burbuja.

El preguntármelo no me servirá de nada. Todavía podría estar viendo enanos.

30 de abril de 2112.

El agua está maravillosa. Por lo menos estos turistas primitivos se llevaban algunos lujos con ellos.

Puedo ver perfectamente en todas direcciones. El tiempo ha velado un poco la burbuja, lo bastante para que resulte molesto. El cielo está negro como el azabache, desgarradamente cortado a la mitad por el borde del cráter. He encendido todas las luces de la base. Iluminan el interior del cráter, débilmente, pero es suficiente para poder ver cualquier cosa que se arrastre hacia mí. Desgraciadamente, también debilitan la luz de las estrellas.

Los enanos no pueden llegar hasta mí mientras esté despierto. Pero me estoy quedando dormido.

¿Eso es una nave? No, sólo un meteoro. El cielo está lleno de meteoros. No tengo nada que hacer excepto hablar conmigo mismo hasta que pase algo.

Más tarde:

Me encaminé hasta el borde para ver si mi nave estaba todavía allí. Los marcianos podrían haberla arrastrado dentro del polvo. No lo han hecho y no hay señales de que la hayan manipulado.

¿Estoy viendo enanos? Podría averiguarlo. Todo lo que tendría que hacer es escudriñar la planta de fusión de la base. O bien allí hay una pila, ahora plomo en su mayor parte..., o la pila fue robada hace setenta años. En cualquier caso, los residuos radiactivos castigarían mi curiosidad.

Estoy observando cómo sale el sol a través de la pared de la burbuja. Tiene una belleza extraña, distinta a cualquier cosa que yo haya visto en el espacio. Cuando extraía los polos de los anillos he visto Saturno desde una infinidad de ángulos, pero no puede compararse con esto.

Ahora sé que estoy loco. ¡Es un agujero! ¡Estoy en el fondo de un piojoso agujero!

El sol escribe una dentada línea blanca a lo largo del borde del cráter. Desde aquí puedo verlo por completo, no hay miedo por eso. Por muy rápido que se muevan puedo ponerme mi traje antes de que lleguen hasta mí.

Estaría bien ver a mi enemigo.

¿Por qué vinieron aquí los quince hombres que aquí vivieron y murieron? Yo sé por qué estoy aquí: por amor al dinero. ¿Ellos también? Hace cien años, los mayores diamantes que el hombre podía fabricar parecían arena gruesa. Deben haber venido a causa de los pozos de diamante. Pero el viaje en aquel tiempo era terriblemente caro. ¿Podrían haber sacado beneficios?

¿O creían que podían desarrollar Marte de la misma forma que desarrollaron los asteroides? ¡Ridículo! Pero ellos no tenían la perspectiva que yo tengo ahora. Y los agujeros pueden ser útiles.., como los depósitos de plomo puro a lo largo de la creciente diurna de Mercurio. Plomo puro, condensado del vapor diurno, gratis, simplemente con cogerlo. Haríamos lo mismo con los diamantes marcianos si no fuera tan barato fabricarlos.

Aquí está el sol. Un anticlímax: no puedo mirar hacia él directamente, aunque es más débil que el sol de los mineros. Ningún escenario de tarjeta postal hasta...

¡Dios!

Nunca alcanzaré mi traje. Un movimiento y la burbuja se convertirá en un colador. Ahora mismo están tan inmóviles como yo, mirándome sin ojos. Me pregunto cómo me percibirán. Sus lanzas están listas y en posición. ¿Pueden realmente perforar el material de la burbuja? Pero los marcianos deben conocer su propia fuerza y esto ya lo han hecho antes.

Todo este tiempo he estado esperando que apareciesen, en enjambre por encima del borde. Salieron por el charco de polvo en el fondo del cráter. Debería haber comprendido que la obsidiana estaría tan resquebrajada allí como en todas partes.

Tienen aspecto de enanos.

Durante unos instantes el silencio fue roto únicamente por el zumbido gemelo de una abeja cercana y un tractor lejano. Después Lit se inclinó para apagar el diario. Dijo:

—Le hubiéramos salvado si hubiese podido rechazarlos.

—¿Sabíais que estaba allí?

—Sí. El puesto de Deimos le vio bajar a la superficie. Enviamos una petición de rutina pidiendo permiso para tomar superficie sobre territorio de las Naciones Unidas.

Desgraciadamente, los terrestres no pueden moverse con la rapidez de un caracol drogado y no sabíamos de ningún motivo para meterles prisa. Un telescopio habría seguido a Muller si hubiese intentado salir.

—¿Se había vuelto loco?

—¡Oh!, los marcianos eran completamente reales. Pero lo supimos cuando ya era demasiado tarde. Vimos cómo la burbuja se inflaba y se quedaba así durante un tiempo, y la vimos desinflarse de improviso. Daba la impresión de que Muller hubiese tenido un accidente. Rompimos la ley y enviamos una nave para recogerle si todavía estaba vivo. Y ésa es la razón de que le esté contando todo esto, Garner. Como primer portavoz de la Sección Política del Cinturón, confieso en este momento que dos naves del Cinturón penetraron en propiedad de las Naciones Unidas.

—Tenían buenas razones para hacerlo. Continúe.

—Se hubiera usted sentido orgulloso de él, Garner. No echó a correr hacia su traje, sabía perfectamente bien que estaba demasiado lejos. En cambio corrió hacia un tanque de oxigeno lleno de agua. Los marcianos deben haber acuchillado la cúpula en el momento en que dio media vuelta, pero llegó hasta el tanque, pisó sobre uno de los agujeros y lo volvió contra los marcianos. Con aquella presión tan baja era como emplear una manguera de fuego. Alcanzó a seis, antes de caer.

—¿Se quemaron?

—Sí. Pero no por completo. Quedan algunos restos. Cogimos tres cuerpos, junto con sus lanzas, y dejamos los demás in situ. ¿Quiere los cadáveres?

—Claro que sí.

—¿Por qué?

—¿Qué quiere usted decir, Lit?

—¿Por qué los quiere? Nosotros cogimos tres momias y sus lanzas como "souvenirs". Para usted no son "souvenirs". Era un habitante del Cinturón el que murió allá abajo.

—Lo siento, Lit, pero esos cuerpos son importantes. Podemos enterarnos de qué está hecho un marciano antes de descender allí. Podría significar toda la diferencia.

—Descender —Lit hizo un ruido grosero—. Luke, ¿para qué queréis descender allí? ¿Qué

podéis querer en Marte? ¿Venganza? ¿Un millón de toneladas de polvo?

—Conocimiento abstracto.

—¿Para qué?

—Lit, me asombras. ¿Para qué fue la Tierra al espacio en primer lugar si no en busca de conocimiento abstracto?

Las palabras se amontonaban unas sobre otras al alcanzar la boca de Lit. Se embotellaron en su garganta y se quedó sin habla. Extendió las manos, hizo gestos frenéticos, tragó dos veces y dijo:

—¡Es obvio!

—Dímelo despacio. Soy un poco obtuso.

—En el espacio hay de todo. Metales. Vacío, para las industrias que lo necesitan. Un lugar donde construir barato sin ningún tipo de trabas. Ausencia de gravedad para las personas de corazón débil. Lugar donde probar cosas que podrían estallar. Un sitio donde se aprende la física viendo cómo suceden las cosas. Ambientes controlados...

—¿Todo eso era tan obvio antes de que viniésemos aquí?

—¡Claro que lo era!

Lit miró a su visitante. Su mirada abarcó las resecas piernas de Garner, su piel colgante, moteada, sin cabellos, las décadas que mostraban sus ojos..., y Lit recordó la edad de su visitante...

—¿O no lo era?

UN INTENTO DE ENGAÑO

Un camarero salió a su encuentro cuando aterrizaron. Cruzó el restaurante como un peón de ajedrez animado, deslizándose hasta detenerse graciosamente en la galería que daba al puerto para vehículos. vaciló lo suficiente para estar seguro de haber atraído su atención y después se retiró hacia el interior, a paso lento.

El sonido producido por su movimiento era un suave susurro de brisa procedente de la parte inferior de su falda, que llegaba hasta el suelo. Les condujo a través del pavimento del Planeta Rojo, entre mesas ocupadas, mesas vacías, mesas ofreciendo decorativas comidas y recipientes con flores y otros susurrantes camareros robots. Retiró hábilmente una silla en una mesa para dos en el rincón más alejado de la sala para colocar la silla de viaje de Lucas Garner. De alguna forma había reconocido en Luke a un parapléjico. Sostuvo la otra silla para que Lloyd Masney se sentase.

Los murales sobre las paredes del restaurante eran de un rojo oscuro y color plata brillante: un Marte estilo Ray Bradbury, con las torres plateadas de una antigua ciudad marciana anidando entre las rojas arenas. A ambos lados de la enorme sala se perdía de vista un canal recto. Sus plateadas aguas cruzaban realmente el suelo y eran a su vez cruzadas por unos puentes. Marcianos tenues y frágiles se movían por las

calles del mural. A veces contemplaban a los clientes con curiosidad, aquellos humanos que invadían un mundo simulado.

—Extraño lugar—dijo Masney.

Era un hombre grande y compacto, con el cabello blanco y un bigote frondoso y blanco también.

Luke no contestó. Cuando Masney levantó la vista se sintió asombrado por la expresión malévola de su amigo.

—¿Qué pasa? —pre~untó, y se volvió para seguir los ojos de Luke.

Luke estaba mirando con extremo disgusto algo que no podía ser otra cosa que el camarero robot .

El camarero era del tipo estándar. Bajo una cabeza esférica y sin rasgos había un cuerpo cilíndrico en la mayor parte de su longitud. Los brazos que empleó para sujetar la silla de Masney habían desaparecido en el interior de los paneles de su torso, reuniéndose con otros brazos y piernas especializados y con estantes interiores para llevar la comida. Como todos los camareros restantes, estaba pintado con un motivo abstracto en rojo oscuro y plata brillante, para hacer juego con los murales. El último pie del torso cilíndrico del robot era una falda, corta y resplandeciente. El camarero se movía sobre un cojín de aire que no se distinguía del suelo, igual que la silla de viaje de Luke.

— ¿Qué pasa? —repitió Masney.

—Nada —dijo Luke, recogiendo el menú.

El robot esperaba sus órdenes. Inmóvil y con todas sus extremidades recogidas, se había convertido en un poste de arte pop.

—Vamos, Luke, ¿por qué estabas mirando al camarero de esa forma?

—No me gustan los camareros robot.

—¿Hummm? ¿Por qué no?

—Tú creciste con ellos. Yo no. Nunca me he acostumbrado a su presencia.

—¿A qué hay que acostumbrarse? Son camareros. Traen comida.

—De acuerdo —dijo Luke, estudiando el menú.

Era viejo. No era una enfermedad en la columna lo que le privó del uso de sus piernas durante aquellos últimos diez años. Demasiados nervios se desgastaron con la edad. Su barbilla había estado adornada en un tiempo por una perilla, pero ahora se hallaba tan calva como sus cejas y su cráneo. Su rostro, satánico a causa de las arrugas de la vejez, atraía una atención instantánea, de forma que hasta sus pensamientos al azar parecían exagerarse en su expresión. La piel que colgaba de sus brazos y hombros casi

ocultaba los músculos de un luchador, la única parte de su persona que parecía joven.

—Siempre que creo conocerte —decía Masney—, me sorprendes. Ahora tienes ciento setenta y cuatro años, ¿no?

—Me enviaste una tarjeta postal.

—Oh, puedo contar. Pero no puedo hacerme a la idea. Tienes casi el doble de mi edad. ¿Cuánto tiempo hace que inventaron los camareros robot?

—Los camareros no fueron inventados. Evolucionaron, como los computadores.

—¿Cuándo?

—Estabas aprendiendo a deletrear cuando se abrió en Nueva York el primer restaurante totalmente automatizado

Masney sonrió y sacudió suavemente la cabeza.

—Todo ese tiempo y todavía no te has acostumbrado a ellos. Eres un conservador.

Luke dejó el menú sobre la mesa.

—Si es que quieres saberlo, una vez me sucedió algo que tuvo que ver con camareros robot. Por aquel entonces yo tenía tu puesto.

— ¿Sí?

Lloyd Masney era superintendente de policía del Gran Los Angeles. Había sucedido en el puesto a Luke después que éste dimitiera para convertirse en un ejecutor de las Naciones Unidas, hacía cuarenta años.

—Estaba justamente acostumbrándose al trabajo, sólo lo había tenido durante un par de años. ¿Cuándo fue esto? No puedo acordarme alrededor de 2025, creo. Acababan de introducir: los restaurantes automáticos. Estaban introduciendo un montón de cosas.

—¿No es eso siempre así?

—Naturalmente, naturalmente. Deja de interrumpirme. Sobre las diez de esa mañana me tomé un descanso para fumar un cigarrillo. Tenía la costumbre de hacerlo cada diez minutos. Estaba pensando en volver a trabajar cuando entró en la oficina Dreamer Glass. Un viejo amigo, Dreamer. Le había enviado a la cárcel por diez años por falsa publicidad. Acababa de salir y estaba visitando a dos viejos amigos.

—¿Con una pistola?

La sonrisa de Luke fue un asombroso relampagueo de dientes nuevos y blancos.

—¡Oh, no! Dreamer era un buen chico. Quizá demasiado imaginativo, eso era todo. Le metimos en la cárcel por decir a los televidentes que su marca de detergente para los platos era bueno para las manos. Lo probamos y no lo era. Siempre pensé que la sentencia había sido demasiado dura; pero... bueno, las leyes contra los Intentos de Engaño eran entonces nuevas y teníamos que ser duros en los primeros casos, para que todo el mundo supiese que iban en serio.

—En nuestros días iría a parar a los bancos de órganos.

—En aquellos tiempos no se enviaba a los criminales a los bancos de órganos. Me gustaría que nunca hubiésemos empezado a hacerlo.

"Así que Dreamer fue a la cárcel a causa de mi declaración. Cinco años después yo era superintendente. En otros dos años salió en libertad provisional. El día que apareció yo no estaba más ocupado que de costumbre, así que saqué la botella de los invitados y lo mezclamos con el café. Y charlamos. Dreamer quería que le contara todo lo nuevo de aquellos diez años. Había estado hablando con otros amigos, así que ya sabía algo. Pero había vacíos extraños que le hubieran puesto en dificultades. Por ejemplo, había oído hablar de la prueba en Júpiter, pero no sabía nada de otras cosas relacionadas con eso.

"Me gustaría no haber mencionado nunca los restaurantes robot.

"Al principio pensó que yo estaba hablando sobre un autómata mayor y mejor. Después, cuando entendió la idea, se volvió loco por verlo .

"Así que le llevé a almorzar al Herr Ober, que estaba a unas cuantas manzanas del antiguo primer restaurante completamente automatizado en Ellay. Los únicos seres humanos

que tenían algo que hacer allí eran los del equipo de mantenimiento, y sólo aparecían una vez a la semana. Todo lo demás, desde la cocina hasta la chica del guardarropa, eran máquinas. Nunca había comido allí...

—¿Entonces cómo sabías tanto sobre el lugar?

—Tuvimos que capturar a un hombre allí un mes antes. Había secuestrado a una muchacha para pedir rescate y todavia la tenía de rehén. Por lo menos, nosotros creiamos que la tenía. Otra historia. Antes de que pudiésemos imaginarnos cómo llegar hasta él, tuve que estudiarme el Herr Ober de arriba abajo—Luke rezongó—. Mira ese idiota metálico. Todavia está esperando nuestro pedido. ¡Tú! Dos Martinis Vurguuz.

El poste de arte pop se elevó a una pulgada del suelo y desapareció.

—¿Dónde estaba?

"Oh sí. El lugar no se hallaba abarrotado, lo que era un cambio. Escogimos una mesa y le enseñé a Dreamer cómo pulsar el botón para llamar a un camarero. Ya les llamábamos así, aunque no se parecían en nada a estos de aquí. No eran nada más que bandejas dobles sobre ruedas, con sensores y motores y una máquina de escribir, todo comprimido en una esquina.

—Apostaría a que también corrían sobre ruedas.

—Sí . Ruidosos. Pero en aquellos tiempos eran impresionantes. Dreamer tenía los ojos fuera de las órbitas. Cuando llegó esa bandeja animada a esperar nuestros pedidos, se quedó mirándola y no pudo hablar. Yo pedí por los dos.

"Terminamos nuestras bebidas y pedimos otra ronda. Dreamer me habló del club de Publicitarios que se había llegado a formar en su bloque de celdas. Los de los cigarrillos podrían haberlo controlado completamente, tantos había, pero no podían ponerse de acuerdo en nada. Lo que realmente querían hacer era formar un grupo de presión, a base de convictos, en Washington —el camarero apareció con los Martinis—. De todas formas tomamos nuestras bebidas y pedimos la comida. Lo mismo, porque Dreamer todavía no era capaz de tomar una decisión. Continuaba mirando a su alrededor sonriendo.

"El camarero nos trajo cócteles de gambas. Mientras estábamos comiendo, Dreamer intentó sonsacarme quién tenía la concesión de la publicidad de los robots. No los del

restaurante, sino de toda la maquinaria automática. Allí estaba, sin saber nada sobre computadores, pero completamente dispuesto a salir y venderlos. Intenté decirle que había escogido una buena forma de volver a San Quintín, pero ni siquiera quiso escucharme.

"Terminamos las gambas y el camarero nos trajo dos cócteles de gambas más. Dreamer dijo:

"— ¿Qué es esto?

"—Debo haberme equivocado —le dije—. Yo quería dos almuerzos, pero esta maldita cosa nos ha traído dos almuerzos a cada uno.

"Dreamer se echó a reír.

"—Me comeré los dos—me dijo, e hizo—. Diez años es mucho tiempo sin cócteles de gambas.

"El camarero se llevó nuestras dos copas vacías y nos trajo otros dos cócteles de gambas.

"—Es demasiado aunque sean buenos—dijo Dreamer—. ¿Dónde hay que ir para hablar con el encargado?

"—Ya te dije que era completamente automático. El encargado es un computador en el sótano.

"—¿Tiene un circuito auditivo para quejas?

"—Creo que si.

"—¿Dónde puedo encontrarle?

"Miré a mi alrededor intentando recordar.

"—Allí. Después del mostrador de pago. Pero no...

"Dreamer se levantó.

"—Vuelvo ahora mismo—dijo.

"Y así lo hizo. Regresó al cabo de unos segundos y estaba temblando.

"—No pude salir del comedor—me dijo—. El mostrador de pago no quiso dejarme pasar. Hay una barrera. Intenté darle un poco de dinero, pero no sucedió nada. ¡Cuando intenté saltar la barrera recibí una descarga eléctrica!

"—No hay nada que hacer por ese lado. No te dejará salir hasta que pagues tu almuerzo. No puedes pagar sin una cuenta del camarero.

"—Bien, paguemos y vámonos de aquí. Este lugar me asusta.

"Así pues, oprimió el botón de llamada y vino el camarero. Antes de que pudiese alcanzar la máquina nos había dado dos cócteles de gambas más, y se alejó.

"—Esto es ridículo —dijo Dreamer—. Oye, supón que me levanto y me quedo de pie al otro lado de la mesa. De esa forma puedes alcanzar la máquina de escribir cuando entregue la otra ronda, porque yo estaré bloqueándole el paso.

"Lo probamos. La cosa no se acercó a nuestra mesa hasta que Dreamer se sentó. Quizá no le reconocía de pie. Después sirvió dos cócteles de gambas más, y Dreamer se levantó rápidamente y lo siguió. Tenía yo mis manos sobre la máquina de escribir cuando retrocedió e hizo caer a Dreamer sobre el suelo.

"Se puso tan furioso que se levantó y dio un puntapié al primer camarero que pasó cerca. El camarero le tumbó, y mientras se estaba levantando la cosa le lanzó un mensaje impreso con la noticia de que los camareros robot eran caros y delicados y que no debía hacer eso.

—Eso es cierto —dijo Masney, llanamente—. No debió hacerlo.

—Yo le hubiera ayudado a hacerlo, pero no estaba seguro de lo que aquellas máquinas podrían hacer después. Así que me quedé en mi asiento planeando lo que le haría al individuo que había inventado los camareros robot, si alguna vez conseguía salir de allí para seguir su pista.

"Dreamer se levantó sacudiendo la cabeza. Después comenzó a intentar que los otros comensales le ayudasen. Yo podría haberle dicho que eso no resultaría. Nadie quería verse envuelto en aquello. En las grandes ciudades siempre sucede así. Finalmente, uno de los

camareros le soltó una noticia diciéndole que dejase de molestar a los otros comensales, sólo que era más educada que lo que yo he dicho.

"Regresó a nuestra mesa, pero esta vez no se sentó. Parecía asustado.

"—Escucha, Carner—dijo—. Voy a intentarlo por la cocina. Quédate aquí. Traeré ayuda.

"Dio media vuelta y se alejó.

"Yo grité.

"—¡Vuelve aquí! Todo saldrá bien si...

"Pero para entonces ya no podía oírme, dirigiéndose hacia la puerta de la cocina. Sé que me oyó gritar. Simplemente no quiso que le detuviese .

"La puerta sólo tenía cuatro pies de altura, porque estaba construida pensando en robots. Dreamer se inclinó y desapareció. No me atreví a seguirle. Si lo conseguía, estupendo. Traería ayuda. Yo no creía que lo consiguiera.

"Había algo más que yo quería intentar. Apreté el botón de llamada, y cuando el camarero apareció con dos cócteles de gambas más, escribí 'teléfono' antes de que pudiera alejarse.

—¿Para llamar a la central? Deberías haberlo intentado antes.

—Claro, pero no resultó. El camarero salió disparado y me trajo otro cóctel de gambas.

"Así que esperé. Todo el mundo fue desapareciendo y me quedé solo en el Herr Ober. Cuando tenía hambre comía algunas galletas o un cóctel de gambas. El camarero continuaba trayéndome más agua y más cóctel de gambas, así que eso no era problema.

"Dejé notas sobre algunas mesas, para avisar a la muchedumbre que aparecería por allí a la hora de cenar. Pero los camareros las retiraban en cuanto yo las dejaba. Manteniéndolo todo limpio. Dejé eso y esperé un rescate.

"Nadie vino a rescatarme. Dreamer nunca volvió.

"A las seis el sitio se llenó otra vez. Alrededor de las nueve, tres parejas en una mesa cercana comenzaron a obtener un inacabable suministro de canapés Lorenzo. Yo los observaba. Se pusieron tan furiosos al cabo de un rato que entre los seis rodearon al camarero y le levantaron en alto. El camarero hizo girar sus ruedas salvajemente, después les derribó de una descarga y ellos le soltaron. Cayó sobre el pie de un hombre. Todo el mundo fue presa del pánico. Cuando la confusión se aclaró, sólo quedábamos allí nosotros siete.

"Los demás estaban intentando decidir qué hacer con el individuo con un pie bajo el camarero. Por supuesto, tenían miedo de tocar el robot. No hubiese admitido mi pedido porque Yo no estaba en una de sus mesas. pero hice que uno de los otros escribiese un pedido de una aspirina, y se marchó.

"Hice que los seis volviesen a su mesa y les dije que no se moviesen. Una de las chicas tenía pastillas para dormir. Le di tres al individuo con el pie aplastado.

"Y de esta manera esperamos.

—Me fastidia preguntarlo —dijo Masney— pero ¿qué era lo que esperabas?

—La hora de cerrar.

— ¡Oh, claro! ¿Y entonces?

—A las dos, nuestros camareros dejaron de traernos cócteles de gambas y canapés Lorenzo y nos trajeron nuestras cuentas. No podrías creer lo que me cobraron por todos aquellos cócteles... Pagamos y nos marchamos llevando al individuo con el pie aplastado en hombros. Lo trasladamos a un hospital y después fuimos a un teléfono y llamamos a todo el mundo que era posible llamar. Al día siguiente el *Herr Ober* fue cerrado por reparaciones. Nunca volvió a abrir.

— ¿Qué le pasó a Dreamer?

—El es la única razón de que el sitio nunca se volviese a abrir. Nunca fue encontrado.

—No pudo desaparecer.

—¿No pudo?

—¿Pudo?

—A veces pienso que debe haberse aprovechado de la publicidad, y comenzar una vida en otra parte, sin antecedentes penales. Y después recuerdo que entró en una cocina completamente automatizada, por una puerta que no estaba pensada para humanos. La maquinaria de esa cocina podía manipular animales de buen tamaño. Dreamer, obviamente, no era un robot. ¿Por qué podría tomarle, pues, la maquinaria?

Masney pensó sobre el asunto.

Cuando estaba terminando el postre, Masney se aclaró.

—¡Hummm!—dijo—. ¡Hummm!

Y tragó frenéticamente.

— ¡Mentiroso! ¡Fuiste enviado directamente de la Sección de Homicidios a Superintendencia! ¡Nunca tuviste nada que ver con la Sección de Intentos de Engaño!

—Pensaba que te darías cuenta de eso.

—Pero ¿por qué querías mentirme?

—Estabas molestándome sobre los motivos de mi odio contra los camareros robots. Tenía que decir algo.

—De acuerdo. Me engañaste. Ahora, ¿por qué odias a los camareros robot?

—No los odio. Simplemente levantaste la vista en un momento inoportuno. Estaba pensando en lo tonto que parece nuestro camarero con su minifalda hasta el suelo.

EL MANTO DE LA ANARQUIA

Justo en el centro de lo que acostumbraba ser la autopista de San Diego, me apoyé contra un roble, enorme y retorcido. La vieja corteza estaba áspera y se desmenuzaba contra mi

espalda desnuda. La sombra era verde oscuro, perforada por tensos rayos paralelos de oro blanco. La larga hierba me acariciaba las piernas.

A cuarenta yardas, al otro lado de una amplia franja de césped, había un bosquecillo de olmos y una mujer pequeña, que parecía una abuela, estaba sentada sobre una toalla verde. Era como si hubiese crecido allí. Entre sus dientes sobresalía una mata de hierba. Sentí que éramos espíritus gemelos, y cuando una vez nuestras miradas se encontraron, la saludé con un dedo y ella me devolvió el saludo.

Dentro de un minuto tendría que levantarme. Jill me esperaba en las salidas de Wilshire dentro de media hora. Pero yo había echado a andar en las rampas del Sunset Boulevard y estaba cansado. Un minuto más...

Era un buen sitio para observar la rotación del mundo.

Y un buen día para ello también. Ni una nube. En aquella cálida y azul tarde de verano, el Parque Libre King's estaba más abarrotado que nunca.

Alguien había esperado esto en los cuarteles de la policía. El doble de los ojos de la ley normales flotaban sobre nuestras cabezas, esperando. Motas doradas del tamaño de un balón de baloncesto a doce pies de altura sobre el azul. Todos con un ojo de televisión y un apaciguador sónico, todos con una conexión con los cuarteles de la policía. Estaban allí para cumplir la ley del parque.

Nadie levantaría su mano contra otra persona..., y ninguna ley más. A menudo la vida era entretenida en un Parque Libre.

Por el norte, hacia Sunset, un hombre llevaba un cartel blanco rectangular, en blanco por los dos lados. Paseaba de un lado a otro delante de un joven de mandíbula cuadrada subido sobre una caja de plástico que estaba intentando darle una conferencia sobre el tema de la energía de fusión y el problema de la contaminación por el calor. Incluso desde tan lejos podía oír convicción y apasionamiento de su voz.

Hacia el sur, un puñado de tiradores que gritaban estaban arrojando piedras a un ojo de la ley, dirigidos por un hombre gesticulante de alborotado cabello negro. El balón dorado esquivaba las piedras. pero por poco. Algún policía les estaba poniendo un cebo. Me

pregunté dónde habrían conseguido las piedras, pues en el Parque Libre King's no abundaban.

El hombre del cabello negro me resultaba familiar. Observé cómo él y su horda perseguían al ojo de la ley... Después me olvidé de ellos al salir una muchacha del bosquecillo de olmos.

Era encantadora. Piernas largas y perfectas, cabello rojo oscuro que le llegaba por debajo de los hombros, el rostro de un ángel arrogante y un cuerpo tan perfecto que parecía irreal, como el sueño de un adolescente. Su forma de andar había sido ensayada, posiblemente era una modelo o una bailarina. Su único atuendo era un manto de brillante terciopelo azul.

Aquel manto tenía quince yardas de largo. Se arrastraba desde dos grandes discos dorados fijos de alguna forma a la piel de sus hombros. Se arrastraba y se arrastraba, flotando a una altura de cinco pies todo el tiempo, retorciéndose y girando para seguir su paso entre los árboles. Parecía una ilustración de un libro de cuentos de hadas, sin perder de vista que los cuentos de hadas originales no estaban destinados a los niños.

Tampoco ella lo estaba. Por todo el parque podía oírse el estallido de las vértebras cervicales. Hasta los que estaban tirando piedras se habían detenido para mirar.

Ella podía percibir la atención, u oírla en un susurro de suspiros. Para eso estaba allí. Caminaba con una condescendiente sonrisa de ángel sobre su rostro angelical, sin exagerar el movimiento, sino dejándolo ondular. Se volvió, sin tener en cuenta si había que evitar algún obstáculo para que las quince yardas de manto flotante pudiesen seguir la curva.

Sonreí, viendo cómo se alejaba. Por detrás era encantadora, con unos lunares.

El hombre que se acercó a ella un poco más adelante era el mismo que había guiado a los tiradores de piedras. Un salvaje cabello negro y barba, mejillas descarnadas y ojos hundidos, una sonrisa despreciativa y un despreciativo caminar... Ron Cole. Por supuesto.

No oí lo que le dijo a la muchacha del manto, pero vi el resultado. El retrocedió; después dio la vuelta bruscamente y se alejó mirando hacia el suelo.

Me levanté y me acerqué para salirle al paso.

—No lo tomes como una afrenta personal—le dije.

Levantó la vista sobresaltado. Su voz, cuando llegó, era amarga.

—¿Cómo debería tomarlo?

—Ella habría rechazado a cualquier hombre igualmente. Es para verla, no para tocarla.

—¿La conoces?

—Nunca la había visto antes.

— ¿Entonces...?

—Su manto. Vamos, debes haber advertido su manto.

La cola del manto estaba justamente pasando a nuestro lado, sus pliegues formaban arrugas de un azul rico y oscuro. Ronald Cole sonrió como si le doliese la cara.

—Ya.

—Muy bien. Ahora supón que tú le haces una proposición y a la dama le gusta tu aspecto y te acepta. ¿Qué tendría que hacer después? Recuerda que no puede detenerse ni por un segundo .

Primero lo pensó y después preguntó.

—¿Por qué?

—Si deja de andar, pierde todo el efecto. Su manto cuelga simplemente ahí como una especie de cola. Se supone que tiene que agitarse. Si se tumba, todavía es peor. Un manto flotando a cinco pies, después cayendo sobre un montón de arbustos y agitándose frenéticamente...

Ron no pudo evitar reírse, en falsete. Yo dije:

—¿Lo ves? Su público se desternillaría de risa. Eso no es lo que ella busca.

El se puso serio.

—Pero si realmente quisiera, no le importaría... ¡Oh, tienes razón! Debe haber gastado una fortuna para conseguir ese efecto.

—Claro. No lo arruinaría ni por el mismo Giacomo Casanova.

Pensé cosas algo desagradables sobre la muchacha del manto. Hay formas educadas de rechazar un avance. Ronald Cole era fácil de herir.

—¿Dónde conseguiste las piedras? —le pregunté.

—¿Piedras? ¡Oh!, encontramos un lugar donde la divisoria del centro sale a la superficie. Arrancamos algunos trozos de hormigón.

Ron recorrió con la mirada la longitud del parque, justamente cuando uno de los muchachos hacía rebotar un misil en una bola dorada.

— ¡Le han dado a uno! ¡Corramos!

La embarcación comercial más rápida que había navegado nunca era el velero clipper; sin embargo, el mundo había dejado de construirlos después de sólo veinticinco anos. Había llegado el vapor. El vapor era más rápido, más seguro, menos peligroso y más barato.

Las autopistas sirvieron a América durante casi cincuenta años. Después los modernos sistemas de transporte limpiaron el aire e hicieron que los embotellamientos de tráfico resultasen arcaicos, dejando a la nación con un problema molesto. ¿Qué hacer con diez mil millas de autopistas abandonadas y antiestéticas?

El Parque Libre de King's había formado parte de la autopista de San Diego, la sección entre Sunset y el enlace con Santa Mónica. Hacía décadas que el hormigón había sido cubierto por suelo cultivable. Se había creado un paisaje partiendo del principio. Ahora el parque estaba tan completamente cubierto de verde como el Parque Libre Griffith, mucho más antiguo.

Dentro del Parque Libre King's existía una ordenada aproximación a la anarquía. La gente era registrada a las entradas. No había armas en el interior. Los ojos de la ley, flotando en el aire y fuera de alcance, eran lo más aproximado a la ausencia absoluta de la ley.

Sólo había una ley que cumplir. Todos los actos de violencia que se intentasen acarreaban la misma penalidad al asaltante y a la víctima. Si alguien levantaba la mano contra su vecino, una de las pelotas doradas les apaciguaría a los dos. Se despertarían por separado, bajo la vigilancia de los ojos. Generalmente era bastante.

Naturalmente, la gente lanzaba piedras contra los ojos de la ley. Era un Parque Libre, ¿no era cierto?

—¡Le han dado a uno! ¡Vamos allá! —Ron me empujó del brazo.

El ojo de la ley caído estaba oculto, rodeado por los que le habían destruido.

—Espero que no lo rompan a patadas. Les dije que lo necesitaba intacto, pero eso quizá no les haga detenerse.

—Es un Parque Libre. Y ellos lo derribaron.

—¡Con mis misiles!

—¿Quiénes son?

—No lo sé. Cuando les encontré estaban jugando al béisbol. Les dije que necesitaba un ojo de la ley. Me dijeron que ellos conseguirían uno.

Ahora recordaba a Ron bastante bien. Ronald Cole era un artista y un inventor. Para cualquier otro hombre eso habría significado dos fuentes de ingresos, pero Ron era distinto. Inventaba nuevas formas artísticas. Con estaño, alambre, ralladuras de difracción, varios tipos de plásticos y una increíble colección de basura diversa, Ron Cole fabricaba cosas como nunca se habían visto en la Tierra.

El mercado de nuevas formas de arte siempre ha sido bajo, pero de cuando en cuando vendía algo. Era suficiente para proveerle de materias primas, especialmente puesto que muchas de las que utilizaba provenían de sótanos y áticos. Raramente, había una venta importante, y entonces era brevemente rico.

Una cosa era muy peculiar en él: sabía quién era yo, pero no había recordado mi nombre. Ron Cole tenía mejores cosas en que pensar que en qué nombre correspondía a quién. Un

hombre era sólo una etiqueta y un tópico conversacional. *"¡Russell! ¿Cómo estás?"* Un signo. Ron había desarrollado un sustitutivo.

En un bache momentáneo de la conversación, diría:

—Mira esto.

Y enseñaría... milagros.

Una vez había sido una esfera de plástico transparente, del tamaño de una pelota de golf, en equilibrio sobre una concavidad de plata pulida. Cuando la pelota rodaba sobre el espejo curvo, los reflejos eran fantásticos.

Una vez había sido una retorcida serpiente marina grabada sobre una botella de cerveza "Michelob", la encantadora botella en forma de vaso de principios de 1960 que era demasiado grande para las neveras estándar.

Y otra vez habían sido dos barras de un oscuro metal plateado, inesperadamente pesadas.

— ¿Qué es esto?

Las había sostenido sobre la palma de mi mano. Eran más pesadas que el plomo. ¿Platino? Pero nadie lleva tanto platino por ahí. Bromeando, le pregunté.

—¿U-23 5?

— ¿Están calientes? —había preguntado él aprensivamente.

Yo había luchado contra el impulso de tirarlas muy lejos y esconderme detrás de un sofá.

Pero habían sido de platino. Nunca me enteré de por qué Ron las llevaba encima. Algo que no daba buen resultado.

El ojo de la ley caído yacía sobre la hierba. Estaba intacto, posiblemente porque hombres alegres, notoriamente grandes, estaban a su lado, haciendo retroceder a todo el mundo.

—Bien—dijo Ron.

Se arrodilló sobre la esfera dorada, haciéndola girar entre sus largos dedos de artista. Me dijo:

—Ayúdame a abrirla.

—¿Para qué? ¿Qué están buscando?

—Te lo diré dentro de un minuto. Ayúdame... no importa.

La cubierta hemisférica se desprendió. Por primera vez en mi vida contemplé el interior de un ojo de la ley.

Era impresionantemente sencillo. Cogí el apaciguador por su proyector parabólico, las cámaras y un carrete toroidal que tenía que formar parte del artificio de flotación. Ninguna fuente de energía. Supuse que la propia cubierta era una antena receptora de energía. Con la cubierta rota no habría forma de que algún loco se electrocutase a sí mismo.

Ron se arrodilló y estudió el extraño interior del ojo. Sacó algo de su bolsillo hecho de vidrio y metal. Repentinamente, recordó mi existencia y me lo tendió, diciendo:

—Mira esto.

Lo cogí, esperando una sorpresa, y la obtuve. Era un viejo reloj de caza, un enorme reloj con una cadena, dentro de un estuche protector. Eran de uso corriente hace un par de siglos. Miré la esfera, y dije:

—Quince minutos de retraso. No reparaste toda la maquinaria, ¿verdad?

— ¡Oh no!—hizo que se abriese la parte posterior, para que yo lo viese.

La maquinaria parecía moderna. Adiviné:

—¿Batería y horquilla de ajuste?

—Eso es lo que pensó el guardia. Por supuesto, de eso fue de lo que lo hice. Pero las manillas no se mueven, las coloqué así antes de ser registrado.

—¡Aaah! ¿Qué es lo que hace?

—Si funciona, creo que derribará todos los ojos de la ley sobre Parque Libre King's.

Durante un minuto o algo así me reí con demasiada fuerza para poder hablar. Ron me observaba con la cabeza ladeada, claramente preguntándose si yo pensaba que estaba bromeando.

—Eso debería provocar todo tipo de excitaciones—le dije.

—Por supuesto—asintió Ron vigorosamente—, todo depende de que empleen el tipo de circuitos que creo que usan. Mira por ti mismo: los ojos de la ley no están hechos a prueba de todo. Se supone que son baratos. Si uno es derribado, los impuestos no suben demasiado. La otra forma, que sean caros e irrompibles, frustraría a un montón de gente. En un Parque Libre no se desea que la gente se sienta frustrada.

—¿Y?

—Bien, hay una forma muy barata de construir el circuito para el sistema de energía. Si lo han hecho así, puedo volarlo todo. Veamos.

Ron sacó un fino alambre de cobre de entre los puños de su camisa.

—¿Cuánto tiempo llevará?

—Oh, media hora..., quizá más.

Eso me decidió.

—Tengo que marcharme, he quedado con Jill Hayes en la salida de Wilshire. La conoces, una muchacha rubia, grande, de mi altura... —pero no me escuchaba.

—De acuerdo, ya te veré—murmuró.

Comenzó a colocar el alambre de cobre en el interior del ojo de la ley con unos alicates. Me marché.

Las multitudes tienden a atraerse unas a otras. Unos minutos después de dejar a Ron, me uní a un semicírculo de curiosos para ver qué era lo que miraban.

Un individuo carilargo y con tendencia a la calvicie estaba ensamblando algo..., una máquina arcaica, con hélices y un pequeño motor de gasolina. La manivela de madera en forma de T era nueva y no estaba pintada. Las partes metálicas se hallaban oscurecidas y tenían el aspecto de haber sido limpiadas recientemente de la antigua herrumbre.

La muchedumbre especulaba susurrando. ¿Qué era aquello? Ni parte de un coche, ni un motor de fuera borda, aunque tenía hélices; demasiado pequeño para ser un motor de motocicleta, demasiado grande para un motor de deslizador.

—Un segador de césped—dijo la dama de cabello blanco que estaba a mi lado.

Era una de esas personas, pequeñas y parecidas a pájaros que se encogen y pierden peso cuando envejecen y viven siglos. Sus palabras no significaban nada para mí. Iba a preguntar, cuando...

El hombre de la cara larga terminó su obra y retorció algo, y el motor se encendió con un rugido. Un humo negro salió al exterior. Sujetó las manivelas triunfante. En el exterior, construir una máquina de combustión interna que funcionase era algo castigado con la cárcel. Aquí...

Con el fuego del entusiasmo ardiendo en sus ojos, hizo rodar su infernal máquina sobre la hierba. Dejaba un paso tan liso como una alfombra. ¿Era un Parque Libre o no?

El olor llegó al mismo tiempo a todo el mundo: una suciedad negra en el aire, un hedor a hidrocarburos medio quemados que atacaba la nariz y los ojos. Carraspeé y tosí. Nunca había olido nada parecido.

La muchedumbre rugió y se lanzó sobre él.

Cuando cogieron su máquina, chilló. Alguien encontró un botón y la detuvo. Dos hombres confiscaron la caja de herramientas y se pusieron a trabajar con un destornillador y un martillo. El dueño protestó. Cogió un pesado par de tenazas e intentó cometer un asesinato.

Un ojo de la ley les aturdió, a él y al hombre del martillo, y ambos cayeron al suelo. Los demás desarmaron el segador de césped y doblaron y rompieron las piezas.

—Casi siento que hayan hecho eso —dijo la anciana—. A veces echo de menos el sonido de los segadores. Mi padre acostumbraba segar el césped los domingos por la mañana.

—Esto es un Parque Libre—le dije.

—¿Entonces por qué no puede construir lo que le guste?

—Puede hacerlo. Lo hizo. Cualquier cosa que él sea libre para hacer, nosotros somos libres para romperla a puntapiés. Y mi mente terminó: *Como el ojo de la ley que Ron va a trucar*.

A Ron se le daban bien las herramientas. No me sorprendería que supiese lo suficiente sobre los ojos de la ley para estropear todo el sistema. Quizá alguien debería detenerle. Pero derribar los ojos de la ley no era ilegal. Sucedía constantemente. Formaba parte de la libertad del parque. Si Ron podía derribarlos a todos al mismo tiempo... bueno, quizá alguien debería detenerle. Me crucé con un rebaño de chicas de la escuela secundaria, todas de unos dieciséis años y gorgojeando como pajaritos. Posiblemente era su primer viaje al interior de un Parque Libre. Miré hacia atrás porque eran muy atractivas y las cogí contemplando horrorizadas y maravilladas el dragón de mi espalda. Dentro de unos cuantos anos estarían tan acostumbradas que ni lo notarían. Jill había necesitado casi media hora para aplicarlo esta mañana, un glorioso dragón rojo y oro, respirando llamas bajo mi hombro, llamas que parecían brillar por su propia luz. Más abajo había una princesa y un caballero en armadura dorada, la princesa atada a un poste, el caballero huyendo para salvar su vida. Sonreí a las muchachas y dos de ellas me saludaron con la mano.

Cabello corto y rubio y piel dorada, la muchacha más alta a la vista, sin llevar siquiera la bolsa de un nudista: Jill Hayes estaba clavada delante de la entrada de Wilshire, preguntándose visiblemente dónde estaría yo. Eran las tres y cinco.

Estas cosas pasan cuando se vive con una apasionada de la cultura física. Jill insistía en ponerme en buena forma. De ahí los ejercicios diarios y todo este asunto de recorrer andando la mitad del Parque Libre King's.

Aunque me había negado a hacerlo a paso rápido. ¿Quién anda con rapidez en un Parque Libre? Hay mucho que ver. Me había dado una hora, yo había tardado tres. Era un

compromiso, como los "shorts" de papel que yo llevaba a pesar de las creencias nudistas de Jill.

Tarde o temprano encontraría a alguien con músculos, o yo retornaría a la pereza y nos separaríamos. Mientras tanto... nos llevábamos bien. Parecía lo más sensato dejar que ella terminase mi entrenamiento.

¡Russell! ¡Aquí! —gritó ella al divisarme, con una voz que debe haberse oído en los dos

extremos del parque.

En respuesta levanté el brazo, estilo semáforo, lentamente por encima de mi cabeza y otra vez hacia atrás.

Y todos los ojos del Parque Libre King's cayeron del cielo, muertos.

Jill paseó la vista por todas las caras de sobresalto y todas las burbujas doradas descansando sobre los arbustos y la hierba. Se me acercó con una cierta incertidumbre.

¿Has hecho tú eso? —me preguntó.

—Sí —dije—. Si muevo los brazos otra vez, todos volverán a subir.

—Creo que es mejor que lo hagas —dijo Jill remilgosamente. Jill tenía un rostro maravillo— samente impasible. Agité los brazos con fuerza sobre mi cabeza y los bajé, pero, por supuesto, los ojos se quedaron donde habían caído.

—Me pregunto qué es lo que ha pasado —dijo Jill.

—Fue Ron Cole. Le recuerdas. Es el que grabó algunas antiguas botellas de cerveza "Michelob" para Steuben...

— ¡Oh sí! Pero ¿cómo?

Fuimos a preguntárselo.

Un musculoso universitario aulló y pasó corriendo a ciegas junto a nosotros. Le vimos dar una patada a un ojo de la ley como si fuese una pelota de fútbol. La cubierta dorada se rajó, pero el hombre volvió a aullar y saltó de nuevo apretándose el pie.

Pasamos junto a esferas doradas melladas y resonadores destrozados y reflectores parabólicos torcidos. Una mujer parecía sonrojada y orgullosa: llevaba varios de los toroides de cobre a manera de pulseras. Un chico estaba coleccionando las cámaras. Quizá pensaba que podría venderlas en el exterior.

Pasado un minuto no volví a ver un ojo de la ley intacto.

No todos estaban ocupados destrozando los ojos de la ley. Jill se quedó mirando un grupo conservadoramente vestido que llevaba pancartas con *POBLACION A TRAVES DE LA COPULACION*, y quiso saber si iban en serio. Su líder, un hombre de cara lúgubre, nos tendió unos panfletos donde se hablaba de la maldad y la blasfemia de los intentos del hombre para alterarse a sí mismo manipulando los genes y con experimentos de desarrollo extrauterino. Si era fingido, lo hacían muy bien.

Nos cruzamos con siete hombrecitos, de tres a cuatro pies de altura, caminando con una morena alta y bonita. Iban vestidos estilo medieval. Ambos nos quedamos mirando, pero yo fui el único que advirtió el maquillaje y el uso del UnTan. Pigmeos africanos, probablemente parte de un grupo de turistas por las Naciones Unidas; la muchacha debía ser su guía.

Ron Cole no estaba donde yo le había dejado.

—Debe haber decidido que la discreción es la mejor parte de la cobardía. Quizá tenga razón. Además —supuse— nadie ha derribado nunca todos los ojos de la ley antes.

—No es ilegal, ¿verdad?—dijo Jill.

—No es ilegal, sino excesivo. Como mínimo, puede que le prohiban entrar en el parque.

Jill se tendió bajo el sol. Era toda dorada y grande.

—Tengo sed. ¿Hay alguna fuente por aquí? —dijo.

—Claro, a menos que alguien la haya cegado ya. Es un...

—... Parque Libre. ¿Quieres decir que ni siquiera protegen las fuentes?

—Si haces una excepción es como una bola. Cuando alguien estropea una fuente, esperan y la arreglan por la noche. De esa forma... Si yo veo a alguien intentando romper una fuente, generalmente le doy un puñetazo. Muchos de nosotros lo hacemos. Después de que un individuo haya perdido la mayor parte de sus vacaciones bajo los efectos de los apaciguadores de los ojos de la ley, acaba por entenderlo.

La fuente era un sólido cubo de hormigón con cuatro espigones y un botón de metal del tamaño de una mano. Era difícil de atrancar o estropear. Ron Cole estaba cerca de ella, como despistado.

Pareció alegrarse de verme, pero continuó ausente. Los presenté:

—¿Te acuerdas de Jill Hayes?

—Claro—dijo—. Hola, Jill—y habiendo utilizado su nombre en la forma deseada, lo olvidó rápidamente.

—Pensábamos que te habías marchado—dijo

—Quise hacerlo.

—¿Sí?

—Ya sabes lo complicadas que son las salidas. Tienen que serlo para evitar que alguien entre por ellas con... algo como un arma de fuego. —Ron se pasó ambas manos por el cabello, sin ordenarlo en lo más mínimo—. Bien, todas las salidas han dejado de funcionar. Deben estar en los mismos circuitos que los ojos de la ley. No me esperaba eso.

—Entonces estamos encerrados aquí dentro —dije. Pero además de la irritación, en el fondo de mi estómago había una sensación extraña—. ¿Cuánto tiempo piensas...?

—No lo sé. Tendrán que arreglárselas para conseguir ojos nuevos de alguna forma, y reparar el sistema de los rayos de energía, imaginarse cómo lo averié y repararlo de forma que no suceda de nuevo. Supongo que, por ahora, alguien habrá destrozado a patadas el ojo preparado por mi, pero la policía no lo sabe.

—Oh, sencillamente enviarán algunos policías al interior—dijo Jill.

—Mira a tu alrededor.

Por todas partes había fragmentos de ojos de la ley. Ni uno solo estaba entero. Un policía tendría que estar loco para entrar en un Parque Libre.

Sin mencionar. el daño que eso haría al espíritu del parque.

—Me gustaría haber traído una bolsa con el almuerzo—dijo Ron.

Divisé el manto a mi derecha: una cinta de brillante terciopelo azul, revoloteando a cinco pies, como un sendero en el aire cubierto por una alfombra. Ni grité, ni señalé, ni nada, pues podría así pulsar la tecla menos adecuada para Ron .

Ron no se dio cuenta.

—En realidad, casi me alegro de que haya sucedido esto —dijo animadamente—. Siempre he pensado que la anarquía debe ser una forma viable de sociedad.

Jill emitió corteses sonidos de asentimiento.

—Después de todo, la anarquía es únicamente la última palabra de la libre empresa. ¿Qué puede hacer un gobierno por la gente que la gente no pueda hacer sola? ¿Protegerles de otros países? Si todos los demás países son también anarquistas, no se necesita ejército. Quizá policía sí; pero ¿qué hay de malo en la policía privada?

—Los departamentos de bomberos trabajaban así—recordó Jill—. Eran alquilados por las compañías de seguros. Sólo protegían casas pertenecientes a sus propios clientes.

—¡Claro! Te aseguras contra robos y asesinatos, y la compañía de seguros alquila una fuerza policial. El cliente lleva una tarjeta de crédito...

—¿Y si los ladrones le roban también la tarjeta?

—No puede utilizarla. No tiene las mismas huellas reticulares.

—Pero si el cliente no tiene la tarjeta, no puede lanzar a los policías sobre el ladrón.

—¡Oh!

Una pausa larga.

—Bueno...

Medio escuchando, porque ya lo había oído todo antes, busqué los extremos del manto. En un extremo encontré el espacio vacío y en el otro una encantadora pelirroja. Estaba hablando con dos hombres, tan estrafalarios como ella misma.

Puede que se tenga la sensación de que un Parque Libre es una gigantesca fiesta de disfraces. No lo es. Ni una persona de cada diez lleva algo que no sea traje de calle, pero los disfraces son los que llaman la atención.

Aquellos tipos eran medio pájaros.

Sus cejas y pestañas eran plumas diminutas, las de uno verdes y las de otro doradas. Sus cabezas se hallaban cubiertas por plumas de mayor tamaño, azules, verdes y oro, y formaban una cresta a lo largo de sus columnas vertebrales. Estaban desnudos hasta la cintura y mostraban un físico que Jill encontraría aceptable.

Ron estaba dando una conferencia.

—¿Qué hace un gobierno por nadie, excepto por aquellos que están en el poder? Una vez hubo servicios privados de correos, y eran más baratos que los que tenemos ahora. Cualquier cosa de la que el gobierno se encargue, inmediatamente se encarece. No hay ningún motivo por el que una empresa privada no pueda hacer cualquier cosa que un gobierno...

Jill abrió la boca. Dijo:

—¡Oooh! Es preciosa.

Ron se volvió para mirar.

Como si estuviéramos coordinados, la muchacha del manto golpeó fuertemente a uno de los hombres sobre la boca. Intentó golpear al otro, pero él la cogió por la muñeca. Después los tres se quedaron inmóviles.

—¿Lo veis?—dije—. Nadie gana. Ni siquiera le gusta estarse quieta. Ella... —y comprendí por qué no se movían.

En un Parque Libre es fácil para una muchacha rechazar una proposición. Si el individuo no acepta el no como respuesta, le da una bofetada. El apaciguador les alcanza a él y a la muchacha. Cuando despierta, se aleja.

Sencillo .

La muchacha se recobró antes. Abrió la boca, se liberó la muñeca con un tirón y echó a correr. Uno de los hombres emplumados no se molestó en perseguirla; se limitó a agarrar el manto con las dos manos.

Aquello se estaba poniendo serio.

El manto tiró de ella hacia atrás fuertemente. No vaciló. Se desprendió de los grandes discos de oro de los hombros y siguió corriendo. Los hombres emplumados la persiguieron, riendo.

La pelirroja no se reía. Corría lo más de prisa que podía. Dos gotas de sangre resbalaban por sus hombros. Pensé en intentar detener a los emplumados, me decidí a favor de ello..., pero ya habían pasado.

El manto colgaba en el aire como un sendero alfombrado. Vacío por los dos extremos.

Jill se abrazó a sí misma, incómoda.

—Ron, ¿cómo se hace para alquilar una policía privada?

—Bien, no puedes esperar que se forme espontáneamente...

—Probemos las entradas. Quizá podamos salir.

Era algo que se comprendía con lentitud. Todo el mundo sabía cómo funcionaban los ojos de la ley. ¿Dos hombres emplumados persiguiendo a una pelirroja encantadora? Una visión interesante; ¿por qué interferir? Si ella no quería que la persiguieran sólo tenía... ¿qué? Y nada más había cambiado. Los disfraces, la gente que defendía una causa, o la que buscaba una que defender, los que observaban, y los pícaros...

Señal en Blanco se había reunido con el grupo *POBLACION POR MEDIO DE LA COPULACION*. SU túnica rosa manchada de verde contrastaba extrañamente con los conservadores trajes de ellos pero no mostraba señales de burla; su rostro era tan preternaturalmente solemne como los suyos Sin embargo. ellos no parecían felices con su compañía.

Había una multitud cerca de las salidas a Wilshire. Vi los suficientes rostros confusos y

frustrados para adivinar que estaban cerradas. La pequeña área del vestíbulo estaba tan abarrotada que ni siquiera intentamos averiguar qué les pasaba a las puertas.

—No creo que debamos quedarnos aquí—dijo Jill, incómoda.

Advertí la forma en que se abrazaba a sí misma.

¿Tienes frío?

No dijo estremeciéndose—, pero me gustaría estar vestida.

—¿Qué te parecería una franja de aquel terciopelo azul?

—¡Estupendo!

Llegamos demasiado tarde. El manto había desaparecido .

Era un tibio día de septiembre y se acercaba la puesta de sol. Vestido solamente con los pantalones cortos de papel no sentía frío.

—Ponte mis pantalones—le dije.

—No, cariño. La nudista soy yo—pero Jill se cubrió con las dos manos.

—Toma—dijo Ron, y le tendió su suéter.

Ella le dedicó una mirada de agradecimiento después, visiblemente avergonzada, se enrolló el suéter alrededor de la cintura e hizo un nudo con las mangas.

Ron no lo entendía en absoluto. Yo le pregunté:

—¿Conoces la diferencia entre estar desnudo y un desnudo?

Negó con la cabeza.

—Un desnudo es artístico. Estar desnudo es como hallarse indefenso.

El nudismo era popular en un Parque Libre. Aquella noche la desnudez no lo era. Debía haber trozos de aquel manto azul por todo el Parque Libre King's. Aquella noche vi por lo menos cuatro: uno de turbante, dos utilizados como sarongs rudimentarios y otro como una venda.

En un día normal, las entradas del Parque Libre King's se cerraban a las seis. Aquellos que querían quedarse, lo hacían tanto tiempo como quisiesen. Generalmente no hay muchos, porque en un Parque Libre no hay luces que romper, aunque se filtre la luz de la ciudad. Los ojos de la ley flotan guiados por infrarrojos, pero la mayoría no están conectados.

Esta noche sería distinto.

Era después del atardecer, pero todavía había luz. Una pequeña y anciana dama llegó hasta nosotros a trompicones, con una mirada asesina en su arrugado rostro. Al principio pensé que iba dedicada a nosotros, pero no era así. Estaba tan furiosa que no podía ver.

Ella vio mi pie y levantó la vista.

—¡Oh, es usted! Uno que ayudó a romper el segador de césped —dijo, lo que era injusto—. ¿Es esto un Parque Libre? ¿Un Parque Libre? Dos hombres acaban de llevarse mi cena.

Levanté las manos.

—Lo siento. De verdad que lo siento. Si todavía la tuviese, podíamos intentar convencerla de que la compartiese con nosotros.

Ella perdió parte de su furia, lo que casi la llevó al llanto.

—Entonces todos pasaríamos hambre juntos. La traje en un bolso de plástico. La próxima vez usaré algo que no sea transparente. ¡Maldita sea! —advirtió a Jill y su improvisado

suéter-falda, y añadió—: Lo siento, querida, le di mi toalla a una muchacha que la necesitaba todavía más.

—Gracias de todas formas.

—Por favor, ¿puedo quedarme con vosotros hasta que los ojos funcionen otra vez? No me siento completamente a salvo. Me llamo Glenda Hawthorne .

Nos presentamos. Glenda Hawthorne nos dio la mano. Estaba ya completamente oscuro. No podíamos ver la ciudad detrás de los altos macizos verdes, pero cuando las luces de Westwood y Santa Mónica brillaban sobre nosotros el cambio era asombroso.

La policía se estaba tomando su tiempo para proporcionarnos algunos ojos de la ley.

Llegamos al campo de césped que es utilizado a veces por la Sociedad de Anacronismos Creativos para sus torneos. Pelean a pie con armas pesadas y embotadas, destinadas a comportarse como espadas, hachas, etcétera. Las armas están controladas para que no caigan en manos no adecuadas. El campo es grande, llano y desprovisto de árboles, iniciando una pendiente hacia arriba en los bordes.

Algo se movió sobre una de las pendientes.

—Me detuve. No se volvió a mover, pero se veía claramente a la luz que reflejaban las blancas nubes. Distinguí algo en forma de hombre y ligeramente rosado y un rectángulo pálido cerca de él.

Hablé en voz baja.

—Quedaros aquí.

—No seas tonto —dijo Jill—. No hay nada donde pudiese ocultarse alguien. Vamos.

La pancarta en blanco estaba torcida y mostraba huellas de pisadas. El hombre que había estado llevándola levantó la vista, y vimos dolor en sus ojos. De su nariz bajaba sangre secándose y susurró con esfuerzo:

—Creo que me han dislocado el hombro.

—Dejadme ver—Jill se inclinó sobre él.

Lo tanteó un poco, después se preparó y tiró de su brazo con fuerza durante unos minutos. Señal en Blanco gritó de dolor y desesperación.

—Eso lo arreglará —Jill parecía satisfecha—. ¿Cómo se siente ahora?

—No me duele tanto—casi sonreía.

—¿Qué sucedió?

—Empezaron a empujarme y a darme patadas para que me fuese. Lo estaba haciendo. Me marchaba ya. Lo juro. Entonces alguien me arrancó mi pancarta...—se detuvo durante un momento y siguió por la tangente—. No hacía daño a nadie con mi pancarta. Estoy graduándome en psicología. Estoy escribiendo una tesis sobre lo que la gente ve en una pancarta en blanco. Como las hojas en blanco de los tests Rorschach.

—¿Qué tipo de reacciones obtienes?

—Hostiles, generalmente. Pero no como esto —Señal en Blanco parecía perplejo—. ¿Vosotros no creeréis que un Parque Libre es el único lugar donde la libertad de expresión es posible?

Jill le limpió la cara con un pañuelo de la bolsa de Glenda Hawthorne, y dijo:

—Sobre todo cuando uno no está diciendo nada. Ron, cuéntanos algo más sobre tu gobierno por la anarquía.

Ron se aclaró la garganta.

—Espero que no lo juzgues por esto. El Parque Libre King's no ha vivido en la anarquía durante más de dos horas. Se necesita tiempo para desarrollarla .

Glenda Hawthorne y Señal en Blanco deben haberse preguntado de qué demonios estaba hablando. Le deseé suerte en sus explicaciones y me pregunté si podría explicar quién había derribado los ojos de la ley. Este campo sería un buen lugar donde pasar la noche. Estaba abierto, sin refugios y sin sombras, no había forma de que alguien nos sorprendiese.

Yo estaba aprendiendo a pensar como un verdadero paranoico.

Nos tumbamos sobre la hierba húmeda, a veces dormitando y a veces charlando. Otros dos grupos, no mayores que el nuestro, ocuparon el campo de los torneos. Conservaron su distancia y nosotros la nuestra. De cuando en cuando oíamos voces y sabíamos que no dormían, por lo menos todos a la vez.

Señal en Blanco dormitaba inquieto. Sus costillas le estaban molestando, aunque Jill decía que ninguna estaba rota. De cuando en cuando se agitaba e intentaba moverse y se despertaba. Entonces tenía que permanecer inmóvil hasta que se volvía a dormir.

—Dinero —decía Jill—. Se necesita un gobierno que imprima el dinero.

—Pero se podrían imprimir IOMs. Denominaciones estándar, impresas a cambio de un pago y notarializadas, respaldadas por tu buen nombre.

Jill se rió suavemente.

—Has pensado en todo, ¿eh? De esa forma no podrías viajar demasiado lejos.

—Entonces tarjetas de crédito.

Yo había dejado de creer en la anarquía de Ron.

—Ron —dije—, ¿recuerdas a la muchacha del largo manto azul?

Un pequeño silencio.

—¿Sí?

—Era bonita, ¿verdad? Agradable de ver.

—Concedido.

—Si no hubiese ninguna ley que te impidiese violarla, iría enfundada hasta los pies en un traje largo y llevaría un lápiz de gas lacrimógeno. ¿Sería divertido eso? Me gusta el desnudo. Mira lo rápida que desapareció después de que dos ojos cayeron.

—¡Hummm! —dijo Ron.

La noche estaba refrescando. Voces a lo lejos; ocasionales gritos distantes llegaban como finos hilos grises en un tapiz negro de silencio. La señora Hawthorne habló en medio de aquel silencio:

—¿Qué estaba diciendo en realidad ese chico con la señal en blanco?

—No estaba diciendo nada—dijo Jill.

—Ahora, un minuto, querida. Creo que sí lo hacía, aunque él no lo supiera —la señora

Hawthorne hablaba despacio, usando las palabras para dar forma a sus pensamientos—. Hubo una vez una organización para protestar por la ley de la anticoncepción obligatoria. Yo fui una de ellos. Llevábamos pancartas durante horas seguidas. Imprlmimos panfletos. Parábamos a la gente que pasaba para poder hablarles. Regalábamos nuestro tiempo, nos metimos en dificultades y gastos considerables porque queríamos propagar nuestras ideas

"Ahora bien, de habérsenos unido un hombre con una pancarta en blanco, ¿hubiese estado diciendo algo?

"Su señal dice que no tiene opinión. Si se une a nosotros, dice que nosotros tampoco la tenemos. Está diciendo que nuestras opiniones no valen nada.

—Dígaselo a él cuando se despierte—le dije—. Lo apuntará en su cuaderno

—Pero su cuaderno está equivocado. No se metería con su pancarta vacía entre gente con la que estuviese de acuerdo, ¿verdad?

—Posiblemente, no.

—Yo.. creo que no me gusta la gente que no tiene opiniones—la señora Hawthorne se puso en pie. Había estado sentada a la turca durante varias horas—. ¿Sabéis si hay cerca alguna máquina de bebidas?

No la había, por supuesto. Ninguna compañía privada quería arriesgarse a que le destrozaran las máquinas una o dos veces al día. Pero nos había recordado a todos que estábamos sedientos. Al cabo de un rato nos levantamos y nos encaminamos en grupo en dirección a la fuente.

Todos, excepto Señal en Blanco.

A mí me había gustado aquella broma de la pancarta en blanco. Qué extraño y qué triste que un derecho tan básico como la libertad de expresión pudiese depender de algo tan frágil como un ojo de la ley en el aire.

Tenía sed.

El Parque brillaba con las luces de la ciudad, cruzado por sombras de bordes agudos. Con aquella luz parecía que no podía ver mucho más de lo que en realidad era posible. Podía mirar en todas las sombras, pero, aunque a nuestro alrededor había movimientos, no podía ver a nadie hasta que se moviese. Nosotros cuatro, sentados bajo un roble con nuestras espaldas apoyadas sobre el tremendo tronco, debíamos ser invisibles desde cualquier distancia.

Hablamos poco. El parque estaba silencioso, excepto por risas ocasionales procedentes de la fuente.

No me era posible olvidar mi sed. Podía percibir que los que me rodeaban tenían sed también. La fuente estaba allí mismo, al descubierto, un sólido bloque de hormigón, rodeada por cinco hombres

Iban vestidos de la misma forma, con pantalones cortos de papel con grandes bolsillos. Tenían el mismo aspecto: atletas de primera categoría. Quizá pertenecieran a la misma orden fraternidad o ROTC.

Se habían apoderado de la fuente.

Cuando llegaba alguien a beber, el alto rubio ceniciento daba un paso adelante, con el brazo extendido rígidamente y la palma hacia arriba. Tenía una boca amplia, una sonrisa que en otra circunstancias podría haber sido contagiosa, una voz profunda y resonante.

—Da la vuelta —decía—. Nadie puede pasa por aqui, excepto el inmortal Cthulhu... o algo igualmente idiota.

El problema era que no bromeaban. O, mejor estaban bromeando, pero no dejaban que nadie bebiera.

Cuando llegamos, una muchacha envuelta en una toalla estaba intentando convencerles con razonamientos. No resultó. Incluso debía haber halagado sus egos: una encantadora muchacha medio desnuda mendigándoles agua. Al rato se rindió y se marchó.

Su cabello podría haber sido rojo con aquella luz. Deseé que fuese la chica del manto.

Y un hombre corpulento, vestido con un mono amarillo de negociante, había cometido el error de exigir sus derechos. No era una noche de derechos. El muchacho rubio le había cubierto de vociferantes insultos, un torrente de profanidades poco imaginativas que terminaron cuando intentó golpear al rubio. Entonces tres de ellos se lanzaron sobre él. El hombre se marchó arrastrándose, hablando, entre gemidos, de policía y demandas judiciales. ¿Por qué nadie había hecho nada?

Lo había observado todo desde mi posición sentada. Podía hacer una lista con mis propias razones. Una: era difícil hacer frente al hecho de que un ojo de la ley no les dejaría dormidos cualquier momento. Dos: no me gustaba demasiado el hombre que se quejaba. No me gustaba lo que decía. Tres: había estado esperando que alguien más interviniera.

—Ronald, ¿qué hora es? —dijo la señora Hawthorne.

Ron quizá fuese el único hombre dentro del Parque Libre King's que sabía la hora. La gente generalmente dejaba sus objetos de valor en los casilleros de las entradas. Pero, hacía años, cuando Ron estaba podrido de dinero a causa de la venta de la botellas de cerveza grabadas, se había comprado un reloj injertado. Decía la hora por una marca roja y dos líneas rojas brillantes bajo la piel de su muñeca.

Habíamos puesto a las mujeres entre nosotros, pero vi el movimiento cuando se miró la muñeca:

—Las doce menos cuarto.

— ¿Crees que se aburrirán y se irán? Han pasado veinte minutos sin que nadie intentase beber —dijo la señora Hawthorne.

Jill se recostó sobre mí en la oscuridad.

—No pueden aburrirse más de lo que nosotros lo hacemos. Creo que se aburrirán, pero de todas formas se quedarán donde están. Además...

Se detuvo.

—Además, tenemos sed ahora—dije yo.

—Correcto .

—Ron, ¿has visto alguna señal de esos lanzadores de piedras que tú recolectaste? Especialmente del que los guiaba.

—No.

No me sorprendió. Con aquella oscuridad...

—¿Recuerdas cómo se...? —pero ni siquiera terminé.

—... ¡Sí!—dijo Ron bruscamente.

—Estás de broma.

—No, se llamaba Bugeyes. Un nombre así no se olvidal.

—Supongo que tendría los ojos saltones.

—Yo no lo noté.

Bueno, valía la pena intentarlo. Me levanté puse las manos a manera de megáfono y grité: *¡Bugeyes!*

Del Monopolio del Agua salió un coro de observaciones:

—Tienen extrañas costumbres estos campesinos...

—La mayoría están simplemente sedientos. Este personaje...

Desde un lado llegó la voz:

—¿Qué quieres?

—¡Queremos hablar contigo! ¡Quédate donde estás! Vamos le dije a Ron—. Quedaros aquí. No os mezcléis en esto—les recomendé a Jill y a la señora Hawthorne.

Salimos al espacio abierto, entre nosotros y la voz de Bugeyes.

Bugeyes significa "ojos de piojo".

Dos de los cinco chicos vinieron inmediatamente a cortarnos el paso. Debían estar aburriéndose, claro, y buscando acción.

Echamos a correr. Llegamos a las sombras de los árboles antes de que aquellos dos nos alcanzasen. Se detuvieron riendo como maníacos y volvieron junto a la fuente.

Ron y yo nos tumbamos sobre nuestras barrigas a la sombra de unos arbustos bajos. En el centro de un espacio demasiado grande de hierba sin sombras, cuatro hombres estaban de pie en las cuatro esquinas de la fuente. El quinto vigilaba en busca de una víctima.

Un chico se acercó a nosotros bajo la luz de la luna. Sus ojos brillaban, ojos grandes, expresivos, quizá un poco prominentes. Sus manos también eran grandes..., con nudillos huesudos. Una de ellas estaba llena de bellotas.

Las lanzó rápidamente, de una en una. Primero uno, y después otro, del Monopolio del Agua saltaron y miraron en nuestra dirección. Bugeyes continuó tirándolas.

Completamente por sorpresa, dos de los hombres echaron a correr hacia nosotros. Bugeyes continuó tirando hasta que estuvieron casi encima. Después arrojó las restantes de una vez y se zambulló en las sombras.

Los dos pasaron corriendo entre nosotros. Dejamos pasar al primero, el portavoz rubio de boca grande que tenía ahora una expresión baja y asesina. El otro era bajo y de anchos hombros, una silueta intimidante que parecía ser todo músculo. Una maniobra. Me levanté inesperadamente delante de él esperando que se detuviese sorprendido, y lo hizo. Le golpeé en la boca lo más fuerte que pude.

Retrocedió asombrado. Ron enroscó un brazo alrededor de su cuello.

Se revolvió. Instantáneamente, Ron se colgó de él. Yo hice algo que había visto bastantes veces en la televisión: entrelacé mis dedos y bajé mis manos, así unidas, sobre su nuca.

El portavoz rubio debería haber vuelto ya; me di la vuelta y allí estaba. Lo tuve encima de mí antes de que pudiera levantar las manos. Rodamos por el suelo, yo con mis brazos pegados a los costados, él incapaz de usar sus manos sin soltarme. Era una posición asquerosa para los dos. Me estaba dejando sin aliento. Ron revoloteaba a nuestro alrededor esperando una oportunidad para golpearle.

De repente, hubo más, mucho más. Tres de ellos separaron al rubio de mí y un hombre corpulento y ensangrentado, con un mono amarillo de comerciante, dio un paso adelante y le golpeó con una piedra.

El muchacho rubio quedó inconsciente.

El hombre se cuadró y lanzó un directo con la piedra en la mano. La cabeza del rubio cayó hacia atrás y después hacia delante.

Yo grité: " ¡Hey!", di un salto hacia delante y sujeté el brazo que sostenía la piedra.

Alguien me golpeó con fuerza en el cuello.

Caí. Parecía como si todas mis cuerdas hubiesen sido cortadas. Alguien me ayudaba a ponerme en pie —Ron, y unas voces susurraban otros gritaban:

—Dale...

No pude ver al rubio. El otro se levantaba y se alejaba tambaleándose. De entre los árboles salieron unas sombras a jugar al montón con él. El bosque estaba vivo y era sólo un pequeño bosquecillo, lleno de gente furiosa, sedienta.

Bugeyes reapareció, sonriendo ampliamente.

—¿Y ahora qué? ¿Vamos a otro sitio y lo intentamos otra vez?

—¡Oh no! Esta noche se está poniendo muy feo. Ron, tenemos que detenerlos. ¡Le matarán!

—Es un Parque Libre. ¿Puedes sostenerte ahora?

—¡Ron, le matarán!

El resto del Monopolio del Agua cargaba para el rescate. Uno de ellos tenía la rama de un árbol limpia de hojas. A sus espaldas, las sombras descendieron sobre la fuente.

Escapamos.

Tuve que detenerme después de una docena de pasos. Mi cabeza quería explotar. Ron miró hacia atrás con ansiedad, pero indiqué con una señal que continuara. Detrás de mí, el hombre con la rama irrumpió entre los árboles y corrió hacia mí para cometer un asesinato.

El ruido se detuvo repentinamente a sus espaldas.

Me preparé para el golpe.

Y me desmayé.

El estaba sobre mis piernas, sujetando la rama todavía en las manos. Jill y lgon me arrastraban por los hombros. Un par de lunas doradas flotaban sobre mi cabeza.

Me solté. Me palpé la cabeza. Parecía intacta

—Los ojos de la ley—dijo Ron— le durmieron antes de que te alcanzara.

— ¿Qué hay de los demás? ¿Les mataron?

—No lo sé—Ron se mesó el cabello—. Estaba equivocado. La anarquía no es estable. Se deshace demasiado fácilmente.

—Bueno, no hagas ningún experimento más ¿De acuerdo?

La gente estaba comenzando a levantarse. Se dirigía hacia la salida, bajo la mirada amarilla de los ojos de la ley.

LOS GUERREROS

El problema de los bancos de órganos es básico para la comprensión de esta era, así como de eras posteriores en los mundos colonizados. Forma un fondo para las tres historias de "Gil the ARM" y para la sociedad de Mount Lookitthat, según se detalla en Un regalo procedente de la Tierra.

Phssthpok el Pak fue el segundo extraterrestre que conoció la especie humana. Aunque había viajado toda la distancia desde el núcleo de la galaxia difícilmente podría considerársele un alienígena; los Pak están relacionados con la humanidad. Antes de su muerte creó el primero de los humanos de la especie protectora, de un minero del Cinturón llamado Jack Brennan.

A continuación hubo una Edad Dorada —un período de paz y felicidad en la Tierra y en el Cinturón— que duró doscientos cincuenta años. Especialmente, enormes avances en aloplastia y en regeneración terminaron con el problema de los bancos de órganos. Probablemente todo esto fuese debido a sutiles intervenciones del superinteligente monstruo que ahora se llamaba a sí mismo el monstruo Brennan. La historia de Brennan está recogida en *El Protector*.

Desgraciadamente, Brennan fue incapaz de adelantar la existencia de los kzinti...

L. NIVEN

Estoy seguro de que nos vieron venir —insistió el Oficial de Tecnología Alienígena—. Ve ese anillo. señor?

La plateada imagen de la nave enemiga casi llenaba el vlsor. Aparecia como un anillo ancho amplio rodeando un eje cilindrico, como un lápiz mecánico flotando en el interior de un brazalete de platmo. Del extremo puntiagudo de la sección axial se proyectaba un artificio con aletas. El eje estaba recorrido por letras angulares, completamente diferentes a los puntos y comas de la escritura kzinti.

Claro que lo veo—dijo el Capitán.

La primera vez que lo captamos estaba rotando. Se detuvo cuando nos acercamos a unas doscientas mil millas y no se ha movido desde entonces.

El oficial movió la cola de un lado para otro suave y pensativamente, como una pestaña rosada.

—Me preocupa —comentó—. Si saben que estamos aquí, ¿Por qué no han intentado escapar? ¿Tan seguros están de que pueden derrotarnos?

Se volvió para enfrentarse con el Oficial de Tecnología Alienígena. .

—¿Somos nosotros los que deberíamos estar corriendo?

— ¡No, señor! No sé por qué están todavía aquí, pero no pueden tener nada que les dé tanta seguridad. Es una de las naves espaciales más primitivas que he visto nunca.

Movió su garra por la pantalla, señalando al tiempo que hablaba.

—La funda exterior es una aleación de hierro. El anillo rotatorio es para imitar la gravedad, Utilizando fuerza centrípeta. Por tanto no poseen el planeador de gravedad. De hecho, probablemente están empleando un motor a reacción.

Las orejas de gato del Capitán se elevaron.

—¡Pero estamos a años luz de la estrella más próxima!

—Deben tener un motor de reacción mucho mejor que el que nosotros desarrollamos. Conseguimos el planeador de gravedad antes de que necesitásemos algo tan bueno.

Del enorme panel de control salió el sonido de un zumbido.

—Entre—dijo el Capitán.

—El Oficial de Armamento apareció por la escotilla de acceso y se cuadró.

—Señor tenemos todas las armas apuntando al enemigo.

—Bien —el Capitán dio media vuelta—. ¿Qué seguridad tiene de que ellos no son una amenaza para nosotros?

El Oficial de Tecnología Alienígena descubrió unos dientes fuertemente puntiagudos:

—No veo cómo podrían serlo, señor.

—Bien. Armamento, mantenga todas sus armas dispuestas para disparar, pero no las use a menos que yo dé la orden. Cortaré las orejas del individuo que destruya esa nave por su cuenta. Quiero tomarla intacta.

—Sí, señor.

¿Dónde está el Telépata?

—Ya viene, señor. Estaba durmiendo.

—Siempre está durmiendo. Dígale que venga en seguida.

El Oficial de Armamento saludó, dio media vuelta y desapareció por el agujero de salida.

El Oficial de Tecnología Alienígena estaba al lado de la pantalla, que ahora mostraba el extremo del anillo de la nave alienígena. Señaló el extremo, brillante como un espejo, del cilindro axial.

—Parece que ese extremo fuese designado para proyectar luz. Tendríamos un motor de fotones, señor.

El Capitán se lo pensó.

—¿Podría tratarse de un artificio para hacer señales?

—¿Huuum...? Sí, señor.

—Entonces no se precipite en sus conclusiones .

A traves de la escotilla de acceso, el Telépata saltó hacia arriba. Se cuadró de manera exagerada .

—Presentándome según lo ordenado, señor.

—Ha olvidado zumbar para pedir entrada.

—Lo siento, señor.

La iluminada pantalla atrajo la vista del Telépata, que se acercó para ver mejor, olvidando que estaba en posición de firmes. El Oficial de T. A. parpadeó y deseó estar en otro lugar.

Los ojos del Telépata eran violentos alrededor de los bordes. Su cola rosa colgaba inerte. Como de costumbre, parecía estar muriendo por falta de sueño. En el costado sobre el que había estado durmiendo su piel estaba aplastada, ni siquiera se molestó en cepillarse. El

efecto era el más lejano posible de ideal de un guerrero conquistador, siendo aún un miembro de la especie kzinti. Lo extraño era que el Capitán no le hubiese asesinado todavía.

Nunca lo haría, por supuesto. Los telépatas eran demasiado escasos, demasiado valiosos y —comprensiblemente— demasiado inestables emocionalmente. El Capitán siempre frenaba su mal humor con el Telépata. En momentos como aquél, era el inocente espectador el que se exponía a perder su rango o sus orejas por el ruido de una molécula al caer.

—Es una nave enemiga que hemos seguido —decía el Capitán—. Nos gustaría obtener alguna información sobre ellos. ¿Te importaría leernos sus mentes?

—Bien, señor.

La voz del Telépata mostraba su instantánea miseria, pero sabía que no debía protestar. Dejó la pantalla y se hundió en una silla. Lentamente, sus orejas se plegaron formando apretados nudos, sus pupilas se contrajeron y su cola de ratón quedó fláccida como un trapo.

El mundo del undécimo sentido penetró en él.

Captó la mente del Capitán: "...androjoso civil hijo de cualquiera...", y se cerró frenéticamente a él. Odiaba la mente del Capitán. A bordo de la nave encontró otras mentes, aislándolas y bloqueándolas una a una. Ahora no quedaba ninguna. Sólo había inconsciencia y caos.

El caos no estaba vacío. Algo pensaba extrañas e inquietantes ideas.

El Telépata se forzó a sí mismo a escuchar.

Steve Weaver flotaba como si no tuviera huesos cerca de una de las paredes de la sala de radio. Era rubio, de ojos azules y grandes, y a menudo podía ser visto como estaba ahora, relajado pero completamente inmóvil, como si hubiera algún motivo realmente importante para ni siquiera parpadear. Un hilillo de humo salía de su mano izquierda y cruzaba la habitación enterrándose en el ventilador.

—Esto es todo —dijo fatigada Ann Harrison.

Pulsó cuatro conmutadores en la hilera de controles de la radio. Con cada click una pequeña luz se apagaba.

—¿No puedes captarlos?

Justamente. Apostaría a que ni siquiera tienen un radio Ann soltó el cinturón de su asiento y se extendió en una estrella de cinco puntas. Por si intentasen captarnos más adelante, he dejado el receptor encendido con el volumen alto. ¡Chico, suena disparatado!

Se enroscó abruptamente, formando una apretada pelota. Durante más de una hora había estado acurrucado junto al panel de comunicaciones. Ann podía haber sido la gemela de Steve; era casi tan alta como él, tenía el mismo color de pelo y de ojos, y cuando se flexionó, los músculos del ejercicio programado se pudieron ver bajo su mono azul.

Steve apagó su colilla en el acondicionador de aire, moviendo únicamente los dedos.

—Muy bien. ¿Qué es lo que tienen?

Ann pareció sobresaltarse.

—No lo sé.

—Considéralo como si fuera un rompecabezas. No tienen radio. ¿Cómo podrían hablar unos con otros? ¿Cómo podemos comprobar nuestras suposiciones? Por supuesto, suponemos que están intentando alcanzarnos.

—Claro, por supuesto.

—Piénsalo, Ann. Que Jim lo piense también.

Jim Davis era su esposo aquel año y el médico de la nave.

—Eres la chica que más probabilidades tienes de conseguirlo. ¿Quieres un cigarrillo?

—Por favor.

Steve empujó su ración de cigarrillos al otro lado de la habitación.

—Coge unos cuantos. Tengo que irme.

El paquete medio vacío volvió silbando.

—Gracias —dijo Ann.

—Hazme saber si pasa algo, ¿lo harás? O si se te ocurre algo.

—Lo haré. Y no tengas miedo, Steve tiene que aparecer algo. Deben estar intentándolo con tanto esfuerzo como nosotros.

Todos los compartimentos del anillo de personal daban al estrecho vestíbulo de forma de donut que circundaba el borde externo del anillo. Steve se lanzó hacia el vestíbulo, se retorció para entrar en contacto con el suelo y empujó. Desde allí era fácil. El suelo subía en una curva para alcanzarle y avanzó por el vestíbulo como una rana nadando. Steve era el que mejor hacía esto entre los doce hombres y mujeres a bordo del Angel's Pencil, porque Steve era un nativo del Cinturón y los demás eran "llaneros", nacidos en Tierra.

Supuso que Ann probablemente no encontraría nada. No se trataba de que ella no fuese inteligente. No tenía la curiosidad, la pura afición a resolver enigmas. Unicamente él y Jim Davis...

Iba demasiado rápido y sin concentrarse. Casi chocó con Sue Bhang cuando ella apareció bajo la curva del pecho.

Consiguieron detenerse contra las paredes.

—Hola, peatón atolondrado—dijo Sue.

—Hola, Sue. ¿Adónde ibas?

—A la sala de radio. ¿Y tú?

—Pensaba comprobar otra vez los sistemas del motor. No es que crea que sea probable que lo necesitemos, pero no puede hacer daño a nadie asegurarse.

—Sin nada que hacer te pondrías nervioso ¿verdad?—echó la cabeza a un lado, como siempre cuando ella tenía preguntas que hacer—. Steve, ¿cuándo vas a rotarnos otra vez? No me acostumbro a caerme.

El pensó que ella tenía el aspecto de haber nacido cayendo. Su silueta pequeña y esbelta parecía hecha para volar, la gravedad nunca debiera haberla tocado.

—Cuando esté seguro de que no vamos a necesitar el motor. Lo mejor será estar preparado hasta entonces. Además, estoy esperando que cambies a una falda.

Ella se rió complacida.

—Entonces puedes desecharlo. No me pondré una falda y no nos moveremos. Abel dice que la otra nave alcanzó doscientas G cuando igualó nuestro rumbo. ¿Cuánto puede alcanzar el Angel 's Pencil ?

Steve pareció horrorizarse.

—Sólo punto cero cinco. ¡Y yo pensando en perseguirles! Bueno, quizá podamos ser nosotros los que abramos las comunicaciones. De paso, acabo de venir de la sala de radio. Ann no puede captar nada.

—Mala suerte.

—Tendremos que conformarnos con esperar.

—Steve, siempre eres muy impaciente ¿Los habitantes del Cinturón siempre van corriendo? Ven aquí.

Se cogió de una agarradera y le empujó hacia una de las gruesas ventanas que se alineaban a lo largo del lado exterior del pasillo.

—Ahí están—dijo, señalando hacia fuera.

La estrella era al mismo tiempo más apagada y más grande que las que la rodeaban. La nave alienígena aparecía como un disco rojo oscuro entre puntos que relucían con una blancura azulada de arco voltaico.

—La observé a través del telescopio —dijo Steve—. Está cubierta por protuberancias y elevaciones Y en un costado hay pintado un círculo de puntos y comas verdes. Parecía escritura.

—¿Cuánto tiempo hemos estado esperando encontrarles? ¿Quinientos mil años? Bueno, ahí están. Relájate. No se escaparán—miró por la ventana con toda su atención concentrada en el oscuro círculo rojo, con su brillante cabello color azabache flotando alrededor de su cabeza—. Los primeros alienígenas. Me pregunto cómo serán.

—Cualquiera lo adivina. Deben ser bastante fuertes para soportar una velocidad así, a menos que tengan algún tipo de escudo de aceleración pero la caída en la ausencia de gravedad no les afecta tampoco. Esa nave no está diseñada para rotar—contempló intensamente las estrellas, con su enorme forma característicamente inmóvil la expresión sombría. Dijo abruptamente—: Sue estoy preocupado.

—¿Sobre qué?

—Supón que sean hostiles...

—¿Hostiles? —saboreó la desconocida palabra decidiendo que no le gustaba.

—Después de todo no sabemos nada de ellos. Supón que quisieran luchar. Estaríamos...

Ella abrió la boca. Steve se encogió ante el horror que vio en su rostro.

—¿Qué..., quién te ha metido esa idea en la cabeza?

—Siento haberte preocupado, Sue.

—Oh, no te preocupes por eso, pero ¿por qué?

Jim Davis había aparecido. El *Angel´s Pencil* había salido de la Tierra cuando él tenía veintisiete años; ahora tenía treinta y ocho y era ligeramente barrigudo, la persona de más edad a bordo, un hombre amigable con dedos anormalmente largos y delicados. Su abuelo, con aquellas mismas manos, había sido un cirujano famoso en el mundo entero. Ahora la cirugía se realizaba normalmente por medio de autodocs y los aracnodáctilos constituían simplemente un aflicción para Davis. Rebotaba, caminando con sandalias magnéticas, con el aspecto de un comediante mientras saltaba sobre las placas magnéticas.

—Hola, grupo —saludó mientras pasaba.

—Hola, Jim —la voz de Sue era forzada.

Esperó hasta que hubo desaparecido de su vista antes de volver a hablar.

Susurró ásperamente:

—¿Peleabas en el Cinturón?

En realidad no lo creía; era simplemente la peor cosa que se le ocurría.

—¡No! —contestó Steve con vehemencia.

Después añadió reluctantemente:

—Pero sucedía de cuando en cuando—intentó explicarlo rápidamente—. El problema era que todos los médicos, incluidos los psicológicos, estaban en las grandes cajas como Ceres. Era la única forma en que podían ayudar a la gente que los necesitaba..., estar en un sitio donde los mineros pudieran encontrarles. Pero todo el peligro estaba fuera, en las rocas.

"Tú una vez advertiste una costumbre mía. Nunca hago gestos. Todos los nativos del Cinturón tenemos ese rasgo. Es porque en una pequeña nave minera podrías chocar con algo si agitases tus brazos. Algo como el botón de la escotilla.

—A veces es algo fantasmagórico. Te pasas minutos seguidos sin moverte—le dijo ella.

—En las rocas siempre hay tensión. A veces un minero ve demasiado peligro y aburrimiento, y frustración, demasiado hacinamiento en el interior y demasiado espacio en el exterior, y no puede ir a un médico a tiempo. Y provoca una pelea en un bar. Una vez vi una. El tipo usaba sus manos como si fueran mazas.

Steve había estado recordando el pasado. Ahora volvió junto a Sue. Parecía blanca y enferma, como una enfermera novata al lado de su primer enfermo realmente grave. Sus orejas comenzaron a enrojecer.

—Lo siento—dijo tristemente.

Ella tenía ganas de correr; estaba tan avergonzada como él, En cambio dijo, intentando que fuera cierto:

—No importa. ¿Así que crees que la gente de la otra nave podría desear, hum, hacer la guerra?

El asintió.

—¿Tomaste cursos sobre la historia de la Tierra?

El sonrió lastimosamente.

—No, no pude calificarme. A veces me pregunto cuánta gente lo hace.

—Uno de cada doce.

—No son muchos.

—La gente en general tiene problemas para asimilar los hechos de la vida de sus antecesores. Probablemente sabes que solía haber guerras antes —hummm— hace trescientos años, pero ¿sabes lo que es una guerra? ¿Puedes visualizar una? ¿Puedes ver un punto de fusión eléctrica construido deliberadamente para que explote dentro de una ciudad? ¿Sabes qué es un campo de concentración? ¿Una acción limitada? Probablemente pienses que los asesinatos terminaron con la guerra. Bueno, no es así. El último asesinato ocurrió en el año dos mil ciento y algo, hace sólo ciento sesenta años.

"Cualquiera que piense que la naturaleza humana no puede cambiar, está loco. Para que eso tenga consistencia tiene que definir la naturaleza humana..., y no es posible. Tres cosas nos proporcionaron nuestra pacífica civillzación actual y las tres fueron avances tecnológicos—la voz de Sue había adquirido un tono seco y monótono de conferencia, como la voz de un profesor grabada en una cinta—. Uno fue el desarrollo de la psiquiatría más allá de la fase de la alquimia. Otro fue el desarrollo completo del terreno para la producción de alimentos. El tercero fue la Ley de Restricción de la Fertilidad y las inyecciones anticonceptivas anuales. Nos proporcionaron sitio donde respirar. Quizá las minas en el Cinturón y las colonias estelares tuvieron algo que ver también, pues nos proporcionaron un enemigo inanimado. Hasta los historiadores discuten sobre eso.

"Aquí llega el punto delicado que estoy intentando explicar —Sue golpeó con los nudillos en la ventana—. Mira esa nave espacial. Tiene suficiente energía para moverse como un misil y bastante carburante para alcanzar nuestro punto siete..., ¿no es así?

—Correcto .

—... y le queda un montón de energía para maniobrar. Es una nave mejor que la nuestra. Si han dispuesto de tiempo para aprender cómo construir una nave como ésa, lo habrán tenido también para elaborar sus propias versiones de psiquiatría, producción moderna de alimentos, anticoncepción, teoría económica, todo lo que se necesita para hacer desaparecer la guerra. ¿Lo entiendes?

Steve tuvo que sonreir ante su ansiedad.

—Claro, Sue, tiene sentido. Pero aquel individuo del bar venía de nuestra cultura y era bastante hostil. Si no podemos entender cómo piensa él, ¿cómo podemos adivinar la mente de alguien de quien no podemos ni suponer todavía la propia composición de su química?

—Es sensible. Fabrica herramientas.

—Correcto.

—Y si Jim te oye hablando así, te pondrá a tratamiento psiquiátrico.

—Ese es el mejor argumento que me has dado.

Steve sonrió y la acarició bajo el oído con las yemas de dos dedos. Percibió cómo se ponía repentinamente rígida, vio el dolor de su rostro y al mismo tiempo fue alcanzado él mismo por el dolor, un dolor de cabeza de tigre, como si su cerebro intentase hincharse y desbordar el cráneo.

—Ya los tengo, señor —dijo perezosamente el Telépata—. Pregúnteme algo.

El Capitán se dio prisa, sabiendo que el Telépata no podía soportar aquello durante demasiado tiempo.

—¿Cómo suministran energía a su nave?

—Es un motor de presión ligera, movido por fusión de hidrógeno incompleta. Utilizan una pala electromagnética para obtener el hidrógeno del propio espacio.

—Inteligente... ¿Pueden escaparse de nosotros?

—No. Su motor está parado, dispuesto para activarse, pero no les servirá. Es lastimosamente débil.

— ¿Qué tipo de armas tienen?

El Telépata permaneció en silencio durante largo rato. Los otros esperaron pacientemente la respuesta. En la cúpula de control había sonidos, pero ese tipo de sonidos que uno aprende a no escuchar: el gemido de la pesada corriente, el sofocado borboteo de las voces de abajo, el extraño sonido que venía de los motores de gravedad, parecido a una tela desgarrándose continuamente.

—Ninguno en absoluto, señor —la voz del kzin se hizo más clara, la relajación hipnótica fue rota por temblores en los músculos, se retorció como si tuviera una pesadilla—. Nada a bordo de la nave, ni siquiera un cuchillo o un bastón. Un momento, tienen cuchillos de cocina, pero no los usan para nada más. No pelean.

—¿No luchan?

—No, señor. Tampoco esperan que nosotros lo hagamos. Esta idea se le ha ocurrido a tres de ellos y todos la han abandonado.

—Pero ¿por qué? —preguntó el Capitán, sabiendo que la cuestión era irrelevante, pero incapaz de reprimirse.

A once años de distancia de Plutón y a ocho de su destino, la cuarta nave colonizadora, en rumbo hacia Planeta-Triunfo, caía entre las estrellas. Ante ella las estrellas eran puntos resplandecientes sobre el nacimiento negro, puntos de un blanco azulado o verdoso. Detrás eran escasas y moribundas brasas rojas. A los lados, las constelaciones parecían extrañamente achatadas. El universo era más corto de lo que había sido.

Durante un rato, Jim Davis estuvo muy ocupado. Todo el mundo, incluyéndole a él, tenía un palpitante y cegador dolor de cabeza. El doctor Davis tendía a cada paciente una diminuta píldora rosa procedente de la ranura del expedidor del gigantesco autodoc que cubría la pared trasera de la enfermería. La gente merodeó por el estrecho pasillo en las proximidades de la enfermería, esperando a que las píldoras hiciesen efecto, con el aspecto de una bandada de pájaros preparándose para el vuelo; después alguien pensó que sería una buena idea ir al salón, y todo el mundo le siguió. Era un grupo más silencioso de lo normal. Nadie tenía ganas de hablar mientras sintiese aquel dolor. Hasta el sonido de las sandalias magnéticas se perdía en la alfombra de nudos de plástico.

Steve vio a Jim Davis detrás de él.

—Eh, Doc —llamó suavemente—, ¿cuánto tardará en marcharse el dolor?

—El mío ha desaparecido. Tú tomaste tu píldora un poco después que yo, ¿no es así?

—Sí. Gracias, Doc.

Aquella gente no soportaba bien el dolor. No estaba demasiado acostumbrada a él.

Entraron en el salón caminando o flotando de uno en uno. Las conversaciones empezaron en tono bajo. Unos se echaron sobre los sofás, utilizando las cintas plásticas adhesivas de sus monos. Otros se quedaron de pie o flotaron cerca de las paredes. El salón era lo bastante grande para acogerlos a todos con comodidad.

Steve se removía cerca del techo, intentando ponerse sus sandalias.

—Espero que no lo intenten de nuevo—oyó decir a Sue—. Hace daño.

—¿Intenten qué?—alguien que Steve no reconoció, pues escuchaba sólo a medias.

—Lo que hayan intentado. Probablemente telepatía .

—No, yo no creo en la telepatía. ¿Podrían haber enviado vibraciones ultrasónicas a través de las paredes?

Steve se había puesto las sandalias. Mantuvo los imanes desactivados.

—... Una cerveza fría. ¿Comprendes que nunca volveremos a probar la cerveza?—dijo Jim Davis.

—Yo echo de menos el esquí acuático—Ann Harrison parecía melancólica—. La sensación de un motorcito empujándote por el trasero, el agua golpeándote en los pies, el sol...

Steve se impulsó hacia ellos.

—Tema tabú—gritó.

—Seguiremos con él de todas formas —tronó Jim alegremente—. A menos que prefieras hablar sobre los alienígenas, que es lo que todos los demás están haciendo. Prefiero dejarlo de momento.

—No lo sé, señor. Es una ciencia o una religión, no lo entiendo —el Telépata se estremeció —. No lo entiendo en absoluto.

"Lo que debe ser duro para él, pensó el Capitán. Ideas completamente alienígenas..."

—¿Qué están haciendo ahora?

—Esperando a que les hablemos. Ellos intentaron hablar con nosotros y creen que nosotros debemos estar intentándolo igualmente.

—Pero ¿por qué...? No importa, no es importante. ¿Pueden ser destruidos por el calor?

—Sí, señor.

—Rompe el contacto.

El Telépata agitó violentamente la cabeza. Parecía como si hubiese estado dentro de una lavadora. El Capitán tocó una superficie sensibilizada y gritó:

—¡Oficial de Armamento!

—Aquí .

—Utilice los inductores sobre la nave enemiga.

—¡Pero, señor! ¡Son muy lentos! ¡Si la nave enemiga ataca!

—No discuta conmigo, es...

Despectivamente, el Capitán le lanzó un apasionado monólogo sobre las virtudes de la obediencia sin preguntar. Cuando cortó la comunicación, el Oficial de Tecnología Alienígena había vuelto a la pantalla y el Telépata se había ido a dormir.

El Capitán espurreó feliz, deseando que todos fuesen tan fáciles de destruir.

Cuando los ocupantes hubiesen sido muertos por el calor, tomaría la nave. Podría decir todo lo que necesitaba saber sobre su planeta examinando su sistema de soporte vital. Lo localizaría, rastreando la trayectoria de la nave. ¡Probablemente ni siquiera habrían tomado una acción evasiva!

Si venían de un mundo parecido a Kzin, se convertiría en un mundo kzin. Y él, como líder de la Conquista, recibiría el uno por ciento de su riqueza durante el resto de su vida. En verdad, el futuro parecía prometedor. Ya no sería llamado por su profesión. Tendría un nombre...

—Información incidental —dijo el Oficial de T.A.—. La nave estaba generando uno y doce sesenta y cuatro G antes de dejar de rotar.

—Ligero —musitó el Capitán—. Quizá haya demasiado aire, pero no debiera ser difícil kzinformarlo. Nos encontramos con las formas vivientes más extrañas. T.A., ¿se acuerda de los Chunquen?

—Ambos sexos eran sensibles. Lucharon hasta el fin.

Y aquella extraña religión de Altair uno. Creían que podían viajar en el tiempo.

—Sí, señor. Cuando la infantería descendió todos habían desaparecido.

—Deben haber cometido un suicidio colectivo con desintegradores. Pero ¿por qué? Sabían que sólo queríamos esclavos. Y todavía estoy intentando imaginarme cómo se deshicieron después los desintegradores.

—Algunos seres—dijo el oficial de T. A.— hacen cualquier cosa por mantener sus creencias.

—¿Qué fue lo que más sentiste dejar al abandonar la Tierra?

—No haberme quedado lo suficiente para verla de verdad.

—Oh, claro.

Jin recordó repentinamente el cuenco que sostenía en la mano. Bebió de allí y se lo pasó a Steve hospitalariamente.

—Esta espera me pone nervioso—dijo Steve—. ¿Qué será lo que hagan después? ¿Sacudir la nave en Morse?

Jim sonrió.

—Quizá no intenten nada más. Puede que se rindan y se marchen.

—¡Oh! Espero que no lo hagan!—dijo Ann.

—¿Sería algo malo eso?

Steve sintió un sobresalto. ¿Qué era lo que Jim estaba pensando?

—¡Claro ! —protestaba Ann—. ¡Tenemos que averiguar cómo son! ¡Y piensa en las cosas que pueden enseñarnos, Jim!

Cuando la conversación se convertía en polémica, lo educado era cambiar de tema.

—Oye —dijo Steve—. Antes, cuando me apoyé en la pared, advertí casualmente que estaba caliente. ¿Eso es bueno o malo?

—Es extraño. Si acaso, debería estar fría—dijo Jim—. Ahí fuera sólo hay la luz de las estrellas. Excepto...

Una expresión muy peculiar cruzó por su rostro. Levantó un pie y se tocó las suelas magnéticas con las yemas de los dedos.

—¡Eeeh! ¡Jim! ¡Jim!

Steve intentO girar en redondo y no fue a ninguna parte. ¡Aquélla era Sue! Activó sus zapatos, saltó al suelo y fue a ayudar.

Sue estaba rodeada por gente confusa. Se abrieron para dejar paso a Jim Davis, que intentó sacarla del salón. Parecía asustada. Sue gemía y se convulsionaba, sin prestar atención a sus esfuerzos.

Steve se abrió paso hasta ella.

—Todo el metal se está calentando —gritó Davis—. Tenemos que extraerle el aparato del oído .

—Enfermería—gritó Sue.

Entre cuatro sacaron a Sue al vestíbulo y la llevaron a la enfermería. Cuando la metieron allí continuaba llorando y forcejeando débilmente, pero Jim se les había adelantado para coger una jeringuilla de pulverización. La usó y ella se durmió.

Los cuatro observaron con ansiedad mientras Jim se ponía a trabajar. El autodoc hubiese perdido un tiempo precioso en el diagnóstico; Jim operó con las manos. Podía hacer un trabajo rápido, porque el diminuto instrumento estaba enterrado justo debajo de la piel detrás de su oreja. Aun así, el escalpelo debía haberle quemado los dedos antes de terminar. Steve podía percibir a través de la suela de sus zapatos el creciente calor.

¿Sabían los alienígenas lo que hacían?

¿Importaba aquello? La nave estaba siendo atacada. Su nave.

Steve se deslizó hasta el pasillo y corrió hacia la sala de control. Al correr sobre las suelas magnéticas parecía un pinguino aterrorizado, pero se movía con rapidez. Sabía que podría cometer un terrible error; quizá los alienígenas estuviesen intentando desesperadamente

llegar hasta el *Angel's Pencil*; nunca lo sabría. Había que detenerlos antes de que todo el mundo se asase.

Los zapatos le quemaban en los pies. Se estremeció a causa del dolor, pero por lo demás lo ignoró. La garganta y la boca le ardían con el aire. Hasta sus dientes estaban calientes.

Para abrir la puerta de la sala de control tuvo que enrollarse la camisa alrededor de las manos. El dolor de sus pies era intolerable, rompió las sandalias y "nadó" hasta el panel de control.~ara manejar los controles conservó la camisa sobre las manos. Torciendo una gran manivela blanca, puso el motor al máximo y se deslizó en el asiento del piloto antes de que la suave presión pudiese subir.

Se volvió hacia el telescopio posterior. Estaba enfocado hacia el sistema solar, puesto que el motor podía ser empleado en mensajes a esa distancia. La puso a corto alcance y comenzó a girar la nave.

La nave enemiga brillaba con los fuertes infrarrojos.

Se necesitará más tiempo para calentar la sección que lleva a la tripulación informó el Oficial de Tecnología Alienígena—. Allí tendrán control de temperatura.

—Está bien. Cuando crea que todos han muerto, despierte al Telépata y haga que lo compruebe —el Capitán continuó cepillándose la piel para matar el tiempo—. Si no fuesen tan inofensivos no habría empleado un método tan lento. Primero hubiese separado el anillo de la sección del motor. Quizá debiera haberlo hecho así de todas formas. Es más seguro.

El Oficial de Tecnología Alienígena quería todos los puntos que pudiera conseguir.

—Señor, no pueden tener armas de gran tamaño. No hay sitio. Con un motor de reacción, el motor y el tanque de carburante ocupan la mayor parte del espacio disponible.

La otra nave comenzaba a alejarse de su verdugo. La punta del motor se volvió roja.

—Están intentando escapar —dijo el Capitán cuando la reluciente luz roja se volvió hacia ellos—. ¿Está seguro de que no pueden?

—Sí, señor. La luz de ese motor no les llevará a ninguna parte.

El Capitán murmuró pensativamente:

—¿Qué sucedería si esa luz alcanzase nuestra nave?

—Unicamente percibiríamos una luz muy fuerte, creo. La lente es plana. por tanto debe emitir un rayo muy amplio. Para que fuera peligroso se necesitaría un reflector parabólico. A menos...—sus orejas se enderezaron.

—¿A menos qué? —el Capitán habló suavemente, ansiosamente.

—Un láser. Pero no hay peligro, señor. No tienen armas.

El Capitán se lanzó al tablero de control.

—¡Estúpido! —escupió—. No distingues las armas de la sangre de un sthondat. ¡Oficial de Armamento! ¡Cómo podría un telépata averiguar lo que ni siquiera sabe? ¡Oficial de Armamento!

—Aquí, señor.

—Queme...

La cúpula de control fue iluminada por una terrible luz. El Capitán estalló en llamas y después se esfumó al salir con el aire por una brillante hendidura en la cúpula.

Steve estaba tumbado de espaldas. La nave giraba de nuevo, presionándole contra lo que parecía ser su propio camastro.

Abrió los ojos.

Jim Davis cruzó la habitación y se inclinó sobre él.

—¿Estás despierto?

Steve se sentó de un salto, con los ojos muy abiertos.

Tranquilo —los ojos grises de Jim mostraban preocupación.

Steve parpadeó.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó, y descubrió lo ronca que estaba su garganta.

Jim se sentó en una de las sillas.

—Dímelo tú. Cuando la nave comenzó a moverse intentamos llegar a la sala de control. ¿Por qué no diste la señal de "sujétense". Cuando Ann iba a entrar, apagaste el motor. Después te desmayaste.

—¿Qué hay de la otra nave? —Steve intentó reprimir la urgencia de su voz, pero no pudo.

—Algunos de los otros están ahora allí, examinando los restos.

Steve sintió cómo se detenía su corazón.

—Creo que desde el principio tuve miedo de que esa nave alienígena fuera peligrosa. Soy más psicólogo que médico y me gradué en historia, así que quizá conozca más de lo que me convenga sobre la naturaleza humana. Es demasiado pensar que todos los seres que hayan conseguido viajar por el espacio serán automáticamente pacíficos. Probé a creerlo así, pero no lo son. Tienen cosas de las que se avergonzaría hasta en sueños cualquier ser humano que se respete. Misiles de bombardeo, bombas de fusión, láseres, ese proyecto de inducción que utilizaron contra nosotros. Y antimisiles. ¿Sabes lo que quiere decir eso? Tienen enemigos parecidos a ellos, Steve. Quizá cerca de aquí.

—Así que los maté.

La habitación pareció inflarse a su alrededor, pero su voz salió milagrosamente entera.

—Salvaste la nave.

—Fue un accidente. Estaba intentando alejarnos.

—No, eso no es cierto—la acusación de Davis fue tan despreocupada como si estuviera describiendo la composición química de la urea. Esa nave estaba a cuatrocientas millas de distancia. Para hacer blanco hubieras tenido que enfocarla con un telescopio. Además sabías lo que estabas haciendo, porque apagaste el motor en cuanto abrasaste la nave.

Los músculos de la espalda de Steve ya no le respondían. Volvió a la posición horizontal.

—De acuerdo, tú lo sabes—le dijo al techo—. ~¿Y los demás?

—Lo dudo. Matar en defensa propia está demasiado lejos de su experiencia. Creo que

lo ha adivinado.

—¡Ooooh!

—Si lo ha hecho, lo está aceptando muy bien —dijo Davis alegremente—. Mejor de lo que lo harán la mayor parte de ellos cuando se enteren de que el universo está lleno de guerreros. Este es el final del mundo, Steve.

—¿Qué?

—Me estoy poniendo trágico. Pero lo es. Trescientos años de vida pacífica para todo el mundo. Lo llamarán la Edad de Oro. Ni hambre, ni guerras, ni más enfermedades físicas que la senectud, ni una sola enfermedad mental permanente, ni siquiera según nuestros rígidos estándares. Cuando alguien mayor de catorce años intenta usar su puño contra otra persona decimos que está enfermo y le curamos. Ahora, eso se ha terminado. La paz no es una condición estable, por lo menos para nosotros. Quizá no lo sea para ningún ser viviente.

— ¿Puedo ver la nave desde aquí?

—Sí. Está justamente detrás de nosotros.

Steve rodó fuera de la cama y se acercó a la ventana .

Alguien había maniobrado las naves hasta acercarlas bastante. La nave kzinti era una gigantesca esfera roja con feas protuberancias salpicadas sobre el casco, aparentemente al azar. El rayo la había partido en dos naves de desigual tamaño, rebanándola como un hacha a

un huevo. Incapaz de apartarse, Steve observó cómo la parte grande rotaba y mostraba su interior, lleno de alvéolos.

—Dentro de un rato —decía Jim— volverán los demás. Estarán asustados. Alguno probablemente insistirá en que nos armemos contra próximos ataques, utilizando armas de la otra nave. Tendré que estar de acuerdo con él.

"Quizá piensen que yo también estoy enfermo. Quizá lo esté. Pero es el tipo de enfermedad que necesitaremos Jim parecía desesperadamente infeliz —. Vamos a convertirnos en una sociedad armada. Y, por supuesto, tendremos que avisar a la Tierra...

LA FRONTERA DEL SOL

El problema de los bancos de órganos continuaba siendo un importante factor social en la mayor parte de los mundos colonizados. En Jinx no tenía importancia; había demasiadas regiones vacías donde podían huir los criminales. En Plateau creó una odiosa estratificación social, vestigios de la cual pervivieron mucho tiempo después de que los envases traídos por robots terminasen con el propio problema de los bancos.

Sol tenía sus propios problemas. Los kzinti habían descubierto y conquistado Wunderland y se dirigieron a la Tierra.

Durante un tiempo la situación fue precaria. Sol contuvo a los kzinti por obra de dos accidentes: el oportuno desarrollo de los cohetes Bussard tripulados (*La ética de la locura*) y la existencia de gigantescos cañones láser en los asteroides exteriores. Estos cañones habían sido utilizados para lanzar naves ligeras a la velocidad de los cohetes Bussard; ahora fueron empleadas contra los kzinti. Estos se sintieron asombrados y heridos; sus telépatas habían hablado de una especie dedicada enteramente a la paz.

Mientras el sol luchaba contra los kzinti, una nave exterior había llegado a Planeta-Triunfo. Los exteriores eran comerciantes interestelares; seres frágiles y fríos. Vendieron el secreto del motor más rápido que la luz a la colonia humana de Planeta-Triunfo Dos años más tarde, una nave movida por el hipermotor de los exteriores llegó al sistema solar. Su tripulación no sabia nada de la guerra, y fueron sorprendidos por un recibimiento propio de héroes.

La primera guerra humano-kzin terminó gracias al motor más rápido que la luz. La segunda, tercera y cuarta no vale la pena discutirlas. Los kzinti siempre tenían tendencia a atacar antes de estar bien preparados.

El hipermotor amplió también el espacio conocido. Había otras especies inteligentes: grogs, bandersnatchi, los puppeteers de Pierson, kdatlynos. Entre las especies se desarrolló una civilización interestelar. Las historias de ese periodo están recogidas en "Neutron Star", la otra colección sobre el espacio reconocido.

Beowulf Sheaffer era un hijo de aquel tiempo . Un curioso humano espacial, generalmente demasiado perezoso para alejarse de los problemas, pero lo bastante brillante para pensar en una forma de escapar cuando estaba metido en ellos. El fue quien descubrió que el núcleo de la galaxia estaba explotando..., que dentro de veinte mil años la humanidad tendría que trasladarse a otro lugar.

La historia siguiente es la quinta de las que tienen a Beowulf Shaeffer como personaje.

L. NIVEN

Tres meses en Jinx aburriéndome.

Durante los dos primeros meses me hice el turista. Nunca vi las regiones de alta presión que rodeaban el océano porque la única forma de descender hubiese sido en compañía de un safari de tanques de caza. Pero viajé por las tierras habitables a ambos lados del mar la Banda Este civilizada, la Banda Oeste, una frontera en desarrollo. Merodeé por la Banda Este dentro de un traje al vacío, recorrí las destilerías y otras industrias del vacío y contemplé fijamente la enormidad color naranja de Primario, el gran hermano gemelo de Jinx.

Pasé la mayor parte del segundo mes entre el Instituto del Conocimiento y el hotel Camelot. El turismo había acabado por aburrirme.

Eso es extraño en mí. Soy un turista nato. Pero ....

La gravedad de Jinx, de uno coma setenta y ocho, fuerza una restricción irracional sobre la elegancia y la ingenuidad de los diseños arquitectónicos Todos los edificios de las partes habitables tienen el mismo aspecto: pesados y macizos.

Los Extremos Este y Oeste, las zonas del vacío, no se diferencian mucho de cualquier luna industrializada. Nunca me interesó demasiado recorrer fábricas.

En cuanto a las costas del océano, los únicos vehículos que van allí lo hacen para cazar bandersnatchi. Los bandersnatchi son unos monstruos rarísimos: enormes e inteligentes babosas blancas del tamaño de montañas. Persiguen a los tanques. Existen rígidas restricciones en cuanto al equipo que los tanques pueden llevar, un convenio establecido entre los hombres y los bandersnatchi, de forma que estos últimos ganan alrededor del cuarenta por ciento de los duelos. Yo no quería tomar parte en eso.

Y toda mis giras tenían que realizarse en una gravedad tres veces superior a la de mi mundo nativo.

Pasé el tercer mes en Sirius Mater, y la mayor parte del tiempo en el hotel Camelot, que tenía generadores de gravedad en casi todas las habitaciones. Cuando salía, lo hacía en un lecho flotante. Pasaba como un inválido entre los nativos de Jinx, que parecían divertidos. ¿O era mi imaginación?

Estaba en un vestíbulo del Instituto de Conocimiento cuando me tropecé con Carlos Wu, rozando con las yemas de los dedos una escultura al tacto de los kdatlyno.

Hombre moreno y esbelto, con hombros estrechos y cabello negro liso, Carlos era tan ágil como un mono en cualquier gravedad normal pero en Jinx empleaba un lecho de viaje exactamente igual al mío. Estudiaba los bustos con la cabeza echada a un lado. Y yo estudié su conocida espalda, seguro de que no podía ser otro más que el.

—Carlos, ¿no se supone que estás en la Tierra?

Dio un salto. Pero cuando el lecho giró en redondo, sonreía ampliamente.

—¡Bey! Lo mismo podría decir yo de ti.

Lo admití.

—Me dirigía hacia la Tierra, pero cuando todas esas naves comenzaron a desaparecer en las proximidades del sistema solar, el capitán cambió de idea y se dirigió a Sirius. Ninguno de los pasajeros pudimos hacer nada al respecto. ¿Cómo estás? ¿Cómo están Sharrol y los chicos?

—Sharrol está bien, los niños también; todos esperando que vuelvas a casa.

Sus dedos continuaban vagando sobre la escultura al tacto de Llobee llamada *Héroes*, palpando las tibias y carnosas texturas. *Héroes* era una escultura al tacto bastante poco corriente; había efectos visuales además de táctiles. Carlos estudió los dos bustos humanos, y dijo:

—Ese es tu rostro, ¿no es cierto?

—Sí.

—Aunque en tu vida fuiste tan guapo. ¿Cómo llegó un kdatlyno a escoger a Beowulf Shaeffer como modelo para un héroe clásico? ¿Fue por tu nombre? ¿Y quién es el otro?

—Ya te lo contaré alguna vez. Carlos, ¿qué estás haciendo aquí?

—Yo... dejé la Tierra un par de semanas después de que Louis naciera —estaba molesto. ¿Por qué?—. Hacía diez años que no salía de la Tierra. Necesitaba un cambio.

Pero se había marchado un poco antes de mi supuesto regreso. Y... ¿no me había contado alguien una vez que Carlos Wu tenía una ligera fobia al espacio? Comencé a comprender lo que andaba mal.

—Carlos, nos hiciste un valioso favor a mí y a Sharrol.

Se rió sin mirarme.

—Algunos hombres han matado a otros a causa de favores semejantes. Pensé que era... delicado... no estar allí cuando volvieses a casa.

Ahora ya lo sabía. Carlos estaba aquí porque la Comisión de Fertilidad de la Tierra no me concedía una licencia de paternidad.

En realidad no puede culparse a la Comisión por utilizar hasta la excusa más mínima para reducir el número de padres productivos. Yo soy albino. Sharrol y yo nos amábamos, pero los dos queríamos tener niños y Sharrol no puede salir de la Tierra. Tiene la fobia al espacio propia de los terrestres, el miedo al aire extraño y a los días cambiados, a la distinta gravedad y al negro cielo bajo los pies.

La única solución que habíamos encontrado había sido pedirle un favor a un buen amigo.

Carlos Wu es un genio registrado con una increíble resistencia a la enfermedad y al daño físico. Posee una licencia de paternidad ilimitada, una de las sesenta de ese tipo existentes entré los dieciocho billones de personas de la Tierra. Cada semana recibe proposiciones similares.... pero es un buen amigo y accedió. En los últimos dos años Sharrol y Carlos han

tenido dos niños que están ahora en la Tierra esperando a que regrese para convertirme en su padre.

Yo únicamente sentía gratitud por lo que había hecho por nosotros.

—Te perdono tus extrañas ideas sobre el tacto —le dije magnánimamente—. Bien, ¿puedo llevarte por ahí mientras estemos detenidos en Jinx? He conocido algunas personas interesantes.

—Siempre lo haces —vaciló— y después—: En realidad no estoy detenido en Jinx. Me han ofrecido un viaje a casa. Probablemente pueda meterte en él.

—¡Oh!, ¿de verdad? No creí que hubiese ninguna nave que se dirigiese en estos tiempos hacia el sistema solar. Ni que lo abandonase.

—Esta pertenece a un agente del gobierno. ¿Has oído hablar de un tal Sigmund Ausfaller?

—Eso suena vagamente... ¡Espera! ¡Detente! ¡La última vez que vi a Sigmund Ausfaller acababa de poner una bomba a bordo de mi nave!

Carlos parpadeó.

—Estás bromeando.

—No, no lo estoy.

—Sigmund Ausfaller está en la oficina de Asuntos Alienígenas. El sabotaje de naves espaciales no entra dentro de sus funciones.

—Quizá tenía un día libre —dije con rencor.

Bien, realmente no suena como si te apeteciera compartir con él un camarote espacial. Probablemente...

Pero yo había pensado en otra cosa y no conseguía apartarme de ella.

—No, vamos a verle. ¿Dónde podemos encontrarle?

—En el bar del Camelot—dijo Carlos.

Cómodamente reclinados sobre nuestros lechos de viaje, nos deslizamos sobre cojines de aire a través de Sirius Mater. Los árboles color naranja que bordeaban los caminos estaban aplastados por la acción de la gravedad; sus troncos eran gruesos conos y las naranjas de las ramas no eran mucho mayores que pelotas de ping-pong.

Su mundo los había alterado de la misma forma que nuestros mundos nos han alterado a nosotros. La civilización subterránea y gravedades de cero coma seis me han convertido en un hombre de palo: pálido, alto y desdibujado. Los nativos de Jinx con los que nos cruzamos eran bajos y anchos, tanto los hombres como las mujeres estaban diseñados como ladrillos. Entre ellos un nativo de otro mundo parecía tan asombrosamente diferente como un kdatlyno, o un puppeteer de Pierson.

Y así llegamos a Camelot.

El Camelot era una estructura baja de dos pisos, que se extiende como un pulpo cubista sobre varios acres del centro de *Sirius Mater*. La mayor parte de los extranjeros se quedan allí, a causa de las habitaciones y pasillos de gravedad controlada y por el acceso al Instituto del Conocimiento, el museo y centro de investigación más completo del espacio humano.

El bar del Camelot está todo él a una gravedad terrestre. Dejamos en el vestíbulo nuestros lechos de viaje y entramos en él como hombres. Los jinxianos entraban rebotando como ladrillos de goma, con amplias sonrisas de felicidad sobre sus amplias caras. Les encanta la gravedad baja. Un buen número de ellos emigran a otros mundos.

Localizamos fácilmente a Ausfaller: un terrestre redondeado con rostro de luna, cabello oscuro, áspero y ondulado, y fino bigote blanco. Cuando nos acercamos se levantó.

—¡Beowulf Shaeffer! —llamó—. ¡Encantado de verle otra vez! Por lo menos hace ocho años o cosa así. ¿Cómo le ha ido?

—He vivido—le dije.

Carlos se frotó las manos con viveza.

—¡Sigmund! ¿Por qué pusiste una bomba en la nave de Bey?

Ausfaller parpadeó debido a la sorpresa.

— ¿Le dijo él que era su nave? No lo era. Estaba pensando en robarla. Supuse que no robaría una nave con una bomba retardada oculta en su interior.

—Pero ¿cómo se mezcló usted en eso?—Carlos se deslizó en el interior del reservado, sentándose a su lado—. Usted no es policía. Usted está en la oficina de Relaciones Extremadamente Exteriores.

—La nave pertenecía a *General Products* Corporation, poseída por los puppeteers de Pierson, no por seres humanos.

Carlos se volvió hacia mí.

—¡Bey! Deberías avergonzarte.

—¡Maldita sea! ¡Estaban intentando chantajearme para que me hiciera cargo de una misión suicida! ¡Y Ausfaller dejó que lo consiguiesen! ¡Y esto es la exhibición de tacto menos convincente que haya visto nunca!

—Es una buena cosa que estos reservados estén insonorizados dijo Carlos—. Hagamos el pedido .

Insonorización o no, la gente nos estaba mirando. Me senté. Cuando llegaron nuestras bebidas, bebí la mía de un trago. ¿Por qué habría mencionado la bomba para nada?

Ausfaller estaba diciendo:

—Bien, Carlos, ¿has cambiado de opinión y ya no vienes conmigo?

—Sí, iré si puede acompañarme un amigo.

Ausfaller frunció el ceño y me miró.

—Usted también quiere ir a la Tierra.

Yo me había decidido ya.

—No lo creo. De hecho, me gustaría convencerle de que no lleve a Carlos.

—¡Eh!—exclamó Carlos.

Yo no le dejé seguir.

—Ausfaller, ¿sabe quién es Carlos? Obtuvo una licencia de paternidad ilimitada cuando tenía cieciocho años. ¡Dieciocho! No me importa que usted arriesgue su propia vida, de hecho la idea me encanta. ¿Pero la de él?

—¡No es un riesgo tan grande! —gritó Carlos.

—¿No? ¿Qué es lo que tiene la de Ausfaller que no tuvieran las otras naves?

—Dos cosas —dijo Ausfaller pacientemente— Una: nosotros estaremos entrando. De las ocho naves que se desvanecieron, seis estaban saliendo del sistema solar. Si alrededor del Sol hay piratas deben encontrar mucho más fácil localizar naves saliendo que entrando.

Cogieron a dos que entraban. Dos naves, cincuenta hombres entre miembros de la tripulación y pasajeros desaparecidos. ¡Puf!

—No me cogerían con tanta facilidad —fanfarroneó Ausfaller—. El *Hobo Kelly* es una trampa. Parece una nave de mercancías y pasaje, pero es una nave militar, armada y capaz de una aceleración de treinta G. En un espacio normal podemos escapar de cualquier cosa contra la que nos sea imposible luchar. Estamos suponiendo que son piratas, ¿no es cierto? Los piratas tratarían de robar una nave antes que destruirla.

Yo estaba intrigado.

—¿Por qué? ¿Por qué una nave de guerra disfrazada? ¿Estás esperando ser atacado?

—Si realmente fueran piratas, sí, tengo la esperanza de ser atacado. Pero no al entrar en el sistema solar. Planeamos una sustitución. Una nave de mercancías completamente normal aterrizará en la Tierra, tomará mercancía de cierto valor y partirá hacia Wunderland en rumbo directo. Mi nave la reemplazará antes de que haya cruzado los asteroides. Así que ya ve que no hay ningún riesgo de perder los preciosos genes del señor Wu.

Carlos se puso en pie, inclinándose sobre nosotros con las palmas apoyadas sobre la mesa y los brazos rectos.

—¡Debo señalar amigablemente que son mis condenados genes y que haré lo que condenadamente me plazca con ellos! ¡Bey, ya he tenido mi ración de niños y de los tuyos también!

—Paz, Carlos. No quería pisotear ninguno de tus inalienables derechos —me volví hacia Ausfaller—. Todavía no comprendo por qué esas naves que desaparecen tienen que interesarle a la oficina de Relaciones Extremadamentes Exteriores.

—A bordo de algunas de las naves había pasajeros alienígenas.

—Oh.

—Y nos hemos preguntado si los propios piratas no lo serán también. Ciertamente, usan una técnica desconocida para la humanidad. De las seis naves desaparecidas, al salir del sistema solar, cinco desaparecieron justamente después de informar de que iban a activar el hipermotor.

—¿Pueden arrancar a una nave del hiperempuje? Eso es imposible. No es así. Carlos.

La boca de Carlos se torció.

—No lo es, si lo están haciendo. Pero yo no entiendo el principio. Seria distinto, sencillamente, si las naves desapareciesen. Cualquier nave lo hace si penetra demasiado profundamente en un campo de gravedad con el hipermotor en funcionamiento.

—Entonces... quizá no sean piratas después de todo. Carlos, podría haber en el hiperespacio seres vivos comiéndose realmente las naves?

—Por todo lo que yo sé, podría haberlos. No lo se todo, Bey, en contra de la opinión del vulgo —pero después de un minuto negó con la cabeza—. No lo creo. Podría creer en una masa en los limites del sistema solar que no esté recogida en los mapas. Las naves a hiperempuje que se acercasen demasiado desaparecerían.

—No —dijo Ausfaller—. Una sola masa no podría haber causado todas las desapariciones. En un mapa o no, un planeta está limitado por la gravedad y por la inercia. Hicimos simulaciones en los computadores. Hubiesen sido necesarias por lo menos tres

masas grandes, todas desconocidas, y que entrasen al mismo tiempo en rutas comerciales muy frecuentadas.

—¿Cómo de grandes? ¿Del tamaño de Marte, o mayores?

—Así que también has estado pensando sobre esto.

Carlos sonrió.

—Sí. Puede que suene imposible, pero no lo es. Es sólo improbable. Detrás de Neptuno hay cantidades increíbles de basura por el espacio. Cuatro planetas conocidos, e infinitos fragmentos de hielo, roca y níquel combinado con hierro.

—Sin embargo, es de lo más improbable.

Carlos asintió. Se hizo el silencio.

Yo continuaba pensando en los monstruos del hiperespacio. Lo más encantador sobre aquella hipótesis era que ni siquiera podía calcularse una probabilidad. Sabíamos demasiado poco.

La humanidad ya lleva usando el hipermotor casi cuatrocientos años. Durante aquella epoca, pocas naves habían desaparecido, excepto durante las guerras. Ahora, ocho naves en diez meses, todas alrededor del sistema solar

Supongamos que alguna bestia del hiperespacio hubiese descubierto naves en aquella zona durante, por ejemplo, una de las guerras humano-kzin. Se lo habría dicho a sus amigos. Ahora todos estarían merodeando alrededor del sistema solar. El movimiento de naves alrededor del Sol es mayor que en los bordes de cualquiera de las otras tres estrellas colonizadas. Pero si llegaban más monstruos, seguramente tendrían que irse hacia otras colonias.

No podía imaginarme una defensa contra cosas semejantes. Quizá tuviésemos que abandonar los viajes interestelares.

—Me encantaría—dijo Ausfaller—que cambiase de opinión y viniese con nosotros, señor

Shaeffer.

—Hummm. ¿Está seguro de que me quiere en]a misma nave que usted?

—¡Oh, claro que sí! ¿De qué otra forma podría estar seguro de que usted no ha ocultado una bomba a bordo? —Ausfaller se echó a reír— También podemos dar ocupación a un piloto cualificado. Finalmente, me gustaría tener la oportunidad de observar su cerebro, Beowulf Shaeffer. Tiene usted una facilidad extraña para hacer mi trabajo por mí.

—¿Qué quiere decir con eso?

—*General Products* utilizó el chantaje para persuadirle de que hiciera una órbita próxima a una estrella de neutrones. Usted se enteró de algo sobre su planeta nativo: todavía no sabemos qué es lo que fue y les chantajeó a su vez. Sabemos que los contratos utilizando el chantaje forman parte normal de la práctica comercial de los puppeteers. Usted se ganó su respeto Desde entonces ha tenido tratos con ellos. También tiene tratos con los exteriores, sin fricciones. Pero lo que me impresionó fue cómo resolvió el secuestro Lloobee.

Carlos estaba sentado, muy atento. Yo todavía no había tenido la oportunidad de contarle aquello. Sonreí y dije:

—Yo mismo estoy orgulloso de eso.

—Debe estarlo. Hizo algo más que recuperar al mejor escultor kdatlyno del espacio reconocido; lo hizo así con honor, matando a uno de ellos y dejando a Lloobee para persegulr a los demás con publicidad. De otra forma, los kdatlyno se hubiesen sentido molestos.

Ayudar a Sigmund Ausfaller había sido la cosa más apartada de mi pensamiento durante los últimos ocho años, pero repentinamente me sentí muy bien. Quizá fuese la forma en que Carlos escuchaba. Era muy difícil impresionar a Carlos Wu.

—Si pensases que son piratas vendrías; ¿no es cierto, Bey? —dijo Carlos—. Después de todo, no pueden encontrar a las naves probablemente que entran.

—Claro.

—Y en realidad no crees en los monstruos del hiperespacio .

Yo me defendí.

—No, si oigo una explicación mejor. El problema es que tampoco estoy seguro de creer en los piratas supertecnológicos. ¿Qué hay de esas masas vagabundas?

Carlos apretó los labios y dijo:

—De acuerdo. El sistema solar tiene un buen número de planetas, por lo menos una docena descubiertos hasta ahora, cuatro de ellos fuera de la singularidad mayor alrededor del Sol.

—¿Y sin incluir a Plutón?

—No, consideramos a Plutón como una luna de Neptuno que se ha perdido. El orden es: Neptuno, Perséfone, Caín, Antenor, Ptolomeo, en orden de distancia del Sol. Y las órbitas no coinciden con el plano del sistema. Perséfone tiene una inclinación de ciento veinte grados con respecto al sistema solar y es retrógrada. Si se encuentra otro planeta por allí le llamarán Judecca.

—¿Por qué?

—Infiernos. Las cuatro divisiones interiores del infierno de Dante. Forman una gran llanura helada con los pecadores congelados en ella.

—Vayamos al grano —dijo Ausfaller.

—Empecemos por el halo cometario —me dijo Carlos—. Es muy fino; alrededor de un cometa por volumen esférico de la órbita de la Tierra. La masa es más densa según se entra: unos cuantos planetas, algunos cometas interiores, varios fragmentos de hielo y rocas, todos en órbitas sesgadas y bastante diseminados. En el interior de Neptuno hay montones de planetas y asteroides y más achatamiento de las órbitas para seguir la rotación del Sol. Después de Neptuno, el espacio es vasto y vacío. Podría haber planetas que no figuren en los mapas. Singularidades que se tragasen las naves.

Ausfaller estaba indignado.

—¿Tres invadiendo importantes rutas comerciales simultáneamente?

—No es imposible, Sigmund.

—La probabilidad...

—Cierto, es infinitesimal. Bey, es casi imposible. Cualquier hombre cuerdo supondría que son piratas.

Había pasado mucho tiempo desde que yo había visto a Sharrol. Me sentí fuertemente

tentado.

—Ausfaller, ¿ha rastreado si se ha vendido algo de la mercancía? ¿Ha recibido alguna nota de rescate? ¡Convénzame!

Ausfaller echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

— ¿Qué pasa?

—Tenemos cientos de notas de rescate. Cualquier deficiente mental puede escribir una, y estas desapariciones han tenido un buen montón de publicidad. Todas las demandas eran falsas. Me gustaría que una o dos hubiesen sido auténticas. Un hijo del Patriarca de Kzin estaba a bordo del Wayfarer cuando desapareció. En cuanto al botín... Hummm... En el mercado negro han bajado los precios del elevador de tensión y de las maderas preciosas. Por lo demás... —se encogió de hombros—. No ha habido ningún rastro de los originales Barr, ni de la Roca Midas, ni de ninguno de los tesoros más sobresalientes que se encontraban a bordo de las naves desaparecidas .

—Entonces no puede estar seguro de nada.

—No. ¿Querrá venir con nosotros?

—No lo he decidido todavía. ¿Cuándo se marchan?

Despegaría mañana por la mañana de la Banda Este. Eso me daba tiempo para tomar una decisión.

Después de cenar volví a mi habitación, sintiéndome deprimido. Carlos iba a ir, eso estaba claro. No era culpa mía..., pero él estaba aquí, en Jinx, porque nos había hecho, a Sharrol y a mí, un favor. Si lo mataban cuando regresaba a casa...

En mi habitación me esperaba una cinta de Sharrol. Había imágenes de los niños, Tanya y Louis, instantáneas del apartamento que había encontrado para nosotros en el arcólogo de los Picos Gemelos, y muchas más cosas.

Lo vi tres veces. Después llamé a la habitación de Ausfaller. Hacía demasiado tiempo, demonios.

Cuando nos marchábamos di una vuelta alrededor de Jinx. Siempre he hecho eso, incluso cuando volaba para Nakamura Lines, y ningún pasajero había protestado nunca.

Jinx es un satélite que se encuentra muy cerca de un planeta gaseoso gigante más grande y más pequeño que Júpiter, al mismo tiempo porque su núcleo ha sido comprimido y convertido en materia degenerada. Hace un millón de años, Jinx y Primario estaban todavía más próximos, antes de que la fuerza de la atracción los separase. Esta misma fuerza había enlazado anteriormente la rotación de Jinx con la de Primario y había forzado a la Luna a tomar forma de huevo, un asteroide oblongo. Cuando la Luna se fue alejando, su forma se convirtió en algo más próximo a la de una esfera, pero la superficie de roca enfriada se resistía al cambio.

Por eso, el océano de Jinx recorre su cintura, bajo una atmósfera demasiado comprimida y demasiado cálida para respirar; mientras que los puntos más cercano y más alejado de Primario, las Bandas Este y Oeste, en realidad sobresalen de la atmósfera.

Desde el espacio, Jinx parece un huevo de Pascua del propio Dios: los Extremos son de un blanco marfileño teñido de amarillo; después se ve el resplandor, más brillante, de los relucientes campos de hielo en los límites de la atmósfera; luego los diversos azules, de un mundo parecido a la Tierra, cada vez más cubiertos por la blanca escarcha de las nubes según los ojos avanzan hacia el centro hasta llegar a la cintura del planeta/luna ceñido por el blanco puro. El océano nunca se ve.

Di una vuelta a su alrededor y partimos.

Sirius tiene también una buena cantidad de materia miscelánea en suspensión obstaculizando el camino hacia el espacio interestelar. Por ese motivo, y porque quería acostumbrarme a una nave desconocida, permanecí en el control durante la mayor parte de los cinco primeros días.

El *Hobo Kelly* era un artefacto que aterrizaba sobre la barriga, de trescientos pies de largo y sección triangular. Bajo el hocico alargado e inclinado hacia arriba había grandes puertas en forma de concha de almeja para las mercancías. En la panza tenía los reactores adecuados y un motor de fusión mucho mayor en la cola, además de una hilera de ventanas que indicaban camarotes. Ciertamente, parecía completamente inofensiva, pero esto era engañoso. El camarote debiera haber tenido espacio para cuarenta o cincuenta personas, pero sólo había sitio para cuatro. El resto de lo que debiera haber sido espacio del camarote estaba formado únicamente por ventanas con proyecciones holográficas sobre ellas.

El motor corría seguro y suave hasta un máximo de diez gravedades; no demasiado para una nave diseñada para arrastrar mercancías masivas. La gravedad de la cabina se sostenía sin perder más que una fracción de su energía. Cuando Jinx y Primario fueron invisibles a causa de las estrellas y Sirius estaba tan distante que se podía mirar directamente hacia él, me dirigí al panel de control secreto que Ausfaller había abierto para que yo lo viera. Ausfaller se despertó, me encontró en ese momento y comenzó a enseñarme qué era lo que hacía cada cosa.

Tenía un enorme rayo láser y algunos cañones, también láser, más pequeños dispuestos en frecuencias diferentes, cuatro bombas de fusión autodirigidas, y un telescopio tan bueno, que el telescopio visible de la nave era sólo un indicador para el verdadero. Tenía radar de profundidad .

Y nada de esto se veía bajo el descolorido casco.

Ausfaller estaba armado para cazar bandersnatchi. Sentí emociones mixtas. Aparentemente, podíamos luchar contra cualquier cosa y escapar también. Pero ¿qué tipo de enemigo estaba esperando?

Durante aquellas cuatro semanas en hipermotor, mientras atravesábamos el Punto Ciego en tres días del año luz, el tema de los devoradores de naves alcanzó su inquietante cumbre.

Oh, hablábamos de otras cosas: de música, de arte y de las últimas técnicas de animación, los computadores programados que te permiten hacer tus propios hologramas casi por el dinero que cuesta un almuerzo. Contamos historias. Le expliqué a Carlos por qué el kdatlyno Lloobee había hecho mi busto y el de Emil Horne. Hablé de la única vez que los puppeteers de Pierson habían pagado la garantía de un casco construido por la *General Products*,

después que el casco, supuestamente indestructible, hubiese sido destruido por la antimateria. Ausfaller tenía algunas buenas historias..., muchas más de las que le estaba permitido contar, supuse, por la

forma en que tenía que rebuscar en su memoria cada vez.

Pero continuamente volvíamos al tema de los devoradores de naves.

—Se resume en tres posibilidades —decidí—: kzinti, puppeteers y humanos.

Carlos bufó.

—¿Puppeteers? ¡No tienen agallas para eso!

Los he mencionado porque podrían estar interesados en manipular las reservas del mercado interestelar. Mira: nuestros hipotéticos piratas han hecho un embargo, separando al sistema solar del mundo exterior. Los puppeteers tienen el capital necesario para obtener ventajas de las consecuencias de eso en el mercado. Y necesitan dinero. Para su emigración.

—Los puppeteers son cobardes filósofos.

—Eso es cierto. No se arriesgarían a atacar las naves o acercarse a ellas. ¿Y si las hacen desaparecer desde lejos?

Carlos ya no reía.

—Eso es más fácil que sacarlas del hiperespacio para robarlas. No se necesitaría más que un gran generador de alta gravedad..., y nunca hemos conocido los límites de la tecnología de los puppeteers.

—¿Creéis que es posible?—preguntó Ausfaller.

—Difícilmente. Lo mismo vale para los kzinti. Son lo bastante feroces. El problema es que si alguna vez nos enterásemos de que se están lucrando con nuestras naves, provocaríamos un infierno pluscuamperfecto. Los kzinti lo saben, y también que podemos destruirlos. Necesitaron bastante tiempo, pero eso lo aprendieron.

—Así que crees que son humanos —dijo Carlos .

—Sí, si son piratas.

La teoría de los piratas continuaba pareciendo incierta. Los telescopios de espectro no habían encontrado ni siquiera restos de los metales que formaban las naves en el espacio donde éstas habían desaparecido. ¿Habrían robado los piratas la nave también? Si después del ataque, el hipermotor estaba todavía intacto, la nave despojada podía ser lanzada hacia el infinito; pero ¿cómo podían los piratas estar seguros de que eso sucedería las ocho veces que atacaron?

Y ninguna de las naves desaparecidas había pedido socorro vía hiperonda.

Nunca creí en los piratas. Los piratas espaciales han existido, pero murieron sin sucesores. Interceptar una nave espacial era demasiado difícil. No les compensaba.

Con el hipermotor las naves vuelan solas. Todo lo que el piloto tiene que hacer es observar el sensor de masas por si aparecen unas líneas verdes radiales. Pero hay que hacerlo con frecuencia, porque el sensor de masas es un artefacto psiónico, y debe ser vigilado por una mente, no por otra máquina.

Mientras la estrecha línea verde que señalaba la presencia del Sol se hacía mayor, yo era anormalmente consciente de los detritos alrededor del sistema solar. Pasé las últimas doce horas del vuelo en los controles, fumando un cigarrillo tras otro con los pies. Debo añadir que eso lo hago normalmente, cuando quiero tener libres las dos manos, pero entonces lo hacía para molestar a Ausfaller. Había visto la forma en que sus ojos se salían de las órbitas la primera vez que me vio dar una chupada a un cigarrillo sujeto entre los dedos de mis pies. Los terrestres son peor que tontos.

Carlos y Ausfaller compartían la cabina de control conmigo cuando entramos en el halo cometario del Sol. Se sentían aliviados de estar acercándose al final de un largo viaje. Yo estaba nervioso.

—Carlos, ¿qué tamaño tendría que tener una masa para hacernos desaparecer?

—El de un planeta. De Marte para arriba. Después depende de lo denso que sea y de lo cerca que llegues. Si es suficientemente denso puede tener menos masa y, sin embargo, hacerte desaparecer del universo. Pero lo observarías en el sensor de masas.

—Unicamente por un instante..., y ni siquiera eso si estaba desactivado. ¿Qué sucedería si alguien activase un generador gigante de gravedad cuando nosotros pasemos?

—¿Para qué? No les sería posible robar la nave. ¿Qué provecho les reportaría eso?

—Podrían tener reservas que quizá vendieran.

Pero Ausfaller estaba negando con la cabeza.

—Los gastos de una operación así serían enormes. Ningún grupo de piratas dispondría de suficiente capital a mano para hacerlo práctico. Podría creerlo de los puppeteers.

Demonios, tenía razón. Ningún humano que fuera tan rico necesitaría hacerse pirata.

La larga línea verde que señalaba el Sol estaba casi tocando la superficie del sensor de masas.

—Cambio en diez minutos—dije.

Y la nave se sacudió salvajemente.

—¡Sujetaros! —grité y miré los monitores del hipermotor. El motor no estaba consumiendo energía y el resto de los indicadores habían enloquecido.

Activé las ventanas. En el hiperespacio las había mantenido cerradas, para que mis pasajeros terrestres no se volviesen locos al ver el Punto Ciego. Las pantallas subieron y vi las estrellas. Estábamos en el espacio normal.

— ¡Maldición! Nos han cogido de todas formas—Carlos no parecía ni aterrorizado ni enfadado, sino asombrado.

Cuando hice subir el panel oculto, Ausfaller gritó:

—¡Espere!

Le ignoré. Apreté el conmutador rojo y el *Hobo Kelly* se sacudió de nuevo mientras su

panza se separaba.

Ausfaller comenzó a maldecir en algún lenguaje terrestre desaparecido.

Dos tercios del Hobo Kelly se quedaron atrás girando lentamente. Lo que quedaba debía aparecer como lo que era: un casco número dos de la *General Products*, construido por los puppeteers, una esbelta jabalina transparente de trescientos pies de largo y veinte de anchura, con instrumentos de guerra apiñados a lo largo de lo que ahora era su panza. Las pantallas que habían permanecido en blanco se activaron. Encendí el motor principal y lo puse al máximo.

Ausfaller me habló lleno de rabia y de veneno.

—Shaeffer, ¡idiota, cobarde! Corremos sin saber de qué estamos escapando. Ahora saben exactamente lo que somos. ¿Qué probabilidades hay de que nos sigan? ¡Esta nave fue construida para un propósito específico y lo ha estropeado todo!

—He liberado sus instrumentos especiales —señalé yo—. ¿Por qué no averigua lo que pueda?

Mientras tanto, yo podía sacarlos de aquel maldito lugar.

Ausfaller se convirtió en un hombre muy atareado. Yo veía lo que estaba obteniendo en unas pantallas al lado del panel de control. ¿Algo o alguien nos intentaba cazar? Nos encontrarían difíciles de alcanzar y más difíciles de digerir. No podían esperar encontrar un casco de la *General Products*. Desde que los puppeteers habían dejado de fabricarlos, el precio de cascos GP de segunda mano había subido desorbitadamente.

Allí fuera había naves. Ausfaller obtuvo un primer plano de ellas: tres naves remolcadoras del tipo de las que se utilizan en el Cinturón, en forma de gruesos platillos, equipadas con motores de gran tamaño y poderosos generadores electromagnéticos. Los mineros del Cinturón las usan para remolcar asteroides de hierro y níquel hasta el punto donde alguien necesita el mineral en bruto. Con sus pesados motores probablemente podrían alcanzarnos, pero ¿tendrían la adecuada gravedad en la cabina?

No lo estaban intentando. No parecían ni seguirnos ni huir. Y parecían completamente

inofensivas .

Pero Ausfaller estaba trabajando sobre ellas con el resto de sus instrumentos. Lo aprobé. Hacía un instante que el *Hobo Kelly* había parecido completamente pacífico. Ahora su panza rebosaba de armamento. Las remolcadoras podían ser igual de engañosas.

Carlos preguntó a mi espalda.

Bey, ¿qué pasó?

—¿Cómo demonios puedo saberlo?

—¿Qué es lo que muestran los instrumentos?

Debía referirse al complejo del hipermotor. Un par de indicadores se habían vuelto locos, otros cinco estaban averiados. Se lo dije:

—Y el motor no está absorbiendo ninguna energía. Nunca he oído algo semejante a esto. Carlos, teóricamente es imposible.

—Yo... no estoy tan seguro de eso. Quiero echar un vistazo al motor.

—Los conductos de acceso no tienen la gravedad de la cabina.

Ausfaller había abandonado las remolcadoras, que quedaron atrás. Había encontrado algo que parecía ser un enorme cometa, una pelota de gases congelados a una buena distancia hacia un lado. Observé cómo pasaba el radar profundo sobre ella. Ninguna flota de naves piratas se ocultaba detrás.

—¿Examinaste las remolcadoras con radar de profundidad? —le pregunté.

—Por supuesto. Podemos examinar las cintas con detalle más adelante. No vi nada. Y nada nos ha atacado desde que salimos del hiperespacio .

Yo había estado conduciendo en una dirección al azar. Ahora nos volvimos hacia el Sol, la estrella más brillante de todos los cielos. Aquellos diez minutos perdidos de hiperespacio añadirían tres días más a nuestro viaje.

—Si había algún enemigo, le ha asustado. Shaeffer, esta misión y esta nave le han costado una enorme suma a mi departamento y no nos hemos enterado de nada en absoluto.

—No tanto —dijo Carlos—. Yo sigo queriendo ver el hipermotor. Bey, ¿puedes ponernos en una gravedad?

—Sí. Pero... los milagros me ponen nervioso, Carlos.

—Puedes afiliarte al club.

Reptamos a lo largo de una tubería de acceso sólo un poco mayor, que los hombros de un [...]

y todos los sistemas civilizados mantienen una estación transmisora de hiperonda justo en el exterior de la singularidad. La estación Southworth transmitía nuestro mensaje hacia dentro por láser, éste obtendría respuesta en la misma forma y nos lo pasaría diez horas después.

Activamos la hiperonda y nada explotó.

Ausfaller llamó el primero a Ceres para obtener el registro de las remolcadoras que habíamos divisado. Después Carlos llamó al conjunto de computadores de Elephant en Nueva York, utilizando un número de código que Elephant no proporcionaba a mucha gente.

—Le pagaré después. Quizá con una historia —se vanaglorió Carlos.

Mientras Carlos describia lo que necesitaba, escuché. Quería todos los informes sobre un meteorito que había caído en Tunguska, Siberia (URSS), Tierra, en el año 1908. Queria una copia de los tres modelos del origen del universo o de su falta: la Gran Explosión, El Universo Cíclico y el Universo en Estado Constante. Quería datos sobre los plegamientos. Quería los nombres, currículum profesional y direcciones de los estudiosos más conocidos de los fenómenos gravitacionales en las proximidades del Sol. Cuando cortó sonreía.

—Me has cazado —dije—. No tengo ni la más remota idea de qué es lo que buscas.

Todavía sonriendo, Carlos se levantó y se fue a su camarote a dormir un poco.

Yo apagué por completo el motor mayor. Cuando entrásemos de lleno dentro del sistema solar, podríamos decelerar a treinta gravedades.

Mientras tanto llevábamos una buena velocidad, alcanzada al salir del sistema Sirius.

Ausfaller se quedó en la sala de control. Quizá su motivo fuera el mismo que el mío. Allí fuera no había ninguna nave policía. Todavía podíamos ser atacados.

Pasamos el tiempo repasando las fotografías que había obtenido de las tres remolcadoras mineras. No hablamos, aunque yo también las miraba.

De cuando en cuando Ausfaller decía:

—¿Sabes lo que valía el *Hobo Kelly*?

Yo dije que podía hacer un cálculo aproximado.

—Valía mi carrera. Quería destruir una flota pirata con el *Hobo Kelly*. Pero mi piloto huyó. ¡Huyó! ¿Qué puedo enseñar ahora a cambio de un caballo de Troya tan caro?

Suprimi la respuesta obvia, además de la alegación que mi principal responsabilidad era la vida de Carlos. Ausfaller no aceptaría eso. En su lugar, dije:

—Carlos tiene algo. Le conozco. Sabe cómo sucedió .

—¿Puede sacárselo?

—No lo sé.

Podía decirle a Carlos que estaríamos más seguros si supiésemos qué era lo que nos amenazaba. Pero Carlos era un terrestre. Aquello marcaba sus actitudes.

—Muy bien —dijo Ausfaller—. Sólo tenemos una idea dentro del cráneo de Carlos de la que no podemos disponer.

Un arma superior a la tecnología humana me había arrojado del hiperespacio. Había echado a correr. Claro que lo había hecho. Me decía a mí mismo que permanecer por los alrededores hubiese sido de locos. Pero, irracionalmente, también me sentía mal por haberlo hecho.

—¿Qué hay de las remolcadoras? —le dije a Ausfaller—. No puedo comprender qué es lo que están haciendo ahí. En el Cinturón las usan para desplazar asteroides de hierro y níquel hasta zonas industriales.

—Aquí también. La mayor parte de lo que encuentran no tiene valor: masas de roca o pelotas de hielo; pero el poco metal que pueda haber es valioso. Deben tenerlos para la construcción.

—¿Para construir qué? ¿Qué tipo de gente viviría aquí? ¡Sería lo mismo que poner una tienda en el espacio interestelar!

—Precisamente. No hay turistas, pero hay grupos de investigación aquí donde el espacio es chato y vacío y las temperaturas se acercan al cero absoluto. Sé que el grupo Mercurio se estableció aquí para estudiar los fenómenos del hiperespacio. Todavía no lo entendemos demasiado bien. Recuerde que nosotros no inventamos el hipermotor, se lo compramos a una raza alienígena. También hay un laboratorio manipulando con los genes intentando desarrollar un tipo de árbol que crezca sobre los cometas.

—Está bromeando.

—Pero ellos no bromean. Una planta fotosintética que utilice los productos químicos presentes en todos los cometas... sería muy valiosa. Todo el halo cometario podría ser sembrado con plantas que produjesen oxígeno —Ausfaller se detuvo abruptamente, y después prosiguió—: No importa. Todos esos grupos necesitan materiales de construcción. Es más barato construir aquí que enviar los materiales desde la Tierra o el Cinturón. La presencia de las remolcadoras no es sospechosa.

—Pero no había nada más a nuestro alrededor. Nada más.

Ausfaller asintió.

Cuando Carlos vino a reunirse con nosotros, muchas horas más tarde, parpadeando para alejar el sueño de los ojos, le pregunté:

—Carlos, ¿las remolcadoras podrían tener algo que ver con tu teoría?

—No veo cómo. Tengo media idea y dentro de media hora podré considerarla medianamente inteligente. La teoría que tengo ni siquiera está ya de moda. Ahora que conocemos lo que son los quásares a todo el mundo parece gustarle más la hipótesis del estado constante. Ya sabes cómo funciona: la tensión en espacio completamente vacío produce siempre más átomos de hidrógeno. El universo no tiene principio ni final —pareció

testarudo—. Pero si tengo razón, entonces sé dónde fueron las naves después de ser robadas. Eso es algo más de lo que nadie sabe.

Ausfaller saltó sobre él:

—¿Dónde están? ¿Están vivos los pasajeros?

—Lo siento, Sigmund. Todos están muertos. Ni siquiera habrá cadáveres que enterrar.

— ¿Qué es? ¿Contra qué luchamos?

—Un efecto gravitacional. Un profundo enrollamiento del espacio. Un planeta no lo conseguiría, una batería de generadores de gravedad de cabina no lo conseguiría, no podía producir un campo de gravedad tan agudamente delimitado.

—Un plegamiento—sugirió Ausfaller.

Carlos le sonrió.

—Eso lo haría, pero hay otros problemas. Un plegamiento no puede formarse a menos que envuelva a cinco masas solares. Supongo que alguien habría advertido algo tan grande en un lugar tan cerca del Sol.

—¿Entonces qué?

Carlos movió la cabeza. Esperaríamos.

La transmisión desde la estación Sotheorth nos dio el registro de las tres remolcadoras espaciales, utilizadas y de diversas edades, las tres compradas hacía dos años a la compañía minera *Intra Belt* por la Sexta Iglesia Congregacional de Rodney.

—¿Rodney?

Pero Carlos y Ausfaller estaban riéndose al mismo tiempo.

—A veces los del Cinturón hacen esas cosas —me dijo Carlos—. Es una forma de decir que no le importa a nadie quién compre las naves.

—De acuerdo, es bastante raro, pero todavía no sabemos quién es su dueño.

—Quizá sean honrados. Quizá no.

Poco después de la primera llamada llegaron los datos que había pedido Carlos, alojándose directamente en el computador de la nave. Carlos obtuvo una lista de nombres y números de teléfono: los estudiosos más importantes de la gravedad y sus efectos en el sistema de Sol, en una lista por orden alfabético.

Una de las direcciones atrajo mi atención.

Julian Forward, 1192326, Estación Southworth.

Una dirección en la estación de transmisión. Estaba aquí fuera, en algún lugar del enorme vacío entre la órbita de Neptuno y el cinturón cometario, fuera de donde podía funcionar la estación de hiperonda. Busqué más números de la Estación Southworth. Eran:

Launcelot Starkey, 1844719, Estación Southworth.

Jill Luciano, 1844719, Estación Southworth.

Mariana Wilton, 1844719, Estación Southworth.

—Esta gente—dijo Ausfaller—. ¿Quieres discutir tu teoría con alguno de ellos?

—Correcto. Sigmund, ¿no es 1844719 el número del Grupo Mercurio?

—Creo que sí. También me parece que no están a nuestro alcance, ahora que nuestro hipermotor ha desaparecido. El Grupo Mercurio fue establecido en órbita lejana alrededor de Antenor, que ahora está al otro lado del Sol. Carlos, ¿se te ha ocurrido la idea de que una de esas personas podría haber construido el artefacto devorador de naves?

— ¿Qué?... Tienes razón. Se necesitaría alguien que supiese algo sobre la gravedad. Pero yo diría que el Grupo Mercurio está fuera de toda sospecha. Con más de diez mil personas trabajando allí, ¿cómo podría alguien ocultar nada?

—¿Qué hay de este tal Julian Forward?

—Forward. Sí, siempre he querido conocerle. ¿Le conoces? ¿Quién es?

—Acostumbraba estar con el Instituto de Conocimiento en Jinx. No he sabido nada de él desde hace años. Realizó algún trabajo sobre las ondas de gravedad procedentes del núcleo de la galaxia..., trabajos que resultaron equivocados. Sigmund, podemos llamarle.

—¿Para preguntarle qué?

—¿Por qué...? —entonces Carlos recordó la situación—. ¡Oh! Crees que podría... Sí.

—¿Conoces bien a este hombre?

—Conozco su fama. Es bastante conocido. No veo cómo un hombre así podría dedicarse al asesinato en masa.

—Antes dijiste que tenía que ser un hombre muy versado en el estudio de los fenómenos gravitacionales.

—Concedido.

Ausfaller se mordió el labio inferior. Después dijo:

—Quizá no podamos hacer más que hablar con él. Podría estar al otro lado del Sol y, sin embargo, dirigir una flota pirata...

—No. Eso no podría hacerlo.

—Piensa otra vez —dijo Ausfaller—. Estamos en el exterior de la singularidad del Sol. Una flota piraba incluiría seguramente naves con hipermotor.

—Si Julian Forward es el devorador de naves tendría que estar cerca. El artefacto no se movería en el hiperespacio.

—Carlos, lo que no sabemos puede matarnos —dije—. ¿Dejarás de jugar..?

Pero él ya sonreía y movía la cabeza. ¡Maldición !

—De acuerdo, podemos comprobar a Forward —continué—. ¡Llámale y pregúntale dónde está! ¿Te conoce?

—Claro. Yo también soy famoso.

—De acuerdo. Si está bastante cerca podríamos hasta pedirle que nos lleve a casa. Tal como están las cosas estaremos a merced de cualquier nave con hipermotor mientras permanezcamos aquí.

—Tengo la esperanza de que seamos atacados —dijo Ausfaller—. Podemos luchar...

—Pero no escapar. Ellos pueden esquivar y nosotros no.

—Vosotros dos, paz. Lo primero es lo primero.

Carlos se sentó ante los controles de la hiperonda y marcó un número.

—¿Puedes arreglártelas para mantener mi nombre oculto? —dijo Ausfaller, repentinamente—. Si es necesario puedes ser tú el dueño de la nave.

Carlos volvió la vista sorprendido. Antes de que pudiese contestar, la pantalla se iluminó. Vi un cabello rubio ceniciento, cortado a la moda del Cinturón, sobre una huesuda cara blanca y una sonrisa impersonal.

—Estación Forward. Buenas tardes.

—Buenas tardes. Carlos Wu, de la Tierra, llamando desde larga distancia. ¿Puedo hablar con el doctor Julian Forward, por favor?

—Veré si está disponible.

La pantalla emitió la señal de espera.

En el intervalo Carlos estalló:

—¿Qué tipo de juego estás jugando ahora tú? ¿Cómo puedo explicar yo el poseer una nave de guerra armada y camuflada?

Pero yo comenzaba a comprender lo que Ausfaller pretendía. Le dije:

—Habría que evitar explicar eso, sea cual sea la verdad. Quizá no te haga preguntas. Yo... —me callé porque estábamos frente a Forward.

Julian Forward era un nativo de Jinx, bajo y ancho. con los brazos tan gruesos como las piernas, y éstas del grosor de unos pilares. Su piel era casi tan negra como su cuello: un bronceado de Sirius probablemente, mantenido por rayos UVA.

Colgaba del borde de una silla de masaje.

—¡Carlos Wu! —dijo con halagador entusiasmo— . ¿EI mismo Carlos Wu que resolvió el problema de los Límites Sealeyham?

Carlos dijo que así era. Se enzarzaron en una discusión sobre matemáticas..., supuse que una posible aplicación de la solución de Carlos a otros problemas de límites. Miré a Ausfaller no abiertamente, porque supuestamente él no existía para Forward — y le vi estudiando pensativamente su vista lateral del individuo.

—Bien —dijo Forward—, ~ qué puedo hacer por ti'?

—Julian Forward, le presento a Beowulf Shaeffer —dijo Carlos. Yo incliné la cabeza—.

Bey me estaba llevando a casa cuando nuestro hipermotor desapareció.

—¿Desapareció?

Yo intervine para dar verosimilitud.

—Desapareció, absolutamente de acuerdo. El emplazamiento del hipermotor está completamente vacío. Los soportes del motor han sido cortados. Estamos detenidos aquí, sin hipermotor y sin la menor idea de cómo pasó eso.

—Es casi cierto —dijo Carlos alegremente—. Doctor Forward, tengo algunas ideas de lo que pasó aquí. Me gustaría discutirlo con usted.

—¿Dónde están ahora?

Extraje del computador nuestra posición y nuestra velocidad y las envié a la Estación Forward. No estaba seguro de que fuese una buena idea, pero Ausfaller tuvo tiempo para detenerme y no lo hizo.

—Estupendo —dijo la imagen de Forward. Parece que es mucho más rápido que vengan

aquí que ir a la Tierra. La Estación Forward está delante suya a veinte UA de su posición. Pueden esperar aquí el próximo ferry. Será mejor que viajar en una nave mutilada.

—¡Bien! Fijaremos un rumbo y le haremos saber cuándo puede esperarnos.

—Agradezco la oportunidad de conocer a Carlos Wu —Forward nos dio sus propias coordenadas y se marchó.

Carlos se dio la vuelta.

—De acuerdo. Bey. Ahora tú eres el dueño de una nave de guerra, armada y camuflada. Imagínate tú dónde la conseguiste.

—Nuestros problemas son peores que eso. La Estación Forward se encuentra exactamente donde debería estar el devorador de naves.

El asintió. Pero era divertido.

—Así que ¿cuál es nuestro próximo movimiento? No podemos escapar de las naves con hipermotor. ¿Es probable que Forward intente matarnos?

—Si no llegamos a la Estación Forward según lo previsto, podría enviar unas naves para perseguirnos. Sabemos demasiado. Se lo hemos dicho —dijo Carlos—. El hipermotor desaparecido completamente. Conozco a media docena de personas que, sabiendo sólo eso, podrían figurarse lo que sucedió.

De repente sonrió.

—Eso suponiendo que Forward sea realmente el devorador de naves. No lo sabemos. Creo que tenemos una espléndida oportunidad de averiguarlo de una forma u otra.

—¿Cómo? ¿Sencillamente entrando?

Ausfaller asintió aprobadoramente.

—El doctor Forward espera que tú y Carlos entréis en su red sin sospechar nada, dejando la nave vacía. Creo que podemos prepararle unas cuantas sorpresas. Por ejemplo, quizá no haya adivinado que éste es un casco de la General Products. Y yo estaré a bordo para luchar.

Cierto. Unicamente la antimateria podría dañar un casco GP..., aunque había cosas que podían atravesarlo, como ondas de luz, de gravedad y de choque.

—Así que usted se quedará en su nave indestructible —dije, y nosotros estaremos indefensos en la base. Muy inteligente. Prefiero correr yo mismo hacia allí. Pero, claro, tiene que pensar en su carrera.

No lo niego. Pero hay formas en las que puedo ayudarles.

En el camarote de Ausfaller, detrás de lo que parecía ser una pared ininterrumpida, había una habitación del tamaño de un armario en el que se podía entrar. Ausfaller parecía muy orgulloso de aquello. No nos enseñó todo lo que había allí dentro, pero vi lo bastante para que desapareciese lo que quedaba en mí de mi primera impresión de Ausfaller. Aquel hombre no tenía alma de burócrata gordinflón.

Detrás de un panel de vidrio guardaba un par de docenas de armas especiales. Una hilera de cuatro abrazaderas sostenía tres armas de mano idénticas, cohetes lanzadores de un grueso proyectil que Ausfaller describió como una diminuta bomba atómica. La cuarta estaba vacía. Había rifles láser y pistolas; un arma de diseño peculiar, con cuatro pulgadas de absorbente del retroceso, cuchillos de competición, una pistola de tiro olímpica con la culata esculpida y para una sola bala del calibre veintidós.

Me pregunté lo que haría con un equipo-hobby de escultura al tacto. Quizá podría hácer esculturas que volviesen loco a un humano a un alienígena. Quizá era algo menos sutil: probablemente explotarían al ser tocadas por las yemas adecuadas.

Tenía una sastrería compacta y automatizada.

—Voy a haceros algunos trajes nuevos—dijo. Carlos preguntó por qué, y él dijo—: ¿Tú puedes guardar secretos? Yo también.

Nos preguntó nuestros estilos preferidos. Jugué sin trampas pidiendo un mono antigravedad en verde y plata con muchos bolsillos. No era el mejor que he tenido en mi vida, pero me quedaba bien.

—No he pedido botones —le dije.

—Espero que no le importe. Carlos, tú también llevarás botones.

Carlos escogió una túnica de un rojo ardiente con un dragón verde y dorado enroscándose sobre la espalda. Los botones llevaban el monograma de su familia. Ausfaller se plantó delante de nosotros, examinando nuestros nuevos atuendos con aprobación.

—Ahora mirad dijo . Estoy aquí delante de vosotros, sin armas.

—Correcto.

—Estáis muy seguros.

Ausfaller sonrió. Cogió el botón superior y el inferior entre sus dedos y tiró con fuerza Se desprendieron. El tejido que los separaba se abrió como si un hilo hubiese unido los dos botones .

Sujetando los botones como para mantener tenso un hilo invisible, los movió a ambos lados de una escultura plástica al tacto, toscamente hecha. La escultura se desmenuzó.

—Cadena molecular Sinclair. Cortará cualquier material normal si tiráis con la fuerza suficiente. Tenéis que tener mucho cuidado. Cortará vuestros dedos tan fácilmente que apenas advertiréis que han desaparecido. Fijaos en que los botones son grandes, para que puedan ser sostenidos con facilidad.

Los depositó cuidadosamente sobre una mes y colocó entre ellos un peso pesado.

—Este tercer botón es una granada sónica. A diez pies de distancia matará. A treinta, atontará.

—No nos hagas una demostración—le dije.

—Quizá debierais practicar tirando botones normales a un blanco. Este segundo botón es la Píldora de la Energía, el estimulante comercializado. Romped el botón y tomad la mitad cuando lo necesitéis. La dosis entera puede detener el corazón.

—Nunca oí hablar de la Píldora de la Energía. ¿Cómo funciona en nativos del Cinturón?

Se sintió cogido por sorpresa.

—No lo sé. Quizá sería mejor que se limitara a un cuarto de dosis.

—O que la evite por completo—le dije yo.

—Hay una cosa más que no demostraré. Palpad el material de vuestras prendas. ¿Sentís tres capas de material? El del medio es un espejo casi perfecto. Reflejará hasta los rayos X. Podéis repeler un disparo de láser, por lo menos durante el primer segundo. El cuello se desenrosca hasta convertirse en una capucha.

Carlos asentía con satisfacción.

Supongo que es cierto, todos los terrestres piensan de esa forma.

Durante un billón y medio de años, los antepasados de la humanidad han evolucionado a las condiciones de un mundo: la Tierra. Un terrestre crece en un ambiente que le es particularmente favorable. Instintivamente. considera todo el universo de la misma manera.

Los que hemos nacido en otros mundos sabemos la verdad. En Planeta-Triunfo tenemos los infernales vientos del invierno y del verano.

En Jinx la gravedad. En Plateau, el borde del acantilado que lo rodea todo y una caída de cuarenta millas a un calor y una presión insoportables. En Down, la roja luz solar, las plantas que no crecen a menos que sean ayudadas por lámparas ultravioletas.

Pero los terrestres piensan que el universo fue hecho en su beneficio. Para ellos, el peligro es irreal.

—Auriculares —dijo Ausfaller, sujetando un puñado de cilindros de plástico blando.

Los insertamos.

¿Podéis oírme?—dijo Ausfaller.

—Seguro. Sí.

No bloqueaban el sonido en absoluto

—Un pequeño transmisor y un receptor, con un acolchado plástico en medio. Si sois destruidos por medio del sonido, como por una explosión o apaciguador sónico, el receptor dejará de transmitir. Si os quedáis repentinamente sordos, sabréis que os están atacando.

Para mí, las complicadas precauciones de Ausfaller hablaban únicamente del posible peligro que íbamos a correr. No dije nada. Si echábamos a correr, nuestras posibilidades serían todavía peores.

De vuelta en la sala de control, Ausfaller envió un mensaje a la Tierra, a la oficina de Asuntos Alienígenas. Les dio una versión condensada de lo que nos había sucedido, más algunas prudentes especulaciones. Invitó a Carlos a incluir su teoría en el informe.

Carlos declinó el ofrecimiento.

—Podría estar equivocado. Dame la oportunidad de estudiarla un poco.

Ausfaller se dirigió gruñonamente a su catre. Había estado sin dormir demasiado tiempo y se le notaba.

Carlos sacudió la cabeza después de que Ausfaller hubiese desaparecido en su camarote.

—Paranoia. En su trabajo supongo que tiene que ser paranoico.

—Tú bien podrías serlo un poco más.

No me escuchó.

—¡Imagínate sospechando de una celebridad interestelar como si pudiera ser un pirata espacial!

—Está en el lugar adecuado en el momento preciso.

—¡Eh, Bey, hum, olvida lo que dije! Ese artefacto, huum, devorador de naves, tiene que estar en el lugar adecuado, pero no los piratas. Ellos pueden dejarlo suelto sencillamente y volver a su base utilizando naves con hipermotor.

Aquello era algo que había que recordar. Este volumen era enorme dentro del halo cometario comparado con el interior del sistema, pero para naves con hipermotor todo era una misma vecindad.

—¿Entonces por qué vamos a visitar a Forward?—le dije.

—Sigo queriendo discutir mis ideas con él. Más que eso: él probablemente conocerá al

jefe de los devoradores de naves, sin saber que es él. Probablemente ambos le conozcamos. Para encontrar ese artefacto y reconocer su poder se necesitó un buen cosmologista. Sea quien sea, tiene que haberse hecho una reputación.

—¿Encontrar el artefacto?

Carlos me sonrió.

—No importa. ¿Has pensado en alguien en quien te gustaría utilizar ese alambre mágico?

—He estado haciendo una lista. Tú eres el primero.

—Bueno, cuidado. Sigmund sabe que lo tienes, aunque nadie más lo sepa. El es el segundo.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a la Estación Forward?

Yo había estado comprobando nuestro rumbo. Decelerábamos a treinta gravedades, virando hacia un lado.

—Veinte horas y unos cuantos minutos—dije.

—Bien, tendré la oportunidad de estudiar un poco .

Comenzó a extraer datos del computador.

Pedí permiso para leer por encima de su hombro. Me lo dio.

El bastardo. El lee dos veces más rápido que yo. Intenté saltarme cosas para tener una idea de lo que andaba buscando.

Plegamientos: tres conocidos. El más próximo era un componente de uno doble en Cignus, a más de cien años luz de distancia. Habían sido enviadas expediciones para realizar sondeos.

La teoría del agujero negro no era nueva para mí, aunque las matemáticas me sobrepasaban. Si una estrella posee la masa suficiente, después de haber quemado su combustible nuclear y comenzado a enfriarse, ninguna posible fuerza interna puede evitar que se pliegue hacia dentro, pasando su propio radio Swartzchild. En ese momento, la velocidad de escape de la estrella se hace mayor que la velocidad de la luz y, después de eso, no había nada más, porque nada puede salir de la estrella, ni información, ni materia, ni radiación. Nada... excepto gravedad.

Puede esperarse que una estrella plegada pese cinco masas solares o más; de otra forma su plegamiento se detendría en la etapa de la estrella de neutrones. Después, sólo puede hacerse mayor y más masiva.

No había ni la más ligera posibilidad de encontrar algo tan grande ahí fuera, en el límite del sistema solar. Si hubiese por allí cerca una cosa semejante, el Sol giraría en órbita a su alrededor .

El meteorito de Siberia debía haber sido bastante extraño para ser recordado durante

novecientos años. Había derribado árboles en miles de millas cuadradas; sin embargo, cerca del punto de contacto con la superficie habían quedado árboles en pie. Ninguna parte del propio meteorito fue encontrada jamás. Nadie había presenciado el choque. En 1908, Tunguska, en Siberia, debía haber estado tan poco poblada, como hoy la Luna de la Tierra.

—Carlos, ¿qué tiene que ver todo esto?

— ¿Acaso Holmes se lo dice a Watson?

Tuve verdaderos problemas para seguir la cosmología. Aquí la física se mezclaba con la filosofía, o viceversa. Básicamente la teoría de la Gran Explosión —que describe el universo como una explosión a partir de la masa de un simple punto, como una bomba de titanio— competía con el Universo en Estado Constante, que siempre había sido así y continuaría,

siempre igual. El Universo Cíclico es una sucesión de Grandes Explosiones, seguidas de períodos de contracción. En todas ellas hay variantes.

Cuando los quasars fueron descubiertos por primera vez parecían datar de una etapa anterior en la evolución del universo..., que, según la hipótesis del Estado Constante, no evolucionaria en absoluto. Esta teoría fue entonces generalmente rechazada. Después, hacía un siglo, Hilbury había resuelto el problema de los quasars. Mientras tanto, una de las implicaciones de la Gran Explosión no había dado buen resultado. En aquel punto fue donde las matemáticas resultaron demasiado para mí.

Había algunas discusiones sobre si el universo estaba abierto o cerrado en cuatro dimensiones pero Carlos las desechó.

—Bien—dijo con satisfacción.

—¿Qué?

—Podría tener razón. Los datos son insuficientes. Tendré que ver qué es lo que piensa Forward .

—Me gustaría que os ahogaseis los dos. Me voy a acostar.

Allá fuera, en la amplia franja entre el sistema solar y el espacio interestelar, Julian Forward había encontrado una masa de piedra, del tamaño de un asteroide mediano. Desde una cierta distancia parecía intocado por la tecnología: un esferoide desmochado de superficie irregular y de una blancura sucia. Más de cerca se veían motas de metal y de brillante pintura, como joyas colocadas al azar. Compuertas, ventanas, antenas de proyección y cosas menos identificables. Un disco iluminado con algo que se proyectaba desde el centro; un largo brazo de metal con media docena de empalmes en forma esférica y una pala al final. Estudié aquello tratando de adivinar lo que podría ser..., y me rendí.

Dejé que el *Hobo Kelly* descansase a una buena distancia.

— ¿Se queda a bordo? —le dije a Ausfaller.

—Por supuesto. No haré nada que pueda inducir al doctor Forward a pensar que la nave no está vacía.

Cruzamos hasta la Estación Forward en un taxi abierto: dos asientos, un tanque de carburante y un motor a cohetes. Una vez me volví para preguntarle algo a Carlos, y cambié de pregunta:

—Carlos, ¿te encuentras bien?

Su rostro estaba pálido y tenso.

—Me las arreglaré.

—¿Has probado a cerrar los ojos?

—Fue peor. Maldita sea, llegué hasta aquí autohipnotizándome. Bey, está muy vacío.

—Agárrate. Casi estamos ya.

El rubio nativo del Cinturón estaba en el exterior de una de las compuertas, con un traje completamente pegado a la piel y un casco burbuja. Utilizó una linterna para ayudarnos a descender. Acercamos nuestro taxi a un saliente de roca —la gravedad era casi nula—y entramos.

—Soy Harry Moskowitz —dijo el hombre—. Me llaman Angel. El doctor Forward está esperando en el laboratorio.

El interior del laboratorio era un entramado de pasillos cilíndricos rectos, excavados por medio del láser, a presión y bordeados por luces de un frío color azul. Cerca de la superficie pesábamos unas cuentas libras; en el interior, menos. Angel se movía en una forma que para mí resultaba nueva: un salto desde el suelo que le llevaba sobre un buen tramo de corredor hasta casi rozar el techo, al suelo, y otra vez saltaba. Daba tres saltos y nos esperaba, sin ocultar su diversión ante nuestros intentos de alcanzarle.

—El doctor Forward me pidió que les enseñase todo esto—dijo.

—Parecen tener mucho más pasillo del que necesitan —le dije—. ¿Por qué no pusieron juntas todas las salas?

—En un tiempo esta roca fue una mina. Los mineros fueron los que taladraron estos pasajes. Dejaron grandes agujeros en los sitios donde encontraron rocas que contenian aire o bolsas de hielo. Todo lo que tuvimos que hacer fue ponerles paredes.

Aquello explicaba por qué había tanto pasillo entre las habitaciones y por qué las cámaras que vimos eran tan grandes. Angel dijo que algunas de ellas eran almacenes; no valía la pena abrirlas. Otras eran talleres de herramientas, sistemas de soporte vital, un jardín, un computador de buen tamaño, una planta de fusión transportable. Un comedor construido para dar cabida a treinta albergaba en realidad a diez hombres, que nos miraron con curiosidad antes de volver a comer. Un hangar, mayor de lo que era necesario y abierto al cielo, alojaba taxis y trajes provistos de energía con herramientas especializadas, y tres salas circulares idénticas, todas vacías.

Yo me arriesgué. Pregunté con cuidadosa despreocupación:

—¿Empleáis remolcadoras?

Angel no vaciló.

—Claro. Podríamos traer agua y metales desde el interior del Sistema, pero es más barato buscarlos nosotros mismos. Además, en una emergencia los remolcadores podrían llevarnos al Sistema.

Volvimos a los túneles.

—Hablando de naves —dijo Angel—, no creo haber visto en mi vida ninguna como la suya. ¿Son bombas eso que se ve sobre la superficie ventral?

—Algunas sí —dije.

Carlos se echó a reír.

—Bey no quiere decirme cómo las consiguió.

—Está bien, está bien. De acuerdo, las robé. No creo que nadie vaya a quejarse.

Angel, que se sentía francamente curioso antes, quedó completamente fascinado cuando le conté la historia de cómo yo había sido alquilado para pilotar una nave de carga en el sistema

de Wunderland.

—No me gustaba demasiado el aspecto del individuo que me alquiló, pero ¿qué sabía yo de los wunderlanders? Además me hacía falta el dinero.

Le hablé de mi sorpresa ante las proporciones de la nave; la pared sólida detrás de la cabina, la sección de pasajeros que en realidad era únicamente un conjunto de hologramas sobre escotillas ciegas. Para entonces ya me daba miedo que me hicieran desaparecer, si me echaba atrás.

Pero cuando me enteré de mi destino me había preocupado de verdad.

—Era en la Corriente de la Serpiente..., el creciente de asteroides en el sistema de Wunderland, ya sabe. Todo el mundo sabe que la conspiración para un wunderland libre se trama en aquellas rocas. Cuando me dieron mi rumbo despegué y me dirigí hacia Sirius.

—Es extraño que le dejasen un hipermotor que funcionaba.

—No lo hicieron. Habían destrozado los empalmes. Tuve que arreglarlos yo mismo. Fue una suerte que lo hiciera, porque los habían conectado con una pequeña bomba bajo el asiento del piloto —entonces me detuve—. Quizá lo arreglé mal. ¿Ya se ha enterado de lo que me pasó? Mi hipermotor se desvaneció. Debe haber activado algún resorte explosivo, porque la panza de la nave salió disparada. Fue una pena. Lo que queda ahora parece un bombardero en miniatura.

—Eso es lo que pensé.

—Supongo que tendré que entregársela a la policía en cuanto llegue al interior del Sistema. Es una pena.

Carlos sonreía y sacudía la cabeza. Lo ocultó diciendo:

—Esto sólo demuestra que puedes olvidarte de tus problemas.

El túnel siguiente terminó en una gran cámara hemisférica, cubierta por una prominente cúpula transparente. Un pilar del grosor de un hombre se elevaba desde el suelo de roca hasta una abertura en el centro de la cúpula. Por encima de ésta, un brazo de metal con muchos empalmes se alzaba reluciente hacia la noche y las estrellas, perdiéndose ciegamente en el espacio. El brazo terminaba en algo que podría haber sido un tremendo cubo de hierro.

Forward estaba en un tablero de control en forma de herradura, cerca del pilar. Apenas lo advertí. Había visto aquella cosa antes, al venir del espacio, pero no me di cuenta de su tamaño.

Forward me cogió con la boca abierta.

—La Mano—me dijo.

Se acercó andando a saltitos, cómico pero práctico .

—Encantado de conocerles.

Su apretón de manos no era devastador porque tenía cuidado. Desplegaba una sonrisa amplia y contagiosa.

—La Mano es nuestro mayor espectáculo aquí. Después de eso, no hay nada más que ver.

—¿Qué es lo que hace?—pregunté.

Carlos se echó a reír y dijo:

—¡Es hermoso! ¿Por qué tendría que servir para algo?

Forward reconoció el cumplido.

—He pensado a veces en llevarla a una exposición de escultura con materiales de desecho. Lo que hace es manipular masas grandes y densas. La pala al final del brazo es un complejo de electroimanes. Puedo hacer vibrar masas allí dentro para producir ondas de gravedad polarizadas.

La cúpula estaba dividida en secciones por seis masivos arcos. Advertí ahora que éstos y el pilar central relucían como espejos. Estaban reforzados por campos estáticos. ¿Más apoyo para la Mano? Intenté imaginarme fuerzas que requiriesen un soporte así.

—¿Qué es lo que hace vibrar ahí dentro? ¿Un megatón de plomo?

—Plomo recubierto por hierro dulce fue la primera prueba que hicimos. Pero eso fue hace tres años. No he trabajado con la Mano últimamente~ pero hicimos algunas pruebas satisfactorias con una esfera de neutronio encerrada en un campo estático. Diez billones de toneladas métricas.

— ¿Para qué sirve todo eso? —pregunté yo.

Carlos me lanzó una mirada turbia. Forward pareció pensar que era una pregunta completamente razonable.

— Para comunicaciones, por ejemplo. Debe haber especies inteligentes a través de toda la galaxia. La mayoría de ellas demasiado lejos para nuestras naves. Las ondas gravitatorias son probablemente la mejor forma de llegar hasta ellas.

—Las ondas gravitatorias viajan a la velocidad de la luz, ¿no es así? ¿No seria mejor emplear la hiperonda?

—No podemos contar con que ellos la tengan. ¿Quienes, excepto los exteriores, soñarían con hacer experimentos a esta distancia de un sol? Si queremos llegar hasta seres que no hayan tenido contacto con los exteriores, tenemos que usar las ondas gravitatorias..., cuando sepamos cómo hacerlo.

Angel nos ofreció sillas y refrescos. Yo me encontraba fuera. Forward y Carlos estaban hablando sobre física plasmática, metafísica y qué está haciendo ahora la gente que conocemos? Comprendí que tenían un gran número de conocidos mutuos. Y Carlos estaba indagando las direcciones actuales de los cosmologistas especializados en física de la gravedad.

Unos cuantos estaban con el Grupo Mercurio. Otros por los mundos colonizados..., especialmente en Jinx, intentando conseguir que el Instituto del Conocimiento financiase varios proyectos, como más expediciones al plegamiento de Cygnus.

—¿Continúa usted con el Instituto, doctor?

Forward negó con la cabeza.

—Dejaron de respaldarme. No tenía resultados suficientes. Pero puedo continuar utilizando esta estación, que es propiedad del instituto. Algún día la venderán y tendremos que marcharnos.

—Me estaba preguntando por qué le habrían enviado aquí—dijo Carlos—. Sirius tiene un cinturón de cometas adecuado.

—Pero Sol es el único sistema con algún tipo de civilización a tanta distancia de su sol. Y tengo mejor personal con el que trabajar. El sistema solar siempre ha tenido una buena cantidad de cosmologistas de primera fila.

—Pensé que quizá habría venido para resolver un viejo misterio: el meteorito de Tunguska. Por supuesto, habrá oído hablar de él.

Forward se echó a reír.

—Claro. ¿Quién no lo ha hecho? Creo que nunca sabremos qué fue lo que chocó contra

Siberia aquella noche. Debe haber sido un trozo de antimateria. Me han dicho que en el espacio conocido hay antimateria.

—Si fue eso, nunca lo demostraremos—admitió Carlos.

—¿Discutiremos su problema? —Forward parecló recordar mi existencia—. Shaeffer, ¿qué piensa un piloto profesional cuando su hipermotor desaparece.

—Se siente muy molesto.

—¿Alguna teoría?

Decidí no mencionar a los piratas. Quería ver si Forward era el primero en hacerlo.

—Mi teoría no parece gustarle a nadie—dije, y esbocé el argumento de los monstruos del hiperespacio .

Forward me escuchó cortésmente.

—Le concederé una cosa: sería difícil probar que no es cierta. ¿Cree usted en ella?

—Me da miedo hacerlo. Una vez casi me mato buscando monstruos en el espacio cuando debiera haber estado buscando causas naturales.

—¿Qué piensa usted, Carlos? ¿Fenómenos naturales o monstruos del espacio?

—Piratas—dijo Carlos.

—¿Cómo lo hacen?

—Bueno, este asunto del hipermotor desapareciendo y dejando detrás la nave... es completamente nuevo. Yo pensaría que se necesita una gravedad muy elevada, con un efecto de atracción tan fuerte como el de una estrella de neutrones o un agujero negro.

—En todo el espacio humano no se encuentra nada de ese tipo.

—Lo sé —Carlos parecía frustrado.

Eso tenía que ser fingido. Antes se había comportado como si ya tuviese una respuesta.

—De todas formas, no creo que un agujero negro tuviese ese efecto—dijo Forward—. Si fuese así, nunca lo sabrías, porque la nave desaparecería por él.

—¿Y qué me dice de un generador de gravedad muy potente?

—Huummm —Forward pensó en ello y después movió su masiva cabeza—. Habla de una

gravedad de superficie de millones. Cualquier generador de gravedad del que yo haya oído hablar se plegaría contra sí mismo a ese nivel. Veamos, con un marco soportado por un campo estático..., no. El marco se sostendría y el resto de la maquinaria se iría como el agua.

—No me deja demasiado de mi teoría.

—Lo siento.

Carlos terminó una corta pausa, preguntando:

— ¿Cómo piensa usted que empezó el universo?

Forward pareció confuso ante el cambio de tema, y yo comencé a sentirme inquieto.

Aun con todo lo que ignoro sobre cosmología, conozco las actitudes y los cambios de tono en la voz. Carlos estaba dando muchas pistas, intentando que Forward sacase sus propias conclusiones. Agujeros negros, piratas, el meteorito Tunguska, el origen del universo..., lo estaba ofreciendo todo como pista. Y Forward no respondió correctamente.

En aquel momento estaba diciendo:

—Pregúntele a un sacerdote. Yo me inclino hacia la teoría de la Gran Explosión. El Estado Constante siempre me pareció muy futil.

—A mí también me gusta lo de la Gran Explosión dijo Carlos.

Había un motivo más de preocupación. Aquellas remolcadoras mineras; casi tenian que pertenecer a la Estación Forward ¿Cómo reaccionaría Ausfaller cuando las tres conocidas naves penetrasen en su espacio?

"Cómo quería yo que reaccionase? La Estación Forward constituiría una preciosa base pirata. Inundada de pasillos hechos con láser distribuidos casi al azar... ¿Podría haber dos redes de pasillos, conectados únicamente en la superficie? ¿Cómo podíamos saberlo?

Repentinamente. no quise saberlo. Quería volver a casa. Si únicamente Carlos se alejase de los temas espinosos...

Pero estaba especulando otra vez sobre los decoradores de naves.

—Tomemos esos diez billones de toneladas métricas de neutronio que estaba empleando para un experimento. Eso no sería lo suficientemente grande o denso como para proporcionarnos una gravedad suficiente.

—Podría, cerca de la superficie —Forward sonrió y juntó sus manos—. Era casi lo suficientemente grande.

—Y eso es lo más densa que llega a ser la materia en este universo. Mala suerte.

Cierto, pero... ¿ha oído hablar de un agujero negro quantum?

—Sí.

Forward se puso en pie vivamente, y dijo:

—Respuesta incorrecta.

Salté de mi asiento, intentando prepararme para un salto, mientras mis dedos buscaban torpemente el tercer botón de mi mono. No resultó. No había practicado con aquella gravedad.

Forward estaba a mitad de salto. Al pasar junto a Carlos le golpeó en la cabeza. Me cogió en lo más alto del salto y me llevó con él, de un apretón férreo sobre mis muñecas.

No tenía ningún punto de apoyo, pero le pateé. Ni siquiera intentó detenerme. Era como luchar con una montaña. Me cogió las dos muñecas con una mano y me arrastró fuera de allí.

Forward se hallaba ocupado. Estaba sentado hablando dentro del arco de herradura que formaba la consola. Por encima de ésta se veía la parte posterior de tres cabezas sin cuerpos.

Evidentemente, había un teléfono láser en la consola. Pude oír parte de lo que Forward estaba diciendo. Ordenaba a los pilotos de las tres remolcadoras que destruyeran el *Hobo Kelly*.

Todavía no conocía la presencia de Ausfaller. Forward estaba atareado, pero Angel nos estudiaba pensativamente, o tristemente, o ambas cosas Bien podía hacerlo. Nosotros podíamos desaparecer, pero ¿qué mensajes habríamos enviado antes'?

Con Angel vigilándome no me era posible hacer nada constructivo. Y no podía contar con Carlos.

No podía verle. Angel y Forward nos habían atado en lados opuestos del pilar central, debajo de la Mano. Desde entonces, Carlos no había emitido ni un sonido. Quizá estuviese muriendo a causa de aquel tremendo golpe en la cabeza.

Probé la cuerda alrededor de mis muñecas.

Malla metálica de algún tipo, fría al tacto..., y estaba tensa.

Forward oprimió un botón. Las cabezas desaparecieron. Antes de hablar paseó un instante.

—Me han colocado en una posición muy difícil .

—Creo que ha sido usted mismo el que se ha puesto ahí —contestó Carlos.

—Posiblemente. No debiera haberle dejado que adivinase lo que sabían.

—Lo siento, Bey —dijo Carlos.

No parecía herido.

—No importa—dije—. Pero ¿qué es lo que pasa? ¿Qué es lo que Forward ha conseguido?

—Creo que tiene el meteorito de Tunguska.

—No. Eso no —Forward se levantó y se detuvo delante de nosotros—. Admitiré que vine aquí buscando el meteorito de Tunguska. Pasé varios años intentando rastrear su trayectoria desde la Tierra. Quizá fuese un agujero negro quantum. O no. El Instituto suprimió mi subvención sin previo aviso cuando acababa de encontrar un verdadero agujero negro quantum, el primero de la historia.

—Eso no me dice mucho—dije yo.

—Paciencia, señor Shaeffer. ¿Sabe que un agujero negro puede formarse a partir del plegamiento de una gran estrella? Bien. Y usted sabe que se necesita un cuerpo de por lo menos cinco masas solares. Puede abarcar toda la galaxia, o tanto como todo el universo. Hay cierta evidencia de que el universo es un agujero negro cayendo hacia su interior. Pero a menos de cinco masas solares el plegamiento se detendría en la fase de la estrella de neutrones.

—Le sigo.

—En toda la historia del universo sólo ha habido un momento en el que podrían haberse formado agujeros negros de menor tamaño. Ese momento sería durante la explosión del monobloque, el huevo cósmico que una vez contuvo toda la materia del universo. Con la ferocidad de aquella explosión tiene que haber habido puntos de una presión inimaginable. Podrían haberse formado agujeros negros a partir de masas de hasta dos coma dos veces diez elevado a menos cinco gramos y de uno coma seis veces diez a menos veinticinco Angström de radio.

—Por supuesto, nunca se detectaría algo tan pequeño dijo Carlos.

Parecía casi contento. Me pregunté por qué... y después lo supe. Había acertado la forma en que las naves desaparecían. Debía compensarle por estar atado a un pilar.

—Pero —dijo Forward—en esa explosión podrían haberse formado agujeros negros de todos los tamaños, y debiera haber sido así. En más de setecientos años de búsqueda no ha sido encontrado ninguno. La mayor parte de los cosmologistas habían abandonado la teoría, y la de la Gran Explosión también.

—Por supuesto que existía el meteorito de Tunguska —dijo Carlos—. Podría haber sido un agujero negro de, oh, masa asteroidal...

—... y de apenas del tamaño de una molécula. Pero la atracción hubiese derribado los árboles al pasar...

—... y el agujero negro hubiese atravesado la Tierra y vuelto al espacio con unas toneladas más de peso. En realidad, hace ochocientos años hubo una búsqueda del punto de salida. Con aquello podrían haber averiguado su dirección...

—... Exactamente. Pero tuve que abandonar esa perspectiva —dijo Forward—. Estaba empleando un nuevo método cuando el Instituto ¡eh!, cortó nuestra relación.

Ambos deben estar locos, pensaba yo. Carlos estaba atado a un pilar y Forward iba a matarle, pero allí estaban los dos comportándose como miembros de un club muy exclusivo... al cual no pertenecía yo.

Carlos estaba interesado.

—¿Cómo lo consiguió?

—¿Sabe que un asteroide puede capturar un agujero negro quantum en su interior? Por ejemplo, en una masa de diez a doce kilogramos —un billón de toneladas métricas, añadió en mi beneficio—, un agujero negro estaría sólo a uno coma cinco veces diez a menos cinco angstroms. Es más pequeño que un átomo. Pasando lentamente a través de un asteroide, podría absorber unos cuantos billones de átomos, lo bastante para hacerle describir una órbita. A partir de entonces podría rotar dentro del asteroide durante eones, absorbiendo muy poca masa a cada paso.

—¿Y?

—Si me encuentro con un asteroide más masivo de lo que debiera ser..., y consigo trasladarlo y parte de la masa se queda atrás...

—Tendría que buscar en un montón de asteroides. ¿Por qué hacerlo aquí? ¿Por qué no en el cinturón de asteroides? Oh, claro, fuera se puede emplear el hipermotor.

—Exactamente. Podríamos registrar una veintena de masas diariamente, gastando muy poco combustible.

—Eh, si era lo bastante grande para devorar naves espaciales, ¿cómo es que no se tragó el asteroide donde fue encontrado?

—No era tan grande—dijo Forward—. El agujero negro que yo encontré era exactamente el que he descrito antes. Yo lo agrandé. Lo remolqué hasta aquí y lo pasé por mi esfera de neutronio. Entonces fue lo suficientemente grande para absorber un asteroide. Ahora es un objeto bastante impresionante. Diez a la potencia veinte kilogramos, la masa de un asteroide de los más grandes, y un radio de sólo diez a menos cinco centímetros.

En la voz de Forward había satisfacción. En la de Carlos, bruscamente, no hubo otra cosa que desprecio.

—Consiguió todo eso y después lo utilizó para robar naves y ocultar la evidencia. ¿Es eso lo que nos va a suceder? ¿Arrojarnos al agujero?

—Quizá a otro universo. ¿Adónde conduce un agujero negro?

Yo mismo me preguntaba eso.

Angel había ocupado el lugar de Forward ante la consola de control. Se colocó el cinturón de seguridad, algo que no había visto hacer a Forward, y dividía su atención entre los instrumentos y la conversación.

—Todavía me pregunto cómo lo mueve —decía Carlos—. ¡Ah! ¡Los remolcadores!

—Forward se le quedó mirando, después bufó:

—¿No había adivinado eso? Pero, por supuesto, el agujero negro puede contener una carga. Lo sometí a los restos de un viejo motor de reacción iónico durante casi un mes. Ahora contiene una carga enorme. Los remolcadores pueden tirar de él bastante bien. Me gustaría tener más. Pronto los tendré.

—Un minuto dije yo. Había comprendido un hecho crucial cuando éste cruzó por mi cabeza—. ¿Los remolcadores no están armados? ¿Todo lo que hacen es tirar del agujero negro?

—Así es —Forward me miró con curiosidad.

—Y el agujero negro es invisible.

—Sí. Lo remolcamos hasta el paso de una nave espacial. Si la nave se acerca lo suficiente, es precipitada al espacio normal. Pasamos el agujero a través de su motor para inmovilizarla, la abordamos y la saqueamos a placer. Después un pase más lento con el agujero negro quantum y la nave sencillamente desaparece.

—Sólo una pregunta más—dijo Carlos—, ¿por qué?

Yo tenía una pregunta mejor. ¿Qué haría Ausfaller cuando se le acercasen las tres remolcadoras? No llevaban ningún armamento. Su única arma era invisible.

Y se tragaría un casco de la *General Products* sin que él se diera cuenta.

¿Dispararía Ausfaller sobre una nave desarmada?

Lo sabríamos demasiado pronto. Yo había localizado allá arriba, cerca del borde de la cúpula, tres diminutas luces muy juntas.

Angel también las había visto. Activó el teléfono. Las cabezas fantasmas aparecieron, una, dos, tres.

Me volví hacia Forward y me sentí sobresaltado por la expresión de feroz odio.

—Un hijo de la Fortuna —le dijo a Carlos—. Un aristócrata natural. Un superhombre con título. ¿Por qué pensarías tú nunca en robar nada? Las mujeres te ruegan que les hagas hijos, en persona si es posible, ¡si no, por correo! ¡Los recursos de la Tierra están para mantenerte en buen estado, aunque no los necesitas!

—Quizá le sorprenda saber —dijo Carlos—, que hay gente que le considera un superhombre a usted.

—Nosotros los nativos de Jinx crecemos con vigor. ¿A costa de qué otros factores? Nuestras vidas son cortas, incluso con la ayuda del elevador de tensión vital. Se alargan si podemos vivir fuera de la gravedad de Jinx. Pero la gente de otros mundos piensa que somos graciosos. Las mujeres... no importa—se quedó ceñudamente pensativo y después lo dijo de todas formas—. Una mujer de la Tierra me dijo una vez que antes se acostaría con una excavadora. Mi fuerza le daba miedo. ¿Y a qué mujer no?

Las tres motas brillantes casi habían alcanzado ya el centro de la cúpula. Entre ellas no vi nada. Ni había esperado verlo. Angel continuaba hablando con los pilotos.

Sobre el límite de la cúpula apareció algo que yo no quería que nadie más advirtiese.

—¿Es ésa su excusa para el asesinato en masa Forward? ¿Falta de mujeres?

—No necesito darle ninguna excusa, Shaeffer. Mi mundo me estará agradecido por lo que he hecho. La Tierra se ha llevado la parte del león en el comercio interestelar durante demasiado tiempo.

—Se lo agradccerán, ¿eh? ¿Se lo va a decir?

—¡Julian!

Era Angel el que llamaba. Lo había visto... no, no había sido él. Lo había visto uno de los capitanes de los remolcadores.

Forward nos dejó bruscamente. Consultó con Angel en voz baja y después se volvió hacia nosotros.

—¡Carlos! ¿Dejó usted su nave con piloto automático? ¿O hay alguien más a bordo?

—No pienso contestar—dijo Carlos.

—Podría...: no. Dentro de un minuto no importará.

—Julian, mira lo que está haciendo —dijo Angel .

—Sí. Muy inteligente. Sólo a un piloto humano se le ocurriría eso.

Ausfaller había colocado el *Hobo Kelly* entre nosotros y los remolcadores. Si éstos disparaban con cualquier arma convencional, volcarían la cúpula y todos moriríamos.

Los remolcadores continuaban avanzando.

—Todavía no sabe contra qué está luchando —dijo Forward con cierta satisfacción.

Era verdad, y eso podía costarle caro. Tres remolcadoras desarmadas descendían por la garganta de Ausfaller— arrastrando un arma tan lenta que los remolcadores podrían arrojársela. dejar que absorbiera al Hobo Kelly y volverla a recoger, mucho antes de que constituyese un peligro para nosotros.

Desde mi punto de vista, el *Hobo Kelly* era un punto brillante, con tres puntos más distantes y débiles a su alrededor. Forward y Angel tenían una imagen mejor gracias al teléfono. Habían dejado de vigilarnos.

Comencé a intentar quitarme los zapatos. Eran zapatillas de navegación blandas que llegaban hasta los tobillos y se resistían.

Conseguí liberarme el pie izquierdo justo cuando uno de los remolcadores resplandecía con una luz rubí.

¡Lo hizo! —Carlos no sabía si alegrarse o sentirse horrorizado—. ¡Disparó sobre naves desarmadas!

Forward hizo un gesto perentorio. Angel se levantó del asiento. Forward se sentó y se apretó el grueso cinturón de seguridad. Ninguno de los dos había dicho una sola palabra.

Una segunda nave ardió con un rojo muy vivo, después se expandió formando una nube rosada.

La tercera huía.

Forward hizo funcionar los controles.

—Lo tengo en el indicador de masas —carraspeó—. Sólo tenemos una oportunidad.

Lo mismo que yo. Con los dedos de un pie conseguí quitarme la otra zapatilla. El brazo articulado que sostenía la mano comenzó a balancearse por encima de nuestras cabezas y comprendí bruscamente de qué estaba hablando.

Ahora no había mucho que ver detrás de la cúpula. La Mano balanceándose, y la luz del motor del *Hobo Kelly* y las dos naves destrozadas cayendo, todo sobre un fondo de estrellas inmóviles. Repentinamente, una de las naves brilló con un blanco azulado y desapareció. No quedó ni siquiera una nube de polvo.

Ausfaller tiene que haberla visto. Estaba girando, huyendo. Después fue como si una mano invisible hubiese cogido al *Hobo Kelly*, arrojándolo lejos. La luz de la fusión apareció en uno de sus costados y salió del campo visual de la cúpula .

Con dos remolcadoras destrozadas y la tercera huyendo, el agujero negro caía libremente, dirigido justamente hacia nosotros.

Ahora no se veía otra cosa que los delicados movimientos de la Mano. Angel permanecía de pie detrás de la silla de Forward, con los nudillos blancos por la fuerza con que oprimía el respaldo de la silla.

Mis pocas libras de peso desaparecieron y me dejaron flotando. Otra vez la fuerza de la atracción. Aquella cosa invisible era más masiva que el asteroide debajo de mí. La Mano se balanceó un metro más lateralmente... y algo la golpeó con un fortísimo choque.

El suelo se alejó de mí y quedé cabeza abajo sobre la Mano. El gigantesco cubo de hierro dulce se me acercó; el brazo de metal se plegó como una fuente. Aminoró la marcha, y se detuvo .

— ¡Lo conseguiste! —graznó Angel como un gallito, y palmeó el respaldo del asiento, sujetándose con la otra mano. Nos echó una mirada de odio y se volvió con la misma rapidez—. ¡La nave! ¡Se está alejando!

—No —Forward se inclinaba sobre la consola—. La veo. Bien, está volviendo en línea recta hacia nosotros. Esta vez no habrá remolcadoras que avisen al piloto.

La Mano se balanceó poderosamente hacia el punto donde yo había visto desaparecer al *Hobo Kelly*. Se movía centímetro a centímetro, empujando un enorme peso invisible.

Y Ausfaller volvía para rescatarnos. Caería a ciegas en la trampa, a menos que...

Extendí los dedos de mis pies buscando el primer y cuarto botón de mi mono.

El armamento de mi maravilloso traje no me había servido de nada contra la fuerza y la velocidad del jinxiano. Pero los terrestres son peor que tontos y los jinxianos también. Forward me había atado las manos y no se había ocupado de más.

Enrosqué los dedos de mis pies alrededor de los botones y tiré.

Mis piernas estaban dobladas estilo pretzel. No tenía punto de apoyo. Pero el primer botón se desgarró y el hilo le siguió. Otra arma invisible para luchar contra el agujero sin fondo de Forward.

El hilo hizo desprender—el cuarto botón. Bajé mis pies a su posición normal manteniendo el hilo tenso y tiré hacia atrás. Sentí cómo la cadena molecular Sinclair mordía el interior del pilar.

La Mano continuaba su movimiento.

Cuando el hilo hubiese terminado con el pilar, podría llevarlo a mi espalda e intentar cortas mis ataduras. Lo más probable sería que me cortase las muñecas y me desangrase hasta morir, pero tenía que intentarlo. Me pregunté si podría hacer algo antes de que Forward arrojase el agujero negro.

Una fría brisa me acarició los pies.

Miré hacia abajo. Una espesa niebla hervía alrededor del pilar.

Algún gas muy frío debía estar expandiéndose a través de la grieta, que tenía el grosor de un cabello.

Continué empujando el hilo. Se formó más niebla. El frío era embrutecedor. Cuando el hilo mágico cortó todo el pilar, sentí una sacudida. Ahora las muñecas...

¿Helio líquido?

Forward nos había atado al principal cable superconductor de la energía, lo que probablemente fue un error. Llevé mis manos hacia arriba cuidadosamente y despacio, sintiendo que el hilo mordía en el corte de regreso.

La Mano había dejado de balancearse. Ahora movía su brazo como un gusano ciego e interrogador, mientras Forward realizaba los ajustes precisos. Angel estaba empezando a mostrar señales de cansancio por sostenerse cabeza abajo.

Mis pies saltaron un poco. Había terminado. Estaban terriblemente fríos, casi insensibles. Solté los botones, dejándolos flotar hacia la cúpula, y di una fuerte patada hacia atrás con mis talones.

Algo se movió. Volví a patear.

Bajo mis pies estallaron truenos y relámpagos.

Llevé mis rodillas hasta la barbilla. Las chispas restallaban, iluminando con una luz blanca la ondulante neblina. Angel y Forward se dieron la vuelta asombrados. Yo me reí de ellos, dejando que lo vieran. Sí, señores, lo había hecho a propósito.

Las chispas se detuvieron. En el silencio que se hizo de pronto, Forward comenzó a gritar:

—...¿Sabe lo que ha hecho?

Se oyó el chirrido de un desgarrón y un estremecimiento me recorrió la espalda. Miré hacia arriba.

Algo le había arrancado un trozo a la Mano.

Estaba cabeza abajo y cada vez me sentía más pesado. De repente, Angel soltó el asiento de Forward. Se colgó sobre la cúpula, sobre el cielo. Gritó.

Mis piernas se aferraron con fuerza al pilar. Sentí que los pies de Carlos buscaban un punto donde apoyarse, y oí su risa.

Cerca del borde de la cúpula se estaba formando una franja de luz. El motor del Hobo Kelly decelerando y haciéndose mayor. Por lo demás, el cielo estaba claro y vacío. Y un trozo de cúpula desapareció, con un sonido seco. Angel gritó y cayó. Justo encima de la cúpula pareció brillar con una luz azulada.

Ya no estaba.

El aire rugía a través de la cúpula..., y en el interior de algo que había sido invisible desaparecieron más cosas. Ahora podía verse cómo un punto azulado caía hacia el suelo. Forward se había dado la vuelta para verlo caer.

Objetos sueltos cayeron por la cámara, girando alrededor del punto a la velocidad de un meteoro o cayendo en su interior con estallidos luminosos. Todos los átomos de mi cuerpo sentían el empuje de aquella cosa, la necesidad de morir en una caída hacia el infinito. Carlos y yo pendíamos ahora lado a lado de un pilar horizontal. Advertí con aprobación que su boca estaba completamente abierta, lo mismo que la mía, para limpiar los pulmones de forma que no estallasen cuando el aire desapareciese.

Mis oídos y mis sienes eran atravesados por dagas; sentía una gran presión en el interior de mi cuerpo.

Forward se volvió hacia los controles. Hizo girar completamente la manivela. Después... se desató el cinturón de seguridad, se puso en pie y cayó.

Hubo una llamarada. Después ya no estaba.

El punto coloreado por los relámpagos llegó hasta el suelo y penetró en él. Por encima del creciente rugido del aire pude oír el quejido de la roca al ser pulverizada, ahogándose según el agujero negro se acercaba al centro del asteroide.

El aire era mortalmente fino, pero todavía quedaba algo. Mis pulmones parecían máquinas de jadear; pero mi sangre no hervía, pues lo hubiera notado.

Así que jadeé y seguí jadeando. Era todo cuanto podía hacer. Unos puntos negros revoloteaban ante mis ojos, pero cuando Ausfaller llegó hasta nosotros llevando un paquete de plástico transparente y un arma enorme en la mano, estaba todavía vivo y jadeando.

— Vino rápidamente, con un cohete en la espalda. Mientras deceleraba miraba a su alrededor en busca de algo contra que disparar. Era como si volviese sobre un caballo de fuego. Nos estudió a través de su placa facial, posiblemente preguntándose si estábamos muertos.

Abrió el paquete plástico. Era un fino saco con una cremallera y un pequeño tanque adherido. Para cortar nuestras ligaduras tuvo que buscar una luz. Liberó primero a Carlos, ayudándole a meterse en el saco. Carlos sangraba por la nariz y las orejas y apenas se movía. Tampoco yo, pero Ausfaller me metió en el saco con Carlos y lo cerró. El aire silbó a nuestro alrededor.

Me pregunté qué vendría después. Inflado en forma de esfera, el saco de rescate era demasiado grande para los túneles. Ausfaller había pensado ya en eso. Disparó contra la cúpula, quemando un enorme agujero en ella, y volamos con el pequeño cohete que llevaba a la espalda.

El *Hobo Kelly* estaba cerca. Vi que la bolsa de rescate tampoco cabría por la escotilla..., y Ausfaller confirmó mis peores temores. Nos indicó por señas que abriésemos bien la boca.

Después abrió la bolsa de rescate y medio nos arrastró a través de la escotilla, mientras el aire rugía saliendo de nuestros pulmones.

Cuando volvió a haber aire, Carlos susurró:

—Por favor, no vuelvas a hacer eso otra vez.

—No debiera ser necesario nunca más—sonrió Ausfaller—. Fuera lo que fuera lo que hicisteis, bien hecho. Tengo dos autodocs completos para repararos. Mientras os curáis, veré si puedo recuperar algunos de los tesoros ocultos en el interior del asteroide.

Carlos levantó una mano, pero no emitió ningún sonido. Parecía como si se acabase de levantar de entre los muertos: sangre fluyendo de su nariz y orejas, la boca completamente abierta, una débil mano levantada contra la gravedad.

—Una cosa —dijo Ausfaller vivamente—. Vi muchos hombres muertos, pero a ninguno vivo. ¿Cuántos había? ¿Creéis que encontraré oposición mientras esté buscando?

—Olvídate de eso —graznó Carlos—. Sácanos de aquí. Ahora.

Ausfaller frunció el ceño.

—¿Qué...?

—No hay tiempo. Vámonos de aquí.

Para Ausfaller resultó algo amargo.

—Muy bien. Primero los autodocs.

Se volvió, pero la mano sin fuerza de Carlos le detuvo.

—Maldita sea, no. Quiero ver esto.

Ausfaller volvió a acceder. Salió corriendo hacia la sala de control. Carlos le siguió. Yo les seguí, limpiándome la sangre de la nariz y sintiéndome medio muerto. Pero había adivinado a medias lo que Carlos esperaba que sucediese y no quería perdérmelo.

Nos sujetamos. Ausfaller activó el motor principal. La roca se alejó rápidamente.

—Ya es bastante —susurró Carlos al poco rato—. Giremos.

Ausfaller lo hizo. Después preguntó:

—¿Qué es lo que estamos esperando?

—Ahora lo verás.

—Carlos, ¿hice bien en disparar contra los remolcadores?

— ¡Oh, sí!

—Bien. Estaba preocupado por eso. ¿Entonces Forward era el devorador de naves?

—Sí.

—No le vi cuando fui a buscaros. ¿Dónde está?

Ausfaller se sintió molesto cuando Carlos se echó a reír, y más aún cuando yo también lo hice. Me dolía la garganta al reírme.

—Aun así nos salvó la vida—dije yo—. Justo antes de saltar subió la presión del aire. Me pregunto por qué lo haría.

—Quería que le recordasen —dijo Carlos—. Nadie más sabía lo que había conseguido. Ahh...

Miré, justamente cuando parte del asteroide se derrumbaba hacia su propio interior, formando un profundo cráter.

—En el apogeo se mueve despacio. Recoge más materia —dijo Carlos.

—¿De qué estás hablando?

—Después, Sigmund. Cuando mi garganta vuelva a ser normal.

—Forward tenía un agujero en su bolsillo—dije en plan de ayudar—. El...

El otro lado del asteroide se derrumbó. Durante un momento, allí dentro pareció brillar una luz.

Pensé en algo que Carlos habría probablemente echado de menos.

—Sigmund, ¿esta nave tiene pantallas automáticas en las ventanas?

—Claro que tenemos...

Antes de que la pantalla se ennegreciese, hubo una llamarada luminosa que pareció devorar el universo. Cuando la pantalla se iluminó no se veía otra cosa que las estrellas.

HAY MAREAS

El planeta no tiene nombre. Gira alrededor de una estrella que en 2830 se encuentra fuera del límite del espacio reconocido, a una distancia de casi cuarenta años luz del Sol. La estrella es una G3, algo más roja que el Sol y un poco más pequeña. El planeta, girando a ochenta millones de millas de su núcleo en una órbita razonablemente circular, es bastante frío para los gustos humanos.

En el año 2830, un tal Louis Gridley Wu pasó casualmente por allí. El énfasis en que fue una casualidad es importante. En un universo del tamaño del nuestro, casi cualquier cosa que pueda suceder sucederá. Fijaros en la coincidencia de su encuentro con...

Pero ya llegaremos a eso.

Louis Wu tenía ciento ochenta años. Como todos los que componen de forma regular la especie elevadora de la tensión, no los aparentaba. Si no se aburría, o se arruinaba antes, podría llegar a los mil años.

"Pero —se decía a veces a sí mismo—, no, si tengo que aguantar más cócteles, más cacerías de bandersnatchi, o esos enjambres de terrestres pintados deambulando por un parque anárquico demasiado pequeño para todos ellos por un factor de diez. No, si tengo que vivir más enamoramientos que duran una noche. Más matrimonios de veinte años, más esperas de veinte minutos ante una cabina de transbordo que se cierra justamente cuando me va a tocar a mí. Y la gente. Si tengo que vivir día y noche con gente durante todos esos interminables siglos, no."

Siempre que comenzaba a sentirse así, se marchaba. Le había pasado tres veces en toda su vida. y ahora era la cuarta. Seguramente, continuaría sucediéndole. Cuando estaba en un estado semejante, sintiendo una profunda fobia contra todo, no servía de nada a nadie, especialmente a sus amigos, y más especialmente todavía a sí mismo. Por tanto, se marchaba. En su propia nave, pequeña pero adecuada, lo dejaba

todo y a todos, dirigiéndose hacia el límite del espacio reconocido. No regresaba hasta desear desesperadamente ver un rostro humano, oír el sonido de una voz humana

En el segundo de aquellos viajes había rechinado los dientes y esperado hasta que anheló desesperadamente ver, aunque sólo fuese un rostro kzinti.

Aquél había sido un viaje largo, rememoró. Y como en aquel cuarto viaje sólo llevaba tres meses y medio en el espacio y sus dientes todavía rechinaban cuando recordaba el sonido de una cierta voz humana..., a causa de todo esto añadió: "Creo que esta vez esperaré hasta que necesite ver aunque sólo sea un kdatlyno. Hembra, por supuesto."

Pocos de sus amigos adivinaban el cansancio y las lágrimas que aquellos viajes le ahorraban.

— No sólo a él, también a ellos. Pasaba los meses leyendo, mientras escuchaba música orquestada. Por entonces, ya había llegado bastante lejos del límite del espacio reconocido. Hizo girar la nave noventa grados, comenzando un amplio arco circular con el Sol en el centro.

Se aproximó a una cierta estrella G3. Desconectó el hipermotor mucho antes de la singularidad que rodea cualquier masa grande. Penetró en el sistema de profundidad. No buscaba planetas habitables, buscaba cápsulas estáticas de los desaparecidos "esclaveros".

Si la vibración no devolvía ningún eco, aceleraría hasta poder activar el hipermotor. La velocidad se mantendría y podría usarla para bordear el próximo sistema que inspeccionase, y el próximo, y el otro. Así ahorraba combustible.

Nunca había encontrado una cápsula estática de los esclaveros, pero eso no le impedía seguir buscándolas.

Mientras atravesaba el sistema, el radar de profundidad le mostró planetas que eran como pálidos espíritus, unos círculos de gris claro sobre la blanca pantalla. El sol G3 era un amplio disco gris, que se oscurecía en el centro hasta casi llegar al negro. La zona casi negra era materia degenerada, comprimida más allá del punto donde las órbitas de los electrones se derrumban por completo.

Había dejado el sol bien atrás y continuaba acelerando cuando una diminuta mota negra apareció en la pantalla.

—Ningún sistema es perfecto, por supuesto —murmuró, desactivando el motor.

Cuando estaba allí fuera solo, hablaba mucho consigo mismo, pues nadie vendría a interrumpirle.

—Generalmente, ahorra combustible—se dijo a sí mismo, una semana más tarde.

Por entonces ya había salido de la singularidad y se encontraba en el espacio libre. Activó el hipermotor de la nave, describió un círculo a medias alrededor del sistema y comenzó la deceleración. La velocidad que había ido consiguiendo gradualmente durante aquellas dos semanas fue descendiendo. En algún lugar, cerca de donde había encontrado una mota negra con el radar de profundidad, aminoró la marcha hasta detenerse.

Aunque nunca lo había comprendido hasta ahora, su sistema para ahorrar combustible estaba basado en la suposición de que nunca encontraría una cápsula estática de los esclaveros. Pero la mota volvía a estar allí, un punto negro sobre el espíritu grisáceo de un planeta. Louis Wu se acercó.

El mundo se parecía algo a la Tierra. Era casi del mismo tamaño, con aproximadamente la misma forma y casi el mismo color. No tenía satélite .

Louis utilizó el telescopio para mirar al planeta y emitió un silbido apreciativo. Unas desgarradas nubes blancas sobre un azul neblinoso..., unas vagas líneas continentales..., el vértice de un huracán cerca del ecuador. El aire parecía dulce y no cancerígeno, según el espectrógrafo. Y allí no había nadie. ¡Ni un alma!

Nada de vecinos en la puerta de al lado. Nada de voces. Ni de caras.

—¡Qué demonios! —barbotó—. Tengo ya mi cápsula. Pasaré aquí el resto de mis vacaciones. No hay hombres, mujeres, ni niños.

Frunció el ceño y se frotó la orla peluda que le recorría la mandíbula.

—¿No estaré obrando con precipitación? Probablemente debería llamar primero.

Pero rebuscó en las ondas de la radio y no encontró nada. Cualquier planeta civilizado irradia como una estrella pequeña en las ondas de radio. Además, aquí no había ningún rastro de civilización, ni siquiera a cien millas de distancia.

—¡Estupendo! Primero, cogeré esa antigua cápsula estática.

Se sentía seguro de que se trataba de una. Nada, excepto las estrellas y las cápsulas estáticas eran lo suficientemente densas para aparecer en negro en los reflejos de una vibración de hiperonda.

Siguió la imagen alrededor de la protuberancia del planeta. Parecía que, después de todo, el planeta tenía un satélite. Estaba a mil doscientas millas de altura y tenía diez pies de diámetro.

—Ahora, ¿por qué—se preguntó en voz alta— la habrán puesto en órbita los esclaveros? Es demasiado fácil encontrarla. ¡Estaban en guerra, demonios! ¿Y por qué permanecerá aquí?

La pequeña luna se encontraba todavía a un par de miles de millas de distancia, invisible para el ojo sin ayuda. El telescopio la mostraba con bastante claridad. Una esfera plateada de diez pies de diámetro, sin ninguna marca sobre ella.

—Hace un billón y medio de años que está ahí —se dijo Louis a sí mismo—. Y si eso es creíble, cualquier cosa lo es. Algo podría haberla derribado: el polvo, un meteoro, el viento solar, los soldados tnuctip. Una tormenta magnética. Nada.

Pasó sus dedos entre su liso cabello negro, que había crecido demasiado.

—Deben haber llegado aquí desde algún otro sitio. Recientemente. ¿Qué...?

Otra nave, pequeña y cónica, había aparecido por detrás de la esfera plateada. Su casco era verde, con señales de un verde más ocuro.

—Maldición —dijo Louis. No reconocía la construcción. No era una nave humana—. Bueno, podría haber sido peor, de haberse tratado de gente .

Utilizó el láser de comunicación.

La otra nave se detuvo. En señal de cortesía, Louls hizo lo mismo.

—¿Podéis creerlo? —se preguntó a sí mismo—. He pasado tres años en total buscando

cápsulas estáticas. Finalmente encuentro una ¡y ahora algo más también la quiere!

La brillante chispa azul de otro láser brilló sobre la punta de la nave alienígena. Louis escuchó cómo el computador del autopiloto gorgoteaba como intentando desenmarañar las señales de un rayo desconocido. Por lo menos usaban láseres, no telepatía, tentáculos o rápidos cambios del color de su piel.

En la pantalla de Louis apareció un rostro.

No era el primer alienígena que había visto. Este, como algunos otros, tenía una cabeza reconocible: un amasijo de órganos sensores agrupados alrededor de una boca, con espacio para un cerebro. Observó que tenía visión trinocular: ojos profundamente hundidos en las cuencas, bien protegidos, pero de radio de visión restringido La boca era también triangular, con amarillos y serrados cuchillos óseos mostrando sus bordes detrás de tres labios cartilaginosos.

Definitivamente, era una especie desconocida.

— ¡Chico, qué feo eres! —pero Louis se refrenó y no lo dijo. El traductor del alienígena podría estar funcionando ya.

Su propio autopiloto terminó de traducir el primer mensaje del alienígena. Decía: "Márchate. Este objeto me pertenece."

—Asombroso —contestó Louis a su vez—. ¿Eres acaso un esclavero?

El ser no se parecía a un esclavero en lo más mínimo, y además éstos habían sido extinguidos hacía eones.

—Esa palabra no fue traducida —dijo el alienígena— Yo llegué al artefacto antes que tú. Lucharé para conservarlo.

Louis se rascó la barbilla, cubierta por dos semanas de descuidada barba. En su nave había muy pocas cosas con las que luchar. Hasta la planta de fusión que suministraba energía al motor había sido diseñada con la seguridad como principal objetivo. Una batalla a láser, luchando con los comunicadores al máximo, sería una simple prueba de resistencia, y él perdería porque la nave alienígena tenía más masa y podía absorber más calor. No disponía de armas propiamente dichas. Seguramente, el alienígena sí las tenía.

Pero la cápsula estática era muy grande.

La guerra tnuctipun-esclaveros había extinguido a la mayor parte de las especies inteligentes de la galaxia hacía un billón y medio de años. Debían haber tenido lugar incontables batallas de poca importancia, antes de que fuese utilizada un arma final, desarrollada por los esclaveros. A menudo éstos, cuando perdían una batalla, almacenaban cosas de valor en una cápsula estática y la escondían hasta el día en que pudiesen volver a utilizarla.

En el interior de una cápsula estática cerrada no pasaba el tiempo. Carne alienígena, de un billón y medio de antigüedad, había salido todavía fresca de su escondite. Las armas y herramientas no mostraban ningún signo de herrumbre. De una de aquellas cápsulas había salido una vez un pequeño ser sensible, parecido a un mico, todavía con vida. Aquella antigua esclava había llevado una extraña vida hasta que el proceso de la senectud la reclamó, siendo la última de toda su especie.

El valor de las cápsulas estáticas de los esclaveros era incalculable. Se sabía que por lo menos los tnuctipun habían llegado a conocer el secreto de la conversión directa de la energía. Quizá sus enemigos también lo conocían. Algún día, en alguna cápsula estática, en algún lugar fuera del espacio reconocido, se encontraría un artificio así. Entonces la energía de fusión se quedaría tan anticuada como el motor de combustión interna.

Y ésta debía ser la cápsula estática más grande de todas las encontradas hasta ahora, una esfera de diez pies de diámetro.

—Yo también lucharé para conservar el artefacto —dijo Louis—. Pero considera esto. Nuestras especies se acaban de encontrar ahora y volverán a hacerlo, sea quien sea el que se quede con el artefacto. Podemos ser amigos o enemigos. ¿Por qué arriesgar nuestra relación matándonos?

—¿Qué es lo que propones? —el amasijo de sensores del alienígena no dejó traslucir nada.

—Un juego de azar, con los mismos riesgos para los dos bandos. ¿Jugáis a juegos de azar?

—Enfáticamente, sí. El proceso de vivir es un juego de azar. Evitar el azar es una locura.

—Eso es. Hummm.

Louis contempló la cabeza alienígena que parecía formada por un montón de triángulos. La vio girar abruptamente, flick, mirar completamente hacia atrás y regresar a su posición del principio en el mismo instante. Ver aquello le revolvió algo el estómago.

—¿Dijiste algo'?—preguntó el alienígena.

—No. ¿No te romperás el cuello de esa forma?

—Tu pregunta es interesante. Debemos hablar sobre anatomía más adelante. Tengo una proposición.

—Estupendo.

—Aterrizaremos en el mundo que se encuentra debajo de nosotros. Nos reuniremos en un punto situado entre nuestras naves. Tendré contigo la cortesía de salir el primero. ¿Puedes llevar tu traductor?

—Sí —podría conectar el computador con la radio del traje.

—Nos reuniremos entre nuestras naves y jugaremos a algo sencillo, desconocido para los dos, que dependa únicamente de la casualidad. ¿De acuerdo?

—Provisionalmente. ¿Qué juego?

La imagen de la pantalla se arrugó con unas líneas diagonales. ¿Estaba siendo interferida la señal? Se aclaró rápidamente.

—Hay un juego matemático —dijo el alienígena—. Nuestras matemáticas serán ciertamente muy similares.

—Cierto—aunque Louis había oído hablar sobre ciertos puntos decididamente extraños en matemáticas alienígenas.

—El juego consta de un screee... —una palabra que el autopiloto no podía traducir.

El alienígena levantó una mano con tres garras que sostenían un objeto en forma de lente. Sus dedos, que se oponían mutuamente, giraron para que Louis pudiese ver las diferentes señales sobre cada lado.

Esto es un screee. Tú y yo lo tiraremos hacia arriba, seis veces cada uno. Yo escogeré uno de los símbolos, tú escogeras el otro. Si mi símbolo queda en la parte de arriba más veces que el tuyo, el artefacto es mío. Los riesgos son los mismos.

La imagen se arrugó y después se aclaró.

—De acuerdo—dijo Louis. Se sentía un poco desilusionado por la simplicidad del juego.

—Los dos nos alejaremos del artefacto. ¿Me sigues en el descenso?

—Sí—dijo Louis.

La imagen desapareció.

Louis se rascó la barba de una semana. ¡Vaya una forma de recibir a un embajador alienígena! En los mundos de los hombres Louis Wu vestía impecablemente, pero aquí fuera se sentía con libertad para tener todo el tiempo un aspecto semejante al de la muerte recalentada.

¿Pero cómo iba un... trinoc a saber que él debía haberse afeitado? No, aquello no era problema.

¿Era un loco o un genio?

Tenía amigos, muchos de ellos con hábitos parecidos a los suyos. Dos habían desaparecido hacía décadas; ya no recordaba sus nombres. Sólo recordaba que los dos habían salido a buscar cápsulas estáticas en esta dirección y que ambos se olvidaron de regresar.

¿Se habían encontrado con naves alienígenas?

Podrían darse todas las explicaciones que se quisiera. Medio año o más solo en una nave era una buena forma de averiguar si uno se gustaba a sí mismo. Si la respuesta era no, no tenía sentido volver a los mundos de los hombres.

Pero aquí fuera había alienígenas. Armados. Uno descansaba en órbita, a quinientas millas de su nave, con un valioso artefacto a medio camino entre ellos.

Sin embargo, jugar era mejor que pelear. Louis Wu esperó el próximo movimiento del

alienígena.

El movimiento fue dejarse caer como una piedra. La nave del alienígena debía haber necesitado por lo menos un empuje de treinta G. Después de un instante de asombro, Louis le siguió bajo la misma aceleración, protegido por la gravedad de la cabina. ¿Estaba probando el alienígena su maniobrabilidad?

Posiblemente no. Parecía despreciativo en cuanto a engaños. Louis, siguiéndole a respetable distancia, estaba ahora mucho más cerca de la esfera plateada. ¿Y si girase su nave, se acercase al artefacto, lo atase al casco y siguiese corriendo?

En realidad, aquello no daría ningún resultado. El tendría que frenar para llegar hasta la esfera, pero el alienígena no tendría que hacerlo para atacar. Treinta gravedades era casi el límite de velocidad de su nave.

Aunque echar a correr podría no ser mala idea. ¿Qué garantía tenía él de la buena fe del alienígena? ¿Qué pasaría si hacia trampa?

Ese riesgo podía ser minimizado. Su traje de presión disponía de sensores para dirigir las funciones de su cuerpo. Louis preparó el autopiloto para volar la planta de fusión si su corazón se detenía. Preparó una señal en su traje para volar la planta manualmente.

La nave alienígena se volvió de un brillante color naranja cuando chocó con el aire. Cayó libremente y después se detuvo de repente, a una milla por encima del océano.

—Una exhibición —murmuró Louis, y se dispuso a imitar la maniobra.

La nave cónica no dejaba rastros detrás. Su motor debía ser, o bien de empuje sin reacción, como el suyo, o uno de estilo kzin, movido por la gravedad. Los dos eran simples y limpios, silenciosos, seguros para los que estaban próximos y muy avanzados.

Había islas esparcidas sobre el océano. El alienígena describió un círculo, escogió una de ellas, aparentemente al azar, y aterrizó como una pluma, junto a una costa desierta.

Louis le siguió. Pasó un mal momento mientras esperaba a que un arma inimaginable disparase desde la nave en el suelo, para envolverle en llamas mientras estaba distraído con el proceso del aterrizaje. Pero aterrizó sin una sacudida, a varios centenares de yardas de la nave alienígena.

—Si soy dañado, una explosión destruirá nuestras dos naves —le dijo al alienígena por medio del láser.

—Nuestras especies parecen pensar en la misma forma. Descenderé ahora.

Louis le vio aparecer cerca del morro de la nave, por una amplia escotilla circular. Vio

cómo el alienígena descendía suavemente hasta la arena. Entonces se colocó el casco y entró en la compuerta.

¿Había tomado la decisión correcta?

Jugar era más seguro que guerrear. Más divertido además. Y lo mejor de todo era que así tendría más probabilidades.

"Pero me fastidiaría regresar sin esa cápsula", pensó.

En casi doscientos años de vida nunca había hecho nada tan importante como encontrar una cápsula estática. No había hecho ningún descubrimiento, ni ganado cargos electivos, ni derrocado ningún gobierno. Aquélla era su gran oportunidad .

—Los riesgos son iguales—dijo, y activó el intercomunicador mientras descendía.

Sus músculos y canales semicirculares registraron alrededor de una gravedad. A cien pies de distancia, las olas se deslizaban silbando sobre una pura arena blanca. Las olas eran verdes y enormes, perfectas para el amerizaje; la playa, la adecuada para dar una fiesta en verano.

Quizá más tarde cabalgaría sobre aquellas olas para rebajar su barriga, si el aire resultaba no ser nocivo y el agua estaba libre de animales peligrosos. No había tenido tiempo de revisar a fondo el planeta.

La arena crujió bajo sus botas mientras se acercaba al encuentro del alienígena.

Este tenía cinco pies de altura. Al descender de la nave había parecido mucho más alto, pero eso fue porque en su mayoría era sólo piernas. Más de tres pies de delgada pierna y un torso como un barril de cerveza y sin cuello. Era imposible que un cuello que no existía pudiese ser tan flexible. Pero la amarilla piel formaba gruesos rollos alrededor del final de su cabeza, ocultando los detalles anatómicos.

Su traje era transparente, una esfera que seguía toscamente la forma del alienígena, ceñido en los hombros, por encima y por debajo de las complicadas articulaciones de codo, muñeca, cadera y rodilla. En la muñeca y el tobillo se veían unos reactores de aire. Sobre el pecho le colgaban unas herramientas. Una especie de mochila le colgaba del cuello, bajo el traje. Louis observó con excitación todas aquellas herramientas; cualquiera de ellas podía ser un arma.

—Pensaba que serías más alto—dijo el alienígena .

—Una pantalla de láser no dice mucho, ¿no es cierto? Creo que mi traductor también ha mezclado la derecha con la izquierda. ¿Tienes la moneda?

—¿El screee? —el alienígena la mostró—. ¿No habrá charla preliminar? Me llamo screee.

—Mi máquina no puede traducir eso. Ni pronunciarlo. Me llamo Louis. ¿Se ha encontrado tu especie con otros de la mía?

—Sí, con dos. Pero no soy un experto en ese campo del conocimiento.

—Yo tampoco. Dejemos la cortesía para los expertos. Estamos aquí para jugar.

—Escoge tu símbolo —dijo el alienígena, y le tendió la moneda.

Louis la miró. Era una lente de platino o algo similar, de bordes cortantes, con la mano de tres garras de su nuevo compañero de juegos estampada sobre una cara, y un planeta con pesados casquetes de hielo decorando la otra. Quizá no fuesen casquetes de hielo, sino continentes.

Sostuvo la moneda como intentando escoger. Sopesándolo todo. Aquellos reactores podían ser para ganar altitud, pero quizá no fuera así. ¿Y si ganaban? ¿Ganaría únicamente la probabilidad de ser asesinado?

Pero si su corazón se detenía, ambos morirían. Ningún alienígena podría adivinar qué tipo de arma le inutilizaría sin matarle.

—Escojo el planeta. Tira tú primero.

El alienígena lanzó la moneda en dirección a la nave de Louis. Los ojos de éste le siguieron y dio dos pasos para recuperarla. Cuando se levantó. el alienígena estaba a su lado.

—La mano—dijo—. Me toca a mí.

Iba perdiendo por uno. Lanzó la moneda. Mientras giraba brillando en el aire, advirtió por primera vez que la nave del alienígena había desaparecido.

¿Qué pasa? —preguntó.

—No hay necesidad de que los dos perezcamos decía el alienígena. Sostenía algo que había colocado sobre su pecho, formando un bucle—. Esto es un arma, pero si la uso moriremos los dos. Por favor, no intentes llegar hasta tu nave.

Louis tocó el botón que volaría su planta de fusión.

—Mi nave se ele vó cuando volviste la cabeza para seguir al screee. Mi nave está ya fuera del alcance de cualquier explosión que puedas provocar. No hay necesidad de que muramos, siempre que no intentes llegar hasta tu nave.

—Estás equivocado. Puedo dejar tu nave sin piloto.

Dejó la mano donde estaba. Antes de ser engañado por un alienígena en un juego de azar...

—El piloto continúa a bordo, con el oficial de navegación y el screee. Soy únicamente el oficial de comunicaciones. ¿Por qué diste por sentado que yo estaba solo a bordo?

Louis suspiró y dejó caer el brazo.

—Porque soy un estúpido—dijo con amargura—. Porque empleaste el pronombre en singular, o mi computador lo hizo. Porque pensé que serias un jugador.

—Aposté a que no verías cómo mi nave despegaba, a que la moneda te distraería, a que sólo podías ver por la parte delantera de tu cabeza. Los riesgos parecían mayores que la mitad.

Louis asintió. Todo resultaba más claro ahora.

—También existía la probabilidad de que me hubieses atraído aquí abajo para destruirme —el computador continuaba empleando el pronombre en singular en la traducción—. He perdido por lo menos una nave exploradora volando en esta dirección.

—No somos culpables. Nosotros también hemos perdido naves por aquí —le asaltó repentinamente un pensamiento, y dijo: Demuéstrame que tienes un arma.

El alienígena lo hizo. No se vio ningún rayo, pero, a la izquierda de Louis, la arena hizo explosión con un horrible crujido y un resplandor del color de un relámpago. El alienígena tenía en las manos una cosa que hacía agujeros.

Qué se le iba a hacer. Louis se inclinó y recogió la moneda.

—Mientras sigamos aquí, ¿terminamos el juego?

—¿Para qué?

—Para ver quién habría ganado. ¿Tu especie no juega para divertirse?

—¿Para qué? Jugamos para sobrevivir.

—¡Entonces, al diablo con todos vosotros!—rezongó y se tumbó sobre la arena.

Su oportunidad de ganar la gloria estaba perdida, le había sido arrancada mediante una trampa. Hay una marea que gobierna los hechos de los hombres... y allá iba la resaca llevándose las estatuas a Louis Wu, los libros de historia que hablaban de Louis Wu; todo espuma en la marea.

—Tu actitud es asombrosa. Sólo se juega cuando hay que jugar.

—Al infierno.

—Mi traductor no traducirá ese comentario.

—¿Sabes lo que es ese artefacto?

—He oído hablar de la especie que lo construyó. Viajaron lejos.

—Nunca hemos encontrado una cápsula estática tan grande. Debe contener algún tipo de cámara .

—Se cree que esa especie empleó un arma única para terminar una guerra y con todos los que participaron en ella.

Los dos se miraron el uno al otro. Seguramente ambos pensaban lo mismo. ¡Sería un desastre si una especie distinta a la mía encontrase ese arma definitiva!

Aunque aquello era pensar en términos antropomórficos. Louis sabía lo que un kzin hubiese pensado: Ahora podré conquistar el Universo, como es mi derecho.

—¡Al diablo con mi suerte! —dijo Louis Wu entre dientes—. ¿Por qué tuviste que aparecer al mismo tiempo que yo?

—Eso no fue sólo casualidad. Mis instrumentos descubrieron tu nave cuando retrocedías para volver a entrar en el sistema. Para llegar a tiempo a las proximidades del artefacto fue necesario utilizar un empuje que dañó la nave y mató a uno de mis tripulantes. Me gané la posesión del artefacto.

—¡Haciendo trampas, maldito seas! —Louisse puso en pie.

Y algo se enredó entre su cerebro y sus canales semicirculares.

Una gravedad.

La densidad de la atmósfera de un planeta dependía de su gravedad y de su luna. Una luna grande se llevaría la mayor parte de la atmósfera, a lo largo de los billones de años que dura la evolución de un mundo. Un mundo sin luna, del tamaño y masa de la Tierra, debiera tener una atmósfera irrespirable, imposiblemente densa, peor que Venus.

Pero este planeta no tenía luna. Excepto...

El alienígena dijo algo, una interjección asombrada que el computador se negó a traducir.

—¡Screeee! ¿Adónde fue el agua?

Louis levantó la vista. Lo que vio le dejó perplejo sólo durante un momento. El océano había retrocedido, se había ido deslizando imperceptiblemente, hasta que lo que se veía ahora era media milla de fondo plano, brillante y pegajoso.

— ¿Adónde fue el agua? No lo entiendo.

—Yo sí.

—¿Adónde a ido? Sin una luna no puede haber mareas. Además, en cualquier caso las

mareas no pueden ser tan rápidas. Explícalo, por favor.

—Será más fácil si empleamos el telescopio de mi nave.

—En tu nave quizá haya armas.

—Ahora atiende—le dijo Louis—. Tu nave está muy cerca de la destrucción total. Nada puede salvar a tu tripulación excepto el comunicador a bordo de mi nave.

El alienígena se negó, pero después capituló.

—Si tienes armas, las podrías haber usado antes. Ahora ya no puedes detener a mi nave. Entremos en la tuya. Recuerda que tengo un arma.

El alienígena estaba en pie a su lado en la pequeña cabina, con la boca moviéndose en forma molesta de ver alrededor de los aserrados bordes de sus dientes, mientras Louis activaba el telescopio y la pantalla. Pronto apareció un campo de estrellas, y también una nave espacial de forma cónica pintada en verde con marcas de un color verde más oscuro. A lo largo de la parte inferior de la pantalla se veía la mancha de una espesa atmósfera.

—¿Lo ves? El artefacto debe estar cerca del horizonte. Se mueve con rapidez.

—Ese hecho es obvio, incluso para inteligencias bajas.

—Sí. ¿Es obvio para ti que este mundo tiene que tener un satélite de enorme masa?

—Pero no lo tiene, a menos que sea invisible.

—No es invisible. Sólo es demasiado pequeño para ser advertido. Pero, por tanto, tiene que ser muy denso.

El alienígena no contestó.

—¿Por qué dimos por supuesto que la esfera era una cápsula estática de los esclaveros? Su forma no era la adecuada, ni su tamaño tampoco. Pero era brillante, como la superficie de un campo estático, y esférica, como un artefacto. Los planetas son también esferas, pero ordinariamente la gravedad no convertiría algo de diez pies de anchura en una esfera. Tendría que ser, o bien muy fluido, o bien muy denso. ¿Me comprendes?

—No.

—No sé cómo funcionan tus mecanismos. Mi radar de profundidad emplea una vibración en hiperondas para encontrar las cápsulas estáticas. Si algo detiene una vibración de hiperonda es, o una cápsula estática, o algo más denso que la materia degenerada, que es lo que se encuentra en el interior de una estrella normal. Y este objeto es lo suficientemente denso para provocar mareas.

Una diminuta cuenta plateada había surgido por delante del cono. El escorzo producido por el telescopio la traía casi al lado de la nave.

Louis intentó rascarse la barba, pero se lo impidió su placa facial.

—Creo que empiezo a comprenderte. Pero ¿cómo pudo suceder?

—Eso habría que adivinarlo. ¡Y bien!

—Llama a mi nave. Morirán. ¡Tenemos que salvarles!

—Tenía que asegurarme de que no me lo impedirías.

Louis Wu comenzó a trabajar. Al poco rato se encendió una luz; el computador había encontrado a la nave alienígena con su comunicador.

Habló sin ningún preliminar.

—Debéis abandonar inmediatamente el objeto esférico. No es un artefacto. Son diez pies de neutronio casi sólido, probablemente desprendido de una estrella de neutronio.

Por supuesto, no hubo respuesta. El alienígena estaba a su lado, pero no habló. Probablemente el computador de su nave no podría haber hecho simultáneamente dos traducciones. Pero repetía una y otra vez un gesto con los dos brazos.

El cono verde giró rápidamente, lateralmente al telescopio

—Bien, están intentando esquivarlo —se dijo Louis a sí mismo—. Quizá puedan describir una hipérbole —levantó la voz—: Usar toda la energía de que dispongáis. Tenéis que separaros de él.

Los dos objetos aprecian estar separándose Louis sospechó que aquello era una ilusión, por que ambos aparecían a la vista en la misma línea.

—No os dejéis engañar por la pequeñez de su masa —dijo, aunque ahora ya no era necesario decir nada más—. Computador, ¿cuál es la masa de una esfera de neutronio de diez pies?... Unas dos veces diez a la menos seis la masa de este mundo que es bastante pequeño,

pero si os acercáis demasiado... Computador, ¿cuál es la gravedad de superficie?... No lo creo.

Los dos objetos parecían acercarse otra vez. Maldita sea, pensó Louis. Si ellos no hubisen venido, ése sería yo.

Continuó hablando. Ya no tenía importancia que lo hiciera, pero así aliviaba su propia

tensión.

—Mi computador dice que diez millones de gravedades en la superficie. Eso debe estar fuera de la fórmula de Newton para la gravedad. ¿Podéis oírme?

—Están demasiado cerca—dijo el alienígena—. Es ya muy tarde para poder salvar sus vidas.

Mientras hablaba sucedió. Una fracción de segundo antes del impacto, la nave comenzó a derrumbarse. El impacto no pareció más peligroso que una bala de cañón alcanzando la muralla de un fuerte. La diminuta cuenta plateada se limitó a rozar el costado de la nave; pero ésta se arrugó instantáneamente, en un momento, como el papel de aluminio en el puño de un hombre fuerte. Formó una gota que brilló con un color amarillo a causa del calor. Una esfera diminuta de diez pies, o quizá un poco más.

—Estoy de duelo—dijo el alienígena.

—Ahora lo comprendo —respondió Louis—. Me preguntaba qué era lo que desviaba nuestros mensajes con el láser. Ese trozo de neutronio estaba justamente entre nuestras naves, torciendo los rayos.

—¿Por qué nos pusieron esta trampa? —lloró el alienígena . ¿Tenemos enemigos tan poderosos que pueden jugar con masas semejantes?

Louis se preguntó si aquello no resultaba un poco paranoico. Quizá toda la raza lo fuera.

—Sólo ha sido una coincidencia. Una estrella de neutronio desprendida.

Durante cierto tiempo el alienígena no habló El telescopio continuó enfocado, a falta de un blanco mejor, sobre la gota. Su resplandor había desaparecido.

—Mi traje de presión no me mantendrá mucho tiempo con vida—dijo el alienígena.

—Haremos una carrera. Intentaré llegar a Margrave en un par de semanas. Si puedes aguantar hasta entonces, construiremos una cápsula con un ambiente especialmente preparado donde puedas estar hasta que se nos ocurra algo mejor. Sólo se necesitan un par de horas para preparar una. Llamaré para avisar.

La triple mirada del alienígena convergió sobre él.

—¿Podéis enviar mensajes más rápidos que la luz?

—Claro.

—Tenéis conocimientos por los que vale la pena comerciar. Iré contigo.

—Muchísimas gracias —Louis Wu comenzó a apretar botones—. Margrave. Civilización. Gente. Caras. Voces. ¡Bah!

La nave dio un salto hacia delante, desgarrando la atmósfera. La gravedad de la cabina osciló un poco y después se estabilizó.

—Bien —se dijo a sí mismo—. Siempre puedo regresar.

— ¿Volverás aquí?

—Creo que sí—decidió él.

—Espero que lo hagas armado.

— ¿Por qué? ¿Otra vez paranoico?

—Tu especie es demasiado confiada —dijo el alienígena—. Me pregunto cómo habréis sobrevivido. Considera este objeto de neutronio como una defensa. Cualquier cosa que la toque la reflejará como una superficie esférica y pulida. Si un vehículo se acerca a este mundo, su tripulación encontraría pronto este sujeto. Supondrán que es un artefacto. ¿Qué otra cosa podrían suponer? Se acercarán para examinarlo de cerca.

—Cierto, pero ese planeta está vacío. No hay nadie a quien defender.

—Quizá.

Debajo, el planeta se hacía más pequeño. Louis Wu enfiló su nave hacia el espacio abierto.

SEGURO A CUALQUIER VELOCIDAD

En los doscientos años que median entre Beowulf Shaeffer y Louis \Nu poco ha cambiado en la superficie. El Espacio Reconocido es algo mayor. La mayoría de las naves utilizan un motor sin reacción: el "impulsor". Las loterías para el derecho a nacer han sido utilizadas en la Tierra casi desde los tiempos de Shaeffer.

Fueron las loterías para el derecho a nacer, que convirtieron la existencia en algo dependiente exclusivamente de la suerte, lo que acabó por crear el gen de Teela Brown. La historia de Teela Brown está recogida en *Ringworld*. En la Tierra hubo otros Teelas, y su efecto fue catastrófico, por lo menos para un escritor. Las historias sobre la gente que es infinitamente afortunada tienden a ser aburridas.

De la edad de oro que sobrevino a continuación sólo sobrevive una historia.

¿Pero cómo, me preguntáis, pudo haberte fallado un coche?

Puedo ver ya el terror de vuestros ojos ante la idea de que vuestros coches pudieran fallar también. Ahí estáis, con una vida de duración indeterminada, seres potencialmente inmortales, tomando todas las precauciones posibles contra la abrupta terminación de vuestro espíritu, y todo para nada. El campo disruptor del triturador de basuras de vuestra cocina podría expandirse repentinamente para tragaros a vosotros. Vuestra cabina de transferencia podría haceros desaparecer del punto transmisor y olvidarse de depositaros en el punto receptor. Una pasarela móvil podría acelerar hasta llegar a las cien millas por hora y después ladearse para lanzaros contra un edificio. Todas las plantas de los Mil Armados que producen la especie elevadora de la tensión vital podían morir de la noche a la mañana, haciendo que envejecieseis, vuestros cabellos se volviesen grises, y vosotros arrugados y artríticos. No, nunca ha sucedido eso en la historia humana, pero si un hombre no puedo confiar en su coche, entonces, por el amor de Dios, ¿en qué puede confiar?

Descansa tranquilo, lector. No fue tan malo.

En primer lugar, todo sucedió en Margrave, un mundo en las primeras fases de la colonización. Había salido hacía veinte minutos del lago Triángulo y me dirigía hacia la región de los aserraderos del río Serpentino volando a una altura de unos mil pies. Durante varios días las máquinas habían estado cortando árboles que eran todavía demasiado jóvenes y uno de los más seguro a cualquier velocidad 361

cánicos necesitaba que le cambiasen unos cuantos empalmes en la caja cerebral. Navegaba con el autopiloto, jugando un complej o solitario a dos bandas en el asiento de atrás, con la cámara enfocada para tener una película, en caso de ganar, que respaldase mis fanfarronadas.

Entonces un roc se dejó caer volando sobre mí, enroscó diez uñas gigantescas alrededor de mi coche y se lo tragó.

En seguida habréis comprendido que esto no podía haber sucedido en ningún otro lugar que no fuera Margrave. En primer lugar, en cualquier mundo civilizado no habría usado un coche para un viaje de dos horas. Habría tomado una cabina de transbordo. En segundo lugar, ¿en qué otra parte pueden encontrarse rocs?

En cualquier caso, aquel maldito y enorme pájaro me cogió y me comió, y todo se volvió oscuro. El coche continuó su vuelo, ignorando al roc, pero el viaje se volvió turbulento cuando éste intentó volar y no pudo. Escuché sonidos como si se estuviera moliendo algo, provenientes del exterior. Probé con la radio y no capté nada. O bien las ondas no podían traspasar toda aquella carne que me rodeaba, o el descenso por la garganta del ave se había llevado mis antenas.

No parecía haber ninguna otra cosa que yo pudiera hacer. Encendí las luces de la cabina y continué jugando. Los ruidos continuaban, y ahora pude ver qué era lo que los causaba. En algún momento el roc se había tragado varias rocas, por la misma razón que un pollo se traga arenillas: para que le ayuden a hacer la digestión.

Las rocas estaban arañando las paredes del vehículo debido a los movimientos peristálticos, intentando romperlo en trozos más pequeños para que los viscosos jugos digestivos pudiesen actuar .

Me pregunté lo inteligente que sería el cerebro del jefe del campamento. Cuando viese un roc deslizarse hasta posarse, y cuando comprendiese que el ave era incapaz de volar, por mucho que chillase y agitase las alas, ¿extraería el computador principal la conclusión correcta? ¿Comprendería que el pájaro se había tragado un vehículo? Me temía que no. Si el cerebro del jefe fuese tan inteligente, se dedicaría a los negocios por su cuenta.

Nunca lo averigüé. De repente, mi asiento se enroscó a mi alrededor como una madre superprotectora y choqué contra un montón de carne a trescientas millas por hora.

El asiento se plegó a su posición normal por sí solo. Las luces de la cabina continuaban mostrando un fluido rojizo a mi alrededor, que enrojecía más y más. Las piernas habían dejado de rodar. Mis cartas de navegación estaban esparcidas por toda la cabina, como una tormenta de nieve .

Obviamente, se me olvidó algo al programar el autopiloto. El roc había estado bloqueando el radar y el sonar y los resultados eran predecibles. Unos cuantos experimentos demostraron que mi motor había fallado debido al impacto, mi radio continuaba sin funcionar y los cohetes de emergencia se negaban a ser disparados en el interior de la barriga de un roc.

No había forma de salir, no sin abrir la puerta de una riada de flujos digestivos. Podría haberlo hecho si hubiese llevado un traje al vacío, pero ¿cómo iba yo a saber que necesitaría uno en un viaje de dos horas en coche?

Sólo podía hacer una cosa.

Recogí mis cartas, las barajé y comencé otro juego .

Pasó medio año antes de que el cuerpo del roc se descompusiese lo bastante para dejarme salir. Durante aquel tiempo gané cinco partidas de un complejo solitario doble. Sólo obtuve películas de cuatro de ellos, pues la cámara se agotó. Me alegro de deciros que el elaborador de alimentos de emergencia funcionó espléndidamente, aunque con cierta monotonía; el generador de aire no se averió jamás y el reloj de televisión funcionó a la perfección como reloj. Como televisor sólo mostró arrugas estáticas en tecnicolor. El lavabo se estropeó alrededor de agosto, pero pude arreglarlo sin demasiados problemas. El 24 de octubre, a las dos del mediodía, forcé la puerta, me abrí camino por la piel y carne momificadas entre un par de las costillas

del roc y respiré profundamente aire de verdad. Olía a roc. Había dejado la puerta de la cabina abierta y pude oír al generador de aire gimiendo alocadamente mientras intentaba absorber el olor .

Disparé unos cuantos cohetes, y unos minutos después un coche descendió y me llevó a casa. Dicen que era el ser humano más peludo que habían visto en su vida. Después he preguntado al señor Dickson, el presidente de General Trans.

—Bueno, ¿por qué no podían sobrevivir algunas de aquellas formas vivientes sufriendo alguna mutación?

EPILOGO

Una reliquia del Imperio fue la tercera historia, encuadrada en la época de Beowulf Shaeffer. Pero fue la primera de la serie del Espacio Reconocido, porque enlazaba el cosmos de Lucas Garner con el de Beowulf Shaeffer. De allí en adelante escribí una historia del futuro. Más tarde incluí a los kzinti, que ya existían vía *Los guerreros*, y la era intermedia de *Un regalo procedente de la Tierra*; en *Ringworld* se ve que hasta los girasoles de la época de Kzonal han sobrevivido. Los primeros cuentos de la exploración planetaria se convirtieron en parte del material. Resultó divertido ensamblar juntas todas las piezas.

Así fue como comenzó la serie del Espacio Reconocido. Termina con *Ringworld*. Aunque he escrito historias de la serie después de *Ringworld*, escribir esa novela me llevó a comprender lo enmarañadas y complejas que se habían vuelto mis suposiciones básicas. Había demasiados milagros inverosímiles, restos de historias individuales. Por ejemplo, en *El mundo de los ptavvs* aparecía un campo estático tan útil que todas las historias cronológicamente posteriores debían ser examinadas en busca de razones por las que un campo estático no resolvería el problema. En *Neutron Star*, donde fue introducido para crear un interesante problema de lógica, aparece un casco de nave espacial indestructible..., con los mismos resultados que en el ejemplo anterior. Para el material del suelo, en Ringworld, tuve que encontrar otro material más, irracionalmente resistente.

Y después había que considerar el gen de Teela Brown. Y tenía que vérmelas con la casi certeza de que el *Ringworld* había sido colonizado, lo mismo que la Tierra, por progenitores pak y construido por protectores de la misma especie. ¡No pude abrir también esa caja de sorpresas! Decidí dejar que Louis Wu dedujese la respuesta equivocada.

Ha sido divertido. Inesperadamente, he tenido un buen número de contactos con los lectores, y anoto aquí algunas de las sugerencias más interesantes que me han sido hechas:

Matemáticamente, el *Ringworld* puede ser tratado, sencillamente, como un puente en suspensión sin extremos.

En el planeta de antimateria, en Flatlander, puede ser instalada una avanzadilla experimental, colocando los edificios sobre una base metálica con un campo estático a su alrededor.

Un admirador llamado Dan Alderson ha escrito dos mil palabras para tratar del problema de los grog, según es presentado en Handicap. Su conclusión: los grog pueden ser controlados, si eso fuese necesario, por los bandersnatchi. Puede demostrarse que esas bestias del tamaño de un dinosaurio son inmunes a la hipnosis por telepatía. Sin embargo, hay que transportarlas desde Jinx.

Continúo conociendo a individuos que han tratado matemáticamente el problema presentado en la historia corta *Neutron Star*, de la que la colección tomó el título. Desgracia y confusión, Shaeffer no puede sobrevivir. Resulta que su nave abandona la estrella girando sobre sí misma y continúa girando sin parar.

Hay mareas fue sugerido por una conversación con Tom Digby y Dan Alderson. Hank Stine sugirió el poder psíquico, interesantemente limitado, de Matt Keller, que fue más tarde conocido como Ojos de Plateau.

Bien, he puesto estas notas al final del libro para no estropear vuestra voluntaria sensación de incredulidad. Si es necesario explicar un truco mágico, debe hacerse después de que el espectáculo haya terminado. La *serie sobre el Espacio Reconocido* está ya completa. Si queréis más historias dentro de esta misma serie podéis inventarlas vosotros mismos. Creo que os he proporcionado un marco suficiente.